LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

...este número:

LA PENSION VITALICIA

...XTO INTEGRO DE LA FAMOSA NOVELA DE **LUIS PIRANDELLO**

y

GUY MANNERING,

conclusión de la apasionante obra de **WALTER SCOTT**



ENCONTRÓ UN AMIGO



¡que lo llevó al triunfo!

En las cartas y relatos de nuestros ex alumnos vemos a menudo cómo la enseñanza por correo de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA realiza el milagro de transformar una vida!

Para el joven que nos mandó un cupón, como última tentativa de romper la adversidad de la suerte, la atención personal que le brindamos es toda una revelación. Lo que parecía difícil y aburrido, resulta fácil y agradable. Donde no esperaba más que instrucciones frías, encuentra verdaderos amigos que se preocupan de hacerlo progresar. Así, al poco tiempo, no solamente adquiere valiosos conocimientos, sino también la seguridad que tiene toda persona que se ve apoyada en su lucha. Y el profesor amigo lo lleva firmemente hasta el éxito, sin que el alumno recuerde sus titubeos iniciales.

Usted también puede tener esta ayuda! Lo que hemos hecho para más de 40.000 ex alumnos triunfantes, lo podemos hacer para usted también! Todo lo que hace falta es: que se decida. Resuélvase, pues, y mándenos el cupón adjunto HOY MISMO!

LISTA DE CURSOS
IMPORTE DE LAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros	$ 8
Contador General	$ 10
Contador Mercantil	$ 10
Jefe Oficina	$ 10
Empleado Bancario	$ 10
Cajero	$ 10
Emp. de Comercio	$ 10
Corresponsal	$ 10
Secretariado	$ 10
Mecanografía	$ 5
Taquigrafía	$ 10
Téc. Arg. Cinem.	$ 15
Taqui-Mecanógrafa	$ 10
Caligrafía	$ 5
Aritmética Comercial	$ 6
Redac. y Ortografía	$ 5
Martillero Público	$ 10
Procuración	$ 10
Prep. p/Id. Farmacia	$ 10
Química Industrial	$ 10
Técnico en Vinos y Licores	$ 10
Jabones y Perfumes	$ 10
Telegrafía (con discos)	$ 15
Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	$ 10
Aceites y Grasas	$ 10
Dibujo Artístico	$ 8
Dibujo Ind. y Com.	$ 10
Adminis. de Hoteles	$ 10
Radiotelefonía	$ 10
Electrotécnico	$ 10
Construcción	$ 10
Arquitectura	$ 10
Mecánico Automóvil	$ 10
Motores a Explosión	$ 10
Perito Agrónomo	$ 10
Adm. de Estancias	$ 10
Técnico Tambero	$ 10
Mecánico Agrícola	$ 10
Avicultura	$ 10
Jard. y Arboricultura	$ 10
Motores Diesel	$ 10
Corte y Confección	$ 5
Radiotelegrafía	$ 15
Inglés (c. discos)	$ 15

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín.

BOLIVIA
Calle Belisario Díaz Romero (Miraflores) 411, Casilla de Correo 1307. La Paz.

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142, Asunción.

Mándenos este cupon y recibirá GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADELANTE" que le enseñara a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulián, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
Rivadavia 2465 (R-25) - Buenos Aires

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

AÑO XI - N.° 244
19 de julio de 1944

LEOPLÁN

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 138.577

Sumario

★

Ilustraciones de: **PREMIANI, VALDIVIA, ARTECHE, RAUL VALENCIA, VILLAFAÑE, FAIRHURST** y **MARIANO ALFONSO.** Historietas de: **CAO, TOONDER, VILLAFAÑE, HALEBLIAN** y **DEL CASTILLO, GONZALEZ FOSSAT, etc., etc.**

En el próximo número:

LOS DIOSES TIENEN SED,

la famosa obra de **ANATOLE FRANCE**

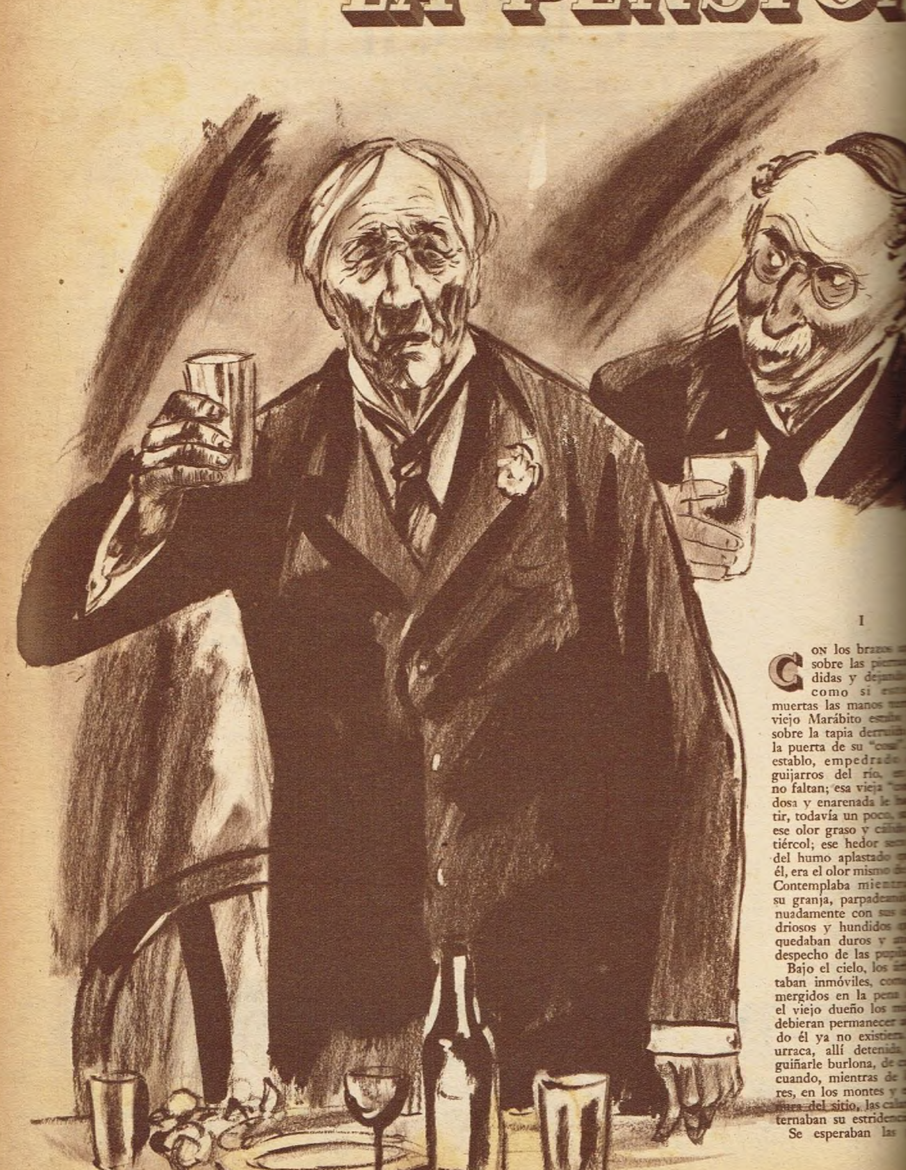
y trabajos de: **NICETO ALCALA ZAMORA, F. BRET HARTE, ARCADIO AVERCHENKO, TRISTAN BERNARD, B. GONZALEZ ARRILI, etc.**

LEOPLÁN aparece el 2 de agosto ★ Treinta centavos en todo el país

ATARDECER SERRANO

El interior del país ofrece al turista muchos rincones de singular belleza, como éste, situado en Luján de Cuyo, al pie de los Andes mendocinos.

LA PENSION



I

CON los brazos
sobre las
didas y
como si
muertas las manos
viejo Marábito
sobre la tapia
la puerta de su
establo, empedrado
guijarros del río,
no faltan; esa vieja
dosa y enarenada le
tir, todavía un poco,
ese olor graso y
tiércol; ese hedor
del humo aplastado
él, era el olor mismo
Contemplaba
su granja, parpad
nuadamente con
driosos y hundidos
quedaban duros y
despecho de las

Bajo el cielo, los
taban inmóviles,
mergidos en la
el viejo dueño los
debieran permanecer
do él ya no existiera.
urraca, allí detenida,
guiñarle burlona, de
cuando, mientras de
res, en los montes y
del sitio, las
ternaban su estridencia

Se esperaban las

VITALICIA

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de

LUIS PIRANDELLO



ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

después de las cuales comenzaría el de las fatigas en el campo; la siega, el la siembra. Tres veces Marábito sacudió a, porque ya no eran para él esas fati- reconocía él mismo. Tanto que, en- en marzo la época de los trabajos, se dicho a sí mismo:

será la última temporada.

bía segado la avena y recogido las al- s, dejando para los nuevos dueños el de los olivos y la vendimia. Ese día, mente, debían llegar para tomar pose- su granja. Se la entregaría, y ¡adiós! muerte, cuando Dios lo mande, vendrá a mi puerta, allá.

la mirada, así pensando en Girgenti, alzaba en la colina con sus viejas casas por el sol, como en un escenario y el suburbio de Rábato, que parecía el obre la que se apoyase, así largamente da, por si alcanzaba a divisar el peque- panario de Santa Cruz, que era su pa- Había alquilado allí un viejo palomar, hubiera cerrado los ojos para siempre.

que sea pronto —suspiró.

le sucedió a Ciuzzo Pace. Antes que él, Pace había cedido por una pensión vi- de una lira al día, su antigua granjilla al ante Sciné, de sobrenombre el Maltés, y spués de transcurridos seis meses, murió.

el silencio, que parecía hirviera lejos, sde un sordo zumbido de moscas y que, bargo estaba cerca, daba arcanamente do de esa muerte. Pero el viejo no ex- taba terror, sino más bien angustia.

solo, porque nunca había querido ni , ni amigos. Sentía pena por su granja, arla después de tantos años. Conocía los árboles uno a uno; los había criado como si fueran sus criaturas. El los plantó, los podó, los injertó, así como sus vides, gajo a gajo. Pena por la granja y pena también por las bestias que durante tantos años lo habían ayudado. Las dos hermosas mulas, que jamás se habían avergonzado de tirar del arado durante enteras jornadas. La borrica, que valía más que las mulas, y Piro, el jumento rubio como el oro que tiraba de por sí, sin vendas ni guía, de la noria, poco a poco, tal como él le había enseñado. La noria a cada vuelta de la bestia dejaba oír un silbido lamentable. El, desde lejos, contaba esos silbidos. Sabía cuántas vueltas eran necesarias para llenar los canales de regadío y así se regulaba. Ahora, ¡adiós Piro! Y el silbido de la noria, desde ese día en adelante, ya no lo escucharía más.

—Siete —contó entretanto, ya que, a pesar de sus pensamientos, la cuenta de las vueltas de la noria, por su antigua costumbre, no se le perdía nunca.

Las mulas y la borrica estaban pastando en el pajar. Paja, ¡cuanta quisieran! También a ellas el viejo Marábito dirigió una mirada. ¿Cómo las trataría el nuevo patrón? Estaban acostumbradas, pobres bestias, a las fatigas, pero también su ración de avena y maíz todos los días, a más de la paja. ¿Pero, qué tenían ese día, las calandrias?; chillaban más que de costumbre como si supieran que el viejo debía irse y lo saludaban. Desde el callejón, de pronto, llegó un alegre rumor de campanillas. Pero al viejo se le nubló el rostro.

—El coche, helo allí —dijo, y fué al encuentro del nuevo patrón, arrojando sobre sus hombros la chaqueta que llevaba colgada, con las mangas oscilantes.

II

Desde su choza, Grégoli, el mozo que Don Miguel Angel Sciné tenía de casero en la granjilla de Ciuzzo Pace, le gritó:

—Contento, ¿eh?

Contento él, acaso, Grégoli, que desde aquel día comería a dos carrillos, abatido que fuera el débil muro de cintura que separaba la tierra de Marábito de la granja del pobre Pace. ¡Suerte y buen sueño! Se había cautivado la confianza del Maltés, quién sabe cómo, así petizón, con sus ojos redondos y risueños y esa puntita de nariz que se levantaba curiosa a expensas de la cara de bonachón sin malicia. ¡Pero la tenía y cuánta!, su malicia, también él. Bastaba mirarle esa nariz. Entretanto, gracias a la ayuda del cochero, Don Miguel Angel pudo bajar del coche, uno de esos desvencijados "landós" de alquiler, que olían a sepelio desde una milla y eran utilizados con gran ruido de sonajería para los paseos por el campo. Descendió, con idéntica fatiga la señora Doña Nela y, en seguida, tomándose con dos dedos el vestido, comenzó a sacudirse como un perro de aguas. Después bajaron las hijas, dos muchachonas gemelas. Parecían los cuatro una cuba, una pipa y dos barriles. El coche, incorporándose sobre sus elásticos, pareció suspirar aliviado. Los caballos no, pobres animales, tan cubiertos de espuma y goteantes de sudor.

—Servidor, Vuecencia —saludó apenas Marábito.

Entregado al trabajo desde hacía tantos años, hablaba poco de costumbre, y ahora, por añadidura, experimentaba casi vergüenza pensando que, por esa cesión que hacía de sus tierras, su manutención la debía aún a ellas, pero ya no en pago de su trabajo.

—¡Ah..., se revienta! — bufó Sciné, enjugándose con el pañuelo la cara congestionada. ¡Cuatro kilómetros de callejón! Calculando desde la ciudad; ¡no creía que estuviera tan lejos!

Era un primer golpe éste, de mercante advenedizo que demostraba cómo había meditado en el camino su propósito de despreciarlo todo. No en vano la gente se lo traía a la memoria, andrajoso y sucio, callejuelas arriba, en el barrio de San Miguel, con el fardo de las mercaderías al hombro y un palo en la mano, sudoroso, mientras que con la otra hacía de altavoz para gritar:

—¡Productos de Fra...a...a...ncia!

Se había enriquecido en poco tiempo, practicando la usura y ahora pontificaba, sentado bajo la lámpara de la Virgen, detrás del ancho banco de su negocio de paños, que era el más importante en toda la calle Atenea.

La señora Nela, con su cara de berenjena, plantada sin cuello sobre sus enormes pechos, no abría los ojos sin antes lanzar una mirada consultiva a su marido. Pero una de las chicas, girando la mirada al ribazo vecino sobre el que surgían los dos templos antiguos, el de Julián por una parte y el llamado de la Concordia por la otra, en un sobresalto de admiración exclamó como si le saliera verdaderamente del corazón:

—¡Oh, qué lindo, papá!

El Maltés la fulminó con una mala mirada.

Conocía el valor que tenía todo eso. Y sabía que Marábito ya había cumplido setenta y cinco años. De manera que, demostrándose de un lado descontento de esas tierras y por el otro contento del estado de salud del viejo, esperaba poder aún arañar algo sobre la pensión de dos liras al día, ya convenidas. La tierra es tierra, sujeta a las vicisitudes del tiempo y dos liras al día son dos liras al día.

Pero no pudo hacerlo. Visitando paso a paso la granja, no pudo meter baza. ¡Y ese animal de Grégoli parecía hacerlo a propósito!

—Mire esto..., ¡mire esto!

Y con las manos suspendía los pámpanos de una vid para enseñar algunos racimos más grandes que los senos de la señora Nela.

—Aquí..., aquí... ¡Mire esto!

Y enseñaba en el huertecillo, que él llamaba "jardín", limones y naranjas cuya sola vista, según su decir, recreaba el corazón.

—Este jardín, Excelencia, está verdecido así, ¡todo el año!

Miguel Angel Sciné, miraba y agachaba la cabeza, bruscamente. No pudiendo hacer otra cosa (o acaso también gracias a ese "excelencia" que Grégoli no le mezquinaba) fingía bufar, abrumado por el calor.

—¡Reviento! ¡Reviento!

Marábito no hablaba. Le fastidiaba también que Grégoli hablara tanto, habiéndose dado cuenta de que poco a poco Sciné se intoxicaba en su propia bilis. Por veces, en efecto, como si no hubiese oído los continuos llamados de Grégoli, había pasado sin detenerse o haciéndolo con los ojos cerrados y el índice de una mano en la punta de la nariz, como si estuviera absorto en algún cálculo complicado. Grégoli, en cambio, sin inmutarse, se dirigía a la señora Nela y a las dos muchachas.

—Aquí..., ¡miren esto!

Y tanto insistió que Marábito, por fin, estimó prudente reconvenirle:

—¡Calla, calla, Grégoli! Los patrones tienen ojos para ver por su cuenta.

Fué peor, porque Grégoli, impertérrito, se enardeció:

—¡Tiene razón! ¡Su boca no habla nunca! ¡Oh!, no es porque él esté delante, pero la verdad es la verdad. Otro hombre, así nacido para fatigar, como el tío Marábito, nunca ha existido ni existirá. Un verdadero maestro para el campo, además. En cuanto a podar, a injertar, a cuidar, iguales sí, pero mejor que él no se encuentra en todo el territorio de Girgenti. Miren, miren estos almendros que él injertó. Arboles macizos como éstos no los hay. Cada árbol tres, cuatro fanegas al año que Vuecencia puede contar con los ojos cerrados; ¿y estos albaricoques, aquí? Si Vuecencia prueba el fruto, no se lo puede ya quitar de la boca. ¡Una verdadera primicia! Pero éste, señorita, da peras gordas, ¡así! ¡Tierra como ésta no hay, no le falta nada! Y Marábito, en conciencia, se la ha merecido, porque supo trabajarla como Dios manda. Qué lástima que ahora esté viejecito...

Don Miguel Angel no podía más. Prorrumpió:

—Qué viejecito, ¡burro!, ¡qué viejecito! ¿No ves que camina mejor que yo?



—¡Eso no quiere decir nada! —repuso con tonta sonrisa Grégoli —. Vuecencia es mi patrón, y no es por contradecirlo, pero así como está tan gordo, quiero decir, en tan buena salud, como es Vuecencia, no es tan fácil caminar ahora aquí, por la viña.

La viña había sido removida poco antes y realmente uno se hundía en la tierra, con peligro de dislocarse un pie. Exhalaba, además, una indefinible humedad, corrupta en su superficie por el bochorno de esos días, aun de cálido sol. Y don Miguel, resoplando, sufría una especie de desmayo que se le había instalado en el estómago. Pero ello se debía también a la charla de ese flojazo de Grégoli.

—¡Y cállate de una buena vez! ¡Hablas más que un abogado sin pleitos! La tierra es buena, es buena, no digo que no..., pero, pero...

Y continuó la frase moviendo el índice y el medio de una mano. Lo que significaba: "Dos liras al día son dos liras al día".

—Patrón —intervino entonces Marábito, deteniéndose—. Mañana al amanecer yo me voy a la ciudad y estése usted seguro de que iré para morir, porque todo lo que hasta hoy ha sido mi vida la dejaré aquí, en esta tierra. No me gusta hablar, pero lo que es justo que decírselo! No crea que yo esté este negocio por poca voluntad en He trabajado desde que era un niño años, y vida y trabajo han sido para sola cosa. Sepa que lo hago, no por por mi tierra, seguro que conmigo sufriría, ya no sirvo para trabajarla como mi quisiera y el arte manda. En poder de cencia y de Grégoli, que sabe el arte que yo, estoy seguro que a la tierra no tará nunca nada y estoy dispuesto a ra mismo, sin siquiera suspirar. Pero si cencia no está ya dispuesto, dígamelo te y no hacemos nada.

La señora Nela y las dos chicas no raban esta salida del viejo y lo miraron bradas. Pero don Miguel Angel, zorro exclamó sonriendo, dirigiéndose a Grégoli:

—¡Y tú me decías que no habla! ¡Qué cia!

Luego, a Marábito:

—¿Entonces tengo que decirle que viejo, viejísimo y a punto de rir?

—Como soy, Vuecencia —respondió el viejo, brazos—. Mis años no que me siento cansado. cencia, repito, puede que de su lindo dinero, no despilfarra mucho. camino de Ciuzzo Pace, para mí el mejor y señoras, se gozarán de espero en Dios que no gan sufrir.

III

—Han derribado los ques frente a la cabaña Marábito, apenas quince pués, a las vecinas de ta de Santa Cruz. Cerraba y volvía a verlos, los arbolitos, sobre el borde bazo. ¡Eran tan hermosos! qué voltearlos?

—Tan cierto como que eso es obra de Grégoli por hacerse de leña, hizo patrón que los árboles

Pero se engañaba. No rrió ni siquiera un mes dijeron:

—Han derribado la cabaña ¿Su cabaña? ¡Claro! El en el sitio de la vieja quería construir una nueva, y esos tres arbolitos se lo

—¡Gócese en paz de su pensión! — taban las vecinas—. ¡Tres arbolitos! usted como si le hubieran cortado los

—¿Y las bestias? —agregaba entonces bito—. Me han dicho que las borricas malito mío, está ya en un estado de sostenerse. ¿Y "Piro"? "Piro" no se a la sombra de lo que era.

—¿Quién es Piro?

—El jumento.

—¡Creíamos que era su hijo!

De un lado las vecinas sentían piedad De otro, algunas veces, no podían risa.

—¡Pero si ahora el patrón es el otro! hacer todo lo que a él le plazca!

Pero era esto, precisamente, lo que tolerar Marábito. Que el Maltés fuera trón, sí, pero que destruyese luego de tantas fatigas, maltratarle las bestias. Eso Dios no debía permitirlo.

Y se dirigía al extremo final de la mada del Paseo, a la salida de la ciudad de donde podía contemplar su tierra

en el valle, entre los dos templos anti-. Miraba y remiraba como si con los ojos ra impedir allí el exterminio del Maltés. razón, sin embargo, no se le sostenía mu- y entonces regresaba lentamente, con lá- s en los ojos. Pero desde la Puerta del te, prefería tomar por la calle Solitaria, de San Pedro, hasta el hueco de Rava- la. A pesar de su mala fama, a causa de os delitos que permanecieron en el miste- currídos allí, y a ser ya muy tarde, cosa spiraba cierta aprensión. Los pasos re- an porque la colina, muy empinada, es- allí casi los muros de las casas. Casas su frente, en la callejuela de más arriba, de un solo piso y de mísero aspecto, pero en su parte trasera presentaban algunos s que parecían catedral. Por otro lado, comienzo, la calle mostraba todavía la a muralla de la ciudad, con sus torres me- rruídas. En la primera, cerrada apenas na portezuela despintada y desgonzada, bían los muertos desconocidos, y se lle- allí a los suicidas para comprobación ju- Atravesando aquel trecho, Marábito ría realmente, en el silencio y entre el le los pasos, como una sospecha que exis- lgo, en esa calle, de misterio, y no aguar- sino el momento de alcanzar la plazoleta ada de Ravamusella. Pero era por poco . Porque debía salir por el corredor de Lucía, también ése de mala fama, y casi e desierto, para llegar a Puerta Mazza- nde embocaba la calle del Rábato.

stumbrado a vivir en el campo, entrando estrechez de las casas se sentía toda vez , aun cuando cruzaba por la calle mayor, no llamaba por su nombre: Vía Atenea, la manera de todos (y quién sabe por- la Plaza Chica. De plaza no tenía justa- nada. Era una calle un poco más exten- y ancha que las otras, serpeante, empe- con casas señoriales y tiendas en fila. uido hacían sobre esas losas, alisadas y dizas, los zapatones claveteados de Mará- que caminaba, curvado y cauto, con el del campesino, las manos atrás y mirando o, mientras la borla de su gorra negra, oscilaba sobre su nuca a cada paso.

rbaba profundamente al descubrir des- s, a derecha, la tienda de paños de Sci- n sus cuatro grandes vidrieras orgullosas rta al medio. Estaba precisamente en el de la calle, un poco antes del viaducto Tribunales, donde más se amontonaba te. A menudo, don Miguel Angel estaba o delante de la puerta, con el panzón recía un saco de salvado entre los abier- uslos y tan desabotonado que la camisa salía hasta por debajo del chaleco. Fu- y escupía. Viendo a Marábito que avan- despacio, despacio, clavaba en él sus ojos recía como si se lo quisiera chupar vivo mirada, tal cual hace la víbora con la . Lleno de despecho, le preguntaba son- :

Cómo va? ¿Cómo va?

mo Dios quiere — respondía duramente bito, sin detenerse, y entre sí, se decía —. specho tuyo quiero vivir! — Y le entra- anas de darse vuelta y hacerle cuernos s dedos, en plena calle.

o, después, viéndose solo en su viejo des- se avergonzaba:

Para qué quiero vivir?

Calle, viejo estólido! — le reprochaban en- s las vecinas para reconfortarlo —. ¿Está llamando a la muerte? Agradezca a Dios, ale, porque ha querido darle una buena

el viejo sacudía la cabeza, alzaba una

Vaya una buena vejez! — y se echaba a como un niño —. Me arroja a la cara el pan que como y estos cuatro días que me quedan...

—¡Ah! ¡Pero si usted va a vivir cien años, para que reviente de rabia! — le gritaban las mujeres en coro, abriendo el fuego contra Sciné —. ¡Sanguijuela de los pobres! ¡Chúpele usted la sangre, como él se la ha chupado a tanta pobre gente! ¡Cien años, cien años tiene usted que vivir! Dios y María Santísima deben hacerlo vivir para que se muera de despecho. Los huesos, los huesos tiene que roerse, así, así... — y frotaban circulamente, con furia, la punta de un codo con la palma de la mano —. ¡Así!, ¡así!

Al mismo tiempo, don Lucio, el joyero, que era la lengua peor en toda la calle Atenea, y el boticario de enfrente, sostenían más o menos un mismo comentario, aunque con menor eficacia de gestos y frases y en tono de broma, ante don Miguel Angel:

—¡Ese viejo le va a vivir cien años, querido Maltés!

Pero Sciné sumía las mejillas y la boca en un gesto de incredulidad rabiosa.

Cosa extraña, sin embargo; aun en aquella mueca, las cejas fuertemente señaladas bajo la frente pelada como un bocal, imprimían en la cara gorda, estúpida y vulgar casi una señal de avergonzada tristeza. La granja la había estimado, antes de firmar el contrato. Diez acres y medio de tierra, con mejoras, por menos de doce mil liras no hubiera podido tenerla. Marábito setenta y cinco años, no podía cumplir muchos más ya. Por más salud que tuviese, ¿cuántos años podría vivir aún? ¿Tres, cuatro? Digamos hasta los ochenta. De manera que de tres a cuatro mil liras. Hasta doce mil..., sobraba.

—Déjelo vivir, pobrecito. Ese es mi mayor deseo.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 93)

DE ARGENTINA ADENTRO



Las capillas que los jesuítas levantaron en Misiones convirtiéronse prontamente en ruinas. La selva volvió a apoderarse de sus muros de tierra, como para demostrar que lo que importaba era el espíritu y no el templo.



La supremacía de la imagen sobre el templo se
Esta y otros parecen

COMO NACIERON NUESTROS TEMPLOS

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

En nuestra tierra no se levantaron grandes templos, que aspirasen a competir con los de Europa, para dar testimonio de la nueva fe, que llegaba junto con los conquistadores.

A la pétrea arrogancia de las iglesias monumentales del Viejo Mundo, podemos oponer las capillitas esparcidas como flores humildes en la inmensidad de nuestro territorio. Es una humildad campesina que rezuma por todos sus poros, es decir, por todas sus letras, esta copla, cantada por los paisanos del Norte:

En la falda está llorando
una ovejita y su cría,
porque Jesucristo ha muerto,
hijo de Santa María.

Junto con los conquistadores llegaban a las tierras recién descubiertas los misioneros, y en el reparto del terreno que se hacía para levantar las nuevas ciudades, tocaba a ellos su parte, para construir la casa de Dios, que a semejanza de las que para ellos construían los hombres, era de sobria arquitectura y de idénticos materiales.

La parquedad de los medios con que contaban y la carencia de piedra en la mayor parte de nuestro territorio, hizo que los templos primitivos participaran de la humildad del barro con que eran construídos. Si bien en aquella chatura arquitectónica la línea del campanario, por poco que se elevase, era el arco que disparaba la flecha del alma en busca de Dios, y bastaba para comunicar a los hombres una profunda emoción religiosa y poética.

Muchas de esas capillas tienen el encanto de los dibujos infantiles, como que en su construcción participó el indio, que al convertirse a la nueva fe entregaba a ella su alma de niño.

De acuerdo con la humildad y con la ingenuidad que trasuntan los primitivos templos y capillas de nuestro país, la figura más representativa de la evangelización es San Francisco Solano, cuyo carácter se define en esta anécdota, que tiene la precisión y la belleza de una parábola:

"Cuéntase que cuando San Francisco Solano llegó a La Rioja, fué invitado a comer en casa de un encomendero muy rico, que explotaba a los indios y los trataba cruelmente.

"Sentados a la mesa, el santo tomó un pan y lo apretó entre las manos. Ante la extrañeza de todos los comensales, del pan brotó sangre. Se puso entonces de pie y, en actitud ... charse, dijo con voz amarga y enérgica ... comeré nunca a la mesa en la que se ... amasado con la sangre de los humildes".

"Desde ese día fué decidida su ... favor de los indios que los españoles ... zaban para enriquecerse. No consiguió ... por la persuasión ni por el ejemplo. ... zonado, resolvió irse."

Este sentido popular de la religión ... igualmente en la Virgen del Valle, la ... más venerada de las provincias andinas. ... la tradición que ha llegado hasta nosotros ... santa imagen fué sacada de la gruta de ... — Catamarca — por el español Manuel ... en el año 1618. Nadie sabe quién la ... ese punto y la escondió en la gruta de ... rodeada de peñascos, donde fué hallada ... indios, a principios del siglo XVII.

"Estos la festejaban a escondidas, con ... y fogones, creyendo que Dios mismo la ... colocado allí.

"Un indio, sirviente de Salazar, ... amo el secreto de la virgen, y Salazar ... a las informaciones recibidas, encontró ... gen y la sacó de su nicho de piedra, ... de la oposición de los indios.



...interior de la iglesia de San Francisco, de Santa Fe. ... un nuevo estilo de vida

Nada más humilde que esta cruz que se dibuja tras la silueta del pozo. Pero humilde, es como el arco que dispara la flecha del alma en busca de Dios. Pertenece a una aldea de Entre Ríos.

...Y CAPILLAS

Este campanario de la capilla del convento de Santa Teresa, de Córdoba, muestra ya líneas arquitectónicas más elevadas. Pero, con todo, no alcanza a competir con los monumentales templos del Viejo Mundo. Reflejan, como otros de América, la importancia de los cabildos eclesiástico y real.



La capilla [illegible] Valle María, [illegible] Entre Ríos, [illegible] do los fieles [illegible] len de la [illegible] Muchas de [illegible] capillas, [illegible] de la Virgen [illegible] Valle y la [illegible] jón, tuvieron [illegible] origen en [illegible] milagros [illegible] se relatan. [illegible] eso son [illegible] humildes.

"El español la llevó primero a Collagasta y luego a su residencia de Valle Viejo; pero durante aquella noche desapareció la imagen, y fué encontrada al día siguiente en el interior de la gruta. Salazar la llevó nuevamente a su casa, de donde desapareció por segunda vez. Los vecinos interpretaron estas ausencias de la santa como una manifestación de su divina voluntad: la virgen abandonaba la vivienda particular, porque no quería ser *patrona de pocos*, sino de muchos y de todos. Entonces, convencidos de este deseo, los vecinos edificaron una capilla, y allí colocaron la imagen milagrosa."

Algo semejante pasó con la Virgen de Luján. Ella demostró su voluntad de quedarse en el lugar de este nombre, haciendo que fuera imposible al carretón que la llevaba el seguir adelante, como no la dejase allí, donde manos humildes y piadosas levantaron la capillita en la que por primera vez se le rindió culto; y cuando, por quedar ésta en despoblado, quisieron llevarla a un sitio mejor, la sagrada imagen mostró repetidas veces su voluntad de no abandonar su primitivo albergue, volviéndose a él.

Así nacían las capillas en nuestro suelo, como humildes flores de santidad.

Los templos con carácter monumental que hoy en él se levantan son de construcción reciente, y si algunos hay de la época colonial, más que el espíritu popular reflejan la importancia de los cabildos eclesiástico y real de las ciudades donde se levantan, como en el caso de Córdoba.

Sin embargo, unos y otros distan mucho de poder competir con los templos monumentales de Europa. Estos fueron levantados para mostrar al mundo el triunfo de la fe católica en la eternidad de la piedra, sobre la cual refulge la eternidad del arte, como signos de un inmenso, de un infinito poder, ante el cual todo poder humano resultaba empequeñecido. Y por eso las catedrales góticas se elevaron más altas y majestuosas que los castillos medievales.

Nuestras capillitas nacen de distinto modo, como para mostrar al mundo un nuevo estilo de vida.

La misma fragilidad de su construcción ha hecho que muchas de esas capillas se convirtieran prontamente en ruinas, como aquellas que los jesuítas levantaron en sus misiones y permanecieron olvidadas en medio de la selva después de su expulsión. La selva volvió a apoderarse de sus muros de tierra cuando éstos fueron abandonados por los hombres y [illegible] imagen se veneraba en su interior, como [illegible] demostrar que lo que importaba era el [illegible] que vino a florecer entre las arquite[illegible] árboles de la naturaleza virgen del [illegible] Mundo.

La supremacía de la imagen sobre el [illegible] plo, se advierte desde un principio, [illegible] como los que hemos citado de la Virgen [illegible] Valle y de la Virgen de Luján y en [illegible] otros, como en aquel de la Virgen del R[illegible] que desde un ignorado puerto vino [illegible] sobre el mar, en un cajón, hasta tocar [illegible] puerto del Callao. Pero la inscripción, [illegible] olas no lograron borrar, la destinaba a C[illegible] ba, adonde fué llevada en procesión, en [illegible] plimiento de aquel designio misterioso.

Estas sagradas imágenes vinieron en bus[illegible] los corazones sencillos de unas gentes que [illegible] nas podían ofrecerles más que eso: su [illegible] zón. La virgen no quiere otra cosa, y sin [illegible] en las rústicas capillitas que se levantaron [illegible] albergarla, se encontraría muy cerca del [illegible] bre donde nació su Hijo divino, al que [illegible] primitivos habitantes de nuestro suelo [illegible] con la fe ingenua de los pastores de Belén.



VALIDO
Por un mes solamente
¡A menos de la mitad de su valor!
Platino y Diamantes
$ 74.45
Oro 18 Ktes. frente Platino, Diamantes y Zafiros Ancora 15 Rubíes garantido.
Su precio, pesos 149.—
Por un Mes Solamente. $ 74.45
Marcha Garantida
$ 24.75
Cromado, máquina Ancora c/Rubíes, cristal Optico, cuero fino, garantido.
Su precio, pesos 50.—
Por un Mes Solamente $ 24.75
ORO 18 Kilates
$ 94.50
Oro 18 Ktes. moderno Ancora 15 Rubíes, marcha garantida a pesos 94.50
$ 13.90
Alfiler para corbata Oro 18 Ktes. engarces Plata platinada, zafiro blanco, y Perla "JAVA" en estuche, a pesos 13.90
$ 14.95
Espléndido anillo ORO 18 Kilates, frente de Plata platinada, con Brillante imitación, modelo moderno, en estuche.
Su Precio, pesos 30.-
Por un mes Solamente $ 14.95
Marcha Garantida
$ 15.45
Cromado, máquina Ancora, con cristal irrompible y marcha garantida.
Su precio, pesos 31.—
Por un Mes Solamente. $ 15.45
ORO 18 Kilates
$ 29.50
ORO 18 Kilates/Platino con Diamantes y Agua Marina, en estuche.
Su Precio, pesos 60.—
Por un Mes Solamente, a pesos 29.50
$ 44.95
Regio Anillo de Oro 18 Kilates, moderno, con Zafiro o Rubí.
Su precio, pesos 90.—
Por un Mes Solamente. $ 44.95
Marcha Garantida
$ 23.90
Cromado, máquina Ancora con Rubíes, cuero fino, marcha garantida.
Su Precio pesos 48.—
Por un Mes Solamente. $ 23.90
EL JUEGO
12
Hermoso Juego Bombilla Plata 800 boquilla y virola de Oro 18 Kilates, cincelado a mano, coco de abrir a tornillo higiénico, largo 21½ ctms. y Mate decorado con virola de Plata 800
Su Precio, pesos 25.—
Por un Mes Solamente, a pesos .. 12.—
RELOJES DE FAMA MUNDIAL
LONGINES
CROTON
ZENITH
ELECTION
Surtido Completo
Precios Convenientes
$ 18.45
Juego Collar y Cruz ORO 18 Ktes. frente de Platino y Diamante.
Su Precio, pesos 37.—
Por un Mes Solamente, a pesos 18.45
$ 17.95
Gemelos, Oro Garantido, filete Esmalte e iniciales grabadas, en estuche
Su Precio, pesos 36.—
Por un Mes Solamente, a pesos 17.95
$ 12.45
Cuero Marroquí, aplicaciones y escudo, de Oro 18 Ktes., macizo, e iniciales grabadas, en estuche.
Su Precio, pesos 25.—
Por un Mes Solamente, a $ 12.45
Oro 18 Kilates
MACIZO
CADA UNA $ 13.95
Amplio surtido en Juegos de Alianzas y Cintillo, de Platino con Brillantes puros hasta pesos 2000.-
ENVIAMOS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO
$ 19.90
...millo, Oro 18 Ktes. Platinantes, en estuche.
...cio, pesos 40.-
...es Solamente. $ 19.90
SUCURSAL CONSTITUCION Brasil 1050 Buenos Aires
Palmieri hnos.
JOYERIA - RELOJERIA
CASA CENTRAL LAVALLE Esq. MAIPU Bs. Aires
SUCURSAL AVELLANEDA Avenida Mitre 117
REMITA ESTE CUPON
Sres. PALMIERI Hnos. - C. de Correo 1292 - Bs. As.
Sírvanse remitir GRATIS CATALOGO
Nombre
Calle
Localidad
Provincia
F. C.
5


ué horas tan dulces son las que siguen a una comida de amigos entusiastas, rociada grandemente de *manzanilla*, cuando el humo de los cigarros envuelve ya a los comensales, elevándose la imaginación tras sus giros voluptuosos, mientras el dedo de la memoria hojea melancólicamente el libro de lo pasado, y los secretos se desbordan de todos los corazones, y la máscara cae de todos los semblantes, y llueven las anécdotas, los chistes, los cuentos, las historias, los dramas y los poemas!

Todos cuentan algo: hasta el más taciturno y desconfiado descubre el fondo de su alma. Los criados o mozos (según que sea en casa o en fonda) han abandonado el comedor. Ya no se habla de música, de política, de literatura, de religiones... Se habla de la vida, del tiempo, de la esperanza, del mundo cual es en sí.. Todos los espíritus se han alzado a igual altura, y desde aquella cumbre filosófica echan miradas retrospectivas a las llanuras de la existencia, y tranquilas ojeadas al descenso de los días...

Dice Byron: *Yo gusto del fuego, de los crujidos de la leña, de una botella de champagne y de una buena conversación.*

Nosotros lo teníamos tódo..., menos leña, porque principiaba mayo y estábamos en Andalucía, en Granada, en la Alhambra, en la fonda de *Los Siete Suelos.*

Habíamos hablado de muchas personas: de ese mismo Byron, del duque de Reichstadt, de Luis XVII, de la papisa Juana, del preste Juan de las Indias, de D. Sebastián de Portugal y de otros muertos ilustres, cuando, no sé por qué camino, llegamos a hablar de perros, de monos, de hotentotes y, por último, de *asistentes.*

Un capitán muy joven, muy bravo y muy ilustrado, a quien dedico esta reseña, tomó entonces la palabra, y, sobre poco más o menos, vino a contarnos lo que sigue:

—Quiero que forméis idea exacta de lo que es ese tipo sublime que medio habéis adivinado. Luego podréis vosotros deducir las consecuencias que queráis en pro o en contra de la civilización cristiana y de la civilización en general; podréis seguir discutiendo acerca del maniqueísmo, del instinto de los animales, del mérito y demérito de las acciones humanas, y de la forma social que se adapta mejor a nuestra naturaleza caída... En cuanto a mí, hombre práctico, me contentaré con referiros un hecho, o sea con acusarme de una culpa.

—¡Historia tenemos! —dijimos todos, arrellanándonos en las sillas—. ¡Así termina toda buena conversación! ¡Hable el capitán!

Este encendió su tercer cigarro, y dijo con solemnidad y tristeza:

—Desde que salí del colegio e ingresé en las filas, hasta hoy, que han pasado ya diez años, sólo he tenido dos asistentes: el que acabáis de ver y un tal *García*..., que es el héroe de la presente historia.

La voz del capitán tembló al pronunciar aquel nombre.

Tomó un sorbo de café, y continuó:

—García era un soldado reenganchado; hombre de más de veintiocho años; natural de Totana; tipo árabe, o, por mejor decir, tunecino; de ojos negros, tez morena, pocas palabras, un valor a toda prueba, y muy apasionado en sus odios y en sus simpatías.

Debo advertiros, sin embargo, que yo no le conocí más odios ni otros cariños que el reflejo de mis sentimientos. ¡Amaba a quien yo amaba, y abominaba al que yo aborrecía!

Tampoco le conocí novia ni vicio alguno, ni menos supe cuándo comía ni cuándo descansaba. Sólo puedo decir que a todas horas se hallaba al alcance de mi voz, dispuesto a servirme en mis menores caprichos, tuviésemos o no dinero, fuese de día o de noche, ardiese la tierra bajo el sol del verano o estuviese cubierta de una vara de nieve.

Aquel hombre constituía toda mi familia cuando yo estaba fuera de mi casa, que era casi siempre: por lo tanto, yo debía quererlo mucho... y quizá lo quería... ¡Oh! Sí..., después lo he sabido...; ¡yo lo adoraba! *¡Pero nunca me ocurrió darme cuenta de ello!* Esto es muy común en los hombres de mi carácter... Lo mismo soy ahora con mi mujer... ¡Díscolo y endemoniado! En fin, vamos al asunto.

Por todo lo dicho comprenderéis que yo era un ser fabuloso a los ojos de García, y que él me idolatraba como un buen hijo idolatra a un mal padre... Pero no... Esto es poco... ¡Como un perro idolatra a su amo!

¡Un perro..., sí!... Tal fué siempre el papel que a mi lado representó García.

Tenerme contento, evitar un regaño, merecer una mirada de mis ojos...: he aquí la suprema felicidad de aquel hombre.

¡Oh!..., el genio humano es esencialmente bueno. Y si lo dudáis, seguid prestándome atención.

García, que era diez años mayor que yo, me hablaba de usted...

Yo a él de tú.

El me hacía la comida con mil afanes...

Las sobras de mi comida eran su ali...

Yo, militar voluntario, recibía ochoc... reales al mes por pasearme...

¡El, soldado forzoso, ahorraba seis ... el día que más, y estaba trabajando siem...

Yo no le pagaba...

El me servía con gusto, con entusiasmo, ... cariño.

Tales eran nuestras relaciones, y tales ... ventajas que me llevaba en el orden mor... pobre asistente.

Pues, sin embargo..., no sé por qué ... pósito o contrasentido... (preocupaciones ... raza o de clase, que desnaturalizan nuestr... razón), yo trataba a García con mucha ...

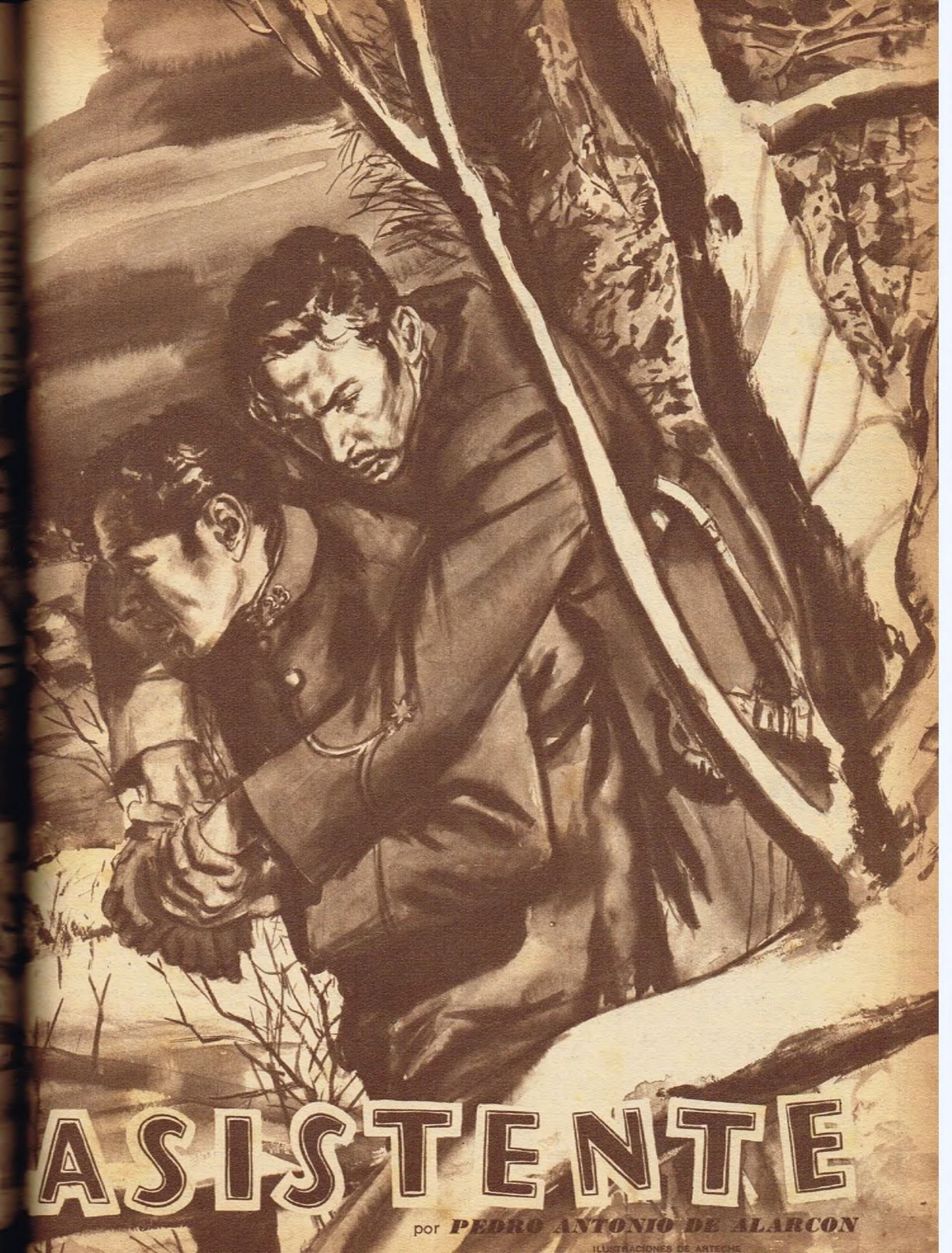
Sólo le hablaba para mandarle, para ... por el más leve descuido o para prohibi... guna cosa...

Mi voz era su ordenanza viva, su ... tormento.

¡Qué diablo! Yo soy hijo y hermano de ... litares, y la costumbre de obedecer rig... mente me había dado el hábito de ... con rigor...

EL CUENTO DRAMATICO

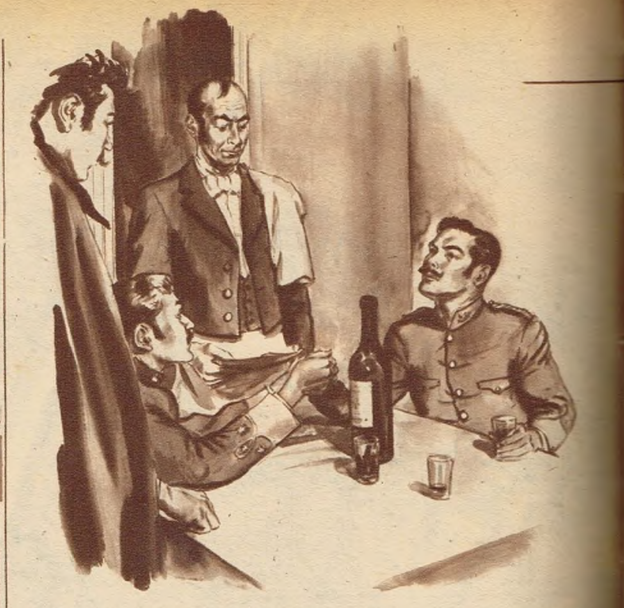
EL



ASISTENTE

por ***PEDRO ANTONIO DE ALARCON***

ILUSTRACIONES DE ARTECHE



En medio de todo..., ¿qué era García? ¡Un inferior mío..., un soldado de mi compañía..., un subordinado! ¡Un autómata! ¡Una máquina!

¡Cuánto debió de sufrir en su vida! ¡El, que nada amaba en el mundo tanto como a mí, y nunca recibió pruebas de mi estimación; que jamás oyó de mis labios una palabra afectuosa, ni estrechó mi mano al separarse de mí, ni me abrazó al volver a verme, ni pudo decirme en los peligros de la guerra: *Cuidado, amo mío!* Que siempre amó, calló y sufrió en mi presencia, como un paria ante su dios, como un eunuco ante la sultana, como un esclavo ante su dueño...

¡Oh!... Pero, ¡eso sí!... Estoy seguro de que no me engaño... y después lo he pensado muchas veces... Si García hubiera caído enfermo; si me hubiese querido abandonar; si hubiera llorado delante de mí..., en aquel mismo punto habría dejado de ser mi inferior... Hubiérale dicho: "García, no podré vivir sin verte...". En fin, ¡me habría dado cuenta de que éramos dos hombres que se amaban en el fondo... como hermanos!

¡No exagero, amigos míos! Considerad lo que para un oficial es un asistente...

Cuando a medianoche volvía yo a mi alojamiento, solo, triste, fastidiado..., él era quien me esperaba.

Si estaba enfermo, me cuidaba él.

No bien deseaba una cosa (a veces sin decirlo), me la proporcionaba a costa de las mayores molestias. En campaña, estaba a mi lado. En los caminos, me servían sus brazos de puente para pasar los ríos. En el invierno, se tendía a mis pies para abrigarlos. En el verano, me cobijaba bajo la sombra de su cuerpo.

El era el único que sabía el estado de mi bolsillo... ¡Sólo él podía adivinar el estado de mi corazón!

Me veía sufrir, me veía lloroso, me veía enamorado, débil, arrastrado por los vicios, poco respetable por cualquier circunstancia de la juventud..., y me miraba, sentía, callaba, y se quitaba la gorra con respeto!

El se peleaba con las patronas hasta ponerme en la mesa mis manjares favoritos. Ahorraba de mi dinero, o sea me *robaba* temporalmente, para sacarme después de apuros. Me revisaba la ropa como una mujer. Me peinaba, me cepillaba, me vestía.

Era, por último, protector como un padre, previsor como una madre, dócil como un hijo, cariñoso como un hermano, económico como una esposa, leal como un amigo... ¡Una familia entera para mí! ¡Mi *casa* ambulante!

¡Oh! ¡Aquel hombre no tenía existencia propia! ¡Vivía de mi vida..., y murió de mi muerte!

Escuchad.

Cuando la última intentona carlista acababa ya por consunción, hallábame yo en Cataluña, a las órdenes del general B...

García me acompañaba. Un día encontramos al enemigo cerca del pequeño pueblo de Gironella.

Desde por la mañana nos estuvimos batiendo con el mayor orden; y a la caída de la tarde, cuando la victoria era casi nuestra, fuimos sorprendidos a retaguardia por otra considerable partida.

¡Estábamos entre dos fuegos!

Nuestro coronel mandó la retirada viendo la cosa perdida, y en un momento casi todos los soldados huyeron en dispersión.

Pero yo no oí aquel toque y permanecí batiéndome al frente de mi compañía, que ocupaba el extremo del ala derecha, y cuyo capitán y tenientes habían muerto. Yo era subteniente en aquel entonces.

Los carlistas avanzaron...

Mis soldados empezaron a caer a mi alrededor como segadas espigas.

¡Y yo no mandaba la retirada!

Estaba loco: era presa de la epilepsia, de esa enfermedad que acompaña a todos los accesos de mis pasiones.

Pero tan estrechadas se vieron aquellas víc-
…s infelices de mi ciego furor, que huyeron
fin sin esperar mi orden, dejándose en el
…npo a la mayor parte de sus compañeros.
García se figuró que yo había mandado
…ella fuga, y corrió más que todos, creyén-
…e acaso al frente de la compañía.
Quedé, pues, solo, sable en mano.
De este modo avancé hacia el enemigo, po-
…do de tan insensata furia, que pronto caí
…tierra presa de una terrible convulsión.
Los facciosos me creyeron muerto y siguie-
… acosando a los fugitivos.
Llegó la noche sin que yo me recobrase.
Los restos de nuestras tropas estaban ya en
Gironella, donde se fortificaban y rehacían
…a caer al día siguiente sobre los facciosos,
…, por su parte, acamparon en frente de la
…queña población.
García, entretanto, había notado mi falta y
…dido volver al teatro de la lucha a fin de
…oger mi cadáver si yo había muerto, o au-
…rme si me hallaba herido.
Para lograrlo tenía que atravesar el campa-
…nto carlista…
¡Sólo un loco o una madre hubieran con-
…bido tan temeraria empresa!
Salió del pueblo cautelosamente, y dando un
…deo de tres leguas, consiguió atravesar la lí-
…a contraria.
Poco después me encontró entre los cadá-
…res.
Yo seguía insultado; pero sumido en esa
…traña somnolencia de los epilépticos, que per-
…te ver y oír, ya que no hablar o moverse.
García adivinó al momento lo que me suce-
…: enjugó sus lágrimas, refrenó sus sollozos,
…gióme a cuestas y echó a andar hacia el pue-
…cillo.
Así se fué acercando a los facciosos, impa-
…le, sereno, resignado con su suerte.
¡Sólo un prodigio podía salvarnos!
¡Él lo sabía, sí! Pero sabía también que si
… se empleaban los medios acostumbrados pa-
… sacarme de aquel insulto, o me dejaba allí a
…intemperie en tan horrible noche de ventis-
…, yo quedaría muerto al cabo de algunas
…ras…
Continuó, pues, su camino.
¡Tenía que volver a forzar la línea de los
…rlistas! La oscuridad de la noche era la úni-
… probabilidad de salvación que nos quedaba.
Pero la luna, que no suele saber lo que acon-
…e en la tierra, rompió en esto su cárcel de
…bes, y apareció plena, hermosa, resplande-
…nte, esclareciendo por completo todo aquel
…is nevado.
García suspiró, previendo una desgracia.
¡Yo la preveía también!… ¡Yo, inerte, exá-
…e, echado sobre la espalda de aquel mártir!
¡Qué horrenda pesadilla!
Mas…, ¡oh, portento! ¡García atravesó con
… carga a veinte pasos de un centinela, sin
… descubierto por él!…
Quizá nos habíamos salvado…
Mas, ¡ay!, no… ¡La fatalidad lo tenía dis-
…esto de otro modo!
Ya tocaba el resignado Cristo al término de
… vía de dolor, cuando los carlistas lo dis-
…guieron a la luz de la luna.
—¡Quién vive! —gritó una voz a lo lejos.
—¡A él! —exclamó otra más cercana.
—¡María Santísima! —murmuró García.
Y estrechando convulsivamente mis muñe-
…, apretó el paso.
En esto silbó una bala y sonó un tiro…
Mi asistente se detuvo…
Bamboleóse después con su carga; dió un
…lozo, y cayó de boca contra el suelo.
Yo caí encima de él… El sacrificio estaba
…nsumado.

¡Qué noche, Dios mío!

Primero sentí que García temblaba y se retorcía bajo el peso de mi cuerpo y entre mis inertes brazos…

Luego se quedó tranquilo…

Después se fué enfriando poco a poco…

Sus miembros adquirieron, en fin, una rigidez espantosa…

Estaba muerto.

¡Yo lo sabía, y no podía moverme!

Pasé, pues, la noche abrazado a un cadáver…, ¡al cadáver de mi inferior, de mi esclavo, del pobre García!

¡Aquél era el primer abrazo que le daba!

El fresco de la mañana me volvió el sentido.

Me puse de pie, miré a mi alrededor.

Estaba solo…, ¡solo entre los muertos!

Los carlistas habían levantado el campo durante la noche, llevándose a todos los heridos.

Registré a García y vi que la bala le había entrado por un costado y salido por el otro.

Tomélo a mi vez a cuestas, y, trémulo, vacilante, con los ojos húmedos y el corazón destrozado, entré en Gironella…

Allí está enterrado el pobre García.

Hoy es para mí su nombre objeto de culto y veneración.

¡Cuántas veces, cuántas, he pedido locamente a Dios que le permitiera resucitar, para consolarlo de mis acritudes y violencias y pagarle con amor su sacrificio! ¡Cuántas le he pedido perdón con el pensamiento! ¡Y cómo me ha mejorado su muerte!

Desde entonces soy dulce, afable, cariñoso con aquellos de mis inferiores que se portan bien, y en vez de aspirar a que tiemblen ante mí y me crean un ser de especie superior a la humana, sólo deseo ser como un padre de todos ellos… Porque he comprendido, demasiado tarde, que bajo el burdo capote del soldado laten a veces corazones más hermosos que bajo el uniforme dorado del general.

¡Oh! Cuando los asistentes que he tenido después han celebrado mi trato paternal; cuando he oído las bendiciones de mi compañía; cuando he derramado algún consuelo sobre esos pobres hijos de la Patria, ¿no es verdad, pobre García, que has sonreído en el cielo, diciéndote: "Mi sacrificio no fué inútil, pues que ha redimido a algunos de mis camaradas?…"

…………………………………

El joven militar quedó con los ojos clavados en el cielo; nosotros nos asimos a sus manos, y el mozo de la fonda entró con la cuenta. ◈



Trivialidades sobre

Por
EDUARDO MALLEA
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

1. Cómo nació Mr. Pickwick

Los elementos fortuitos o providenciales, los accidentes, las iluminaciones, lo imprevisto que interviene en la creación de la obra de arte son, si se acierta a considerarlos y calcularlos bien, numerosísimos, diferentísimos, y tienen la peculiaridad de su misteriosa y propiciatoria concurrencia. Días pasados, leyendo una vez más la biografía de Dickens escrita por su amigo Foster, he vuelto a pasearme sorprendido ante las circunstancias externas, concurrentes y casuales — por así llamarlas — que intervinieron en la invención y primera salida del famoso Pickwick. El cual, como se verá, se pareció mucho a nuestro señor Don Quijote, no tanto por el especial designio de su autor, como por la fuerza de una serie de coincidencias tan externas como determinantes.

Unos editores londinenses — Chapman and Hall — resolvieron un buen día encargar a un escritor de los textos que deberían acompañar a ciertos dibujos festivos y sportivos preparados por un artista de éxito: Mr. Seymour. Se trataba de inventar un grupo de miembros de algo así como un Nimrod Club, los cuales saldrían a cazar, pescar y tener experiencias afines. Invitado Dickens a encargarse de la tarea, objetó que no era él hombre de campo ni cosa parecida; que la idea no era nueva y que sería mucho mejor que las ilustraciones surgieran del texto y no al revés. Así se hizo. Seymour concibió al personaje principal en términos de un hombre alto y delgado. Una sola entrega pudo librarse al público con dibujos de Seymour; el artista se suicidó antes de dejar terminada la segunda. Y el protagonista original, alto y delgado, se transformó, debido a una sugestión del editor Chapman (quien describió a Dickens un personaje de Richmond, gordinflón y de polainas), en la figura cuyas anchas y redondas líneas todo el mundo conoció después.

Idea general, ambientes y figuras — pues además de la del ilustre fundador del Pickwick injertó Dickens la de Mr. Winkle, debido a la necesidad de brindar a Seymour un personaje de su simpatía — le vinieron así a Dickens dadas. Su genio recogió todo, y de todo eso surgió uno de los libros más extraordinarios y frescos que se hayan producido nunca.

2. Thackeray y Dickens

Pero el juego de las cosas no paró ahí. Muerto el dibujante que había creado el personaje de Dickens e ilustrado la primera divertida entrega del libro, el novelista hubo de elegir al artista que sucediera a Seymour. Dickens vivía entonces en Furnivals Inn y recibió con tal motivo la visita de no pocos dibujantes que aspiraban a compartir con él la gloria, presumible ya, de las aventuras y experiencias del señor Pickwick. Entre esas visitas, una fué la menos memorable desde el punto de vista de aquellos días; la más memorable desde el punto de vista de la historia literaria. Dickens recibió, en efecto, una tarde, a cierto novel dibujante, tímido y demasiado primerizo, que llegaba hacia él temblando de cortedad. El autor ojeó aquellos dibujos; los rechazó prontamente. El dibujante partió, oscuro y confundido, perdiéndose en las calles próximas a Furnivals Inn. Se llamaba William Thackeray. Años más tarde iba a escribir *Vanity Fair* y a alcanzar la inmortalidad de los más grandes, a figurar en la historia de las letras inglesas al lado de Dickens, y aun a la luz de una iluminación menos popular pero más delicada.

3. El encanto y la fuerza

Existe otro examen tanto o más interesante que el de los elementos fortuitos o providenciales que intervienen en la creación de las obras de arte, y es, naturalmente, el de los elementos de labor subterránea e invisible, actividad de topo lúcido, propios de la lucha de un creador por hacerse de los materiales adecuados y personales que requiere para su objeto, y que no se parecen a los materiales necesitados por otro. Cada autor necesita desbrozar el terreno y plantar ahí su casa, después de haber elegido el espesor, tipo y calidad de aquellos materiales. Tiene que rechazar y preferir; y esto es el trabajo mayor, aquel en que prueba su verdadero rigor y la especie de su genio. En este sentido, una de las experiencias más sugestivas es la de Henry James, el estilista delicioso de *The Ambassadors*, *The fi[...] in the carpet*, y *The [...] of the dead*. Era, en [...] comienzos, un balza[...] impertinente; todo lo [...] más admiraba en el [...] de la novela — el vigor, [...] plasticidad, el genio [...] gral — estaba en Balz[...] menos una cosa: el enc[...] to. Era dueño de todos [...] dominios, menos de [...] Y éste era el que nece[...] ba Henry James; en [...] iba a levantar Henry [...] mes su construcción. [...] manera que su primer [...] bajo fué prescindir de [...] lo que había acumulad[...] términos de conocimi[...] del otro arte, renuncia[...] todos los recursos gen[...] camente propios de [...] fuerza, despojarse de [...] lo que no sirviera al c[...] — clima delicioso — de [...] propio dominio. Su [...] en efecto, lo contra[...] existe algo en verdad [...] gónico, del arte de B[...] todo lo que éste imp[...] en el enorme fresco a [...] za de grandes broch[...] lo fué Henry James [...] bujando en términos [...] nura, cuidado y len[...] Todo lo que en Balza[...] acentuación y énfasis [...] en Henry James med[...] no y confidencia. To[...] que en Balzac canta [...] provenzal, romántica[...] te, se confiesa en Jam[...] modo clásico. Y todos [...] recursos escogidos y [...] son en uno para la [...] tación agitada, y en el [...] para el aplacamiento. [...] los dos, el verdadera[...] paciente es James. El [...] saca de su apuro has[...] apariencias de la calma.

Lo difícil del arte de [...] novela no es tanto que [...] néricamente tenga sus [...] yes, que la novela [...] como novela sus pr[...] leyes, sino que *cada* [...]

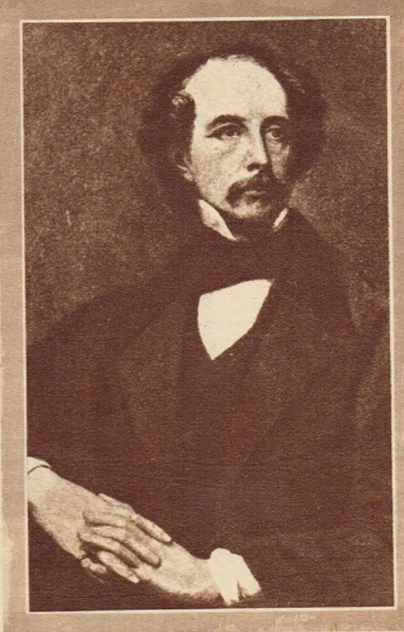
...cosas no tan triviales

...e las suyas particulares. ...r eso, más adecuado que ...ir ante una tentativa ...de estas leyes están ...tradas: "Esto no es una ...ela", es decir: "Esto no ...a novela que quiso ser". ... cual equivale a decir ...e los materiales fueron ...idos en confusión y ...cados sin sabiduría de ... necesidades interiores ...na construcción, no ya ...érica, sino particular.

...s leyes de un género, según ...homas Hardy

...rquitecto de oficio an...de ser novelista, Tho...s Hardy calculó como ...e la proyección de esas ...s en lo que hacía a sus ...pios libros. Y en lo que ...e a la novela en general, ...que ésta tiene, obvia...te, sus principios su...mos o premisas mayo... en que las previsiones ...lculos particulares han ...onfluir sin que por eso ...rdan su volumen, su fi...omía o su dimensión ...pia.

...Hardy concebía sus li...s arquitecturalmente, ... la misma perspectiva ...grandeza con que, atá...a y personalmente, esta...habituado a planear na...de templo, ábsides, cru...s. Él mismo cuenta ...e leyendo a Henry Ja...s —y por lo que se ha... leído más arriba se de...irá que no comparti...s el juicio que sigue— ...a la sensación de que ...se podía frecuentar esa ...atura amanerada y pro...sino cuando no se te... ocasión de ir al encuen... de mayores temas. El ...o que ocasionaba esta ...ección era el *Reverbe*...r. Y pronosticaba Tho...s Hardy que las gran...e novelas del futuro no ...drían nada que hacer con las minucias de manera. (En lo que tenía razón.) "La misión del poeta y del novelista —decía— consiste en mostrar la tristeza que existe bajo las más grandes cosas, y la grandeza existente bajo las cosas más tristes." Según sus biógrafos, a Hardy no le importaban ni mucho ni poco las costumbres, las actitudes externas, los modos visibles de la gente —eso que se ha dado puerilmente en decir que los novelistas *observan*—, sino la substancia misma de la vida. A lo que los mayores novelistas en efecto dan forma no es a una serie de hechos o circunstancias más o menos originalmente dispuestos, sino al sentido que impone a esos hechos cierta estructura mucho más trabada y potente que su concatenación visible.



Carlos Dickens

En este aspecto, Hardy no entendió una palabra de lo que era el arte de Henry James, en quien ningún accidente accesorio o decorativo, ningún obstáculo externo, ninguna digresión hacia lo externo y circunstancial turbaba la extraordinaria línea interna o sentido inmanente de sus tenues relatos. Llegaba a la dramaticidad sin recurrir a las *appoggiature;* sólo mediante un dejar que las cosas fueran gradualmente abriéndose y mostrando su espectáculo interior.

Porque toda escena humana tiene dos cosas: la que está pasando y la *que no está pasando;* la que está quedando. Su intimidad sin tiempo, perenne.

De esto, en el fondo, sí se daba cuenta Thomas Hardy. Pues alguna vez dijo: "Esto concuerda con mis sentimientos sobre, pongamos, Heidelberg y Baden *versus* Scheveningen —como lo anoté al comienzo de mi "Retorno del Nativo"—, en el sentido de que la belleza de asociación es enteramente superior a la belleza del aspecto... Para hablar paradójicamente, se trata de ver la belleza que existe en la fealdad".

Y en otra ocasión, reflexiona: "Así, pues, si los defectos de la Naturaleza deben mirarse a la cara, ¿cuándo comienza el *arte* en la poesía y en la novela? Porque deben implicar arte, o de lo contrario no son más que mero reportaje mecánico. Yo creo que el arte reside en hacer de aquellos defectos la base de una belleza no percibida, en imponerles la irradiación de la luz *que nunca estuvo en su superficie*, pero cuya existencia es divisada en ellos por el "ojo espiritual".

Eduardo Mallea

ACTUALIDADES



El general Farrell leyendo la placa recordatoria de la inauguración del dique San Roque.

DE LA VISITA DEL PRESIDENTE A CORDOBA

La inauguración del nuevo dique San Roque y la gran concentración de agrarios realizada en Marcos Juárez, subrayaron la importancia de la breve visita que el presidente de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, realizó recientemente a la provincia de Córdoba, y en el curso de la cual se llevaron a cabo numerosos actos oficiales. Tres de ellos se reflejan aquí en sendas notas gráficas.

★



El comisionado municipal de la ciudad de Córdoba pronuncia palabras de [...] nido ante el presidente, su comitiva y autoridades.



Durante la gran concentración de agrarios realizada en Marcos Juárez, [...] dente escucha la palabra del interventor en Córdoba, general Guglielm[...]



EL DIA DE LA BANDE[...] SAN JUAN. — Singular [...] to alcanzaron los actos [...] dos en San Juan con [...] la celebración del Día [...] dera. La ceremonia [...] vo lugar en el parque [...] donde después de ofici[...] misa de campaña, el [...] coronel Falzioli pronun[...] alocución tomando el [...] a los soldados, en presen[...] interventor federal, gen[...] Molina, de las autorida[...] siásticas y de mucho [...]

GRAFICAS



JURO SU CARGO EL VICEPRESIDENTE. — En el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, y dentro de los acostumbradas fórmulas protocolares, el presidente de la Nación tomó el juramento de su cargo al nuevo vicepresidente, coronel Juan D. Perón. Asistieron a la ceremonia altos funcionarios del gobierno y las autoridades militares y eclesiásticas. El coronel Perón aparece aquí saludando al general Farrell, instantes después de prestar juramento.



DESFILE DE MODELOS. — Muy brillante resultó el desfile de modelos para la próxima temporada de primavera-verano, que la firma Hirschberg Tejidos S. A., realizó días pasados en "Goyescas". Se ven aquí tres sugestivos modelos de noche, en seda natural. De izquierda a derecha: vestido confeccionado en "Jacques Fouquet", "Delorme" y la variedad "Bahama", de Firmetex.



DESIGNACION. — Con motivo de haber sido designado profesor de economía y organización industrial de la Facultad de Ciencias Económicas, le fué ofrecida una demostración al ingeniero Torcuato Di Tella. Asistieron al banquete, entre otras personalidades, el contraalmirante Pedro S. Casal, el general Manuel N. Savio y los señores Enrique Butty, Jorge W. Dobranich, Robustiano Patrón Costas, Ernesto C. Boatti, Salvador Oría, Carlos Alberto Pueyrredón, Mario A. de Tezanos Pinto, etc., etc.



EL CUENTO DE AMOR

El salón azul y rubí

Por

CLAUDE FARRÈRE

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

PUES bien, en el año de gracia de 1906, los colores elegidos para el gran salón de baile, durante el carnaval de Niza, fueron el rubí y el azul.

La noche de esa fiesta mágica, y cuando terminaban de dar las once horas —ya la sala enorme, florida, engalanada, iluminada, desbordaba de una multitud resplandeciente, azul y rosa—, una pastora celeste, al pie de la gran escalinata que asciende hasta los salones de juego, se atrevió a dirigirle la palabra a un pastor de atavíos color rubí.

—Te conozco —le dijo.

(Mentira evidente; si lo hubiera realmente conocido se hubiera cuidado de confesárselo.)

El la miró en silencio. Sus dos antifaces, apretados y prolongados por largos encajes, disimulaban por completo sus rostros. El sólo veía los ojos de ella, sus ojos verdes; y ella los ojos de él, sus ojos pardos.

La mujer continuó, con atrevimiento creciente:

—Te encuentras solo... No pareces divertirte... ¿Te abandonaron tus amigos?... ¿No los tienes, acaso?... ¿Para qué viniste al baile?...

El hombre continuaba contemplándola fijamente. Repuso al fin:

—Vine para verla.

La mujer retrocedió un paso.

—¿Para verme?... ¿A mí?... ¿Pero si tú no conoces ni mi nombre?

El se encogió suavemente de hombros.

—No tengo necesidad de conocerlo. Es usted la mujer que esperaba. La desconocida, aquella que aguardé toda mi vida. Tanto me da que se llame usted Jeanne como Suzanne.

La mujer lo miró, levemente inquieta. Preguntó al fin:

—¿Por qué no me tutea?

El hombre se inclinó para responder:

—Porque escuché su voz. Desde ese momento dejó de ser para mí una máscara anónima. La reconocí y sé que es aquella a la que yo aguardaba. Mi prometida. No creo conveniente tutear a mi prometida. Lo haré cuando sea mi esposa.

Ella rió:

—Es que ya soy la esposa de alguien... Mire...

Tendió la mano izquierda, donde, bajo el guante de seda azul, traslucíase la alianza de oro. El le tomó la mano, quitóle el guante y, después de besarla, le sacó el anillo.

—¿Lo ve usted? Ya no lo tiene. La mano está desnuda y su dueña es libre.

La muchacha no sintió el menor deseo de enojarse. Tomando el brazo que su compañero le ofrecía, ambos se mezclaron con la multitud. La farándula anudábase y retorcíase de un extremo a otro de la sala, grande como un parque. Llevados por el viento, corrieron. Teníanse de la mano, y sus palmas, apretadas una contra la otra, mezclaban sus vivientes tibiezas.

Terciopelo azul y satén rosado, semejaron, durante cinco minutos, dos títeres tornadizos sacudidos por cordeles delirantes. Por fin quebróse la farándula para arrojarlos, sofocados y con el rostro humedecido, sobre dos sillones junto a un macizo de palmeras.

—¡No puedo más! —dijo ella—. ¡Es una locura!...

Para respirar levantó el encaje del antifaz. Un instante tan sólo, apenas el de un parpadeo, pero el preciso para que el hombre entreviera una nariz graciosa y una boca sensual.

—¿Quiere usted beber?... Es verdad que la farándula giraba con excesiva rapidez... Pero, ¿para qué estaríamos nosotros aquí si no fuera para aturdirnos?

Le sirvió un champaña dulce, que ella bebió a grandes sorbos. Sostenía la copa con las dos manos como una chiquilla que tiene mucha sed. Pronto sintióse levemente embriagada. Levantándose, quiso bailar de nuevo. El hombre, al tomarla del talle, aventuró una caricia. Ella, riendo, lo amenazó con el dedo:

—¡Con una vez basta!... ¡Pero no comience de nuevo!

—¡Como usted ya no lleva alianza!...

La multitud gozosa los asediaba, obligándolos a oprimir y confundir sus cuerpos. El repitió:

—Ya no lleva usted alianza. El último lazo que la retenía a su vida ha sido quebrado. Pertenece ahora al sueño, al sueño rosa y azul. Ya no es usted Jeanne o Suzanne, la mujer cuyo nombre no conozco. Es mi prometida... y pronto será mi esposa. Pronto, apenas la haya raptado...

—¡Raptado!... ¿En una silla de posta o en la grupa de su corcel?

—En la grupa primero y en la silla después, como lo exigen las conveniencias... Tengo cuarenta caballos mágicos, cuarenta caballos de bronce y acero que aguardan en la puerta de este palacio. Mandaré de inmediato un genio alado, un genio más rápido que el viento y el relámpago, para que retenga para los dos, en la posta más próxima, dos lugares en el carruaje de fuego que parte a medianoche.

—¿Adónde va?

—¿Qué importa adónde?... Al castillo del hada, su madrina..., o a la isla afortunada que alguien quiso regalarle alguna vez a la hermana de Aníbal... A otra parte, quizá... ¿Qué importa eso?... Quizá a París, si usted quiere, a mi casa...

—¿A su casa?

—Es también una comarca de ensueño. Figúrese usted una casita pequeñita, oculta bajo árboles muy grandes. Cuando usted llegue estarán cubiertos sus peldaños de pétalos de rosa. Y el esclavo amarillo que traje del reino de la seda se arrodillará para besar el ruedo de su vestido...

—¡Lástima que todo esto sea un sueño solamente!...

—Un sueño, es verdad. Pero no olvide que esta noche es la vida la irreal, y los sueños la única realidad...

El azar los había conducido cerca de la puerta. El vestíbulo, desierto, los atrajo hacia su frescura. Se detuvieron un instante para recobrar el aliento, y el hombre, a su vez, se sacó el antifaz. Un segundo, tan sólo, pero un lacayo atento lo reconoció y se precipitó hacia la calle gritando hasta desgañitarse:

—El automóvil del señor conde de...

El nombre se perdió en el estrépito callejero. De inmediato escuchóse el ruido de un vehículo. Y, semejantes a algún resplandeciente dragón de leyenda, los cuarenta caballos, con sus dos faros horadando la noche, se aproximaron al borde de la acera. El lacayo, solícito, abrió la portezuela.

Ambos, la pastora azul y el pastor rubí, de pie en el umbral, se miraron:

—Ya lo ve usted —dijo él de pronto—. Tenía razón. El sueño, pese a nosotros mismos, se realiza... ¡Venga!...

Ella hizo un esfuerzo para retroceder, para recobrarse. Pero el champaña que había bebido arrastraba las ideas de su mente en enloquecida zarabanda. ¿Quería o no?... Lo ignoraba.

La deslumbraban los faros, como el espejo a las alondras. Giró dos veces sobre sí misma, como presa del vértigo..., y, bruscamente, corrió hacia la abierta portezuela.

El lanzóse tras de la mujer. De paso, ordenó al lacayo:

—Telefonee a la estación. Un camarote en el rápido.

El auto gruñó en la calle en sombras.

Entonces, solos ya, levantaron sus antifaces para gustar sus labios. Pero, como la noche espesara su sombra en torno de ellos, no se vieron, no se vieron más...

Tampoco se vieron en la oscuridad aun más secreta del tren, que huía vertiginosamente por montes y llanuras.

Se adormecieron. En el vagón en tinieblas, sus cuerpos parecían una mancha color de cielo y otra color de aurora. Un resto de ensueño volaba todavía sobre ellos.

Pero, poco a poco, el vidrio del vagón trocóse en blanco. Levantábase el alba, fría y grisácea como un sudario. Nubes bajas pesaron sobre una campiña triste, sobre campos fangosos, esqueletos de árboles, dispersa escarcha. El día destronó la noche; un día de invierno, lúgubre y descolorido. El terciopelo azul y el satén rubí transformáronse entonces en oropeles arrugados, sucios, grotescos.

Juntos, el amante y la amante, despertaron. El tren atravesaba en esos momentos un río. En torno flotaban olas de niebla. Bajo ellas entreveíase una ciudad. Chimeneas de fábricas surgían, mezclando con las nubes su humareda.

El tren se detuvo. Sus empleados corrieron a lo largo de los vagones.

—¡Lyón!... ¡Quince minutos de parada!

La pastora pasó dos veces la mano sobre su rostro.

—¿Lyón?...

No comprendía... No lograba reunir sus recuerdos... ¿Y este vagón?... ¿Y ese vestido de carnaval?... ¿Y ese desconocido sentado cerca de ella..., demasiado cerca de ella?...

De pronto lo recordó todo, comprendió.

—¡Dios mío!... ¡Qué será de mí!...

El hombre no replicó. ¿Para qué pronunciar palabras inútiles?... Ella estaba perdida, era evidente, para la ley moral del mundo. Calló, entonces, sintiéndose triste hasta lo más hondo de su alma. Ella gemía ahora:

—¡Toda mi vida destrozada!... ¡Mi esposo!... ¡Mi pobre hija!... ¡Mi hogar!...

Una emoción violenta lo conmovió de la cabeza a los pies. Puesto de pie, arrancó su máscara, desgarró su jubón. Ella, maquinalmente, lo imitaba: desgarraba su corpiño y su faldellín. Apareció entonces vestida con un traje de ciudad, correcto, gris...

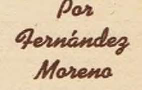
—Señora —dijo él—, escúcheme usted. No llore así, se lo ruego... Estas ocho horas que acaba usted de vivir..., que usted cree haber vivido..., son realmente un sueño, un mal sueño..., una pesadilla... ¡Recuérdelo, nada más! No ha sucedido nada, nada, absolutamente nada... La única realidad es ésta: ayer, la embriagaron..., conoció usted la embriaguez... Hoy, hoy tomará en ese andén de la izquierda el tren que se ve allí..., sí, ése..., que la llevará a Niza... Su marido será indulgente... Su hija nunca sabrá nada... Yo..., yo no existo... ¡Vaya!... Adiós, señora...

Abrió la portezuela. La mujer no descendió de inmediato; contemplaba, a sus pies, con extraña fijeza, el satén rubí y el terciopelo azul. Pero al fin, como con esfuerzo, huyó, corrió hacia el otro tren, desapareció en él...

Los dos silbatos resonaron al unísono. Solo en el vagón que lo conducía, él, ya lejos de ella, se arrodilló para besar piadosamente los despojos de seda, el sudario del sueño muerto. ◈



GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES



A vueltas con el tránsito

Por Fernández Moreno

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
DIBUJOS DE
RAUL VALENCIA



El tránsito urbano nos tiene a todos enfermos del corazón. Vivimos sumergidos, embargados por él. Es una muralla movible que corta las calles o, mejor dicho, una muralla que se abre, que se cierra, que nos alienta, que nos burla, pero más infranqueable que cualquiera medieval. Sus lienzos, sus bastiones, están hechos de camiones, de tranvías y de bicicletas.

Está uno, supongamos, en la avenida de Mayo y Piedras, y sueña con las frondas y mármoles de la plaza San Martín, lleno de prisa, y no ve más solución que un taxímetro. Se mete, ciego, en el primero que encuentra, adelanta un metro en lo que supone que va a ser el vértigo, y se detiene en seco. No tan en seco, sino saltando, trepidando, ante la impasibilidad del chofer, que vuelve las espaldas y le da lo mismo. Se mira



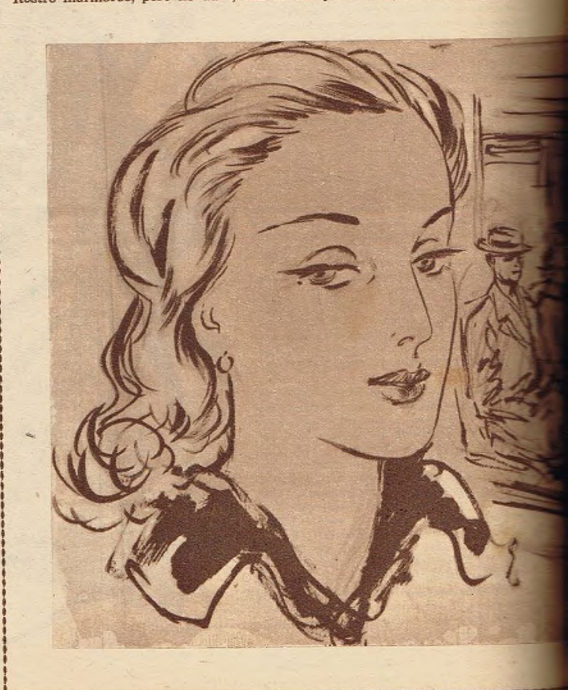
hacia adelante y todo el rebaño se ha detenido, balando. En mitad de las bocacalles, el agente de policía gira como un muñeco, ovillándose en la propia madeja del tránsito. Pero no nos hace caso. A lo lejos y a lo alto, la calle se estrecha hasta la fisura. Y los tranvías que, sin duda por antigüedad, se creen dueños del espacio, hacen lo que quieren; allí está uno de ellos en diagonal, en la esquina, geológico. En fin, uno es siempre el que no puede pasar. A derecha e izquierda, las vidrieras familiares, los avisos multicolores, verticales u horizontales; y allá, inalcanzable, la meta florida. Aumentan las pulsaciones cardíacas del viajero, y se desespera, entre suspiros y denuestos. Es el momento en que recordamos el campo y nos contemplamos felices, crucificados en una tranquera, las puntas de las botas hundidas en el trébol fragante.

Si vamos a pie, y el tránsito nos sorprende en su espesura, es una especie de toreo de vehículos obligado, sin traje de luces y sin gracia. Los autos se nos echan encima y hay que adivinarlos, presentirlos, por una especie de sensibilidad de los hombros, de los músculos. Yo me siento muy a menudo atropellado, oigo el crujido de mi columna vertebral, rota como un leño viejo, y me veo aplastado contra el asfalto. Ya estoy un poco cansado de la faena. Confieso, francamente, que prefiero pegarme a un transeúnte, a un grupo de transeúntes más atentos que yo a la vida, y correr su albur.

Grecia en el ómnibus

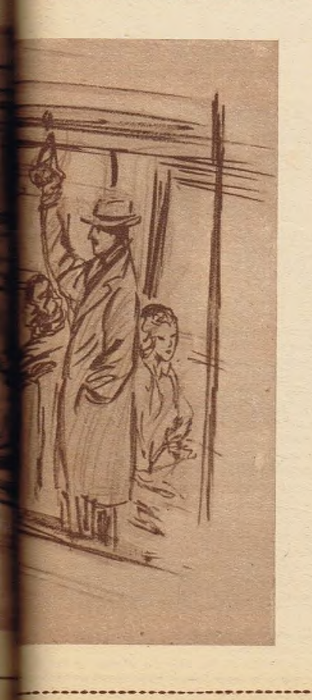
Viaja enfrente de mí, el rostro blanco y el traje negro. Pero, el rostro, de mármol, perfecto, clásico, entre los desgarrones del ómnibus. Como no me quiero convencer a mí mismo de su perfección, la miro y la remiro todo lo posible. Y hay que darse por vencido: no hay una falla.

La frente serena, la nariz recta, las aletas perdiendo netamente su ese en las mejillas, la boca entreabierta, como tallada por un cincel fino como el viento, dulce como la miel. Los ojos claros, zarcos; las cejas ya no reales, sino divinas. Rostro marmóreo, pero no duro, con brillos y sombras, debidos al juego de



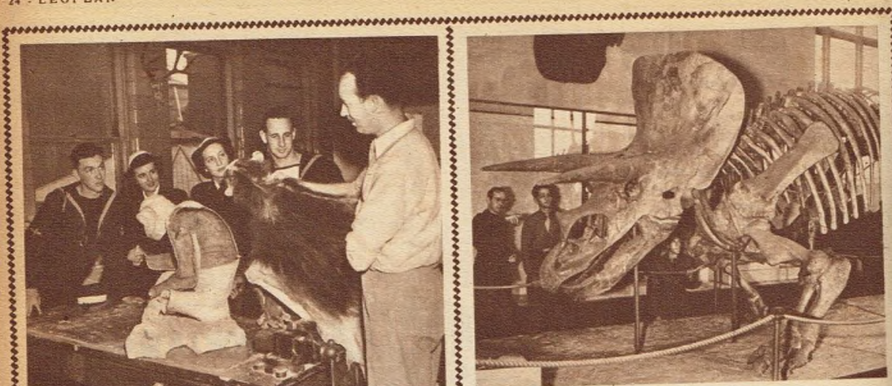
la luz sobre ellos. Porque la barbilla, por ejemplo, parece que fuera discutible aquí o allá. Y no. Es la luz. Es un poco de sol, sol de ómnibus, pobre y amarillento. El cuello, redondo, delicado, sin una palpitación. Lleva un abrigo cuyas solapas le dividen y señalan el pecho, tan perfecto como el rostro. Ahí está. No hay más que dibujarla, esculpirla, para una Diana al sesgo, para una moneda, para un camafeo. Es un prodigio, una resurrección, un salto de Atenas a Buenos Aires, calle de San Juan arriba. Es una pequeña diosa que ha atravesado las generaciones, incólume, purísima, fugitiva y quieta. Hasta su pelo echado hacia atrás en rizos menudos le deja las orejas descubiertas, para mayor limpieza y nitidez de todo el rostro.

La miro incansablemente, absorto, maravillado. No le falta nada más que una cosa: las manos. Gordezuelas, rojizas, trabajadas, vedlas sobre el regazo negro. Ha debido dejarlas, en su viaje fabuloso, en algún mesón del camino, en algún trueque falaz de mercado. Y algo más: el concepto de su divinidad detrás de la frente. ◈





Los visitantes se interesan por la labor de Jorge Adams, armador del Museo, que está preparando un ejemplar de chimpancé.



Un fósil de triceratops, animal que vivió hace unos 60 millones de años. Su apariencia es la de un verdadero tanque natural.

Un vistazo al mundo

EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE NUEVA YORK SE PREPARAN LOS ESQUELETOS DE ANIMALES QUE VIVIERON HACE 60 MILLONES DE AÑOS

Por
Remo Valcarce

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Revelando el secreto

QUIENES tienen la idea de que un museo de historia natural es una mansión vetusta y solemne, habrían de cambiar de opinión si pudieran visitar, en la actualidad, el que abre sus puertas al paseante en la ciudad de Nueva York.

En el deseo de proporcionar a las fuerzas armadas de la nación, y a las mujeres que trabajan en los Servicios Auxiliares, un motivo más de distracción en los momentos en los que se hallan fuera de servicio, las autoridades del museo han dispuesto que quienes visten uniforme pueden visitar, además de las salas destinadas a exhibición, los salones privados de la institución, donde una legión de expertos trabaja afanosamente para presentar al público los ejemplares debidamente acondicionados. De tal manera el visitante agrega al interés de la vista de una pieza geológica desconocida o rara, el hecho siempre interesante de haber observado cómo se prepara un fósil o un animal cualquiera antes de ser mostrado al público.

Pero no es eso todo: en las dependencias del museo existen además amplios salones dedicados exclusivamente a solaz de las fuerzas armadas y a sus huéspedes civiles. Hay allí cantina, sala de lectura, salón de juegos, etc., etc. Allí, todo aquel que viste uniforme: soldado de infantería, marino, aviador y las mujeres adscriptas a los Servicios Auxiliares del ejército y la marina, pueden pasar un rato agradable y entretenido.

Un sabio en ridículo

Pasó ya el tiempo en que los sabios creían que los fósiles eran formaciones caprichosas que la naturaleza hacía en el barro. A ese respecto se recuerda que, no muy lejos en la historia del tiempo, el sabio Beringer, a pesar de ser una de las notabilidades de su época, fué objeto de una pesada broma que tuvo la virtud de acabar con tan peregrina teoría. Sus propios alumnos escondieron, en los terrenos donde él acostumbraba excavar, una serie de tallas en piedra. Cuando el sabio hubo reunido lo que él creyó que era la colección más importante de la época, descubrió, en su última excavación, la estatua de un monstruo alado y deforme, que sonreía en forma insolente. En el pecho tenía grabada, con caracteres góticos, la palabra Beringer. La decepción del sabio, al comprender la broma cruel de que había sido objeto, fué enorme. Quemó la edición del libro que había hecho publicar al respecto, y procuró que sus "investigaciones" fueran olvidadas. 40 años después, alguien hizo editar, sin embargo, una segunda edición de aquella obra, para escarnio del sabio.

Hoy en día, se conoce ya perfectamente el proceso de formación de un fósil, y a través de esos restos, a veces insignificantes, se ha podido reconstruir el proceso evolutivo de seres hoy desaparecidos para siempre.

El Museo por dentro

Desenterrar un fósil es ya, de por sí, tarea difícil. Es necesario proceder con sumo cuidado a fin de no romper los restos del animal. Pero cuando una vez en el museo, los técnicos proceden a la tarea de limpiarlo, clasificarlo y finalmente armarlo, la tarea se complica. En ciertos casos la labor demora un año y más tiempo, debido a que es necesario proceder con suma cautela para colocar cada pieza en el lugar correspondiente. A veces, como es de imaginar, faltan algunas piezas anatómicas. Entonces los expertos deben reconstruirlas para agregarlas al esqueleto total. Todo ese trabajo que antes se hacía casi en secreto, en el ambiente tranquilo y apacible de las salas interiores y los laboratorios del museo, se efectúa actualmente en público, para que los profanos tengan un motivo más de interés en sus visitas.

De tal manera, los miembros de las fuerzas armadas y auxiliares, pueden ver, con la natural curiosidad que ello despierta, cómo se arma, por ejemplo, el esqueleto de una gacela o cómo se le coloca la piel al armazón del cuerpo de un chimpancé antes de exhibirlo en público.

Un mundo apasionante

A través de las salas del Museo, es posible trasladarse mentalmente hasta aquellos tiempos hace millones y millones de años, en los cuales

la naturaleza se prodigaba en ejemplares enormes de la flora y de la fauna. En la época terciaria, por ejemplo, reinaban sobre la faz de la tierra los gigantescos dinosaurios, de 40, 50 y más pies de altura. Con un poco de imaginación, no es difícil "ver" el panorama que presentarían las llanuras de lo que hoy es América pobladas por los brontosaurios, de la era jurásica, que alcanzaban a 66 pies de altura; por iguanodontes, que daban zancadas de quince pies de longitud y que en el agua se movían con enorme velocidad merced a los impulsos de sus poderosas colas; llanuras donde pacía también el triceratops, coloso de 8 toneladas de peso, armado con formidables cuernos frontales y provisto de un enorme espinazo. Aquel animal prehistórico vagaba hace la friolera de 60 millones de años, en las llanuras de lo que es hoy Wyoming, y se alimentaba con hojas y ramas de árboles. Pero el terror de todos aquellos seres era sin duda el formidable tiranosaurio, feroz carnicero de 45 pies de altura, al que la naturaleza había dotado de colmillos de 11 pulgadas de largo.

¿Qué queda ya de aquel mundo de gigantes, donde los helechos parecían árboles y los seres vivientes verdaderas fortalezas de músculo y hueso? Nada más que unos cuantos fósiles cuidadosamente alineados en los museos para curiosidad del que los sobrevivió a todos: el hombre, que, según la teoría del sabio Ameghino, era en aquellas épocas un animalito semejante a una laucha.

Otras historias

Claro está que, por lo que respecta a los representantes de las fuerzas armadas, sus miembros se interesan principalmente en la historia natural de las regiones en las cuales han estado luchando, o en las que lucharán muy pronto, haciendo, ellos también, un poco de historia humana. Las representantes de las fuerzas auxiliares femeninas se reúnen en la sala destinada a los seres marinos. Allí la colección de bivalvos es enorme y algunos ejemplares son realmente notables. Tal, por ejemplo, la gigantesca ostra capaz de aprisionar un hombre, y cuya fuerza, si se tiene en cuenta la que poseen los ejemplares que los gastrónomos saborean con deleite ante una mesa bien servida, ha de haber sido prodigiosa.

Tal es, en síntesis, el panorama actual del Museo de Historia Natural de la ciudad de Nueva York. Estamos seguros de que el lector no ha de pensar ya que se trata de lugar vetusto y triste... ◈

prehistórico



Una enorme ostra llama la atención de dos reclutas de las Fuerzas Auxiliares Femeninas. Se trata de un ejemplar cuyo peso es de 579 libras.



EL ASESINATO DE JULIO CESAR

por **MARK TWAIN**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

Unico relato completo y auténtico aparecido ese día. Extracto del periódico romano "Los haces de la noche", diario de la fecha de este terrible accidente.

NADA en el mundo procura tanta satisfacción a un cronista como el reunir los detalles de un asesinato sangriento y misterioso, y exponerlos con todas las circunstancias agravantes. Experimenta un vivo placer en esa labor encantadora, sobre todo cuando sabe que todos los demás periódicos se están imprimiendo en aquel momento, y que él será el único en poder dar los espantosos detalles. Muchas veces he experimentado un sentimiento de pesar por no haber sido periodista en Roma, en tiempos del asesinato de César; cronista de un diario de la noche, el único diario de la noche que se publicase en la ciudad. Hubiese puesto en movimiento lo menos a doce reporteros de los diarios de la mañana, y los habría llenado de desesperación al leer la crónica más maravillosa que jamás haya podido ser escrita. Claro está que se han producido otros sucesos de tanto revuelo como éste; pero ninguno ha presentado tan particularmente todos los caracteres de crónica periodística, como se la concibe en el día, realzados y magnificados por la posición elevada, la reputación, la situación social y política de los personajes.

Puesto que no me ha sido posible hacer una información completa del asesinato de César de un modo regular, tengo al menos la satisfacción de traducir el fiel relato siguiente del texto latino de *Los haces de la noche,* de aquella fecha, segunda edición:

"Nuestra ciudad de Roma, tan apacible ordinariamente, se vió ayer convulsionada por uno de esos crímenes sangrientos que producen espanto y escalofríos en cualquier parte del mundo.

"En este terrible crimen ha sido elegida como víctima uno de nuestros más estimados conciudadanos, cuyo renombre rebalsa las fronteras del país, debido en parte, dicho sea de paso, a la gran difusión de este diario y a nuestra constancia en la defensa de la reputación de dicha persona contra las calumnias y las mentiras de sus adversarios políticos. Estamos convencidos de que la víctima estaba adornada por las más altas dotes y de que se destacaba en la vida pública con relieves propios. Por esto es por lo que el sangriento suceso ha motivado una honda demostración de pesar. Se trata, pues, del señor Julio César, emperador electo.

"He aquí los hechos, tal como surgen de las informaciones que han podido ser recogidas por nuestro cronista, tomando los datos de los contradictorios relatos que le hicieron los testigos presenciales.

"El origen de todo fué, naturalmente, una querella electoral. Las nueve décimas partes de las espantosas matanzas que nos deshonran diariamente en nuestra ciudad, son causadas por las querellas, celos y odios provocados por esas malditas elecciones. Roma ganaría mucho si los mismos agentes de policía fuesen nombrados por cien años. Porque es un hecho comprobado que no hemos podido elegir ni siquiera un recogedor de perros sin celebrar el suceso con una docena de cabezas rotas, y llenando los puestos de policía con vagabundos ebrios.

"Además, sabido es que, cuando días pasados ese distinguido caballero fué proclamado en la plaza del Mercado por un aplastante mayoría, y se le ofreció la corona, no se salvó de los insultos, como los murmurados por hombres de la clase de Casca, del décimo distrito; por otros adeptos de los candidatos derrotados, venidos, sobre todo, del undécimo y décimotercer distritos, y de los otros de las afueras. Se les sorprendió comentando con ironía y desprecio la conducta del señor César en esta ocasión, a pesar de su bizarro desinterés demostrado al rehusar por tres veces la corona.

"A estar a las versiones que circulan entre los que fueron sus amigos, el asesinato de Julio César era un plan concebido y largamente madurado por Marco Bruto y un grupo de malvados a sus órdenes, cuyo programa ha sido fielmente ejecutado. Si esa sospecha reposa sobre bases sólidas o no, dejamos a la policía que lo juzgue. Nosotros nos limitamos a consignar los hechos tal como han ocurrido, en el siguiente relato del triste suceso.

El Senado estaba ya reunido, y César bajaba por la calle que conduce al Capitolio, hablando con algunos amigos, y seguido, como de costumbre, por un gran número de ciudadanos. Precisamente cuando pasaba por delante de la droguería de Demóstenes y Tucídides, hizo notar a un caballero con apariencias de adivinador del porvenir, que los Idus de Marzo habían llegado; a lo que contestó el otro: "Sí; pero aun no han pasado". En aquel momento, Artemidoro se adelantó y dijo a César "que tenía mucha prisa", y pidióle que leyese un papel, un cuaderno o algo parecido, que había llevado para enseñárselo. Decio Bruto dijo también algunas palabras con respecto a una "insignificante investigación" que quería someter al dictamen de César. Artemidoro hizo valer la prioridad, diciendo que su escrito concernía personalmente a César. Aquél replicó que lo que se refería a éste debía quedar en segundo lugar; dijo esto o algo análogo. Artemidoro le suplicó que leyese aquel papel inmediatamente ([1]), pero César se apartó y negóse a leer ninguna petición en la calle. Entró en seguida en el Capitolio, y la multitud tras él.

"Posiblemente, en aquellos instantes, fué sorprendida la conversación siguiente, que relacionada con los sucesos que acaecieron, toma una terrible significación. El señor Papello Lena hizo notar a Jorge W. Casio, comúnmente conocido con el nombre de "el mozo grueso del tercer distrito", que andaba por allí un agitador pagado por la oposición, al que deseaba buen éxito en la empresa. Y como Casio preguntase: "¿Qué empresa?", el otro se contentó con guiñar un ojo, diciendo con una indiferencia fingida: "Buena suerte", y se fué al lado de César. Marco Bruto, del cual se sospecha que fuera el que capitaneaba la banda que cometió el crimen, preguntó qué era lo que Lena acababa de decir. Casio se lo repitió, añadiendo en voz baja: "Temo que se descubra nuestro proyecto".

"Bruto encargó a su miserable cómplice que vigilase a Lena, y un momento después, Casio se unía con Casca, ese famélico vagabundo cuya reputación es detestable, encargándole que no perdiera tiempo, pues temía qne abortase el plan.

"Casca se volvió hacia Bruto, muy excitado, y pidió instrucciones, jurando que, o César o él, uno de los dos, quedaría en el sitio, porque se hallaba decidido a sacrificar su vida.

"En aquel momento, César hablaba con algunos representantes de los distritos rurales, y apenas si se fijaba en lo que a su alrededor ocurría. W. Trebonio entabló conversación con un amigo del pueblo y de César: Marco Antonio, y con un pretexto u otro los separó. Bruto, Decio, Casca, Cinna, Metelio Cimber y otros de esta banda de infames forajidos que infestan Roma actualmente, aproximáronse al infortunado. Metelio Cimber, entonces, arrodillóse y pidió el perdón para su hermano desterrado. César se avergonzó de aquella bajeza, y se lo negó. En seguida, a una señal de Cimber, Bruto primero y después Casio, imploraron la vuelta de Publio que se hallaba castigado. Pero César negó igualmente. Dijo que nada podría conmoverlo, que estaba tan inmóvil como la estrella polar, y comenzó después a hacer el elogio, en los términos más halagadores, de la estabilidad de esa estrella y de la firmeza de su carácter. Añadió que él era semejante a ella y que pensaba ser entre todos los hombres el único así. Y, por lo tanto, si había sido constante en creer que Publio debía ser castigado, constante debía ser en creer que había de continuar en el castigo, y que preferiría ser colgado él mismo a libertarlo del destierro.

"Valiéndose en seguida de ese fútil pretexto de violencia, Casca se abalanzó contra César tirándole una puñalada. Pero César, con la mano derecha le contuvo el brazo, y con el puño izquierdo le dió tal puñetazo, que el mise-

rable, ensangrentado, cayó rodando por el suelo. Apoyóse en seguida en la estatua de Pompeyo y se puso en guardia. Casio, Cimber y Cinna se precipitaron sobre él con el puñal levantado, y el primero consiguió herirlo. Pero, antes de que los agresores pudiesen repetir el golpe, César tendió a sus pies a los tres asesinos, de otros tantos puñetazos. Durante este tiempo el Senado se hallaba en un tumulto inenarrable. La multitud de ciudadanos se agitaba en los corredores y en sus esfuerzos frenéticos para escapar, habían obstruído las puertas. La fuerza pública luchaba contra los asesinos. Venerables senadores habían arrojado sus túnicas molestas y saltaron sobre los bancos, huyendo de una confusión salvaje a través de las salas laterales para encontrar refugio en las salas de las comisiones. Un millar de voces gritaban: "¡La policía!, ¡la policía!, en tonos tan discordantes que se elevaban sobre el estrépito, espantoso como el silbido de los vientos sobre la tempestad que ruge. Y ante todo esto continuaba de pie el gran César, adosado a la estatua, como un león acorralado; sin armas, luchando con sus manos contra los agresores, con el aspecto altivo y el valor intrépido que tantas veces había demostrado en los sangrientos campos de batalla. Trebonio y Cayo Lizario le hirieron con sus puñales, y ambos rodaron por el suelo, como habían rodado sus cómplices. Por último, cuando César vió a su antiguo amigo Bruto que se dirigía hacia él armado con una daga mortífera; dícese que pareció sucumbir bajo el dolor y el asombro. Dejó caer su brazo invencible, ocultó el rostro en los pliegues de su manto y recibió el golpe que le asestara el traidor, sin hacer un solo esfuerzo para apartar la mano que se lo dirigía. Dijo únicamente: "¿Tú también, Bruto?", y cayó muerto sobre el mármol del pavimento.

"Se afirma que el traje que llevaba cuando fué muerto, era el mismo que vestía la tarde del día de su victoria sobre los galos. Cuando se lo quitaron, se vió que estaba agujereado y desgarrado por siete lados diferentes. Este traje se ha llevado ante el tribunal, constituyendo una prueba irrefutable del asesinato. En los bolsillos no se ha encontrado nada. Estos últimos detalles son dignos de fe.

"De ellos nos ha enterado Marco Antonio, cuya posición le pone en condiciones de conocer todas las particularidades relacionadas con el asunto de mayor actualidad hoy.

"*Ultimas noticias:* Mientras el magistrado convocaba al jurado, Marco Antonio y otros amigos del difunto César se apoderaron del cuerpo con el propósito de conducirlo al foro.

"A última hora, Antonio y Bruto estaban preparados para pronunciar sendos discursos ante el cadáver, y producían tal estrépito entre el pueblo, que en el momento de entrar estas páginas en prensa, el jefe de policía se halla convencido de que van a ocurrir disturbios, y toma las necesarias medidas del caso para reprimirlos." ◈

---

(1) Detalle digno de ser notado: William Shakespeare, quien asistió al deplorable suceso, desde el principio hasta el fin, insinuó que aquel escrito no era otra cosa que una delación, en la que se descubría a César un complot tramado contra su vida.



LA EJECUCION DE LUIS XVI CONTADA



Luis Augusto de Francia, el rey débil, mostró durante los instantes previos a su ejecución, una admirable serenidad. Este grabado de la época lo muestra ya sobre el tablado de la guillotina, en los minutos culminantes que describe, en la presente nota, su propio verdugo.

ABÚLICO, falto de iniciativa, con escasa personalidad y sin ambiciones, Luis Augusto de Francia, duque de Berri, que reinó con el nombre de Luis XVI en la Francia convulsiva de fines del siglo XVIII, parecía condenado por un hado adverso. Tanta era la inferioridad que sentía que en una ocasión, como un cortesano le cumplimentase sobre la precocidad de su inteligencia, hubo de contestarle:

—Estáis equivocado, no soy yo ése, sino mi hermano, el conde de Provenza.

Unicamente lo salvaba su sinceridad. Reconocía sus defectos. Y como contraste con su espíritu normalmente débil, está la entereza que muestra el 21 de enero de 1793, en la Plaza de la Revolución, frente al verdugo Samson.

De los siete hermanos del duque de Berri, nacidos del segundo matrimonio del hijo de Luis XV con la princesa María Josefa de Sajonia, tres murieron de corta edad; el cuarto, Luis Estanislao Javier de Francia, conde de Provenza, reinó con el nombre de Luis XVIII; el quinto, Carlos Felipe, conde de Artois, también reinó llevando el nombre de Carlos X. Dos mujeres completaban el número, de las cuales la última, María Isabel, murió, como su hermano, en la guillotina.

El 23 de agosto de 1754 nace aquel que pasaría por la historia con el nombre de Luis XVI. Once años después se convierte, por fallecimiento de su padre, en heredero directo del trono en el que reinaba su abuelo Luis XV. No contaba dieciséis años cuando se le impuso en matrimonio a María Antonieta de Lorena, archiduquesa de Austria, hija de Francisco de Lorena y de la emperatriz María Teresa, de 15 años de edad, aun no cumplidos. Los jóvenes recién casados se convierten bien pronto en los ídolos del pueblo.

Cuando el 10 de mayo de 1774 fallece Luis XV y se le comunica al Delfín que él debería ocupar el trono de Francia, se expresó con palabras que demostraban sus temores:

—¡Dios mío, es reinar demasiado joven! ¡Dios mío, protégeme y ayúdame en mi insuficiencia!

Ese hombre que hubiera sido un excelente artesano se convierte de pronto en el rey de Francia. Los esfuerzos hechos por darle una sólida inteligencia fueron estériles y no pudieron desenvolver en él la energía que las circunstancias exigían.

El 11 de diciembre de 1792 se transforma Luis XVI en *Luis Capeto*. Ha dejado de ser monarca para trocarse en prisionero de la Convención. Cuando le comunicaron el decreto en virtud del cual debía comparecer para ser juzgado, afirmó con esa entereza que parece patrimonio de los tímidos en las circunstancias excepcionales:

—Capeto no es mi nombre; uno de mis antepasados lo ha llevado, pero no es el de mi familia.

Ello no impidió que como *Luis Capeto* fuera juzgado y fuera condenado. Trescientos setenta y un votos decidieron su muerte. Sus últimas palabras ante la Convención revelan confianza.

—Hablándoos por última vez — dijo —, yo os declaro que mi conciencia no me reprocha nada y que mis defensores no han dicho más que la verdad. Jamás he temido que mi conducta fuese examinada públicamente, pero mi corazón se desgarra al encontrar en el acta de acusación la imputación de haber querido hacer derramar la sangre de mi pueblo.

La noticia de que había sido condenado a la guillotina la recibió Luis XVI con tranquilidad. Unicamente demostró alguna emoción cuando encontró entre los nombres de quienes habían votado por su muerte el del duque de Orleáns, su primo hermano.

El 21 de enero de 1793 es conducido entre dos filas de Guardias Nacionales desde el Temple a la Plaza de la Revolución, donde se había levantado la plataforma en cuya altura brillaba la guillotina. Pero de-

POR EL VERDUGO

Por
Guillermo Cabanellas
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

jemos que el propio verdugo Samson nos describa los últimos momentos de Luis XVI.

"Descendiendo del coche para la ejecución, se le dijo que era necesario que se quitara su chaqueta. Opuso algunas dificultades, indicando que se le podía ejecutar como estaba. Al replicarle que eso era imposible, él mismo ayudó a quitarse la ropa.

"También puso dificultades al tratar de atarle las manos, pero en seguida cedió cuando la persona que le acompañaba le dijo que éste era un último sacrificio.

"Después preguntó si los tambores redoblarían siempre; se le contestó que no se sabía y esto era la verdad.

"Subió a la plataforma y pretendió adelantarse como para hablar, pero se le prohibió.

"Entonces se dejó conducir hacia el lugar del suplicio y una vez allí gritó muy alto: "¡Pueblo, muero inocente!" Volviéndose hacia nosotros nos dijo: "Señores, soy totalmente inocente de lo que se me inculpa y deseo que mi sangre pueda cimentar la felicidad de los franceses".

"He aquí sus últimas y verdaderas palabras.

"Para rendir homenaje a la verdad, se mantuvo con una sangre fría y una firmeza que nos asombró a todos. Estoy convencido de que basaba su firmeza en los principios de la religión, de la que nadie parecía más penetrado y persuadido."

Tales son las palabras textuales que Samson, ejecutor de las sentencias de muerte y testigo de excepción, escribió en una carta pocos días después de la muerte de *Luis Capeto*. Vemos por ellas que Luis XVI reveló en sus últimos momentos una entereza de carácter que sorprendió hasta a su propio verdugo. En los postreros instantes pareciera como si su personalidad cobrara un nuevo ritmo, y en donde hubo debilidad apareció firmeza.

De la familia de Luis XVI, su esposa, María Antonieta, es ejecutada el 16 de octubre del mismo año. Su hermana, la princesa Isabel, el 10 de mayo de 1794. Su hijo, el pequeño Delfín, guardado por el zapatero Simón, sucumbe dos años más tarde que sus padres; algunos dicen que por los malos tratos a que estaba sometido. ◈



Separado de María Antonieta y de sus hijos, Luis XVI se despide de ellos con entereza, para encaminarse al cadalso. El nieto de Luis XV fué ejecutado el 21 de enero de 1793.

¿Conoce Ud....

1

...Nuestras



¿CONOCE usted, lector, nuestro país? He aquí una pregunta a la que no todos los habitantes de la República podemos responder —como sería de desear— afirmativamente.

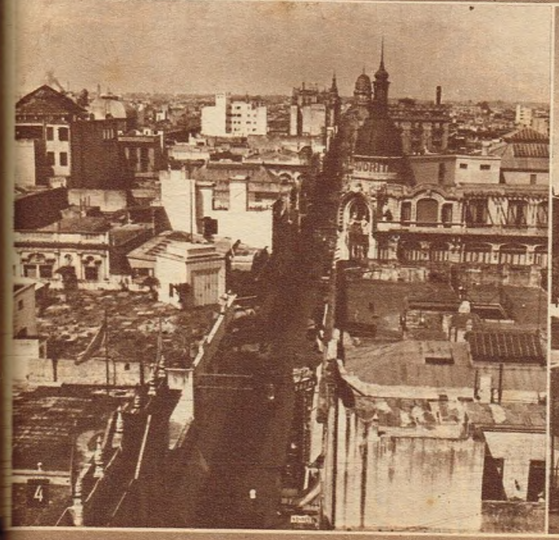
La Argentina es grande y no siempre nuestras posibilidades están en relación con nuestro afán de recorrerla. Pero, ¿conocemos al menos nuestras ciudades, nuestros lugares históricos, nuestros paisajes característicos, nuestros paseos, nuestros templos o nuestras estatuas?

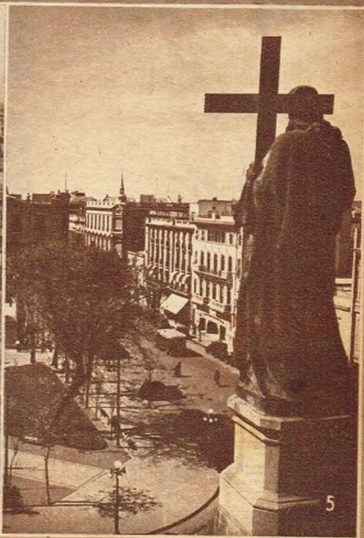
Poner a prueba el conocimiento que el lector tiene de todo eso es el objeto de la presente sección.

Identifique, pues, las ciudades cuyas fotografías ilustran las presentes páginas, y recurra... si lo necesita, a los datos que damos de ellas en "Aquí le contestamos".

2

ciudades?







EL CUENTO DEL MAR

Los siete tripulantes

Por
HECTOR PEDRO BLOMBERG

ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

ESTA historia la he contado muchas veces, en diversas ciudades, en variados puertos, y la mayoría de las gentes que la han escuchado no la han creído. Pero yo juro solemnemente que lo que cuento aquí es verdad. Los hechos, por más extraños que parezcan, sucedieron del modo que yo los relato, hace siete años justamente.

Fué a bordo de un brick americano, el *Martha Williamson*, matrícula de Charleston, un velero bastante viejo, que arrastraba sus viejas maderas por las costas de la América del Sur cargando salitre, hierro viejo, máquinas nuevas, algodón, café, cueros... Me nombraron oficial a bordo de este desdichado barco, y pisé por vez primera sus carcomidos puentes

una mañana de invierno, en los muelles agitados de Charleston. Me hizo mala impresión, lo confieso. Hacía más de dos años que no lo pintaban. Parecía un barco atacado de lepra.

Dejamos parte del cargamento en Montevideo, y seguimos viaje al sur. Debíamos cruzar el estrecho y llegar hasta Antofagasta, por nitratos.

El *Martha Williamson* había salido de aguas norteamericanas en el invierno. Era también en invierno cuando las marejadas furiosas y crueles empujaban al podrido velero en las entrañas siniestras del estrecho de Magallanes. Perdimos varios hombres, cuatro o cinco. ¡Pobrecitos! Es necesario haber sido marinero para comprender lo que significa estar a bordo de un viejo barco de vela en una zona de tempestades como es la entrada del estrecho durante todo el año.

Yo solía pensar, algunas veces, que estábamos viviendo la leyenda del capitán Vanderdecken y el buque fantasma que nunca pudo doblar el cabo de Ultima Esperanza.

Los marineros que quedaban: finlandeses, noruegos, dinamarqueses, y un puñado de negros de Nueva Orleáns y Cuba, estaban desmoralizados después de la desaparición de sus pobres compañeros. Además, el trabajo brutal, incesante, les enfurecía cada vez más.

En mitad del estrecho, al cabo de un mes largo y espantoso, entramos en una zona de calma. Las aguas se extendían, inmensas, transparentes y serenas, por todas partes. Tan sólo el soplo de las brisas heladas nos recordaban donde estábamos...

¡Pobrecitos! Yo los dejaba dormir a los dinamarqueses, noruegos y finlandeses. El *Martha Williamson* navegaba a medio trapo en aquellas aguas tranquilas y profundas.

¡Las noches del estrecho de Magallanes! Sólo pueden compararse a las noches de las costas del Africa Occidental, radiantes, silenciosas; arriba todas las estrellas de la Vía Láctea se encienden sobre la miseria, la tristeza y el cansancio de los marinos; abajo se siente, bajo la quilla de los barcos, el beso de los océanos...

Una de esas noches, estando de guardia, sorprendí dormitando al timonel. Era un negro de enorme estatura: un cubano. Me dió lástima. Le desperté del todo, en la noche magnífica, y le dije que podía irse a dormir. Yo me quedé junto al timón, bajo las estrellas. El *Martha Williamson* rolaba un poco, como rolan todos los barcos viejos, y el *Martha*, además, estaba mal estibado desde que salimos de Montevideo. El suspiro jadeante, como he dicho ya, a medio trapo. El sortilegio de la noche, el resplandor extraordinario de la Cruz del Sur, del estrecho, llenaba la noche inmensa del sur. Ibamos, que parecía abrir sus brazos de estrellas como un símbolo inmenso de esperanza, como un gesto infinito de amor sobre la miseria del mar, sobre el dolor de la tierra, que se adentraba extrañadamente en mi alma. Eran las dos de la mañana.

Fué entonces cuando mis ojos adormecidos presenciaron un extraño espectáculo: un barco espectral, navegando en el misterio azul de la noche, sin luces y a medio trapo como nosotros. Creí que se trataba de un sueño. Recuerdo claramente que vi siete hombres extraños, horribles, transparentes como fantasmas, que estaban encaramados en la arboladura, empeñados en la faena de recoger una de las grandes velas que el viento helado y alevoso del Antártico empezaba a hinchar en la proximidad del alba...

No sé cómo fué, pero me quedé profundamente dormido. Acuérdome que cuando mi cabeza cayó sobre la rueda del timón, el *Martha Williamson* rolaba fuertemente bajo el soplo del viento glacial... Me dormí arrullado por el sortilegio de la noche magnífica; cometí uno de los crímenes mayores que puede cometer un marino mercante, un hombre a quien se le confía la vida de sus humildes compañeros y la fortuna de sus armadores. Me dormí en el timón, con la visión del buque fantasma en mis pupilas, de los siete tripulantes espectrales recogiendo la gran vela en la brisa huracanada del alba, en la maniobra que yo debía haber dispuesto en ese momento bajo peligro de que el *Martha Williamson* se tumbase en medio del estrecho de Magallanes, y se fuera a pique quizá...

Desperté bruscamente dos horas más tarde. La guardia, que debía haber sido relevada a las cuatro, no lo había sido. Estaba amaneciendo, una de esas madrugadas gloriosas y deslumbrantes del estrecho que llenan de gloria el alma de los hombres, en que los cielos parecen jugar con todas las maravillas de la creación y los míseros marineros se conmueven ante el gran espectáculo que no comprenden, advirtiendo tan sólo que se hallan en presencia del Creador...

Como decía, la guardia no había sido relevada. Los tripulantes del *Martha Williamson* dormían profundamente, cómo pueden dormir los marineros de un pobre velero que ha logrado entrar sano y salvo en el estrecho. El viento soplaba con furia creciente en el amanecer grandioso y helado, pero el *Martha Williamson* no rolaba... Miré hacia arriba: manos misteriosas y providenciales, en la bruma del alba, habían arriado la mitad del velamen; habían realizado la maniobra necesaria para que el barco no se fuera contra las horribles rocas de la orilla...

Pálido de terror, volvió a mi memoria la visión del barco espectral que había visto pasar bajo la gloria deslumbrante de las estrellas, cuando me iba quedando dormido junto a la rueda del timón; volví a ver, distintos y espantosos, los siete marinos fantasmas... ¿Habían sido esos siete espectros los que habían realizado la maniobra a bordo del *Martha Williamson*, salvándonos a todos nosotros de la muerte y al barco de su segura perdición, mientras todos dormían a bordo? Hasta hoy, diez años después, sigo creyendo que sí. Las gentes dudan cuando yo lo cuento, mueven la cabeza, algunos se ríen, como insinuando que yo estaba borracho cuando vi el barco fantasma y sus siete tripulantes.

¿De dónde había salido ese barco? ¿Sería uno de los innumerables veleros perdidos para siempre en las soledades inmensas del estrecho, desde hace cientos de años? ¡Quién sabe!... ◈

El romancero se



En el tiempo de la conquista de América, el pueblo español — todas las clases del pueblo — poseía un maravilloso tesoro de arte y de cultura: el romancero. Viejos recuerdos de historias antiguas — Nerón cantando en la Roma incendiada —, inolvidables heroísmos de la raza, aventuras de los paladines de las gestas, el Cid, Bernardo del Carpio, las intrincadas andanzas de Carlomagno y sus doce pares, las misteriosas leyendas de los celtas, Tristán, Lanzarote, y los episodios casi recientes de la conquista de Granada, todo era materia de romance.

Amores, aventuras, crímenes, milagros eran canturreados con una tonada monótona por toda la nación. Era una sabiduría común. Podía citarse un verso suelto de cualquier romance, y el oyente sabía a qué atenerse, comprendía la alusión. Don Quijote, vapuleado en el camino, se lamenta con letra de romance:

¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal...

Esas letras pasaron a América con los conquistadores. "Acuérdome — dice Bernal Díaz del Castillo, compañero de Hernán Cortés en la conquista de México—, que llegó un caballero que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, y dijo a Cortés:

"Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras veces a esta tierra:

Cata Francia, Montesinos,
cata París la ciudad,
cata las aguas del Duero
do van a dar a la mar;

yo digo que miréis las tierras ricas, y sabeos bien gobernar.

"Luego Cortés bien entendió a qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió:

"Denos Dios ventura en armas
como al paladín Roldán,

que en lo demás teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender."

El romancero era planta llena de savia, que prendía con un gajo en cualquier tierra y en seguida se adornaba con flores nuevas. Entre esos mismos capitanes del conquistador de Nueva España, tan amigos de citar romances, nacieron romances nuevos, que cantaban las recientes hazañas:

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado,
triste estaba y muy penoso,
triste y con grande cuidado
la una mano en la mejilla
y la otra en el costado...

Las nuevas palabras de América se iban acomodando al metro de ocho sílabas, como en el romance de los milagros de Santo Tomé, que Ciro Bayo — hombre curioso, pintoresco y trashumante — recogió mientras bajaba el río Paraguay desde Corumbá en dirección a Buenos Aires:

Santo Tomé iba un día
orillas del Paraguay,
aprendiendo el guaraní
para poder predicar.
Los jaguares y los pumas
no le hacían ningún mal,
ni los jejenes y avispas
ni la serpiente coral.
Las chontas y motacúes
palmito y sombra le dan;
y el mangangá le convida
a catar de su panal...

Esta nueva realidad americana, entre indígena y española, se dejaba mecer, perezosamente, en el ritmo de los romances. El primer poeta nacido en nuestros pagos, don Luis José de Tejeda y Guzmán, cantaba en romances sus aventuras juveniles en la Córdoba del siglo XVII, que él comparaba — ya arrepentido de sus pecados — a una Babilonia nefanda:

La ciudad de Babilonia,
aquella confusa patria,
encanto de mis sentidos,
laberinto de mi alma...

Y tal vez por los mismos años, un funcionario o tinterillo colonial garabateaba en una hoja en blanco de los libros del Cabildo de Jujuy un romance (encontrado luego por Ricardo Rojas) sobre los amores de un tímido mancebo con la mujer de un gobernador:

Un martes era por cierto
cuando aquel hermoso sol
de Catalina Sambrano,
mujer de un gobernador,
saliendo un día a pasearse
con damas de gran primor
se enamoró de un mancebo
por su sonorosa voz.
Escríbele mil billetes
y prendas de gran valor,
y el mancebo se curaba
de tener con ella amor...





traslada

Por **José Luis Lanuza**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE D. VILLAFAÑE



Poco a poco los romances se iban adap-
ando a la tonada criolla y aun al habla
uchesca, como aquel (atribuído sin ma-
r convicción al canónigo D. Baltasar
aciel) en que *Canta un guaso en estilo
mpestre los triunfos del Excmo. Señor
on Pedro de Cevallos:*

Aquí me pongo a cantar
abajo de aquestas talas,
del maior guaina del mundo
los triunfos y las gazañas...

Las guitarras de los gauchos acompaña-
n bien la monotonía del romance. Pan-
león Rivarola, autor de un *Romance
roico* sobre la reconquista de Buenos
ires en 1806, explica que escribe "en
rso corrido porque esta clase de metro
acomoda mejor al canto usado en nues-
os comunes instrumentos y, por consi-
iente, es el más a propósito para que
da clase de gentes lo declame y cante:
s labradores en su trabajo, los artesanos
sus talleres, las señoras en sus estra-
s y la gente común por calles y plazas".
De tal manera seguía uniendo el roman-
a todas las clases sociales de un país.
tre nosotros lo adoptaron todos los au-
res, ya se llamaran cultos o populares.
romances había escrito Tejeda, poeta
ngorino, y en romances escribió Hidal-
, el primer poeta popular de después
la revolución. Echeverría también los
ribió

preludiando en tonos nuevos.

Ninguno, o casi ninguno de nuestros
etas se sustrajo a su metro, aparente-
ente fácil. Ni Hernández, ni Ascasubi.
Lugones, ni Banchs.
A ratos se acriollaba, a veces reasumía
raigambre española. ¡Era tan parecida
imagen de un caballero de leyenda
la de un gaucho en trance de pelea!
cardo Rojas hace notar la apostura casi
uchesca del *Infante vengador:*

Helo, helo por do viene
el Infante vengador,
caballero a la gineta
en caballo corredor,
su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
su venablo cortador...

Las figuras del romancero revivían en
pampa y entre los cerros. ¿No aparece
conde Claros, contemporáneo de Car-
magno, bailando una huella en una ale-
e fiesta pampeana? Esa supervivencia de don Claros (que recogió Ciro Bayo en su *Romancerillo del Plata)* aparece teñida con una gracia irónica deliciosa:

Don Claros con la Infantita
está bailando en palacio;
él viste terno de seda,
ella falda de brocado.
A cada paso de danza
va diciendo el conde Claros:
A la huellita, huella
dame la mano
como se dan la mano
los escribanos.
A la huellita, huella
dame las manos
como se dan la mano
los cortesanos.
A la huellita, huella
dame un abrazo...
La Infanta al oír esto,
furiosa se aparta a un lado.
A la huellita, huella
(canta don Claros)
no hay mujer que no caiga,
tarde o temprano.

Junto con este agauchado conde Claros, los viejos romances españoles reaparecen, más o menos modificados, en las canciones populares de América. Sobre todo, en las canciones infantiles. Las rondas de niños en los arrabales de las ciudades, en las plazas de los pueblos casi perdidos en la llanura aplastante o en los repliegues de los cerros, repiten, como cosa litúrgica, que llega del fondo del tiempo, fragmentos de romances viejos.

Ya es la historia del pastor que elige novia:

—Vuelve, vuelve, pastorcillo,
no seas tan descortés,
de las tres hijas que tengo
la mejor te la daré...

Ya la triste historia de Delgadina:

Un rey tenía tres hijas,
y las tres eran doradas,
y la más linda de todas
Delgadina se llamaba...

La cosecha de romances sobrevivientes en América ahora es copiosa. Muchos se encuentran en las colecciones de Jorge M. Furt, de Juan Alfonso Carrizo, de Juan Draghi Lucero, de Orestes di Lullo, de Ismael Moya y en la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas. Ventura R. Lynch ya había recogido algunos romances criollos en 1883, y Ciro Bayo a principios de este siglo. Ramón Menéndez Pidal, en su estudio sobre *Los romances tradicionales en América,* publicado por primera vez en la revista *Cultura Española* en 1906, transcribe algunos de Buenos Aires, facilitados por Juan B. Ambrosetti y la señora de Ambrosetti. También copiaba algunos de los recogidos por Ciro Bayo, pero en una nueva edición los suprimió ("porque tienen trazas de amañados"), en espera de versiones semejantes.

Las nuevas colecciones parecen ahora volver por los fueros de Ciro Bayo. Sería realmente una lástima que la huellita del conde Claros no fuera auténtica. ◈



CUANDO EL PRINCIPE MURAT DETUV

UNA LOGIA DE AMERICANOS EN EL MADRID OCUPADO POR LOS FRANCESES

Cuando el joven americano don Juan Martín de Pueyrredón llegó a Madrid con un mensaje del señor Santiago de Liniers, gobernador militar de Buenos Aires, en que comunicaba a S. M. el rey Don Carlos IV el feliz resultado de las luchas contra el inglés invasor, la ciudad entera celebró la fiesta. Falta le hacía a Madrid esa buena noticia, pues ya estaban poniendo demasiada pesadez en el ambiente los sucesos ingratos que se iban sucediendo, por causa de la ingrata alianza con Francia, que el señor Godoy, príncipe de la Paz, parecía decidido a sostener. Trafalgar pesaba como una lápida sobre la tranquilidad del soberano, y esta reacción de sus colonias contra el poderoso británico podía ser ofrecida al pueblo español como una revancha de aquel infausto suceso.

Joaquín Murat, más tarde rey de Nápoles, fué el que abrió el camino en España a la coronación de José Bonaparte. Su afán de atraerse la amistad de Pueyrredón fué el motivo que originó el descubrimiento de la conspiración de la logia criolla.

—Eres el héroe del momento —decían a Pueyrredón sus amigos Francisco de Gurruchaga y Manuel Pinto, dos americanos que, como él, estaban eventualmente en la metrópoli—. Tanto, que no podemos contar contigo para ofrecerte una cena.

Y, efectivamente, el enviado personal del señor de Liniers, agasajado en todas las esferas, recibido por el rey, invitado por los nobles y los políticos, no disponía de tiempo para atender a sus coterráneos.

Pero por último se realizó aquella comida. En un lugar apartado, poco aparente para tal homenaje, lejos de toda mirada y oído indiscreto, el grupo de los americanos que se hallaban por ese entonces en Madrid, los más en estudios en el Colegio de Nobles, otros incorporados al ejército, otros en tareas mercantiles, se reunió en una mesa tendida en honor del recién venido. Allí estaban Carlos de Alvear, Juan Antonio, José y Eustaquio Moldes, Manuel Pinto, Francisco Gurruchaga, Bernardo de O'Higgins, los Lezica, Balcarce, Zapiola y otros.

Durante la comida se habló de asuntos políticos. Violentamente, airadamente, se refirieron al rey y a su ministro y se expuso la necesidad de liberar al virreinato del Río de la Plata de los vínculos que lo unían a la metrópoli. ¿Sabía ya Pueyrredón de aquel tema audaz que estaban comentando sus contertulios? Sí. Venía él de un Buenos Aires en el que ya se hablaba de independencia, en el que también se conspiraba. Había visto crecer allá los partidos criollos después de que los ingleses fueron derrotados por el coraje de los hijos del país. Además, Gurruchaga y Pinto, en conversaciones privadas, le habían adelantado ya detalles de sus trabajos de conspiradores...

Por eso escuchaba ahora sin asombro la palabra de Moldes:

—Esto se viene abajo. El pueblo está contra el rey y contra Godoy; el príncipe de Astur... conspira contra su padre; los franceses ma...dan en tierra española como en su prop... tierra. Es nuestro deber salvar al Río de ... Plata de este naufragio, crearnos un gobier... propio...

Todos opinaban lo mismo. Querían saber p... el joven Pueyrredón cuál era la evolución de ... ideas allá, en el virreinato, qué se podía e...perar de este señor de Liniers convertido ah... en héroe americano, qué posibilidades inm... tas existían para intensificar allá una pr...paganda revolucionaria. Querían, además, in...tar al recién llegado a ingresar en una log... formada por ellos y que presidía el ento... alférez de la Guardia de Corps Americana d... José Moldes.

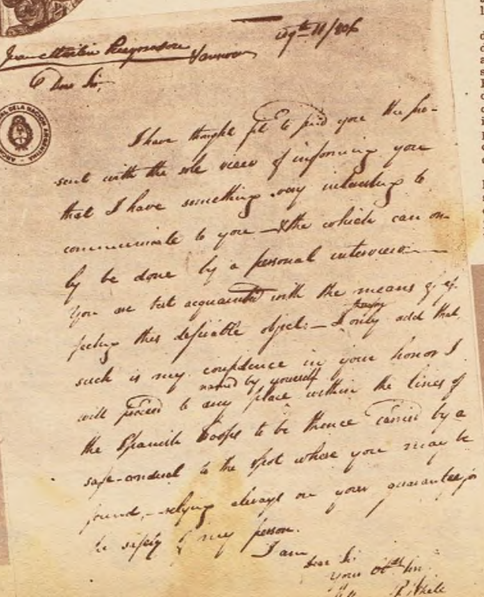
Pueyrredón expresó de inmediato su aprob...ción y le fué leído el compromiso de los c...jurados: "Nosotros tenemos derecho a tomar ... armas. Nuestros derechos son la necesidad, ... justa defensa, nuestras desgracias, las de nu...tros hijos, los excesos cometidos contra nosot... Nuestros derechos son el título augusto de N...ción. Separémonos y ya está formada. La g...rra será nuestro único tribunal. Si amamos ... nuestro país, si amamos a nuestros hijos, sep...rémonos. Leyes y libertad es la herencia q... debemos dejarles. Esta sola causa puede rec...pensarnos dignamente nuestros tesoros y nu...tra sangre".

Juró solemnemente el compromiso y desde ... momento comenzó a conspirar con sus ami... Mientras en Palacio se le seguía agasaja... mientras nobles y funcionarios expresaban ... su admiración hacia "los fieles súbditos del ...rreinato", el emisario del señor de Liniers ...lebraba misteriosas reuniones con los conj...dos, preparaba cartas para algunos oficiales ... ejército de Su Majestad, que siendo cri... no podían desoír el llamamiento de sus com...triotas (esos oficiales eran José de San Mar... José Miguel Carrera, y otros), y tendía lo... los de la conspiración.

Las dos puntas de la conjura estaban en M...drid, la capital, el asiento de todos los neg... de Estado, y Cádiz, puerta por la que entra... aires americanos. En la primera estaba el g...so de la logia, cuyos nombres hemos dado ... En Cádiz, don José de Gurruchaga, herm... de Francisco, atendiendo sus intereses co...ciales. Este, ubicado en un punto geogr... importantísimo para todas las comunicac... peninsulares, era el lazo de unión entre ... conspiradores madrileños y los muchos ame...canos dispersos por España.

Los militares, por ejemplo, San Martín, B...lívar y Carreras, en más de una oportun... se habían acercado a la casa del señor G...chaga, siendo siempre atendidos cordialm... pues él disponía en cualquier momento de ...tos y caudales para sus americanos...

Otro amigo conspirador tenía don José ...



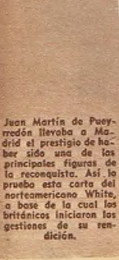
D. Juan Martin Pueyrredon ... Aug. 11/806

Dear Sir,

I have thought fit to send you the pro... sent with the sole view of informing you that I have something very interesting to communicate to you — the which can only be done by a personal interview — You are best acquainted with the means of effecting this desirable object: — I only add that such is my confidence in your honor I will proceed to any place within the lines of the Spanish Posts to be thence carried by a safe conduct to the spot where you may be found, — relying always on your guarantee to the safety of my person.

I am Dear Sir, your obt. hm. ...

... White



Juan Martín de Pueyrredón llevaba a Madrid el prestigio de haber sido una de las principales figuras de la reconquista. Así lo prueba esta carta del norteamericano White, a base de la cual los británicos iniciaron las gestiones de su rendición.

El general Juan Martín de Pueyrredón en ... últimos años, después de una vida entreg... beneficio de una patria que él mismo hiz...

A PUEYRREDON

Por Manuel M. Alba ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Gurruchaga, el que por su intermedio se entendía también con la logia de José Moldes: el venezolano don Francisco de Miranda, eterno revolucionario al que ya tenían sindicado en España como hombre peligroso y sobre quien tenían fijos los ojos todos los servicios policiales del reino.

Mientras los jóvenes americanos preparaban su plan, que por difícil exigía calma, serenidad y estudio para evitar un fracaso lamentable, los sucesos se desenvolvían en España con inesperada violencia. Primero fué el escandaloso proceso del Escorial, en el que Carlos IV acusó al príncipe de Asturias, su hijo, de tentativa de parricidio; más tarde el motín de Aranjuez, que dió en tierra con el poder de Godoy y convirtió en rey a Fernando, ante la abdicación de su padre; la penetración de las tropas francesas; el apresamiento del rey en Bayona, por Napoleón; la presencia del señor Murat, todopoderoso, en Madrid...

—¡Este es el momento! —dijo José Moldes, director del grupo de conspiradores.

¿El momento de qué? De que uno de ellos (pronto se dijo que ese uno debía ser el joven Pueyrredón, cuyas vinculaciones y prestigio en Buenos Aires le harían más fácil la tarea) partiera para el Río de la Plata, diera aviso del derrumbe de la monarquía, hiciera ver a los criollos que ninguna autoridad podía oponerse a su independencia, les animara para la rebelión.

El enviado de Liniers aceptó la misión y en seguida comenzó los preparativos para la marcha. Al día siguiente (1º de mayo de 1808) partió de Madrid con rumbo a Cádiz, donde trataría de embarcarse para Buenos Aires...

¡Extraño día aquel primero de mayo! Eran las vísperas de la gloriosa fecha de la lucha de España por su independencia, y ya latía en las calles madrileñas una nerviosidad de guerra. Cuando dejó Pueyrredón la capital del reino, sintió que a su espalda quedaba una hoguera.

La fuga del joven americano fué rodeada de todas las precauciones. La logia obraba con cautela y en la mayor reserva. Pero una circunstancia inesperada vino a descubrir el complot.

Murat, que estaba trabajando en España para provocar la caída de los Borbones, había mirado con especial interés al enviado del Río de la Plata. Allá, en las posesiones españolas del otro lado del Océano, estaba un francés al frente del virreinato, un francés que ya había hecho llegar a Napoleón las expresiones de su admiración. Pueyrredón era, pues, el puente para establecer con el señor de Liniers una vinculación muy útil a las aspiraciones del emperador, que en esta forma podría extender sus dominios a las tierras de América...

Por estas razones, y deseando conocer detalladamente al joven americano, Murat había puesto cerca del mismo a dos observadores que le informaban de todas sus preferencias y flaquezas. Fueron ellos los que unos días después de la partida de Pueyrredón se presentaron a Murat para denunciarle su ausencia.



Jorge Canning, el primer ministro inglés que prometió a los americanos el apoyo de Inglaterra a su causa, viéndose luego obligado a dejar sin efecto tal promesa.

Después del 2 de mayo todo era dramático y sospechoso en España para el señor Murat. Esa ausencia del joven americano, que en otra oportunidad no hubiera tenido para él mayor importancia, despertó ahora todas sus sospechas. Hizo detener a sus amigos más inmediatos, José Moldes y Francisco Gurruchaga, contra los cuales consiguió de inmediato pruebas de conspiración, y, como sospechó que el prófugo estaría en ese momento buscando en Cádiz la puerta para huir de España, ordenó a esa ciudad que le detuvieran...

Y le detuvieron. De regreso a Madrid, Murat le llamó a su presencia y le hizo toda clase de ofrecimientos para inclinarle a su favor, pero Pueyrredón supo esquivar todo compromiso. Y en tanto sus amigos seguían presos, él trataba en toda forma de seguir tendiendo las líneas de la conspiración.

Moldes pertenecía a una familia muy adinerada de Salta. Y como el dinero era un lenguaje que todos entendían en aquel Madrid de entonces, con él abrió la puerta de su prisión, sobornando a sus guardianes.

Libre ya, y liberado también por su intermedio Gurruchaga, restablecieron de inmediato los contactos con todos los complotados. Otra vez Pueyrredón, ahora en compañía de todos los miembros de la Logia, huye de Madrid rumbo a Sevilla y de allí, nuevamente a Cádiz. La situación es desesperada, dramática, no por el peligro personal de los conjurados, sino porque no quieren que fracase su plan. Y por eso es que Moldes, en una tentativa desesperada, desoyendo la amenaza de pena de muerte para todo aquel que trate de ponerse en contacto con los barcos ingleses que bloquean el puerto, parte en una pequeña embarcación y se comunica con los sitiadores. En esa forma llega a Londres...

¿Qué quiere este americano que llega a la capital británica sin representación alguna, pretendiendo hablar con los personajes del gobierno?

Moldes no se amilana ante dificultades. Mueve influencias y amistades, habla con Miranda, radicado en Londres desde tiempo atrás, y llega a Canning. Este le escucha y medita... ¿Aceptará ayudarles? Acepta. Le dice que ve con simpatía el deseo de libertad del Río de la Plata, que a Inglaterra le conviene eso porque así tendrá libre comercio con estos países. Hay 8.000 soldados inactivos en Suecia. ¡Pues esos ocho mil soldados irán a apoyar la causa de la libertad americana!...

Pero tres días después, cuando va a celebrar la segunda entrevista con el primer ministro inglés, las cosas han cambiado...

—El movimiento de resistencia de España contra Francia convierte a aquélla en una aliada nuestra. Usted comprende. Sería desleal perjudicar a una aliada y, sobre todo, en estos momentos todo nuestro esfuerzo debe ser contra Napoleón...

El joven americano ve derrumbarse una gran esperanza. Pero no se entrega. Venciendo mil dificultades vuelve a Cádiz, se reúne con sus amigos, usa una vez más el talismán de su bolsa para fletar un barco, el "Castillo", y en el mismo se embarcan 42 americanos... ¿Adónde van? ¡A Buenos Aires, a llevar allá la palabra de la rebeldía! Los que no tienen dinero para su pasaje, embárcanse lo mismo, pues el señor Moldes se hace cargo de eso...

Y parte a fines de 1808 rumbo a Buenos Aires el "Castillo", trayendo a bordo los abanderados de la independencia. Vienen en él, Gurruchaga, José, Juan Antonio y Eustaquio Moldes, salteños; Juan Martín de Pueyrredón, porteño; Riva Agüero, peruano; O'Higgins, chileno, y muchos otros.

Cada uno de ellos llevará bien alto por toda la extensión del virreinato la bandera de la revolución. Cada uno de ellos será más tarde un heroico soldado en la guerra de Mayo...

Cine

por Amelia Monti



Las "estrellas" también bombardean

COMO tributo a los desvelos y contribuciones de Hollywood al esfuerzo bélico, aviadores norteamericanos, estacionados en Europa, están pintando los nombres de estrellas del cine en las bombas que, a diario, hacen llover sobre las zonas que atacan. Rita Hayworth, Rosalind Russell, Janet Blair, Ginger Rogers, Susan Peters, Diana Durbin y otras estrellas más, por ejemplo, "han causado tremendos daños" a las ciudades industriales atacadas recientemente. Así lo hace saber una carta recibida del sargento Earl M. Cherry, del grupo 91, de Bombardeadores de Ultramar; uno de los que han pintado más nombres de estrellas en las cubiertas de las bom...



PARA UNA BIOGRAFIA

Nélida Bilbao, nunca retrocede

UNA figura joven, que cada día impone más su calidad de actriz, es Nélida Bilbao. Nació en la Argentina el 9 de enero de 1918. Casi se puede decir que en el año de la anterior victoria. Su niñez fué feliz. Después, Nélida cursó estudios en el Liceo, y para bien de todos la ganaron la radio, el cine y el teatro. Es soltera, y su actuación en nuestra pantalla la siguiente: "Mujeres que trabajan" y "Jettatore", en 1938; "La modelo y la estrella" y "Divorcio en Montevideo", en 1939; "Ha entrado un ladrón", "Mi fortuna por un nieto" y "Pueblo chico, infierno grande", en 1940; "El más infeliz del pueblo" y "Novios para las muchachas", en 1941; "La novela de un joven pobre", "La maestrita de los obreros", "Yo conocí a esa mujer" e "Incertidumbre", en 1942. Ha intervenido en otras películas de lucimiento. Entre ellas "Valle Negro", en la que destacó el perfil de una personalidad. Le tocó, posteriormente, asumir la responsabilidad del primer papel femenino en "La verdadera victoria". Es de firme carácter y mucha fuerza de voluntad. Capaz de emprender un camino sin retroceder. Dueña de sí, sin orgullo. Aunque a veces no pueda reprimir ciertos gestos de liberalidad. Le gusta la lucha, y no se conforma con abandonar sin antes probar la satisfacción del triunfo. Hasta ahora, pocas veces le ha fallado la suerte. Tiene el pelo castaño. Como los ojos. Es alta y elegante.



MISCELANEA

Una empresa de titanes va a emprender Luis César Amadori en Argentina Sono Film: llevar a la pantalla una versión libre de "Madame Sans-Gene", la famosa obra de Victoriano Sardou, con Niní Marshall en el papel principal. Clima, ambiente y fidelidad son los gigantes a vencer, y todos ellos se refieren, ¡nada menos! a la época de la Revolución Francesa y la subsiguiente del Imperio. En "chunga" y todo, la cosa es seria, y se tiene la seguridad de arribar a buen puerto.

◆

E. F. A tampoco se queda atrás, y embiste — con altura y respeto — hacia la vida de Amado Nervo. Título: "La amada inmóvil". Libretista: Villegas López. Intérprete: Santiago Gómez Cou. Trama: una evocación romántica.

ENTRE ASTERISCOS

También Mickey Rooney se ha alistado en el ejército norteamericano, pero parece que antes de partir para el frente a que se le destine, filmará una nueva película en la que vestirá de uniforme.





Gloria Swanson, de tan resonante fama en aquella época de "Macho y hembra", la gran película de entonces, tan lejana ya, vuelve de nuevo. Pese a que su última incursión en la pantalla, después de algunos años, no fué muy afortunada, parece haber aceptado una oferta para retornar al cine.

Gene Tierney, que apuntó — y apunta — como una intérprete de excepcionales facultades para papeles dramáticos, no estaba contenta con lo que le tocó en suerte interpretar hasta ahora, y lamentándose de que se le tuviera un poco olvidada. Pero acaba de sentirse feliz con el papel que se le ha encomendado para una próxima cinta.





Después de haber terminado y asistido al estreno de "El impostor" — conocida entre nosotros con el título de "El falsario", no sabemos por qué —, Jean Gabin partió para el norte de Africa con el propósito de alistarse en las filas de los franceses libres. Es de sospechar que ésta, su última película, lo vigorizó de fervor bélico.

Bárbara Stanwyck, inteligente actriz, es mujer exquisita y esposa ejemplar. Se complace en posponer la gloria a los íntimos y sencillos goces del hogar. Traspuesto el umbral de su casa, Bárbara gusta ser solamente la amantísima esposa de Robert Taylor, actualmente en servicio. Viven, juntos, un mundo propio donde no dejan penetrar el menor resplandor de la vida externo.





Tres grandes figuras del momento en la cinematografía norteamericana se destacaron en un mismo *film*. Este es "La alegre divorciada", donde obtuvieron papeles estelares Ginger Rogers y Fred Astaire y en el que hizo su presentación una figura femenina que también había de alcanzar rápida fama: Betty Grable.

En Hollywood triunfan las altas

SE terminó en Hollywood aquella peregrina idea de que para la pantalla era menester no pasar de metro y medio. Las "petisas" están de baja en la Meca del cine. Existe una "nueva generación" de altas, que va formando un núcleo aplastante sobre las competidoras de ayer. Las afortunadas muchachas que están, actualmente, hallando mayores facilidades para encontrar las puertas abiertas de Hollywood (según una estadística de Elena Carrillo) son las altas.

Las pequeñas, las menuditas, que hace algunos años reinaban en la pantalla como las preferidas, están siendo rápidamente desplazadas por las muchachas que miden diez o doce centímetros de estatura más que sus antecesoras.

Puede decirse que la moda de las altas comenzó con la aparición, en el lienzo, de Rosalind Russell. Esta elegante estrella mide 1,68, y no es una novedad para nadie que se impuso desde el principio. Ella dice:

—No sé por qué las mujeres altas habíamos de vernos obligadas a renunciar a la cara aspiración de llegar a ser algo en el cine. Como si la estatura tuviera que ver algo, o fuera un motivo en desmedro de la inquietud artística o el talento.

El caso es que el tiempo parece haber venido a darle la razón a Rosalind. Según un cómputo hecho hace poco, de las muchachas contratadas por varios estudios de Hollywood durante el año pasado, se ha averiguado que el promedio de la estatura excede de 1,67, existiendo, por lo tanto, una diferencia bastante notoria si se compara con el promedio de 1,45, que era lo normal hace algunos años.

Las nuevas actrices, como Esther Williams, Virginia O'Brien, Jean Rogers, Ava Gardner, Inez Cooper, Jane Russel, Marilyn Maxwell, Frances Rufferty y Kay Medford, miden un poco más de 1,67.

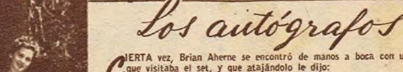
Dos de las más "recién llegadas", Helen O'Hara y Bunny Waters, son verdaderos "rascacielos", pues superan con 1,82 a sus compañeras.

Esther Williams, que ostenta el título de ex campeona de natación, está bajo contrato con la Metro, y los momentos libres los pasa en la playa acompañada de *Pudy*, su perro favorito. Helen O'Hara, después de triunfar como modelo de fotógrafos, fué "descubierta" y llevada a Hollywood porque personifica el tipo ideal de la corista de Ziegfeld. La escultural Bunny Waters, quien es la más alta de todas, es bailarina y cantante. Después de triunfar en Broadway, va camino de imponerse en Hollywood. Para "Sombras en la nieve", la nueva película estelar con Robert Taylor, el director Gregory Ratoff usó una constelación de muchachas altas. Pero no son las mujeres altas las únicas que reinarán en Hollywood. La *Metro* ha estado buscando afanosamente un gigante de 2,15 mts., que además de ser buen mozo, para el papel de Ursus, en "Quo Vadis?".

Habrá que estar de acuerdo con lo que dijo Rosalind Russell:

—En los tiempos que corren para el cine... ¡Vale la pena crecer!

Esther Williams, ex campeona de natación, contratada por la Metro, junto a su perro favorito. Es una de las bellezas más altas de la guardia joven. Mide 1.68.



Los autógrafos

CIERTA vez, Brian Aherne se encontró de manos a boca con un marinero que visitaba el set, y que atajándolo le dijo:

—Perdóneme, Mr. Aherne, pero... ¿podría tener el honor de que me diera su autógrafo "el cuñado" de Olivia de Havilland?

Un poco extrañado se quedó Brian Aherne ante semejante petición, mas siempre amable, replicó al marinero:

—Con mucho gusto. Pero, ¿no cree usted que podría haberme pedido mejor el autógrafo del marido de Joan Fontaine?

—Puede usted ponerme su firma de ambos modos, siempre que figure al lado de ella el nombre de una de las dos hermanas.

El astro escribió así:

"El esposo de Joan Fontaine y cuñado de Olivia de Havilland: Brian Aherne".

El marinero explicó entonces que, como se había casado recientemente con la hija de una de las niñeras de las hermanas Fontaine, quería demostrar a su mujer que él también "conoce" a un miembro de la familia...

Menos mal que el marinero se apuró, porque precisamente Joan Fontaine acaba de divorciarse de Aherne...

Alguien dijo

No vale tanto apurarse como llegar a tiempo...

CON BRILLANTES ACTOS CELEBROSE EL 128º ANIVERSARIO

El presidente de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, el vicepresidente coronel Juan D. Perón y otras altas autoridades, presenciando la gran concentración estudiantil realizada el día 7 en la plaza de Mayo.

El pueblo, las fuerzas armadas y los estudiantes de toda la Nación, celebraron una de las fiestas cívicas de más hondo significado, el 128º aniversario de la Independencia. Apoyada en un pasado de gloriosa tradición y con la mirada fija en el brillante porvenir que le aguarda, la Argentina toda recordó con emoción la fecha magna de aquel 9 de julio de 1816. Durante varios días, el pueblo argentino vivió momentos inolvidables en cada una de las ceremonias realizadas. Así la gran concentración estudiantil que tuvo lugar el día 7 en la histórica plaza de Mayo, con la presencia de las delegaciones de todos los centros de estudio de Buenos Aires y del interior, así como también de los gallardos cadetes militares, navales y del Liceo. En los días 8 y 9 continuaron realizándose diversos actos, los cuales culminaron con el solemne Tedéum oficiado en la catedral, al que asistieron el presidente de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, altas autoridades militares, eclesiásticas y civiles. Por último, el gran desfile que tuvo por escenario las avenidas Alvear y Vértiz, cerró con broche de oro la magnífica fiesta patria. La presente nota gráfica refleja destacados aspectos de las distintas ceremonias realizadas en la capital federal.



Los cadetes del Colegio Militar pasan, durante el desfile del día 9, ante el palco oficial.



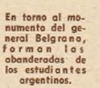
Llamó la atención de la enorme concurrencia que acudió a las avenidas Alvear y Vértiz, el paso de los paracaidistas, que desfilaron por primera vez.

DE LA INDEPENDENCIA ★



Un grupo de niñas abanderadas, de las delegaciones de los colegios de todo el país, que acudieron el día 7 a la plaza de Mayo.

★



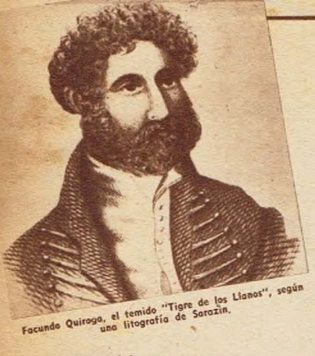
En torno al monumento del general Belgrano, forman las abanderadas de los estudiantes argentinos.





...longados aplausos de la concurrencia provocó el desfile de las fuerzas de montaña, quienes también participaron por primera vez en un desfile en Buenos Aires.

EL CADÁVER DE QUIROGA EN LA


Facundo Quiroga, el temido "Tigre de los Llanos", según una litografía de Sarazin.

Una escena sombría

A las nueve de la noche del 16 de febrero de 1835, por el camino que conduce a la ciudad de Córdoba llega a la posta de Sinsacate un cortejo de hombres armados, encabezados por el juez pedáneo del lugar, don Pedro Luis Figueroa. Son dieciséis personas, varias de las cuales descienden de una pesada galera, y cual sombras penetran en el amplio caserón, en cuyo extremo un campanario pone una nota sombría. Los hombres avanzan silenciosos, con el temor reflejado en sus semblantes, que destacan movibles e improvisadas luminarias. Los que descienden de la galera sacan el cadáver de un hombre, cuyo cuerpo desnudo han cubierto a medias. Pertenece a un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, de renegrida y ondulada cabellera, que se prolonga en el rostro, de pobladísimas patillas. El aspecto de este hombre es horroroso. Tiene un ojo traspasado por una bala y desfigurado el rostro por un culatazo de tercerola aplicado en una de sus sienes. Su garganta presenta un puntazo de sable.

Este cadáver que se deposita en la capilla de Sinsacate es el del hombre más temido y prestigioso entre las masas del país: don Juan Facundo Quiroga.

Mientras se disponía el velatorio del cadáver, el juez pedáneo se sentaba a escribir con ansiedad un parte dirigido al gobierno de Córdoba.

Barranca Yaco

¿Qué había sucedido? Esto no es desconocido y pertenece a la historia. A las once y media de la mañana de ese día, una galera que conducía a Juan Facundo Quiroga y que regresaba de Santiago del Estero en viaje a Buenos Aires, acompañado de varias personas, es asaltado en un lugar sombrío llamado Barranca Yaco y asesinados todos ellos por una partida de treinta hombres al mando del capitán de milicias de la provincia de Córdoba y cuyo nombre era José Santos Pérez. Se salva el correo Marín y el secretario de Ortiz, Funes.

Pero lo que es casi completamente desconocido es lo que ocurrió inmediatamente después del hecho y que, a la luz de una interesantísima documentación, pasamos a narrar.

Cuando tiene lugar el asalto, el correo Agustín Marín se sorprende sobremanera por fuertes detonaciones que se escuchan, presintiendo un asalto a la galera que le precedía a dos cuadras y media de distancia. Instintivamente detiene su cabalgadura sin saber a qué atenerse, cuando ve que su compañero que marchaba con una precedencia de una cincuentena de metros retrocede a toda velocidad, internándose en el monte y como huyendo de lo que prevé un suceso trágico. Las sospechas del correo Marín se fortalecen, y sin entregarse a otras reflexiones sale en pos de Funes a igual velocidad.

Acosado por los más siniestros presagios, ambula el correo Marín por el monte, perdida toda idea de rumbo. Las escabrosidades del terreno, el calor sofocante, las tribulaciones del ánimo, todo coadyuva a que aquellas horas parezcan siglos. A medida que avanza se extravía más entre los arbustos espinosos, pero su ansia de huir de un peligro que cree inminente lo incita a proseguir.

¿Qué hora sería ya? No tenía idea de ello. El temor que lo embargaba había disminuido, cuando divisó en el monte a un leñador, que lo sacó de su triste situación conduciéndolo a la Posta de Sinsacate. Eran las cinco de la tarde.

Los primeros noticias

Al realizar el trayecto, el correo Marín se topó con el joven Funes, a quien interroga sobre lo que ha visto y le ha infundido tanto pavor.

"Muchos hombres montados —le responde—, armados con tercerolas, gritando para detener la galera y haciendo fuego sobre ella. Esto me infundió todo el horror de la muerte y me impulsó a escapar como lo hice".

Y agregó luego de una pausa: "Este acontecimiento es para mí bien desgraciado, pues tan luego que el general sepa que en lugar de correr a su defensa he desertado del lugar del asalto, al instante me manda fusilar" (1).

Sin mayor demora, el correo Marín se apersona al maestro de postas de Sinsacate, a quien pone en conocimiento de lo que él ha oído y de lo que ha visto el joven de San Luis. También visita al juez pedáneo del distrito, don Pedro Luis Figueroa. Ambos, sumamente impresionados por lo que oyen, comienzan a sospechar la alevosía del atentado que se ha consumado y resuelven partir al lugar del hecho. Comienzan a reunir hombres, a los que arman en la forma que les es posible, y, además, se proveen de una carretilla, como medida de precaución.

El leñador que Marín había hallado en el monte aparece después. Había ido a Barranca Yaco a contemplar el desastre, y se ofreció a acompañar a la comitiva haciendo de baqueano. Se llamaba Ignacio Videla.

Marín busca al joven Funes, pero no lo halla por parte alguna. Ha desaparecido misteriosamente, huyendo del castigo que le impondría el terrible "Tigre de los Llanos". Empero, el caudillo riojano ya no era un peligro para nadie. Su cadáver, acribillado, se mostraba al sol de febrero.

En el lugar de la tragedia

La expedición se pone en marcha, en número de doce personas, y cuando las primeras sombras de la noche se abaten sobre la tierra llegan a Barranca Yaco, y allí, llenos de emoción, pueden comprobar la magnitud de la tragedia.

El cuadro era en verdad impresionante. Lo primero que llama la atención de los circunstantes es el cadáver de Juan Facundo Quiroga, completamente desnudo, como si los asesinos hubieran querido completar el espectáculo del crimen con la vejación y el ludibrio. En la rápida inspección ocular que efectúan no hallan el cadáver del secretario de Quiroga, don José Santos Ortiz.


"El algarrobo de Quiroga", bajo el cual reposó el caudillo el día que fué asesinado por la partida de Santos Pérez.


El campanario de la capilla de Sinsacate, donde fueron velados los restos de Quiroga en la noche del 16 de febrero de 1835. En la foto aparece el autor de esta nota.

POSTA DE SINSACATE

EL VELATORIO DE LOS RESTOS DEL "TIGRE DE LOS LLANOS" LA NOCHE DEL 16 DE FEBRERO DE 1835

Por Ramón de Castro Esteves

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La galera había sido desprendida de sus caballos y saqueada por completo. La noche, que ya había empezado a invadir el campo con su penumbra, hacía más triste aquel paraje siniestro, que desde aquel momento entraba a la historia. La obscuridad, que aumentaba por momentos, no hacía fácil una inspección más amplia, por lo cual se resolvió regresar, colocando el cadáver de Quiroga en el carruaje. Y el cortejo fúnebre emprendió la marcha con rumbo a Sinsacate.

La posta de Sinsacate

El episodio trágico de resonancia histórica nos lleva a visitar la posta de Sinsacate, llamada también Chinzacate, la cual, felizmente, aun se conserva, aunque bastante destruída por la acción implacable del tiempo.

Un decreto del Poder Ejecutivo Nacional, de fecha 14 de mayo de 1941, la ha declarado monumento histórico, lo cual es muy acertado, pues a su valor en el lúgubre acaecimiento de Barranca Yaco se une la amplia evocación que representa de las postas antiguas, por las que se desenvolvió, a modo de una corriente vital, el progreso del país, desde los lejanos tiempos coloniales. Su construcción sobrepasa a los dos siglos: data de 1709. Se halla situada a 57 kilómetros de la ciudad de Córdoba, a 7 de Jesús María, a unos nueve de Barranca Yaco y a quince de Sarmiento.

Se encuentra a la vera del camino de la carrera de postas, llamada antiguamente "de Potosí", y por el cual se desarrolló el tránsito más importante de nuestro país, marchando por él los ejércitos de la independencia. Está situada a una treintena de metros del camino, en una curva del mismo. El edificio, con paredes desconchadas por la acción de los años, es muy amplio, alcanzando la cincuentena de metros de largo. Es estrecho y consta de un solo piso, amparado en su frente por una espaciosa galería cuyos techos se hallan abiertos en parte. El extremo sur es de menor altura que el resto de la edificación, que termina con un campanario de españa y que sobresale por su altura sobre el resto de la construcción. Posee tres aberturas, dos en la parte inferior y una en la superior, y aun conserva los maderos de los cuales pendieron las campanas que doblaron por Quiroga, y cuyo destino desconocemos.

Es indudable que esta construcción requiere ser reparada para que no se destruya, aunque sin quitarle el valor histórico que obras de restauración realizadas sin criterio podrían depararle.

La capilla

Al inquirir en qué lugar preciso fueron velados los restos de Quiroga, un chico nos señala una habitación de piso de tierra, convertida en conejera, y en uno de cuyos costados una chimenea nos habla de cierta pretérita comodidad.

En esta capilla se dió sepultura al coronel mayor José Santos Ortiz, y, según dicen algunos historiadores, al correo José María Lueges. El cuerpo de Ortiz permaneció un tiempo en Sinsacate, hasta que fué trasladado a Mendoza, en cuyo cementerio fué inhumado.

El 18 de febrero se transportó el féretro de Quiroga a la ciudad de Córdoba, en cuyo cementerio de la catedral fué sepultado con pompa.

Cuando tomamos de nuevo el automóvil, con la satisfacción de haber cumplido el recóndito anhelo de los que gustan vivir la historia en el mismo teatro del acaecimiento, echamos una última mirada al campanario que se pierde en el camino y evocamos la noche del 16 de febrero de 1835, en que, en medio del horror de la tragedia, los lugareños de la posta de Sinsacate velaron los restos del hombre que el gaucho supersticioso decía que no había muerto aun y que alguna vez estaría de regreso encabezando la turba de sus llaneros, cuyo nuevo oriflama era una calavera con dos tibias cruzadas... Tal era el prestigio, el temor y el respeto que había impuesto el "Tigre de los llanos..." ◈

[1] Palabras textuales. Documento inédito en poder de doña Silvia Cabanillas.



Galería de la posta de Sinsacate, declarada monumento nacional, donde descansaron los restos de Quiroga la noche que fué asesinado en Barranca Yaco.

GUY



CAPÍTULO XXXV

Sois uno de aquellos hombres que no serviríais a Dios aunque se lo mandara el diablo. Porque venimos a haceros un favor nos tratáis como a unos bellacos.

SHAKESPEARE. *Otelo.*

De vuelta en la quinta, halló Glossin entre varias cartas que le habían llegado durante su ausencia, una de mucha importancia. Estaba firmada por Mr. Protocol, procurador en Edimburgo, quien se dirigía a él, como agente de negocios de Godofredo Bertrán, último Esquire de Ellangowan y de sus representantes, para notificarle el repentino fallecimiento de mistress Margarita Bertrán de Singleside, a fin de que comunicase esta nueva a sus clientes para el caso de que tuviesen por conveniente nombrar un apoderado que los representase en todo lo relativo a la testamentaría de la difunta. Fácilmente discurrió Mr. Glossin que el autor de aquella carta no estaba enterado de las particularidades que habían ocurrido entre él y su antiguo bienhechor. No ignoraba que los bienes de la difunta debían pasar a su parienta más cercana, que lo era Lucy Bertrán, pero había mil probabilidades contra una de que un capricho de la buena anciana habría trastornado sus primeras disposiciones testamentarias. Después de haber revuelto bien en su fecunda imaginación todas las contingencias y probabilidades de que de aquel suceso le resultase a él algún beneficio personal, no pudo hallar más arbitrio para hacerle redundar en provecho propio que el de emplearle como un medio de levantar o, por mejor, de establecer su reputación de hombre honrado, reputación de cuya falta había tenido ya más de una vez ocasión de resentirse y que conocía que más que nunca le iba a ser necesaria.

—Preciso es — decía — que trate de ponerme en buen lugar con las gentes, a fin de que si se malogran los proyectos de Hatteraick, haya a lo menos algunas prevenciones en mi favor.

Además, para hacer justicia a Glossin, no debemos ocultar que en medio de toda su perversidad sentía algún deseo de resarcir a miss Bertrán en cierto modo, y siempre que en ello no padeciesen sus propios intereses, de los infinitos daños y perjuicios que había ocasionado a su familia. Resolvió, pues, pasar a la mañana siguiente a Woodbourne.

No sin hacerse mucha violencia se decidió a dar este paso, inspirándole, como le inspiraba, la idea de presentarse al coronel Mannering, la natural repugnancia que tiene el fraude y la villanía a hallarse cara a cara con el honor y la probidad; pero tenía gran confianza en su *savoir faire*. Su talento era naturalmente despejado y su instrucción no se limitaba al círculo de su carrera. Había residido bastante tiempo en Inglaterra en diferentes épocas, y con el trato de la sociedad inglesa se había despojado juntamente de la rusticidad propia de su crianza en un lugar, y del pedantismo de su profesión; a una destreza nada común y a una gran facultad de persuasión, unía un imperturbable descaro que procuraba disfrazar bajo la capa de una naturalidad y de una sencillez sin límites. Lleno, pues, de confianza en sus propios recursos, presentóse a cosa de las diez de la mañana siguiente en Woodbourne, donde mandó que pasasen recado a miss Bertrán de que un caballero deseaba hablarla.

No dijo su nombre hasta que llegó junto a la puerta del comedor, donde estaba reunida toda la familia almorzando, y donde dijo a un criado que anunciase a Mr. Glossin, que deseaba hablar a miss Bertrán. Lucy, recordando la escena que había terminado la vida de su pobre padre, se puso pálida como un cadáver, en términos que estuvo a punto de darle una congoja. Julia se apresuró a socorrerla y salió con ella de la estancia. Sólo quedaron en el comedor el coronel, Carlos Hazlewood, que todavía tenía un brazo vendado, y Dominus Sampson, cuyo escuálido rostro y ojos hundidos presentaron un aspecto singularmente hostil al reconocer a Glossin.

Aunque algo chafado en vista del efecto que había producido su entrada, adelantóse nuestro hombre con mucho desparpajo diciendo que se lisonjeaba de que su presencia no habría ahuyentado a aquellas señoritas. El coronel, con una sequedad verdaderamente glacial, le hizo presente que no sabía a qué atribuir el honor de una visita de Mr. Glossin.

—¡Hem!, ¡hem! Me he tomado la libertad, coronel, de venir a ver a miss Bertrán para hablarla de un asunto que le interesa.

—Si podéis, caballero, comunicárselo a Mr. Mac-Morlan, su apoderado, creo que miss Lucy lo preferirá con mucho.

—El coronel Mannering me perdonará que yo no piense así — dijo Glossin procurando afectar cierta familiaridad harto intempestiva —; vos conocéis el mundo y ya sabéis que hay casos en que conviene tratar los negocios directamente para entenderse mejor.

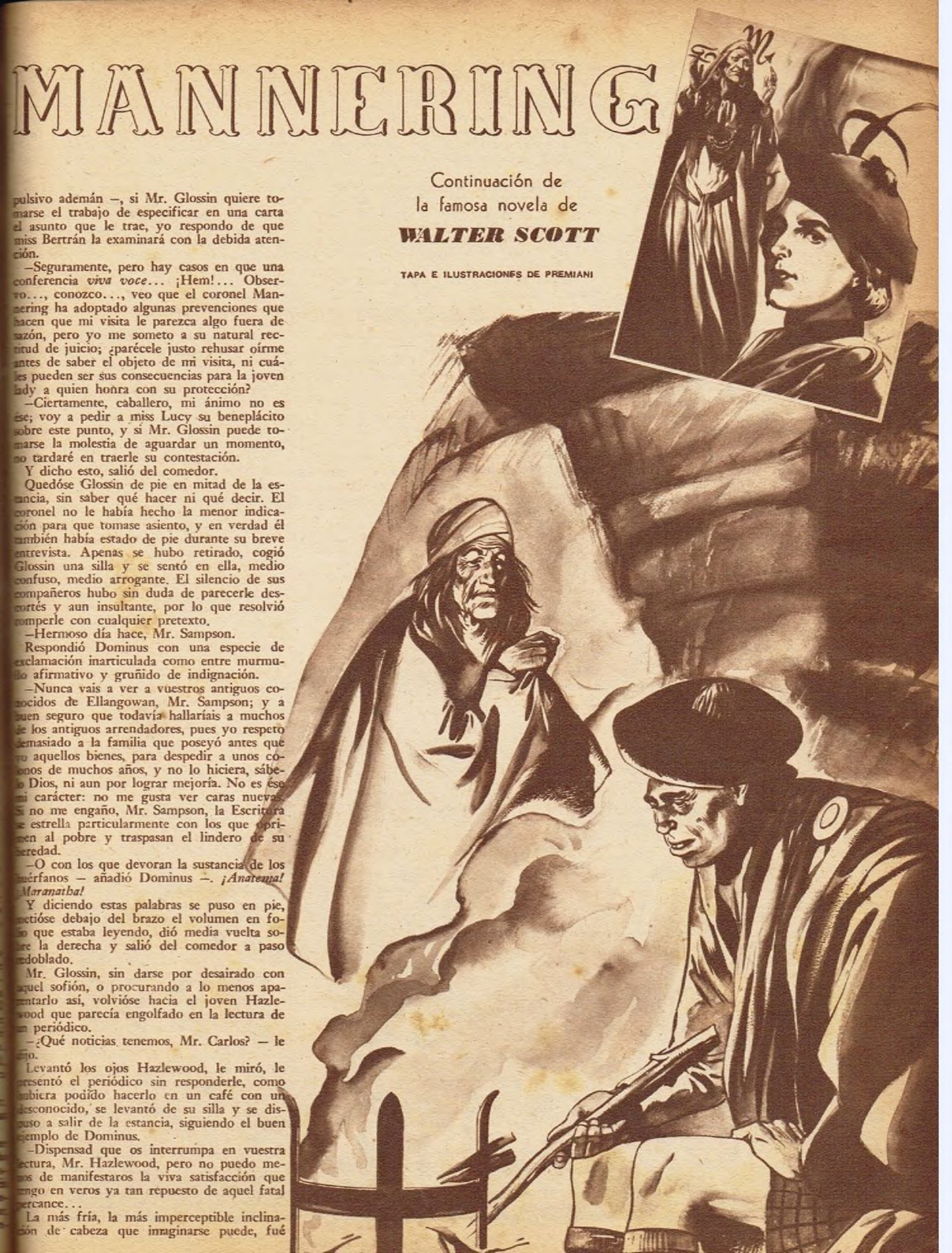
—En ese caso — repuso Mannering con m-

MANNERING

Continuación de
la famosa novela de

WALTER SCOTT

TAPA E ILUSTRACIONES DE PREMIANI



pulsivo ademán –, si Mr. Glossin quiere tomarse el trabajo de especificar en una carta el asunto que le trae, yo respondo de que miss Bertrán la examinará con la debida atención.

–Seguramente, pero hay casos en que una conferencia *viva voce*... ¡Hem!... Observo..., conozco..., veo que el coronel Mannering ha adoptado algunas prevenciones que hacen que mi visita le parezca algo fuera de sazón, pero yo me someto a su natural rectitud de juicio; ¿parécele justo rehusar oírme antes de saber el objeto de mi visita, ni cuáles pueden ser sus consecuencias para la joven lady a quien honra con su protección?

–Ciertamente, caballero, mi ánimo no es ése; voy a pedir a miss Lucy su beneplácito sobre este punto, y si Mr. Glossin puede tomarse la molestia de aguardar un momento, no tardaré en traerle su contestación.

Y dicho esto, salió del comedor.

Quedóse Glossin de pie en mitad de la estancia, sin saber qué hacer ni qué decir. El coronel no le había hecho la menor indicación para que tomase asiento, y en verdad él también había estado de pie durante su breve entrevista. Apenas se hubo retirado, cogió Glossin una silla y se sentó en ella, medio confuso, medio arrogante. El silencio de sus compañeros hubo sin duda de parecerle descortés y aun insultante, por lo que resolvió romperle con cualquier pretexto.

–Hermoso día hace, Mr. Sampson.

Respondió Dominus con una especie de exclamación inarticulada como entre murmullo afirmativo y gruñido de indignación.

–Nunca vais a ver a vuestros antiguos conocidos de Ellangowan, Mr. Sampson; y a buen seguro que todavía hallaríais a muchos de los antiguos arrendadores, pues yo respeto demasiado a la familia que poseyó antes que yo aquellos bienes, para despedir a unos colonos de muchos años, y no lo hiciera, sábelo Dios, ni aun por lograr mejoría. No es ése mi carácter: no me gusta ver caras nuevas. Si no me engaño, Mr. Sampson, la Escritura se estrella particularmente con los que oprimen al pobre y traspasan el lindero de su heredad.

–O con los que devoran la sustancia de los huérfanos – añadió Dominus –. *¡Anatema! ¡Maranatha!*

Y diciendo estas palabras se puso en pie, metióse debajo del brazo el volumen en folio que estaba leyendo, dió media vuelta sobre la derecha y salió del comedor a paso redoblado.

Mr. Glossin, sin darse por desairado con aquel sofión, o procurando a lo menos aparentarlo así, volvióse hacia el joven Hazlewood que parecía engolfado en la lectura de un periódico.

–¿Qué noticias tenemos, Mr. Carlos? – le dijo.

Levantó los ojos Hazlewood, le miró, le presentó el periódico sin responderle, como hubiera podido hacerlo en un café con un desconocido, se levantó de su silla y se dispuso a salir de la estancia, siguiendo el buen ejemplo de Dominus.

–Dispensad que os interrumpa en vuestra lectura, Mr. Hazlewood, pero no puedo menos de manifestaros la viva satisfacción que tengo en veros ya tan repuesto de aquel fatal percance...

La más fría, la más imperceptible inclinación de cabeza que imaginarse puede, fué

toda la respuesta que obtuvo su atención, pero fué lo suficiente, sin embargo, para estimular a nuestro truhán legista a seguir adelante con su charla.

—Puedo aseguraros sin lisonja, Mr. Hazlewood, que pocos se han interesado tan de veras como yo en vuestra desgracia, tanto por el bien general del país, como por el particular respeto que profeso a vuestra familia, tan digna por todos estilos de la alta consideración que en él disfruta. Mr. Keatherhead va estando ya achacoso, lo cual no es extraño a su edad, y como es de presumir que pronto tendrá que retirarse del parlamento, no haríais mal en ir tomando vuestras medidas con anticipación. Os hablo como amigo, Mr. Hazlewood, y como hombre que conoce un poco ese tinglado, y si pudiera seros de alguna utilidad...

—Mil gracias, pero no tengo por ahora miras sobre cosa en que podáis serme de provecho para nada.

—¡Oh!, bien, bien; acaso tenéis razón, todavía hay tiempo de sobra... Gózome en ver un mozo tan sesudo. Pero hablaba de vuestra herida; creo que no se me escapará el perillán que os atacó, y si no le hago castigar como merece, consiento en...

—Perdonad si os interrumpo de nuevo, pero vuestro celo me parece inútil. Tengo razones para creer que mi herida fué casual; evidentemente no hubo premeditación de parte del agresor. Contra una ingratitud y premeditada traición, mi resentimiento no sería menor que el vuestro.

Tal fué la respuesta de Hazlewood.

—¡Vaya otro par de coces! — dijo Glossin para su coleto —; preciso será que dirija mis baterías por otro lado —. ¡Bien dicho, Mr. Carlos!, no se puede pensar con más nobleza; yo por mí no tendría más compasión de un ingrato que de una chocha. Y a propósito de chochas (Glossin había aprendido de su antiguo bienhechor este gracioso modo de mudar de conversación), muchas veces os veo con la escopeta al hombro, y espero que pronto podréis volver a vuestras habituales cacerías; pero he observado que siempre os limitáis a las tierras de Hazlewood, y espero que en lo sucesivo no tendréis escrúpulos en meteros cuando queráis en las de Ellangowan. Creo que son en las que más abundan las chochas, si bien no faltan tampoco en las vuestras.

Aunque no le valió esta oferta más que una pequeña inclinación de cabeza, todavía hubiera hecho Glossin nuevos esfuerzos para desatar la lengua a su compañero, cuando vino a sacarle de apuros la vuelta del coronel Mannering.

—Temo, caballero, haberos hecho esperar demasiado — dijo dirigiéndose a Glossin —. Deseaba persuadir a miss Bertrán a que os recibiera, debiendo en mi dictamen ceder sus objeciones a la necesidad de oír lo que tenéis que decirle; pero veo que circunstancias demasiado recientes y no fáciles de olvidar, le hacen tan penosa la idea de una entrevista con Mr. Glossin, que sería una crueldad insistir en ello. En este supuesto me envía para que reciba órdenes y proposiciones, y en una palabra para que se sirva comunicarme lo que tenga que decirle.

—¡Hem!, ¡hem! Siento, caballero..., siento mucho, coronel Mannering, que miss Bertrán pueda suponer... que la menor animosidad... en fin, que crea que yo... por mi parte...

—Caballero — dijo el inflexible coronel —, donde no media acusación todo descargo es excusado. ¿Tenéis alguna dificultad en comunicarme como a tutor temporal de miss Bertrán, el asunto de que venís a hablarle?

—En manera ninguna, coronel; no podía miss Lucy haber elegido un amigo más respetable, ni persona con quien yo por mi parte tuviera más placer en explicarme francamente.

—Tened la bondad, caballero, de entrar en la cuestión.

—A eso voy, a eso voy..., pero no es necesario que Mr. Hazlewood se retire. Tanto bien deseo a miss Bertrán, que desearía que el mundo entero terciase en nuestra conferencia.

—Mi amigo Mr. Carlos Hazlewood no tendrá probablemente gran curiosidad de oír cosas que no le interesan; y ahora que ya estamos solos, permitidme que os ruegue que seáis breve y explícito en lo que tenéis que decirme. Yo soy un soldado, caballero, y no gusto de ambages y preámbulos.

Y dicho esto se sentó y aguardó la respuesta de Glossin.

—Tened la bondad de leer esta carta — dijo Glossin presentándole la de Mr. Protocol como el medio más breve de enterarle del negocio de que se trataba.

Leyóla el coronel, apuntó en su cartera el nombre y las señas de Mr. Protocol, y devolviendo la carta a Glossin:

—Este asunto, caballero, no me parece que requiere mucha discusión. Yo cuidaré de velar sobre los intereses de miss Bertrán.

—Pero, caballero..., pero, coronel — añadió Glossin —, no es eso todo, y sólo yo puedo enteraros de lo que falta. Esa señora, esa miss Margarita de Singleside, cuando residía en Ellangowan, en casa de mi antiguo amigo Mr. Bertrán, hizo un testamento en el que instituía por su heredera universal a miss Lucy Bertrán; y de esto estoy bien seguro, pues Dominus, que éste era el nombre que mi difunto amigo daba siempre al respetable Mr. Sampson, le firmó conmigo en calidad de testigo. En aquella época tenía ya miss Margarita plenas facultades para disponer de los bienes de Singleside, aunque su hermana mayor que aun vivía, los usufructuaba a la sazón por juro de heredad hasta su muerte. Extraña disposición tomó en ese particular el anciano Singleside, pues animaba con ella una contra otra a sus dos hijas, como dos gatas. ¡Ja, ja, ja!

—Bien está, caballero — dijo Mannering con sequedad —, pero vamos al caso. ¿Decís que esa señora tenía derecho para testar a favor de miss Bertrán y que así lo hizo?

—Sí, coronel. Creo conocer un poquillo las leyes; por muchos años las he estudiado a lo menos, y aunque ya me he retirado de los negocios para vivir quieto y tranquilo en mi casa, no he olvidado enteramente una ciencia preferible a todos los bienes de fortuna, y que es, como dice con razón uno de nuestros poetas,

...Ciencia tan excelente
Que recobrar nos hace el bien perdido.

No, no, todavía sé chasquear mi látigo, quiero decir, que aun me queda alguna inteligencia en la materia al servicio de mis amigos.

Tomaba Glossin la cuestión en este tono con la esperanza de hacer una impresión favorable en el ánimo del coronel. Este, por su parte, sentía en sí las más violentas tentaciones de tirar a Glossin por la ventana, o a lo menos de echarle con cajas destempladas, pero considerando que aquel asunto podía tener favorables resultados para miss Bertrán, se armó de paciencia y escuchó con toda la cachaza que pudo los elogios que se prodigaba Glossin a sí mismo. En fin, luego que hubo acabado su tarabilla, le preguntó si sabía dónde paraba el testamento.

—Sé..., es decir, creo..., presumo que se podrá desenterrar; pero en tales casos suele suceder que el depositario exige alguna retribución...

—Si no es más que eso, poco importa — dijo el coronel echando mano a su cartera.

—Pero, amigo mío, no me dejáis acabar. Quería decir que *hay depositarios* que suelen reclamar a título de indemnización tales o cuales cantidades, por gastos de diligencias judiciales, por el tiempo perdido, etc. Pero yo por mi parte sólo deseo convencer a miss Bertrán y a sus amigos de que procedo con ella con toda honradez... Ahí tenéis el testamento, caballero; mucha satisfacción hubiera tenido en ponerle yo mismo a los pies de miss Bertrán y en darle el parabién de la risueña perspectiva que le ofrece el porvenir; pero una vez que sus prevenciones contra mí son insuperables, sólo me resta suplicaros, coronel, que hagáis presente a esa señorita mis vivos deseos de verla tan feliz como ella merece, y que le manifestéis que estoy pronto a responder ante la justicia, cuando haga falta mi testimonio, de la legitimidad del testamento. Tengo el honor, caballero, de besaros la mano.

Este discurso de despedida estaba bien discurrido y fué pronunciado en un tono que imitaba tan perfectamente el de la integridad calumniada, que el mismo Mannering titubeó un momento en la pésima opinión que tenía de Glossin. Acompañóle hasta la puerta, y aunque siempre frío y reservado, se despidió de él con más atención de la que le había mostrado durante su visita. Salió Glossin de la quinta tan satisfecho de la impresión que habían producido sus últimas palabras, como corrido y picado de lo mal que le habían recibido.

—El coronel Mannering hubiera podido ser más atento conmigo — decía —; no todos llevan cuatrocientas libras esterlinas de renta a una muchacha que no tiene sobre qué caerse muerta. Bien rentará Singleside, ya lo creo, cuatrocientas libras, pues Reylagegambeg, Gillifidget, Loverless, Liealone y Spinster las producen. Muchos en mi lugar hubieran tratado de sacar partido de este negocio, aunque todo bien considerado, no sé verdaderamente cómo diablos se hubieran compuesto para lograrlo.

Apenas se hubo retirado Glossin, envió el coronel un lacayo a buscar a Mr. Mac-Morlan, que acudió sin demora a la quinta, y habiéndole presentado Mannering el testamento y preguntádole qué le parecía que podía esperarse de él en beneficio de miss Lucy, lo leyó atentamente y exclamó en fin con entusiasmo:

—¡Admirable! No hay nada que pedirle; cuando Glossin quiere trabajar, nadie le gana a hacerlo bien, y cuando lo hace mal, es porque le tiene cuenta... Pero — añadió con algún abatimiento —, el caso es que la vieja loca, y perdóneme las malas ausencias, podría muy bien haber cambiado sus primeras disposiciones.

—¿Y cómo podríamos saberlo?

—Enviando a alguno que represente a miss Bertrán en las operaciones de la testamentaría.

—¿Podéis ir vos?

—Lo siento, pero no puedo; tengo que asistir a un juicio por jurados.

—En ese caso iré yo; mañana temprano me pondré en camino. Sampson vendrá conmigo; él fué uno de los testigos y su presencia puede ser necesaria..., pero necesito de alguien que me dirija.

—El antiguo sheriff de este condado reside en Edimburgo, y es sujeto que goza con justicia de excelente reputación: os daré una carta para él.

—Lo que más me gusta en vos, Mr. Mac-Morlan, es que siempre vais derecho al grano. Escribidme esa carta al instante: a propósito, ¿hablaremos a miss Bertrán de esa herencia?

—Es preciso, pues tendrá que otorgaros un poder para representarla; ahora mismo voy a extenderlo. Además, yo respondo de su prudencia y de que no mirará esa esperanza más

que como una probabilidad lejana.

No se engañó, en efecto, Mac-Morlan. Al recibir aquella nueva, mostró miss Lucy una moderación que probaba lo muy lejos que estaba de contar por segura la perspectiva que se le ofrecía. Preguntó, es verdad, por la noche, a Mac-Morlan, así como al descuido, cuanto podía producir anualmente la hacienda de Hazlewood; pero ¿debemos inferir de aquí que su objeto fuera saber si una heredera con cuatrocientas libras de renta podía ser un partido proporcionado para el joven laird?

CAPITULO XXXVI

Echadme una gran copa de vino para dar a mis ojos una expresión terrible. Es menester que me ponga furioso y que hable como el rey Cambises.

SHAKESPEARE. *Enrique IV*, 1ª parte.

Mannering, con su compañero de viaje Sampson, no perdió un momento en ir a Edimburgo. Conociendo las habituales distracciones del buen Dominus, quiso el coronel llevárselo consigo en su silla de posta, no atreviéndose a perderlo de vista ni menos a hacerlo viajar a caballo, lo que hubiera sido exponerlo a que en cualquier posada lo hubieran montado, sin que el pobre filósofo lo echara de ver, vuelto de cara hacia el rabo. Con ayuda de su camarero Barnes, que los seguía a caballo, logró desembarcar a Dominus sano y salvo en un mesón de Edimburgo (pues aun no se conocían las buenas posadas), sin que le sucediesen más que dos aventuras en el camino. Una de ellas fué en Moffat, donde mientras estaba almorzando el coronel, armó una discusión con el maestro de escuela del pueblo sobre la cantidad de una palabra de la séptima oda del segundo libro de Horacio, discusión que produjo otra aun más acalorada sobre la significación exacta de la voz *malobathro*, en la misma oda: disertando y discutiendo, acompañó el distraído Sampson al maestro de escuela hasta su casa, donde la atrapó Barnes, que, conociendo su carácter, había tenido la precaución de no perderle de vista. La segunda escapatoria ocurrió con motivo de ir a visitar el prado de *Rullion green;* grato a sus predilecciones presbiterianas, el coronel había consentido en detenerse un momento para que satisficiera su curiosidad; pero habiendo visto a distancia como de una milla un monumento fúnebre que no conocía, echó Dominus a andar hacia él muy formal, olvidándose completamente por segunda vez de su viaje y de su amigo, como si tal viaje y tal amigo no hubieran existido jamás, hasta que lo alcanzó Barnes en su caminata hacia las sierras de Pentland, después de haber tenido al coronel de plantón más de una hora. Cuando la presencia de Barnes le recordó el mal tercio que estaba haciendo a su compañero de viaje, exclamó como solía: "¡Prodigioso! ¡Se me había pasado!", y echó pie atrás. Asombrado quedó Barnes del sufrimiento que mostró su amo en aquellas dos ocasiones, sabiendo por experiencia cuan insoportables le eran las lentitudes y sobre todo la negligencia; pero Dominus era para él, bajo todos aspectos, un ser privilegiado. Sus genios no podían ser más encontrados, y sin embargo, parecía que la naturaleza los había destinado el uno para el otro. Necesitaba Mannering un libro cualquiera; Dominus se lo encontraba al instante; tenía que ajustar o examinar alguna cuenta, Sampson estaba siempre dispuesto; quería acordarse de éste o el otro pasaje de los autores clásicos, Dominus era para él un diccionario siempre abierto, y en medio de todo esto, aquella estatua ambulante ni se envanecía cuando hacía falta, ni se daba por sentida de que la olvidaran. Para un hombre bilioso, frío y reservado como lo era Mannering, aquella especie de catálogo vivo, aquel animado autómata era justamente lo que le convenía.

Apenas llegaron a Edimburgo y se instalaron en el mesón del *Rey Jorge*, junto a Bristoport, de que era dueño a la sazón el viejo Cockburn (a mí me gusta la exactitud en todo), llamó el coronel a un mozo para que le llevase a casa de Mr. Pleydell, el abogado para quien le había dado una carta de recomendación Mr. Mac-Morlan. Recomendó a Barnes que no perdiese de vista a Dominus y salió del mesón con su conductor.

Pasaban estos sucesos hacia fines de la guerra con América, es decir, en una época en que no eran muy comunes en la capital de Escocia las habitaciones cómodas, espaciosas y bien ventiladas. Empezábanse ya a construir hacia la parte sur de la ciudad, *casas sobre casas*, como llamaban enfáticamente a las habitaciones nuevas, construídas efectivamente en el solar de las antiguas; y lo que hacia la parte del norte se llama hoy la *ciudad nueva*, tan dilatada ya en el día, iba ya estando también bastante adelantada; pero todas las personas de distinción y en particular las que pertenecían a la magistratura, habitaban aún en los barrios más recónditos de la ciudad antigua. Dos o tres de los más famosos abogados continuaban recibiendo a sus clientes en la taberna, según era costumbre hace cincuenta años, y aunque sus compañeros más jóvenes afectaban despreciar aquella antigua usanza, la costumbre de mezclar el vino y la cerveza a los asuntos más serios se conservaba con religiosa veneración entre los señores machuchos, ya porque la creyesen buena, ya porque estuviese demasiado arraigada en ellos para que les fuese posible abandonarla. Entre los partidarios de tan rancia costumbre figuraba en primera línea Mr. Pablo Pleydell, sujeto a todas luces apreciable, muy instruído y excelente abogado.

Siguiendo los pasos de su guía, se halló Mannering, después de haber pasado algunas callejuelas tortuosas y oscuras, en High-Street, atronada con los gritos de las ostreras y con las campanillas de los pasteleros, porque, como lo hizo observar su acompañante, acababan de dar las ocho en el reloj de Tron. Tiempo hacía que no se había hallado el coronel en las calles de una populosa metrópoli, que, con el ruido de las gentes que pasan, con el clamoreo de los revendedores, con el bullicio de las tiendas, con la multitud de las luces y el continuo movimiento de los grupos, ofrece, de noche especialmente, un espectáculo que, aunque compuesto de los elementos más vulgares, considerados aisladamente cada uno de por sí, producen en su conjunto un efecto tan singular como sorprendente. La extraordinaria altura de las casas se hacía aquí más de notar por el resplandor de las luces que brillaban irregularmente en las vidrieras de cada piso, y entre las cuales las más elevadas parecían confundirse con las estrellas del firmamento. Aquel *golpe de vista*, que todavía subsiste hasta cierto punto, era entonces aun más imponente que en la actualidad, como que le producía la no interrumpida serie de casas que se extendía a uno y otro lado de la calle mayor, hasta el sitio en que el puente del Norte que la cruza en su remate, forma una hermosísima y uniforme plaza que se extiende desde la fachada de Luckenbooths hasta la Canongata, correspondiente en anchura y longitud a la extraordinaria elevación de los edificios que la rodean.

No tenía Mannering mucho tiempo para contemplar y admirar aquellas bellezas: su conductor le precedía a muy buen paso, hasta que se metió por fin en una callejuela sumamente angosta. Allí, después de haber subido a tientas una escalera muy oscura en la que uno de los sentidos de Mannering recibió impresiones poco lisonjeras, y hallándose ya a una altura considerable, oyeron llamar a una puerta situada dos pisos más arriba. Abrióse la puerta, y un momento después comenzó un cuarteto formado por un perro que ladraba, un gato que se defendía, una mujer que gritaba para poner paz, y una voz de hombre, bronca y recia, que decía:

—¡Quieta, Mostaza! ¡Ven aquí! ¡quieta!...

—¡Jesús Dios mío! — exclamó la mujer — si hubiera matado al gato, nunca me lo hubiera perdonado Mr. Pleydell.

—No hay cuidado, que no morirá de ésta — dijo el hombre —. ¿Conque decís que no está en casa?

—No, señor; Mr. Pleydell nunca está en casa los sábados.

—Ni los domingos tampoco, a lo que creo. No sé qué hace.

Llegó Mannering en aquel momento y se encontró cara a cara con un robusto labrador, a lo que pudo juzgar por su traza: llevaba una casaca de color de sal y pimienta mezcladas, botones de metal, sombrero de hule, botas de campana y un látigo debajo del brazo; su interlocutora, que era una moza bastante bien parecida, iba en chinelas, tenía cogido con una mano el pestillo de la puerta como para cerrarla, y llevaba en la otra un caldero de agua hirviendo para jabonar, operación que en Edimburgo se hace en todas las casas el sábado por la noche.

—¿No está en casa Mr. Pleydell, mocita? — le preguntó Mannering.

—Haced cuenta que está como en su casa, pero ha salido; siempre sale los sábados por la noche.

—Pero yo soy forastero y necesitaría verle hoy mismo sin falta; ¿podréis decirme dónde le hallaré?

—Sí, sí —dijo el guía del coronel—; yo sé dónde está; estará seguramente en la hostería de Clerihugh. Bien hubiera podido decíroslo ella, pero puede que crea que lo que venís a ver es la casa y no al amo.

—Pues bien, llevadme a esta hostería. Supongo que se servirá recibirme, pues tengo que hablarle de un asunto importante.

—¿Qué sé yo? — dijo la muchacha—; no le gusta mucho que le molesten con pleitos los sábados por la noche, pero siempre es atento con los forasteros.

—También yo iré a la hostería — dijo nuestro amigo Dinmont —, que también yo soy forastero, y lo que tengo que decirle importa mucho.

—Si recibe al caballero, lo mismo recibirá al villano; pero, por amor de Dios, no vayan a decirle que yo soy quien los envío.

—Villano soy, es verdad — dijo Dinmont algo picado —, pero no vengo a hacerle perder su tiempo —, y bajó la escalera seguido de Mannering y de su conductor. No pudo menos el coronel de admirar el porte resuelto y vigoroso ademán con que se abría paso el labrador entre el gentío, echando a un lado a codazos y empellones a todo el que se le ponía delante.

—Puede que se encuentre con la horma de su zapato si sigue así — dijo el guía —; apostaré a que no tuerce la esquina sin que le armen camorra.

No se cumplió, sin embargo, esta profecía. Al ver la estatura colosal de Dinmont, su traza de hombre forzudo y su impávido continente, a nadie le venían ganas de meterse con él, antes bien, todos preferían hacerse a un lado para dejarle pasar. Aprovechando tan buena proporción, Mannering le seguía paso a paso hasta que se paró el labrador, y, volviéndose al guía, le dijo:

—Creo que este callejón no tendrá salida, ¿eh? ¿Qué le parece, camarada?

—No la tiene, no — respondió Donald, que éste era el nombre del guía.

Siguió Dinmont más adelante, torció una

calle muy oscura, subió una escalera más oscura todavía, y entró en una pieza que se encontró abierta. Mientras atronaba la casa a silbidos el buen Dinmont para llamar a un mozo, como hubiera podido llamar a uno de sus perros, examinaba Mannering el local en que se encontraba, y apenas podía concebir cómo un hombre que ejercía una profesión honrosa, y que le habían asegurado ser persona instruída y de fina educación, elegía semejante sitio para sus desahogos. Amén de la miserable apariencia exterior de la tal casa, vista por dentro verdaderamente parecía que toda ella se estaba cayendo a pedazos. La pieza en que se hallaban tenía una ventana sobre un patio muy reducido, que durante el día le daba alguna claridad, y del que siempre, y con particularidad por la noche, se exhalaban numerosos y cargados olores nada balsámicos. Frontera a esta ventana estaba otra que daba sobre la cocina, que no teniendo comunicación ninguna con el aire exterior, sólo recibía durante el día la escasa luz que le entraba de segunda mano, por la primera ventana de que ya hemos hecho mención. La gran lumbre que ardía a la sazón en la cocina iluminaba perfectamente todo su recinto — especie de *pandemonium* donde un sinfín de hombres y mujeres medio desnudos se ocupaban en abrir ostras, en amasar pastas, en asar, cocer y freír carnes y pescados. La dueña de la casa, con los zapatos en chancleta y toda desgreñada, iba de aquí para allá, reñía a este pinche, ayudaba a aquel, daba órdenes a todos, las recibía también alguna vez, y parecía en fin la encantadora soberana de aquellas tenebrosas regiones.

Las estrepitosas y repetidas carcajadas que resonaban en todas las habitaciones de la casa, probaban que no eran infructuosos los afanes de la bodegonera, y que se los remuneraba ampliamente una numerosa concurrencia. Trabajo costó lograr que se decidiera un mozo a introducir al coronel y a Dinmont en la estancia donde el abogado Pleydell celebraba su francachela semanal. La escena que presentaba ésta, y, sobre todo, la actitud del abogado, que hacía en ella el principal papel, dejaron estupefactos a sus dos clientes.

Era Mr. Pleydell hombre muy vivo y de fisonomía que, sobre ser sumamente expresiva, anunciaba una gran penetración; su mirada y sus modales tenían un *no sé qué* que a tiro de ballesta indicaba su profesión; pero no pasaba este no sé qué de ser una forma exterior de que ni más ni menos que de su pelucón de tres hileras de bucles, y de su casaca negra, podía despojarse completamente todos los sábados por la noche cuando estaba rodeado de sus alegres compañeros, y dispuesto, como él decía, a soltar la rienda a su humor. En aquel momento estaban todavía a la mesa, a la que se habían sentado a las cuatro de la tarde, y como ya tiraba la comida hacia los postres, entreteníanse bajo la dirección de un venerable bebedor, que había acompañado, en semejantes pasatiempos a tres generaciones, en jugar al antiguo juego ya olvidado de los *High-Jinks*. Este juego se hacía de varios modos; lo más frecuente era jugarle con dados, y al que le tocaba la suerte se le obligaba a elegir un carácter cualquiera, y a sostenerle durante un tiempo determinado, o bien a repetir en un orden particular cierto número de versos fesceninos: si se apartaba un punto del carácter que le estaba asignado, o si su memoria le era infiel al invertir el orden de los versos, se le condenaba a pagar una prenda, que sólo podía rescatarse, o apurando tal o cual cantidad de vino, o aflojando un tanto en calidad de ayuda de costas para pagar la broma. En esto se divertían nuestros convidados cuando entró Mannering en la estancia.

El señor abogado Pleydell hacía de rey a

la sazón, sentado en la silla que le servía de trono puesta encima de la mesa; tenía la peluca caída sobre una oreja, y ceñidas las sienes con una corona de tapones de botellas. Relucíanle los ojos como chispas, lo que podía atribuirse a la alegría que le animaba, como a inmediato efecto de los vapores del vino. En derredor de él recitaban sus cortesanos fragmentos de versos ridículos por este estilo:

—¿Qué se hizo Baltasar?
—¡Feneció!
Al río se fué a bañar,
Pero sin saber nadar.
¡Y se ahogó!

¡Tales eran antiguamente, ¡oh Temis!, los pasatiempos de tus hijos escoceses!

Dinmont fué el primero que entró en la estancia, pero al ver la escena que tenía delante, se quedó parado a la puerta, y exclamó:

—¡El es! No hay más sino que es él en efecto... ¿Quien diablos le hubiera conocido?

Al oír la voz del criado que le decía:

—Mr. Dinmont y el coronel Mannering desean a hablar a vuestra merced — volvió Pleydell la cabeza, y fué fácil conocer que se quedó algo confuso al ver al coronel, pero era de la opinión de *Falstaff:* "Afuera, malsines, hasta que se acabe la comedia", y discurrió con mucha cordura que lo más acertado sería no darse por avergonzado.

—¿Dónde está nuestra guardia? — exclamó aquel segundo Justiniano —; ¿no veis ese extranjero paladín que viene de luengas tierras a nuestra corte de Holy Rood? ¿No veis a nuestro animoso Andrés Dinmont, que ha sucedido a la custodia de los ganados de nuestra corona en el bosque de Jedwood, donde merced a nuestros desvelos por la buena administración de la justicia, pastan ya con no menos seguridad que si estuvieran en nuestro parque de Fife? ¿Dónde están nuestros heraldos, nuestros reyes de armas, nuestros ricos-homes? Sean admitidos a nuestro banquete estos dos extranjeros; recíbaselos cual a su clase compete y con arreglo a la índole de la solemnidad que estamos celebrando. Mañana haremos justicia a sus demandas.

—Vuestra majestad me permitirá que le haga observar que mañana es domingo — dijo uno de los convidados.

—¿Es domingo? En ese caso, para no escandalizar a la asamblea de la iglesia, remitiremos la audiencia al lunes.

Mannering, que se había quedado a la puerta, dudando si debería pasar adelante o retroceder, se decidió a entrar en la humorada de aquellos caballeros, aunque algo picado interiormente contra MacMorlan, que le había recomendado, para consejero, hombre que parecía tan estrafalario. Llegóse, pues, a él, después de haberle hecho tres profundas reverencias, y pidió permiso para poner sus credenciales a los pies de su majestad escocesa, a fin de que se sirviese examinarlas cuando lo tuviere por conveniente. La gravedad con que se prestó a la chanza, y la humilde deferencia con que rehusó primero y aceptó en seguida la silla que le presentó el introductor de embajadores, le granjearon tres salvas de aplausos.

—¡El diablo me lleve si no han perdido todos la chaveta! — dijo Dinmont sentándose con menos ceremonia a una esquina de la mesa —; o creen que estamos en carnaval y se han vestido de mojiganga.

Ofrecieron una copa de vino de Burdeos a Mannering, que la bebió a la salud del príncipe reinante.

—Vos sois sin duda — le dijo el monarca — el famoso sir Miles Mannering, que tanta gloria adquirió en nuestras guerras contra la Francia, y podréis mejor que nadie atestiguar si los vinos de la Gascuña pierden parte de su mérito en nuestros climas del norte.

Mannering, justamente lisonjeado su amor propio por aquella alusión a uno de sus más ilustres ascendientes, respondió que no era más que pariente lejano de aquel ilustre guerrero, pero añadió que en su opinión, el vino era exquisito.

—Demasiado frío es para mi estómago — dijo Dinmont dejando la copa sobre la mesa, pero vacía.

—Ya remediaremos esa falta — dijo el rey Pablo, primero de este nombre —: no hemos olvidado que los recios y húmedos aires de nuestro valle de Diddell exigen bebidas más fuertes. ¡Senescal, que sirvan a nuestro fiel agricultor una copa de aguardiente! Eso le gustará más.

—Y ahora — dijo Mannering —, pues hemos venido tan fuera de propósito a molestar a vuestra majestad en uno de sus momentos de solaz, ¿tendrá la bondad de dar audiencia a un extranjero a quien asuntos de grave entidad traen a su corte?

Abrió el monarca la carta de Mac Morlan, y recorriéndola rápidamente con la vista, exclamó en el tono de voz que le era natural:

—¡Lucy Bertrán de Ellangowan! ¡Pobre y querida amiga!...

—¡Prenda!, ¡prenda! — gritó en coro toda la corte —; vuestra majestad ha olvidado su carácter.

—Nada de eso — respondió el rey —; júzgueme este cortés caballero. ¿No puede un monarca prendarse de una simple particular? El rey Cophetua y la doncella mendiga, ¿no nos ofrecen un caso análogo que establece un precedente en mi favor?

—¡Estilo del foro! — exclamó toda la nobleza en tumulto —; ¡otra prenda! ¡otra prenda!

—¿No tuvieron nuestros augustos predecesores — dijo el monarca alzando la voz para cubrir los gritos de sus desmandados súbditos — sus Juanas Logies, sus Bessie Carmichaeles, sus Olifants, sus Scandilands y sus Weirs? ¿Y se nos negará a nos el derecho de nombrar a una doncella a quien nos honramos de profesar el afecto más sincero?... ¡Pues si eso es así, vaya noramala el estado y llévese el diablo la soberanía! Cual otro Carlos V, abdicamos la diadema y buscaremos en la obscuridad de la vida privada los placeres que nos niega el trono.

Esto diciendo, se quitó la corona, echó pie a tierra de su empinado asiento con más presteza de lo que hubiera podido esperarse a su edad, pidió luces, agua, una jofaina, dijo al mozo que dispusiese el té en otra pieza, hizo señal a Mannering de que le siguiera, se lavó las manos y la cara, se arregló la peluca delante de un espejo, y en menos de dos minutos se presentó al coronel, que quedó un poco atónito de ver tan completamente transformado en tan poco tiempo al que acababa de sorprender celebrando pueriles bacanales.

—Hay personas, Mr. Mannering — le dijo —, ante las cuales debe uno precaverse de dejarse llevar de su humor, porque tienen, como dice el poeta, o sobra de malicia o falta de talento. El mejor medio de manifestar mi aprecio al coronel Mannering era hacerle ver que no me avergüenzo de mostrarme a él cual soy, y verdaderamente creo que bastante se lo he manifestado esta noche. ¿Pero qué me quiere este zángano?

Dinmont, que había seguido a Mannering, empezó por rascarse una pierna con una

mano y la cabeza con otra.

—Yo soy Dandy Dinmont de Charlies-Hope — le dijo —, el labrador de Liddesdale... ¿No os acordáis de mí, Mr. Pleydell? Aquel a quien hicisteis ganar aquel gran pleito...

—¿Qué pleito, botarate? ¿Paréceos que yo me puedo acordar de todos los locos que vienen a romperme la cabeza?

—¡Cómo, pues si fué aquel pleito sobre los pastos de las dehesas de Langta-head!

—Bueno, bueno, no hay que hablar más sobre ese particular; vengan los autos y pasad a verme el lunes a las diez.

—Yo no tengo auto ninguno.

—¿Cómo ninguno? ¿Ni siquiera una triste cuartilla de papel para explicar el negocio de que se trata?

—No, señor; ¿pues no habéis dicho que con nosotros, gente ruda y poco leída, preferíais una explicación de viva voz?

—¿Yo? ¡Maldita sea mi lengua si tal ha dicho! Mis orejas lo pagarán. Vaya, decid en pocas palabras lo que se os ocurre; ya veis que este caballero está esperando.

—¡Oh! Si este caballero quiere empezar, yo aguardaré, lo mismo me da.

—¿Pero no conocéis que lo que vos tenéis que contarme seguramente no importará un bledo al coronel Mannering, y que acaso él no tendrá gusto en obsequiar vuestras largas orejas con lo que tiene que decirme?

—Será como vuestras mercedes quieran. Pues señor, el caso es éste: siempre andamos en quimeras Jack de Dawston-Cleugh y yo sobre los límites de nuestras tierras. Charlies-Hope debe estar separado de Dawston-Cleugh por el arroyo que nace en Touthop-rigg, después de pasar el Pomoragrains, porque el Pomoragrains y el Slakenspool y el Bloodylaws se le reúnen y todos van a parar al Peel; por más señas, que se pasa el Pomoragrains por una gran piedra que sirve de puente, y yo digo que ése es el límite de mis tierras. Pero Jack dice que no, que la línea de demarcación es el atajo que va de Knote o Gate a Keeldar-Ward, y la diferencia no es poca.

—¿Y cuál es esa diferencia? ¿Cuántas cabezas de ganado podrían pastar en el terreno de la disputa?

—Pocas, la verdad, porque es un terreno alto y malo; podría mantener un borrego, dos todo lo más, en los años prósperos.

—¿Y por un pedazo de tierra que puede producir cinco chelines por año, vais a tirar por la ventana cien libras, acaso el doble?

—Ya, pero no es por el valor de la cosa en sí, sino por la justicia.

—La justicia, amigo mío, es como la caridad, que debe empezar por uno mismo. ¿Creéis ser justo con vuestra mujer y vuestros hijos, malgastando así el dinero? No hay que pensar en esa bobada.

Pero Dinmont continuaba clavado en su sitio, dando vueltas a su sombrero.

—No es eso, no, señor; no es por eso, es porque no quiero que Jack se burle de mí. El se precia de tener a su favor más de veinte testigos, y yo estoy seguro de presentar el doble que él, y mejores que los suyos, de los de más arraigo en Charlies-Hope, que jurarán que nuestros límites son los que yo digo, y que no querrán que perdamos lo que es nuestro.

—¡Hola! ¡Pique de honor hay de por medio! Pero entonces ¿por qué no deciden la cuestión los dueños de las tierras?

—Porque como son vecinos... pues — dijo Dinmont rascándose la mollera —. Ni Jack ni yo hemos podido lograr que tomen parte en la disputa... ¿Pero no os parece que podré retener los réditos?

—Nada de eso, no, señor... ¡El diablo os confunda a los dos!... ¿Por qué no agarráis un buen par de estacas y decidís el pleito a trancazos?

—Ya tres veces hemos probado, dos veces en el terreno en cuestión y otra en la feria de Lockerby, pero siempre hemos quedado iguales.

—¡Pues coged cada uno un cuchillo y largaos con mil pares de demonios como lo hicieron vuestros padres antes que vosotros! — dijo montando en cólera Mr. Pleydell.

—Pero en fin, señor letrado, ¿hay algún impedimento para ese pleito? Esto es lo que yo quiero saber.

—Venid acá, pecador; lo que yo quiero meteros bien en esa cabeza redonda es que es una locura, una ridiculez meterse en un pleito por semejante fruslería.

—¿Conque es decir que no queréis encargaros de defenderme?

—¿Yo? No por cierto; idos bendito de Dios a vuestra casa, bebeos una azumbre de cerveza, y ved de arreglar ese negocio amigablemente.

No parecía Dandy darse por muy satisfecho con este arbitrio.

—Vaya, ¿se le ofrece algo más? — añadió Mr. Pleydell viendo que no se daba traza a retirarse por lo pronto.

—Sólo quería deciros una palabrilla sobre la herencia de esa señora que acaba de morir, mistress Margarita Bertrán de Singleside.

—¡Bah! ¿Y qué tenéis vos que ver con eso? — preguntó el abogado algo sorprendido.

—No es decir que yo tenga parentesco con los Bertrán — dijo Dandy — ni con cien leguas se acerca mi familia a gente tan encopetada..., pero Juana Liltup, que era el ama del viejo Singleside y que era la madre de las dos señoras que ya han muerto (y lo que es la última ya tenía colmillos); Juana Liltup, como iba diciendo, que nació ahí en Liddel-Water, era nada menos que prima segunda de una medio hermana de mi madre. Seguramente vivía en Singleside cuando era su ama de gobierno, lo que no daba poco que sentir a sus parientes; pero, al fin, el buen señor reconoció a las criaturas y satisfizo lo que manda la iglesia, y yo quisiera saber si la ley me da algún derecho a la herencia.

—Ni por asomo.

—¿No, eh? Pues no seremos más pobres por eso, pero puede que se haya acordado de mí en su testamento, si lo ha hecho, y en fin... ¿quién sabe?... Pues señor, esto es todo lo que tenía que decir, conque, buenas noches y...

Esto diciendo, echó mano a la faltriquera.

—No, no, amigo mío, no hay que molestarse; yo nunca cobro el sábado por la noche, sobre todo cuando no hay por qué... Dios sea con vos, amigo Dandy.

Hizo Dandy su saludo y salió de la estancia.

CAPITULO XXXVII

Ni verdad ni artificio se ven en esa miserable momería; nada en ella exalta la fantasía ni conmueve el corazón. Sombría pero sin solemnidad, terrible pero sin nobleza, esa importuna y ruidosa escena, despojada de interés, de ternura y de profundidad, aturde los oídos y no habla a la razón.

CRABBE. *El registro de la parroquia.*

—Vuestra majestad — dijo Mannering sonriendo — ha solemnizado su abdicación con un acto de bondad y clemencia: presumo que ese pobre hombre habrá renunciado a su manía de pleitear.

—Os engañáis: la única diferencia está en que pierdo un cliente, y lo que hubiera podi-

do valerme el pleito. Revolverá cielo y tierra hasta que encuentre quien quiera ayudarle a llevar adelante la locura que está determinado a hacer. ¡No, no!, lo único que he conseguido es mostraros otra de mis flaquezas: los sábados por la noche, siempre hablo con el corazón en la mano.

—Y yo creo que alguna vez también en lo restante de la semana — dijo Mannering en el mismo tono.

—Sí..., alguna vez..., en cuanto me lo permite mi profesión. Yo soy, como dice Hamlet, bastante hombre de bien, cuando mis clientes y sus contrarios no me obligan a sostener en el tribunal sus dobles mentiras; pero *oportet vivere* (es preciso vivir.) ¡Cómo ha de ser! Y ahora, vamos a lo que importa. Celebro en el alma que mi antiguo amigo Mac-Morlan os haya dirigido a mí; es sujeto activo, honrado, inteligente y a quien estimo mucho. Cuando fuí sheriff del condado que habita, fué mucho tiempo mi sustituto, y todavía conserva el mismo destino. El conoce mi aprecio a la desgraciada familia de Ellangowan, hoy reducida a la pobre Lucy: doce años tenía cuando la vi por última vez, y ya era una mujercita muy linda y muy juiciosa, que cuidaba a su padre como hubiera podido hacerlo una persona mayor; el pobre viejo estaba medio lelo, pero el interés que me tomo por ella tra fecha más antigua. Yo fuí, Mr. Mannering, como sheriff del condado, a quien llamaron el día en que nació esa niña, para averiguar los pormenores de un asesinato que se acababa de cometer a corta distancia de Ellangowan, y que por una extraña combinación de circunstancias, que desgraciadamente no pudo desentrañarse, causó la muerte o el rapto de su único hermano, criatura de unos cinco años. ¡No, coronel! ¡Jamás olvidaré la horrible escena que presentó aquel día la quinta de Ellangowan! ¡Un padre desesperado, medio insensato, una madre que acababa de expirar en los dolores de un parto anticipado: un niño perdido, asesinado tal vez, y una pobre criatura recién nacida, llorando, casi huérfana ya, y entrando en este mundo miserable bajo tan tristes auspicios!... Nosotros los legistas, Mr. Mannering, no somos de hierro ni de bronce, como tampoco los militares, bien lo sabéis, coronel, tienen entrañas de acero. Estamos familiarizados con las desgracias y los crímenes de la sociedad, como los militares lo están con las calamidades que son las consecuencias inevitables de la guerra, y de aquí nace tal vez, para unos como para otros, un poco de indiferencia; ¡pero lleve el diablo al soldado empedernido cuyo corazón es del mismo metal que su espada, y llévese también al abogado que tiene tan dura el alma como la cabeza! Pero al caso, que se va pasando mi noche de asueto. ¿Queréis tener la bondad de confiarme los documentos relativos al negocio de miss Bertrán?...; pero, un momento... Cuento con que mañana me haréis el gusto de venir a hacer penitencia a mi casa; insisto en ello: a las tres en punto se toma la sopa, pero veníos una horita antes. El lunes se hará el entierro. Se trata de una huérfana desvalida, y bien podemos sin gran pecado robarle una hora al domingo para tratar del particular. Temo, sin embargo, que nada pueda hacerse si ha alterado las cláusulas de su testamento la difunta señora, a menos que no hayan pasado los sesenta días que exige la ley, en cuyo caso si miss Bertrán puede probar que tiene el carácter de heredera legal... Pero, ¡ea, ea!, mis vasallos se impacientan de tan largo interregno. No os convido a reuniros con nosotros, coronel, por no abusar de vuestra complacencia; sería menester para eso que os hubierais sentado a la mesa con nosotros, y que hubierais ido pasando por grados de la seriedad a la alegría, y de la alegría a... a... a la extravagancia. Hasta mañana. Harry, acompaña a Mr. Mannering a su casa. Coronel, a las dos en punto os espero.

Retiróse Mannering a su posada, no menos sorprendido de las rarezas del abogado, que de la sensatez con que le había oído discurrir acerca de las exigencias de su profesión y de la sensibilidad de que había dado muestras al hablar de la desgraciada huérfana.

A la mañana siguiente, mientras el coronel y el más reposado y silencioso de los huéspedes de la casa, Dominus Sampson, estaban despachando el almuerzo que les había dispuesto y servido Barnes, justamente en el momento en que acababa Dominus de escaldarse la lengua por segunda vez tomando té, entró en la estancia Mr. Pleydell. Una elegante peluca, bien empolvada por un hábil peluquero, una casaca negra perfectamente cepillada, un modo de presentarse más bien reservado y serio que propio de hombre entrometido, pero que, sin embargo, no mostraba ni aun sombra de cortedad o encogimiento; todo en fin anunciaba en él un ser muy diferente del que había visto el coronel la noche antes. Una mirada viva y penetrante era el único rasgo característico que recordaba al *hombre del sábado por la noche*.

—Vengo — dijo en el tono más cortés — a emplear con vos mi regia autoridad, así en lo temporal como en lo espiritual. ¿Queréis que os acompañe a la asamblea de los presbiterianos o a la iglesia episcopal?... *¿Tros Tiriusve?* Ya sabéis que un abogado es de todas las religiones; mejor hubiera dicho de todas las formas de religión. ¿O puedo ayudaros a pasar la mañana de otro modo? Perdonad mi importunidad, que acaso no es ya de moda, pero yo nací en tiempos en que un escocés hubiera creído quebrantar las reglas de la hospitalidad, dejando sin compañía a un forastero un solo instante, excepto durante su sueño. De todos modos, espero que me diréis francamente si os molesto.

—En manera alguna, amigo mío; tendré la mayor satisfacción en que me sirváis de piloto. Muchísimo deseo oír un sermón de alguno de vuestros predicadores cuyos talentos hacen tanto honor a la Escocia, Blair, Robertson o vuestro famoso Enrique Erskine. Acepto, pues, vuestra oferta con mil amores...; sólo una cosa me detiene — añadió llamando a Pleydell aparte, y echando a Sampson una mirada de soslayo —. Tengo ahí un amigo excelente, pero sujeto a grandes distracciones. Me ha dicho que desearía ir a una de vuestras más distantes y extraviadas iglesias, y mi ayuda de cámara, Barnes, que es su acompañante habitual, no puede ir con él.

Echó el abogado una rápida mirada a Dominus, y respondió al punto:

—Ciertamente el señor es una curiosidad de que se debe cuidar mucho, y yo os facilitaré una persona de quien podáis fiaros. ¡Mozo!, id de un vuelo al bodegón de la tía Finlayson, en Cowgate, y decidle que me envíe al minuto a Miles MacFin, que tengo que hablarle.

No tardó en llegar el demandado.

—Bien podéis — dijo Pleydell al coronel — confiar vuestro amigo a este hombre; le acompañará y le seguirá adonde quiera, a la plaza, al consejo, a la iglesia, a... a cualquier parte, y os le devolverá sano y salvo a la hora que determinéis. Ya veis que no os hace falta Mr. Barnes.

Zanjadas de esta suerte todas las dificultades, encargó el coronel a Miles MacFin que no perdiese de vista a Dominus mientras estuviese en Edimburgo.

—Y ahora, coronel, si deseáis oír predicar al historiador de la Escocia, del continente y de la América (el famoso doctor Robertson), iremos a la iglesia de los Hermanos Grises *(The Greyfriars)*.

Pero se llevaron chasco, porque no predicaba aquella mañana.

—¡Paciencia! — dijo el abogado —; pero no nos arrepentiremos de haber venido. Esperemos un poco.

Subió al púlpito el colega del doctor Robertson, (el doctor Erskine): su aspecto no prevenía a su favor. Una complexión delicada, un rostro macilento y descolorido, contrastaban con un pelucón enorme y sin polvos; un cuerpo inclinado hacia adelante, un ademán encogido y sin nobleza, las manos en las caderas, más bien como dos puntales necesarios para sostener su cuerpo enclenque, que como un recurso para dar más expresión al lenguaje; un alzacuello medio caído, un porte desgarbado a más no poder, tales fueron las primeras circunstancias que llamaron la atención del coronel.

—Ese predicador me parece que promete poco — dijo en voz baja a su nuevo amigo.

—No tengáis cuidado; es el hijo de un excelente abogado escocés, y ya veréis que no desmiente su sangre.

Razón tenía, en efecto, Mr. Pleydell: el sermón estaba lleno de nuevas e ingeniosas observaciones sobre la sagrada Escritura. En él estaban perfectamente deslindados los principios del calvinismo y de la Iglesia de Escocia, y su base presentaba un excelente sistema de aquella moral práctica que no cubre al pecador con la capa de una fe meramente contemplativa, pero que tampoco le deja extraviarse en los laberintos del cisma o de la incredulidad. Su estilo y sus metáforas tenían un giro anticuado que daba más unción y energía a sus razones: contra la costumbre más general, no leyó su sermón; una cuartilla de papel en que estaban apuntados los principales puntos de su tema, era el único auxiliar de su memoria. Su pronunciación, que al principio parecía algo estropajosa, acabó por ser clara y animada; en fin, aunque no podía citarse su sermón como un modelo de la elocuencia del púlpito, Mannering convino en que pocos había oído que contuviesen tantas ideas sólidas, una metafísica tan sutil y argumentos tan victoriosos.

—Tales debían ser — dijo al salir de la iglesia — aquellos antiguos predicadores a cuyas almas intrépidas, profundo saber y fuerza de persuasión debemos la reforma.

—Y sin embargo — dijo Pleydell — ese reverendo, a quien estimo muy particularmente, tanto por él como por ser hijo de quien es, no tiene nada de aquella arrogancia farisaica de que no sin algún fundamento se acusa a los primeros apóstoles del calvinismo en Escocia. Su colega y él están discordes en algunos puntos de disciplina eclesiástica, pero nunca han perdido de vista los miramientos que mutuamente se deben, ni han permitido jamás que tome parte la acrimonia en una controversia en que cada cual sostiene lo que su conciencia le dicta.

—¿Y vos, Mr. Pleydell, qué pensáis de los puntos en que difieren?

—A decir verdad, coronel, yo creo que un hombre puede muy bien salvarse sin ocuparse mucho en esas materias; además, sea dicho *inter nos*, yo soy miembro de la abatida iglesia episcopal de Escocia, que no es ya ni sombra de una sombra, y acaso más vale así; pero a mí me gusta rezar dónde y cómo rezaban mis padres, sin que por eso me parezca mal que otros no piensen como yo.

Dicho esto, se separaron hasta la hora de comer.

Atendida la miserable entrada de la casa del abogado escocés, no se había formado Mannering muy buena idea del obsequio que iba a recibir en ella luego que la vió de día, le pareció aún más derrotada que la noche anterior. Era la calle tan estrecha, que desde las casas opuestas de ambas aceras hubieran podido darse la mano los vecinos; cruzaban en varios pisos de una a otra casa frontera corredores de madera, que interceptaban la poca luz que podía recibir aún en mitad del día. El portal era bajo de techo y muy angosto, y la escalera, sobre no estar nada limpia, parecía una escalera de mano. Pero la biblioteca en que le hizo entrar un antiguo criado, cubierto de venerables canas, lejos de corresponder a estas tristes apariencias, formaba con ellas un singular contraste. Componíala una grande y hermosa sala, en la que lo pre-

mero que llamó su atención fueron dos excelentes retratos de dos célebres obispos de Escocia, pintados por Jamieson, el Van Dyck de la Caledonia. Todas las paredes estaban cubiertas de inmensos estantes llenos de libros, entre los que se hacía notar, con las mejores obras de jurisprudencia, una selecta colección de los autores clásicos.

—Ahí veis — le dijo Pleydell — las herramientas de mi oficio. Un abogado que no conoce ni la historia, ni la literatura, podrá ser un practicón, en hora buena, pero no es, a mi parecer, más que un miserable albañil; si posee una y otra, ya puede llamarse arquitecto.

Prendado quedó Mannering de la perspectiva que se dominaba desde las ventanas, perspectiva que abarcaba todo el terreno que se extiende entre Edimburgo y el mar, el estrecho de Forth y sus islas, la bahía que limita el promontorio de Berwick y las graciosas playas del Fife, hacia el norte, destacándose sobre un horizonte azul.

Luego que Mr. Pleydell hubo gozado suficientemente de la sorpresa de su huésped, llamó su atención sobre el estado de los asuntos de miss Bertrán.

—Alguna esperanza tenía — le dijo — de hallar medios de asegurarle un derecho incontestable a los bienes de Singleside, pero todas mis investigaciones han sido inútiles: he visto que la buena señora podía disponer libremente de sus propiedades. Todo lo que podemos esperar es que no la haya tentado el diablo para anular este testamento, que será muy bueno, si no aparece otro de fecha posterior. Será menester que asistáis mañana a las exequias de la difunta; ciertamente recibiréis una esquela de convite, pues ya he prevenido al encargado del funeral que estáis aquí como apoderado y representante de miss Bertrán. Luego nos reuniremos en la casa mortuoria, a ver qué ocurre cuando presentemos nuestro testamento. La tal señora tenía consigo una muchacha huérfana, algo parienta suya, y supongo que habrá tenido la conciencia de dejarle alguna cosa después de su muerte, siquiera en consideración a los trabajos que le hizo pasar durante su vida.

Llegaron tres nuevos convidados que Mr. Pleydell presentó al extranjero; eran personas de educación, de muy buen juicio y bastante instruidas, de modo que pasaron la tarde muy agradablemente. El coronel se estuvo en casa de su nuevo amigo hasta las ocho, festejando la botella de su anfitrión, que, sea dicho de paso, era un *magnum*. (Sinónimo de gran pinta en Escocia). De vuelta en su posada, se halló con una esquela de entierro para el funeral de miss Margarita Bertrán de Singleside; el duelo debía hacerse en la iglesia de los Hermanos Grises a la una de la tarde, y los convidados estaban citados en la casa mortuoria, desde donde pasaría a la iglesia toda la comitiva.

A la hora indicada, dirigióse Mannering a una casita situada en el arrabal del sur, que no le fué difícil reconocer al hallarse a la puerta, según la costumbre de Escocia, dos figuras de mal agüero cubiertas de amplios capones negros, con crespones blancos en los brazos y en los sombreros, y con largos bastones en las manos, adornados con las mismas señales de luto. Otros dos mudos, cuyas largas y amarillas caras llevaban el sello del más acerbo dolor, le introdujeron en el comedor de la difunta, donde debían reunirse todas las personas convidadas al funeral.

Todavía se conserva en Escocia la costumbre, abolida ya en Inglaterra, de convidar a todos los parientes de un difunto a su entierro. Esta costumbre produce a veces escenas verdaderamente patéticas y dolorosas, pero con harta frecuencia también sólo da margen a algunas momerías meramente de apariencia, cuando el difunto tiene la desgracia de no haber sido querido durante su vida, ni llorado después de su muerte. El ceremonial de la iglesia anglicana para las exequias funerales, una de las partes más bellas y más imponentes de su ritual, tendría a lo menos la ventaja de fijar la atención, obligando en cierto modo a los asistentes a guardar la devoción generalmente observada en semejantes casos; pero con arreglo al rito escocés, si no existe un verdadero dolor, nada puede suplirle, nada habla al alma, nada exalta la imaginación; un tono de fastidiosa formalidad, mejor pudiera decir una máscara de hipocresía, esto es todo lo que se suele hallar en las solemnidades fúnebres de la iglesia presbiteriana. Miss Margarita Bertrán era uno de aquellos seres que no dejan en pos de sí ni un amigo que los llore; no tenía parientes cercanos a quienes la naturaleza siquiera, a falta de cariño, hubiera podido arrancar algunas lágrimas: sólo se veían, pues, entre las personas reunidas para hacerle el duelo, las formas exteriores del dolor.

Mannering, sin embargo, en medio de aquella lúgubre asamblea de primos en tercero, cuarto, quinto y sexto grado, procuró ajustar su porte y su semblante a la contrita solemnidad de todos los que le rodeaban, y a darse por tan pesaroso del fallecimiento de miss Margarita Bertrán, a quien en su vida había visto la cara, como si la difunta hubiera sido su madre o su hermana. Después de un rato de tétrico y profundo silencio, empezaron los varios corrillos en que estaban divididos los circunstantes, a entablar algunas conversaciones, pero en voz baja y como si se hubieran hallado en la alcoba de un moribundo.

—Nuestra pobre amiga — dijo un hombre grave, atreviéndose apenas a desplegar sus labios, temeroso de alterar la necesaria tirantez de sus facciones —, nuestra pobre amiga vivió a lo menos en la abundancia de los bienes de este mundo.

—Seguramente — respondió la persona a quien se dirigía, con los ojos medio cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho —; la pobre miss Margarita era señora muy de su casa.

—¿Tenemos hoy algunas noticias, coronel? — preguntó a Mannering uno de los caballeros que habían comido con él la víspera en casa del abogado, en un tono tan solemne, cual si le hubiera anunciado la muerte de toda su generación.

—Nada nuevo he oído — respondió Mannering, poniendo su voz en perfecta armonía con el tono que reinaba en la estancia.

—Tengo entendido — agregó enfáticamente el primero que había roto el silencio y dándose la importancia de persona que se cree bien informada —, tengo entendido que *existe* un testamento.

—¿Y se sabe qué deja la testadora a Jenny Gibson?

—Cien libras y la repetición..., aquella repetición tan antigua.

—Poco es; ¡pobre muchacha! Mal lo pasó con la difunta; pero bien dice el refrán, que no se debe contar con los zapatos de los muertos para calzarse.

—Temo — dijo el político que estaba pegado a Mannering — que no hayamos acabado todavía de ajustar nuestras cuentas con nuestro antiguo amigo Tippoo-Saïb. Me parece que aun ha de dar mucho que hacer a la compañía de las Indias; sé de buena tinta que sus acciones no suben.

—Es de esperar que no tardarán en subir.

—Miss Margarita — dijo otro metiendo su cucharada en la conversación — tenía algunas acciones de la compañía de las Indias; lo sé porque varias veces cobré los intereses por ella. Muy de desear sería para los herederos y legatarios, que tuviese la bondad el coronel de darles su parecer sobre los medios y oportunidad de convertirlas en metálico. Yo, por mi parte, creo que... Pero aquí está Mr. Mortcloke que viene a avisar que ya es hora de ponernos en marcha.

Mr. Mortcloke, sepulturero de oficio y director de entierros, llegaba en efecto en aquel momento con una cara tan larga y adusta cual correspondía a su profesión, y empezó a distribuir entre los que debían llevar las puntas del paño mortuorio unas tarjetas que les indicaban el sitio que a cada cual estaba destinado. Como este privilegio corresponde a los parientes más cercanos, Mr. Mortcloke, aunque muy perito en aquellas lúgubres ceremonias, no pudo contentar a todo el mundo: ser pariente cercano de miss Bertrán, era serlo de los bienes de Singleside, parentesco a que todos daban la mayor importancia. Hubo, pues, como era de esperar, algunos murmullos, y como nuestro amigo Dinmont fué uno de los desatendidos, y era hombre tan incapaz de disimular su descontento, como de manifestarlo en tono adecuado a la solemnidad de la ceremonia:

—Yo esperaba — exclamó en alta y sonora voz — que me hubieran dado a llevar una pierna por lo menos, y también hubiera llevado yo solo a cuestas el cuerpo si me hubieran dejado, sin andar en tantos repulgos.

Veinte ceños sombríos y otras tantas miradas feroces, se volvieron al punto hacia el labrador, el cual, habiendo exhalado ya su enojo, bajó la escalera con toda la comitiva, sin hacer caso ninguno de los murmullos de los muchos a quienes había escandalizado su ex abrupto.

Púsose el duelo en marcha para la iglesia, precedido por los dos espectros negros, con sus bastones adornados de crespón blanco, en honor de la por tan largo tiempo conservada virginidad de la difunta. Seis caballos derrengados, vivo emblema de la muerte, enjaezados de negro y con blancos penachos, tiraban del carro fúnebre, decorado con las armas de los Bertrán, y avanzaba con lentos pasos hacia el lugar de la sepultura, precedidos por James Duff, especie de idiota que con sus lloronas (tiras de lienzo, en señal de luto) y su gola de papel no faltaba jamás en ningún entierro, y seguidos por seis coches de luto, en que iban todos los convidados a la ceremonia. Muchos de ellos, allí, soltando la tarabilla, empezaron a disertar sin rodeos acerca del valor de la herencia y de las personas a cuyas manos iba a pasar según todas las probabilidades. Los principales aspirantes guardaban un prudente silencio, sin atreverse a manifestar esperanzas que el resultado podía luego desmentir, al paso que el agente o *factotum* de la difunta, que era el único que sabía lo que había de cierto, conservaba un aire de misteriosa importancia, como hombre determinado a prolongar el interés de tan penosa incertidumbre.

Llegó, en fin, el fúnebre acompañamiento a la puerta del cementerio de la iglesia, y allí, aumentado con dos o tres docenas de mujeres holgazanas con sus chiquillos en brazos, y con unos veinte pilluelos desarrapados, que le seguían corriendo y gritando, se dirigió a la sepultura de la familia de Singleside. Era ésta una especie de plazoleta cerrada, custodiada por un lado, por un ángel veterano, que carecía de narices, y a quien no quedaba ya más que un ala, pero que tenía el mérito de haber permanecido firme en su puesto por espacio de un siglo; al paso que un querubín, su compañero, que debía estar de centinela sobre el pedestal opuesto, no conservaba más que el busto mutilado, y aun éste yacía derribado entre los cardos, las ortigas y multitud de plantas rastreras que crecían con profusión alrededor del mausoleo. Una inscripción medio borrada y cubierta de musgo, anunciaba al lector que en el año 1650, el capitán Andrés Bertrán, primero del apellido de Singleside, oriundo de la antiquísima y nobilísima

casa de Ellangowan, había hecho erigir aquel monumento para sí y para sus descendientes. Un razonable número de guadañas, de relojes de arena, de calaveras y de huesos en cruz, decoraban la lápida en que se veía el siguiente dechado de poesía sepulcral, que servía de epitafio al fundador del mausoleo:

> Si a algún mortal dió la suerte
> Alma noble y brazo fuerte,
> Fué a aquel que bajo esta losa
> En sueño eterno reposa.

En aquel sitio, en una tierra espesa y negruzca abonada con las cenizas de sus mayores, fué depositado el cuerpo de mistress Bertrán. Bien así como soldados que vuelven de un entierro militar, los parientes más cercanos de la difunta, que tenían interés en que se abriera pronto su testamento, aguijaron a los cocheros para que los llevasen con toda la presteza de que eran capaces sus miserables rocines, a fin de salir cuanto antes de aquellas crueles dudas.

CAPITULO XXXVIII

> Muere y dota un colegio o un gato.
> Pope.

Cuenta Luciano que estando una cuadrilla de monos, bien amaestrada por un hábil titiritero, representando con general aplauso una tragedia, dió al traste con toda la gravedad de los actores un puñado de nueces que tuvo un chusco la feliz ocurrencia de tirar a las tablas. No de otra suerte la importante crisis que se acercaba hacía nacer entre los aspirantes a la herencia de miss Margarita, sentimientos muy diferentes de los que habían procurado aparentar bajo la dirección de Mr. Mortcloke. Aquellos ojos que habían estado devotamente levantados al cielo o clavados en tierra con grande humildad, se ocupaban entonces en examinar los baúles, los cajones, las alacenas, todos los rincones de la habitación de la difunta solterona, investigación que no dejaba de interesarles, a pesar de que todavía no aparecía por ninguna parte lo que a todos les interesaba.

Aquí se halló un billete de veinte libras, firmado por el ministro de la capilla de los no juramentados, con una nota al pie que probaba que los intereses estaban pagados hasta el último día de S. Martín, y envuelto en unas coplas nuevas sobre el tono del antiguo cantar.

> Escocés, de allende el mar
> Carlos te espera y te llama

Allí se vió una curiosa correspondencia amorosa entre la difunta y un cierto Mr. O'Kean, teniente en un regimiento de infantería. Entre aquellas cartas se halló un documento que explicó al instante a los deudos y allegados cómo se había roto de la noche a la mañana una amistad que nada bueno les presagiaba: este documento era un billete de doscientas libras, firmado por el teniente, y de cuyo pago de intereses no pudo hallarse prueba ninguna. Otros bonos y billetes, firmados por mejores nombres (mercantilmente hablando) que los del digno eclesiástico y el galán militar, se hallaron a fuerza de pesquisas, entre una multitud de monedas de diferentes valores, de alhajas viejas y rotas, como hebillas de oro y plata, cajas de rapé, gafas descompuestas, etc., etc. Esto no obstante, el testamento no aparecía, y Mannering empezaba a esperar que el que le había entregado Glossin sería válido; pero su amigo Pleydell, que acababa de llegar, le aconsejó que no se apresurase a formar buenas esperanzas.

—Conozco muy bien — le dijo — al que maneja este negocio, y veo por su cara que está mejor enterado que nosotros.

Entretanto, mientras continúan las pesquisas, séanos permitido echar una rápida ojeada

sobre las personas a quienes al parecer interesan más particularmente.

Inútil es hablar de Dinmont, que con su látigo debajo del brazo, asoma su redondo cabezorro por encima de los hombros del ejecutor testamentario. Ese viejecito tan apocado, que lleva un vestido de luto bastante decente, es Mr. Mac Casquil, antiguamente de Drumquag, a quien arruinó una manda que heredó de dos acciones sobre el Banco de Ayr. Los crecidos intereses que le rentaron al principio aquellas dos acciones, le movieron a deshacerse de una finca que poseía, para imponer su producto en el citado Banco, que quebró desgraciadamente dos meses después. Todas sus esperanzas se cifran a la sazón en su parentesco, algo lejano en verdad, con la difunta, en la atención que constantemente tuvo de sentarse todos los domingos en el mismo banco que ella en la iglesia, y de ir todos los sábados por la noche a hacerle su partida de naipes, cuidando siempre de no ganar su dinero. Aquel otro, cuya traza es bastante ordinaria, y que lleva metido el cabello entrecano en una bolsa de cuero harto raída, es un estanquero, pariente lejano de la madre de mistress Bertrán, el cual, hallándose con una gran provisión de tabacos extranjeros en su almacén, cuando estalló la guerra con las colonias, triplicó por primera providencia el precio de su mercancía para todo el mundo, excepto, sin embargo, para la difunta, cuya caja de carey tenía el privilegio de verse todas las semanas llena, al antiguo precio corriente, del mejor y más antiguo rapé de su tienda, porque la criada que iba a comprarle tenía siempre muy buen cuidado de dar a Mr. Quid muchos recados de parte de *su prima* mistress Bertrán. Ese mozalbete que ni siquiera ha tenido la atención de quitarse las botas, bien hubiera podido captarse la afición de la venerable doncella, a quien no desagradaba fijar la vista en un joven bien plantado, pero malogró estas felices disposiciones y se perdió el hacer fortuna, unas veces por olvidarse de acudir a la hora cuando le convidaba a tomar té, otras por presentarse en la casa después de haber empinado demasiado el codo en alguna comilona con sus amigos, y en fin, por haber pisado en una ocasión la cola a su gato, y por haber encolerizado en otra a su loro.

A los ojos de Mannering, la persona más interesante de las presentes era la pobre muchacha que por espacio de muchos años había sido la humilde compañera de la difunta y la víctima sobre quien descargaba constantemente su mal humor. A la camarera favorita de mistress Bertrán la había hecho asistir a aquel acto, por pura formalidad, y escondiéndose en un rincón de la estancia lo más que podía, estaba no menos afligida que escandalizada de ver las curiosas investigaciones de unos extraños entre objetos que estaba habituada desde su infancia a mirar con una especie de veneración. Todos los competidores, excepto el honrado Dinmont, miraban con torvo ceño a la pobre muchacha, considerándola como a un formidable enemigo que, según todas las probabilidades, iba a disminuir el total de la herencia. Ella era la única, sin embargo, en quien se veía una aflicción sincera. Mistress Bertrán había sido su protectora, y aunque sólo el interés la determinó a recibirla en su casa, olvidaba la infeliz en aquel momento su tiranía y sus caprichos, y derramaba copiosas lágrimas, considerándose sola y sin amparo en el mundo.

—Mucha *agua salada* veo por aquí, Drumquag —dijo el estanquero al ex propietario—, y eso me da mala espina: no se llora así sin motivo.

Una ojeada de Mr. Mac Casquil le anunció que abundaba en la misma opinión, pues no quiso en presencia de Mr. Pleydell y del coronel, entrar en explicaciones verbales con un ente de tan humilde esfera.

—Pues no dejaría de ser gracioso que al fin y al cabo no se hallase tal testamento, buen amigo —dijo Dinmont, que ya empezaba a impacientarse, al ejecutor testamentario.

—Paciencia, paciencia —respondió éste—; tenga un poquito de paciencia. Era mujer muy apreciable y muy prudente mistress Margarita Bertrán; muy apreciable, muy prudente y muy previsora, y que sabía elegir sus amigos y albaceas. Es de creer que habrá depositado sus postreras voluntades, o para hablar con más exactitud, sus disposiciones *mortis causa*, esto es, su testamento, en manos de algún amigo seguro.

—Ciento contra uno apuesto a que tiene el testamento en el bolsillo —dijo en voz baja Pleydell al coronel; y dirigiéndose luego al ejecutor:

—Paréceme, Mr. Protocol —le dijo—, que podríamos despachar. Aquí tenéis un testamento con todos los requisitos necesarios, otorgado hace muchos años a favor de miss Lucy Bertrán de Ellangowan.

Todos los circunstantes quedaron consternados al oír estas palabras.

—Podéis, pues, si gustáis, informarnos de si existe otro testamento posterior.

—¿Tenéis la bondad, Mr. Pleydell, de permitir que vea?... —y esto diciendo cogió el testamento y empezó a ojearle.

—Con demasiada indiferencia lo toma —dijo Pleydell a Mannering al oído—. ¡Malo, malo!, otro testamento tenemos en campaña.

—¿Pues por qué no le saca de una vez y se va con mil diablos? —preguntó el militar, a quien ya empezaba a apurársele la paciencia.

—¿Qué sé yo? —dijo el abogado—. ¿Por qué no mata el gato al ratón apenas le pilla? Por el placer de atormentarlo y de recrearse en su poder, acaso. Conque en fin, Mr. Protocol, ¿qué decís del testamento?

—Que está perfectamente, que no le falta ningún requisito y que no deja nada que desear.

—Pero que le anula otro de fecha más reciente que tenéis vos, ¿no es esto?

—En efecto, algo hay de verdad en eso, no lo niego, Mr. Pleydell —dijo el albacea, sacando del bolsillo un legajo de papeles atado con una cinta y sellado en todas sus hojas con el sello de la difunta—. El testamento que vos presentáis, Mr. Pleydell, tiene la fecha de 1º de junio de 17..., y éste del 20..., miento, veo que es del 21 de abril del corriente año, es decir, que es posterior en diez años al vuestro.

—¡Maldita bruja! —exclamó el abogado—. Precisamente del mes en que llegó aquí la noticia de las desgracias del pobre Ellangowan. Pero veamos sus disposiciones.

Después de haber reclamado un profundo silencio, empezó Mr. Protocol a leer el testamento en lenta, clara e inteligible voz, cual correspondía a la gravedad de las circunstancias. El grupo que le rodeaba, dejando ver en la expresión de los semblantes todas las alternativas del temor y de la esperanza, y procurando descubrir las intenciones de la testadora entre los términos técnicos en que estaban envueltas, formaban un cuadro digno del pincel de Hogarth.

Nadie se esperaba el contenido del tal testamento. En virtud de su primera cláusula, "pasaba la propiedad plena e íntegra de los estados de Singleside, con todas sus dependencias" (al llegar a este punto, bajó la voz del leyente a un suave y modesto *piano*) "a Pedro Protocol, procurador en Edimburgo, teniendo —decía el artículo— cabal y absoluta confianza en su capacidad e integridad". En estos términos quiso que se redactase esta cláusula mi digna amiga. "Pero sólo a título de fideicomiso" (aquí la voz del lector subió a su natural diapasón, y los rostros del auditorio que habían alcanzado un grado de largura capaz de causar envidia al mismo Mr. Mortcloke, empezaron a irse encogiendo notablemente); "pero sólo a título de fideicomiso y para los usos, fines y propósitos expresados a continuación".

En estos "usos, fines y propósitos" estaba la flor y nata del testamento. Empezaba éste por sentar en un preámbulo bastante pesado, que la testadora descendía por línea recta de la antigua casa de Ellangowan, habiendo sido su respetable bisabuelo, Andrés Bertrán, primer señor de Singleside, de feliz recordación, hijo segundo de Allan Bertrán, décimoquinto barón de Ellangowan. Continuaba diciendo que Enrique Bertrán, hijo y heredero de Godofredo Bertrán, laird de Ellangowan a la sazón, había sido robado a sus padres siendo niño; *pero que tenía la certidumbre que aún vivía en país extranjero, y de que la divina providencia le pondría con el tiempo en posesión de los bienes de sus mayores;* en cuyo caso, el susodicho Pedro Protocol estaba obligado, como a ello se había comprometido aceptando las presentes condiciones, a hacer al dicho Enrique Bertrán, inmediatamente después de su regreso a su país natal, la entrega absoluta y total de las dichas tierras de Singleside con todas sus dependencias, deducción hecha de una proporcionada gratificación para el depositario interino. Mientras residiese Enrique Bertrán en país extranjero, como también en el caso de que nunca regresase a Escocia, todas las rentas y productos (deducida siempre una razonable indemnización para el depositario) debían repartirse, en proporciones iguales, entre cuatro establecimientos de beneficencia que indicaba la testadora. Daba ésta a su fideicomisario los más amplios poderes para manejar los bienes como su verdadero dueño; y para el caso de que falleciese antes que ella, se indicaba otra persona para reemplazarle en los expresados cargos. Las demás cláusulas del testamento sólo contenían dos mandas de cien libras cada una, la primera para Rebeca, su doncella favorita, la segunda para Jenny Gibson, a quien decía la testadora que había recogido en su casa por caridad, para hacerla aprender algún oficio con que ganar su vida honradamente.

Un testamento a favor de manos muertas se llama en Escocia una *mortificación;* y es esto tan cierto, que en una ciudad muy principal (en Aberdeen, si no me engaña la memoria) hay un empleado municipal encargado especialmente de entender en esta clase de disposiciones, y llamado por lo tanto el Maestre de las mortificaciones. Es de presumir que esta denominación debe su origen al efecto que semejantes testamentos suelen producir sobre los herederos presuntivos de los que los hacen, y tal fué en efecto el que produjo en los que acababan de oír leer el de miss Margarita Bertrán de Singleside. La mortificación fué tal, que nadie se sintió con ánimos para romper el silencio que siguió a la lectura de aquel inesperado documento.

Mr. Pleydell fué el primero que tomó la palabra. Pidió ver el testamento, y habiéndose cerciorado de que se habían observado en él todas las formalidades exigidas por la ley, se lo devolvió al albacea sin poner ningún reparo y dijo a Mannering al oído:

—Creo a Protocol tan hombre de bien como el que más, pero la buena vieja ha querido que si no degenera en pícaro, no sea a lo menos por falta de tentaciones.

—¡Verdaderamente me parece —dijo Mr. Mac Casquil, el cual, bien que disimulando la mitad de su despecho, no pudo menos de exhalar la otra mitad—; verdaderamente me parece, que el tal testamento es bastante singular! Desearía que nos dijera Mr. Protocol, que, pues resulta único y absoluto fideicomisario, debe haber sido consultado por la testadora en esta ocasión, quisiera, digo, que

nos dijese cómo mistress Bertrán pudo creer en la existencia de un niño que, como nadie ignora, fué asesinado hace muchos años.

—A decir verdad, caballero — dijo Mr. Protocol —, no puedo explicaros sus motivos mejor de lo que ella misma lo ha hecho. Nuestra difunta amiga, era una mujer excelente, una mujer muy piadosa, y sin duda habrá tenido, para creer en la existencia de ese niño, motivos que nosotros, caballero, no podemos alcanzar.

—Sí — dijo el extranjero —, ¡buenos motivos! Bien conozco yo los tales motivos. Presente está mistress Rebeca, que no me dejará mentir, y que cien veces me dijo en mi estanco, que no se podía saber en qué términos haría testamento su señora, porque una maldita vieja hechicera y gitana le había metido en la cabeza, en Gilsland, que ese... ¿no le llaman Enrique Bertrán?, acabaría tarde o temprano por volver a Escocia. No lo negaréis, mistress Rebeca, ni yo tampoco me morderé la lengua para deciros que habéis olvidado hablar de mí a la difunta, como me prometíais siempre que os daba media corona. ¿No digo bien, prenda?

—Yo no me acuerdo de nada de eso — respondió Rebeca con mal gesto, y mirándole de hito en hito como persona que no quiere que la obliguen a tener más memoria de lo que la acomoda.

—Bueno, bueno, Rebeca; bien se conoce que estáis contenta con vuestra manda.

Nuestro pisaverde de medio pelo, porque no era ciertamente de los de primera clase, se sacudía las botas con un latiguillo que tenía en la mano, y estaba como un muchacho a quien le quitan el plato de delante; devoraba, sin embargo, su resentimiento o se limitaba cuando más a exhalarle entre dientes en un soliloquio por este estilo:

—¡Lucidos quedamos, g... d...! (¡maldito sea!), ¡y después de haberme sacrificado por ella! Una noche, g... d..., por venir a acompañarla a tomar el té, dejé a King y a Will-Hack, el jockey del duque. Más me hubiera valido, g... d..., quedarme con ellos y hubiéramos pasado un buen rato. ¡No dejarme siquiera unas tristes cien libras!

—De mi cuenta corren todos los gastos — dijo Protocol, no queriendo agravar la odiosidad que derramaban sobre él las disposiciones de la testadora —. Y ahora, señores, paréceme que ya nada tenemos que hacer aquí y que podemos, por consiguiente... Mañana depositaré el testamento de mi digna y malograda amiga en el tribunal, para que cada cual pueda enterarse más por menor de su contenido y tomar las notas que guste.

Dicho esto empezó a cerrar las alacenas y los cajones más aprisa de lo que los había abierto.

—Mistress Rebeca — añadió —, tendréis la bondad de que todo esté en orden hasta que se arriende la casa; ya esta mañana me hicieron proposiciones para su alquiler... para el caso de que quedase a mi cargo.

Nuestro amigo Dinmont, que no quedó más contento que los demás de ver frustradas sus esperanzas, se había tumbado en la gran poltrona con brazos de la difunta, que no hubiera quedado poco escandalizada de ver tan arrellanado en ella a aquel coloso masculino, arrollando y desarrollando alrededor de su brazo la cuerda de su látigo. Las primeras palabras que pronunció luego que hugo digerido su despecho, contenían una declaración magnánima, que probablemente no creía hacer en tan alta voz:

—¡Al fin era mi sangre, qué diablo! ¡Buen provecho le hayan hecho mis quesos y mis perniles!

Pero cuando hubo insinuado Mr. Protocol que ya era tiempo de retirarse, y habló de alquilar la casa, al momento púsose en pie el buen labrador, y atronó al concurso con esta inesperada pregunta:

—¿Y qué va a ser de esta pobre Jenny Gibson? Cuando se trataba de coger la mosca, todos éramos parientes de la difunta; echemos, pues, un guante entre todos para hacer algo por ella.

Esta proposición fué para los asistentes un toque de retirada mucho más eficaz que la indicación de Mr. Protocol. Mac-Casquil dijo, o más bien barbotó entre dientes, algunas observaciones acerca de lo que cada cual debe a los suyos antes que a los extraños, y fué el primero que tomó el portante; el estanquero, con menos ceremonias, respondió que la muchacha tenía con qué consolarse, y que a mayor abundamiento, pues Mr. Protocol se había calzado con toda la herencia, a él le tocaba atenderla; dicho lo cual en tono brusco y decisivo, siguió el noble ejemplo de Mac-Casquil. Hizo el pisaverde una estúpida y brutal insinuación sobre lo que entendía mistress Bertrán por que se le hiciese aprender un oficio con qué ganar su vida honradamente; pero, confundido por una terrible mirada de indignación que le echó Mannering, en quien, en su ignorancia del tono de la buena sociedad, había buscado una aprobación de su grosero chiste, apenas le quedó aliento para bajar las escaleras, lo que hizo, sin embargo, más que a paso.

Protocol, que era realmente bastante hombre de bien, manifestó entonces su intención de encargarse interinamente de la pobre Jenny, dando a entender, sin embargo, que lo hacía por mera caridad y como quien da una limosn ; oído lo cual, acercóse a él Dinmont con presteza, y, sacudiendo su levitón como sacude sus lanas un buen perro de Terranova al salir del agua, exclamó:

—El diablo me lleve, Mr. Protocol, si os cuesta una hilacha Jenny Gibson, como quiera venirse conmigo a mi casa. Ailie y yo quisiéramos que nuestras hijas fueran algo menos rudas que nosotros y que supieran siquiera lo que saben algunas chicas de la vecindad. Jenny, que ha vivido tanto tiempo con una señora tan principal como la di-

funta, debe saber lo qué es tener buena crianza, y leer de corrido y manejar la aguja; y si no lo sabe, que no lo sepa; no por eso mis hijas la querrán menos. Yo le daré todo lo necesario, sin que tenga necesidad de tocar al capital ni a los intereses de las cien libras que están en vuestro poder, Mr. Protocol, y ya veré de añadir a ellas todos los años alguna cosilla hasta que encuentre por las cercanías algún mozo honrado que necesite un poco de dinero para arrendar un cortijo, y una mujer para que se lo cuide. ¿Qué decís a esto, hija mía? Os tomaré un asiento en la diligencia hasta Jeddart, pero será menester continuar luego a caballo hasta Limestane, porque el mismo diablo no podría entrar en carruaje en el Liddesdale; y si miss Rebeca gusta acompañarnos a pasar un par de meses con nosotros, hasta que os hagáis a los estilos de la casa, tendré el mayor placer en ello.

Mientras Rebeca le hacía una cortesía hasta el suelo y azuzaba a la pobre huérfana, cuyas lágrimas procuraba enjugar, para que le hiciese otra no menos profunda, y mientras el buen Dinmont las animaba a su modo, es decir, con naturalidad y franqueza, Pleydell menudeaba los polvos para disimular la profunda sensación que producía en su alma, naturalmente sensible, aquella escena.

—¡Más placer tengo —dijo al coronel— en ver ahora a ese buen labrador, que en asistir al más opíparo convite! Vaya, vaya, es menester que le dé por el gusto, no hay remedio; le ayudaremos a arruinarse. ¡Hola, eh! Liddesdale, Charlies-Hope, Dandy o como os llamen en vuestra tierra.

Volvióse el labrador infinitamente envanecido de que le dirigiese la palabra Mr. Pleydell, porque después de su arrendante, un abogado era la cosa que más respetaba en este mundo.

—¿Conque no queréis renunciar a vuestro pleito sobre aquello de los límites?

—No, señor, no; a nadie le gusta que atropellen sus derechos, que se le rían en sus barbas; pero, pues no queréis encargaros de defenderme, preciso será que busque otro abogado.

—¿No os lo dije, coronel? En fin, amigo Dinmont, una vez que estáis resuelto a hacer una locura, bueno será que procuremos lograr que el tal pleito os acarree pocas costas y que lo ganéis si es posible. Decid a Mr. Protocol que me envíe vuestros papeles para que les eche un vistazo, y yo le indicaré cómo debe manejar ese negocio. No veo, al fin y al cabo, por qué razón no habéis de tener vuestros pleitos en la audiencia, como vuestros antepasados tenían sus batallas y sus incendios.

—Seguramente que sí; y a fe que si no hubiera leyes, bien sabríamos nosotros tomarnos la justicia por la mano.

—Lo creo, lo creo. Vaya, adiós, y que no se olvide enviarme esos papeles. Ya podemos retirarnos, coronel, pues nada tenemos que hacer aquí.

—¡Ahora veremos por dónde tira Jack de Dawston-Cleugh! —dijo Dinmont en el colmo de la alegría.

CAPITULO XXXIX

Ahora voy al tribunal... Tengo un sinfín de negocios..., me esperan. ¿Se ofrece algo? ¿Sí? Pues explíquese pronto y págueme cuanto antes.

El abogadillo francés.

—¿Pero creéis que se podrá ganar el pleito de ese buen hombre? —preguntó Mannering al abogado mientras bajaban la escalera.

—¿Qué sé yo? No siempre gana la batalla el más fuerte, pero, en fin, haré seguramente todo lo que pueda. Lo malo que tiene nuestra profesión es que sólo muy rara vez los que la ejercemos, vemos bajo un punto de vista favorable la naturaleza humana. Nuestros clientes llegan a nuestro estudio, erizados de cólera y de egoísmo, con las puntas de sus animosidades y de sus rencores vueltas hacia fuera, como los clavos de las herraduras que se ponen a los caballos cuando hay hielo en las calles. Muchas veces he visto entrar en mi despacho gentes a quienes de muy buena gana hubiera tirado por el balcón al empezar a oírles explicarse, y casi siempre he acabado por conocer que en su caso, esto es, estando cegado por la cólera, hubiera procedido como ellos, es decir, desatinadamente. Muy convencido estoy de que de todas las profesiones, la mía es la que más de cerca hace ver la locura y la perversidad de los hombres, pues es en cierto modo como una canal por donde forzosamente han de pasar. En una sociedad civilizada, el foro es la chimenea por donde sale el humo que inunda la estancia y acabaría por dañar la vista; ¿qué extraño es, pues, que quede el cañón algo manchado de hollín? Pero ya cuidaré de que nuestro hombre lleve adelante su pleito lo mejor y lo más barato posible; en fin, que le den su pienso de cebada a un precio regular.

—¿Tendré el gusto —dijo Mannering al despedirse de él— de que os vengáis hoy a comer conmigo? Mi patrón me ha avisado que tiene excelentes aves y ricos vinos.

—¿Aves, eh? —repitió el consejero en tono de verdadero aficionado—; pero no; es imposible —añadió—; ni aun puedo suplicaros que vengáis a comer conmigo; los lunes y martes son los días sagrados. El miércoles tengo que defender una causa muy importante; el jueves..., eso es; si con estos fríos pueden conservarse frescas esas aves hasta el jueves y si no pensáis dejarnos antes...

—¿Comeríais conmigo ese día?

—Con mucho gusto.

—Pues entonces, me decidís con eso solo a realizar el proyecto que tenía de pasar una semana en esta ciudad. Si no pueden conservarse esas aves, trataremos de que nos den otra cosa.

—¡Se guardarán muy bien de echarse a perder! —dijo Pleydell—. Entretanto, aquí tenéis algunas cartas de recomendación que podéis llevar a sus respectivos destinos, si no se os ofrece medio mejor de matar el tiempo: esta mañana las escribí por si podían seros agradables. Adiós, amigo mío; mi pasante me aguarda hace una hora para extender un maldito informe... Adiós, adiós.

Y dicho esto desapareció con suma presteza, tomando varias callejuelas y pasadizos que para ir a la calle mayor eran al camino ordinario lo que es el estrecho de Magallanes al cabo de Hornos.

Examinando los sobres de las cartas que le había dejado Pleydell, vió Mannering con gran satisfacción que iban dirigidos a los hombres más ilustres y a los literatos más eminentes de Escocia: a David Hume, Esq., a Juan Home, al doctor Ferguson, al doctor Black, a lord Kaimes, a Juan Clerk, Esq. de Eldin, a Adan Smith, y al doctor Robertson.

—A fe mía que mi buen abogado no tiene mal gusto para escoger amigos —dijo Mannering al leer tantos nombres célebres—; mucho ruido han metido en el mundo todos estos señores, y antes de presentarse a ellos, ya puede pensar en coordinar bien sus ideas, si no quiere hacer un triste papel, un hombre que vuelve como yo de las Indias Orientales.

No tardó, sin embargo, en presentarse a ellos, y verdaderamente sentimos no poder informar por menor a nuestros lectores de los placeres que le proporcionó una sociedad donde siempre eran bien recibidos todos los extranjeros de talento y distinción. Acaso en ninguna época ha presentado Escocia una reunión tan brillante y completa de grandes ingenios en varios ramos.

Al jueves siguiente acudió Mr. Pleydell a la posada en que estaba hospedado el coronel. La comida fué muy buena, el vino exquisito, de modo que el abogado, no menos inteligente gastrónomo que hábil jurisconsulto, a ambos hizo los debidos honores; pero no sé si todavía le fué más agradable que los buenos bocados, la presencia de Dominus Sampson, de quien, sin ofenderle en lo más mínimo, halló medio para sacar gran diversión, en la que no pudieron menos de tomar parte, así el coronel como dos amigos a quienes había convidado a comer. La grave y lacónica sencillez de las respuestas de Sampson a las insidiosas preguntas del abogado, presentó el candor de su carácter bajo un punto de vista que todavía no conocía Mannering, obligándole además a sacar a relucir una multitud de conocimientos profundos y abstractos, pero generalmente hablando, sin utilidad real o más bien sin aplicación inmediata. Comparó el jurisconsulto la cabeza de Dominus al almacén de un prestamista, donde se hallan toda clase de objetos de valor, pero tan hacinados y en tal confusión, que nunca puede su dueño encontrar el que por el pronto necesita.

Pero si Sampson proporcionó un buen rato al abogado, éste por su parte no se lo dió peor al meditabundo Dominus. Cuanto más soltaba la rienda Pleydell a su humor naturalmente festivo y cáustico, cuanto más acosaba a su adversario con vivos e ingeniosos sofismas, más le consideraba Sampson con aquella especie de sorpresa que siente el oso domesticado al ver por primera vez al mono que va a ser su compañero. Gozábase Mr. Pleydell en tomar por tema de conversación algún punto serio e importante, en cuya discusión preveía que quería Dominus tomar parte activa; veíale con inefable delicia preparar allá en su mente sus ideas, y disponer lo que pudiéramos llamar su plan de ataque para reducir a pavesas con la pesada artillería de su erudición, ésta o la otra proposición cismática o herética que soltaba el abogado con toda intención; y luego de repente, cuando se creía ya Dominus en estado de presentar la batalla al enemigo, éste, con un astuto movimiento estratégico, evacuaba el campo, y le atacaba desde una nueva y ventajosa posición por el flanco o por la retaguardia. —*¡Prodigioso!* —exclamó repetidas veces, cuando creyendo tener ya por suya la victoria hallaba desocupado el terreno, lo que a cada momento le sucedía; y ya se deja suponer que no le costaba poco trabajo disponer de nuevo sus baterías a cada sorpresa de éstas. Era su dialéctica —decía el coronel— como un ejército de indios, formidable por su número y su bravura, pero que fácilmente se deja poner en dispersión con el solo movimiento de atacarle por el flanco. A pesar de todo, sin embargo, Dominus, aunque algo cansado con aquellos ejercicios mentales, consideró aquel día como uno de los más agradables de su vida, y habló siempre de Mr. Pleydell como de un hombre muy agudo y muy erudito.

Retiráronse, en fin, los otros dos convidados dejando solos a nuestros tres amigos, cuya conversación recayó, naturalmente, sobre el testamento de mistress Bertrán.

—¿Quién diablos le metería en la cabeza a aquel ridículo vejestorio —dijo Pleydell— la idea de desheredar a la pobre Lucy, so pretexto de dejar sus bienes a un muchacho que murió hace mil años? Perdonad, Mr. Sampson, si olvido lo mucho que os aflige este recuerdo. Muy presente tengo que recibí de vos una declaración cuando sucedió esa desgracia, ¡y por más señas que en mi vida me ha costado tanto trabajo sacarle a nadie tres palabras seguidas! Ya podéis ponderar todo lo que queráis a vuestros bramines pitagóricos o silenciosos, coronel; pero yo os fío que este docto varón podría muy bien darles lecciones de taciturnidad. Bien dicen que las palabras del sabio son preciosas y no se deben prodigar inconsideradamente.

—Muy cierto es —dijo Dominus restregándose los ojos con su pañuelo azul— que ese día fué uno de los más amargos de mi vida, y uno de

aquellos en que le pesa a uno de haber nacido; pero el que envía el dolor envía la fuerza para soportarle.

Aprovechó Mannering aquella coyuntura para suplicar a Pleydell que le informase de las particularidades relativas a la desaparición del niño, y el abogado, que gustaba mucho de hablar de negocios de jurisprudencia criminal, sobre todo de aquellos en que él había hecho papel, le hizo una relación circunstanciada y casi prolija de todo lo sucedido.

—Y en resumidas cuentas, ¿qué pensáis vos de todo eso? — preguntó el coronel.

—Primeramente, que Kennedy fué asesinado: no es ésa la primera vez que los contrabandistas han cebado su saña en los aduaneros.

—¿Y cuáles son vuestras conjeturas con respecto a la suerte del niño?

—Que le asesinarían también. La pobre criatura tenía ya bastante razón para acordarse, y dar parte de lo que había visto, y aquellos miserables no tendrían escrúpulos en repetir una segunda degollación de los inocentes siempre que lo exigiera su interés.

Lanzó Dominus un profundo gemido y exclamó:

—¡Enorme!

—Sin embargo — dijo Mannering —, parece que también anduvo metida en ese negocio una gitana, y según lo que nos dijo después de las exequias de mistress Bertrán aquel hombre de tan mala facha...

—En efecto, la persuasión en que estaba mistress Margarita de que el niño vivía aún, se fundaba, según nos dijo el tal sujeto, en que se lo había asegurado una gitana... ¡Bravo, amigo mío!, envidio esa perspicacia, esa lógica sagaz, y confieso que es una ignominia en mí haber andado tan poco advertido. Es preciso averiguar inmediatamente la verdad del caso. ¡Eh, mozo!, vaya de un brinco al figón de la tía Wood, en Cowgate, donde hallará a mi pasante Driver. De seguro estará allí solazándose con algunos compañeros, porque habéis de saber, coronel, que mis dependientes son como yo, muy regulares en sus irregularidades. Y dígale que venga aquí sin perder un minuto, que le estoy aguardando... ¡Ah!, adviértale también que si le hacen pagar por ello alguna prenda sus compañeros, yo la satisfaré.

—Si está encargado de sostener algún carácter, ¿le conservará aquí?

—Dejemos eso, dejemos eso, coronel, que lo que importa por ahora es hallar a esa gitana. ¡Oh!, con tal que yo llegue a coger el hilo más sutil de esa enmarañada madeja, de mi cuenta corre desenredarla...

Mientras de esta suerte hacía Mr. Pleydell su propio elogio, volvió el mozo con Mr. Driver. Traía éste la boca todavía reluciente, y aun le colgaba del labio inferior una gota del *wopenny* que acababa de beber, tal prisa se había dado en acudir a la llamada de su principal.

—Driver — le dijo éste —, es preciso que me halléis inmediatamente una mujer llamada Rebeca, que era doncella de mistress Bertrán. Buscadla por todas partes, informaos de todo el mundo; pero si necesitáis recurrir a Mr. Protocol, a Quid el extranjero, o a algún otro de los amigos de la difunta, no vayáis en persona; enviad en ese caso a alguna conocida vuestra, de las muchas que nada desean tanto como complaceros... Cuando hayáis dado con ella, decidle que pase sin falta por mi casa mañana a las ocho de la mañana en punto.

—¿Y qué motivo le daré? — preguntó el edecán.

—El primero que se os ocurra; ¿necesito yo ayudaros a mentir? Pero cuidado con que no falte a las ocho, como ya he dicho.

Sonrió el pasante, hizo un saludo, y se retiró.

—Es mozo muy listo — prosiguió el letrado — y que vale lo que pesa para seguir un pleito. Ahí donde le veis, es muy hombre para estarse escribiendo tres noches seguidas sin dormir, dictándole yo, o, lo que viene a ser lo mismo, tan limpio y correctamente escribe despierto como dormido. Es además muchacho muy arreglado; casi todos sus compañeros mudan de figón a cada instante, de modo que nunca se sabe adonde enviar a buscarlos cuando hacen falta, pero, lo que es ése, no entiende de mudanzas: establece sus cuarteles de invierno junto a la lumbre, y su asiento en verano junto a la ventana, en la hostería de la tía Wood, y no hay quien lo menee de allí lo mismo un año que otro: todas sus excursiones se reducen a pasar de una mesa a la de más allá: siempre que no tiene trabajo, allí se le encuentra clavado. En mi opinión, jamás se desnuda ni se acuesta: la cerveza le sirve de todo, de alimento, de bebida, de ropa, de cama, de baño, de...

—¿Y está siempre muy en estado de cumplir bien su deber? Lo dudo, a juzgar por el sitio donde acostumbra instalarse.

—¡Error! Jamás el mucho beber le trastorna en lo más mínimo: capaz es de estarse escribiendo horas enteras después que ni aun puede hablar. Me acuerdo de que una noche me enviaron a llamar para un negocio muy urgente, con motivo de un caso de apelación, cuyo plazo iba a cumplirse, y no daba espera por consiguiente. Era un sábado, y había comido bien, como acostumbro en tales días, de modo que no estaba muy dispuesto para trabajar; sin embargo, me dejé convencer, examiné la causa, preparé recado de escribir, y envié a buscar a Driver... Entre dos tuvieron que traérmele, porque estaba mi hombre como un tronco... Pues, señor, lo mismo fué ponerle una pluma entre los dedos, un pliego de papel delante, y oír mi voz, que empezar a escribir corrientemente como si tal cosa. Verdad es que era menester que tuviese uno al lado para mojarle la pluma, porque no veía el tintero, pero, por lo demás, en mi vida he visto informe mejor escrito.

—¿Y os pareció lo mismo a la mañana siguiente? — preguntó el coronel sonriendo.

—Excelente me pareció: no tuve ni tres palabras que enmendar, y el mismo día le despaché por el correo. Pero vendréis mañana a almorzar conmigo para oír la declaración de esa mujer...

—¡Muy temprano la habéis citado!

—No podía señalar otra hora. Si a las nueve en punto de la mañana no me vieran en el juzgado exterior (de primera instancia), me creerían por lo menos atacado de apoplejía, se extendería la voz de que estaba malo, y en un año no me repondría de los perjuicios que de ahí se me seguirían...

—Pues, en ese caso, haré un esfuerzo para no faltar.

Con esto se separaron por aquella noche.

A la mañana siguiente acudió Mannering a casa del abogado a la hora indicada, no sin maldecir los aires húmedos de Escocia en las mañanas de diciembre. Mistress Rebeca estaba ya instalada junto a la chimenea de Mr. Pleydell, tenía delante de sí una jícara de chocolate, y ya había empezado la conversación.

—¡Oh, no!, os protesto, mistress Rebeca, que no es mi ánimo en manera ninguna atentar a la legitimidad y justicia de la manda que os ha legado vuestra ama. La habéis merecido por vuestro comportamiento con ella, y a fe de quien soy que desearía que os hubiese dejado el doble.

—Seguramente, señor letrado, que es cosa muy mal hecha repetir lo que se oye. Ya visteis cómo aquel zanguango de Quid me dejó abochornada con sus habladurías; y si ahora me decido a explicarme con libertad, ¿quién me responde de las resultas?

—Nada temáis, Rebeca amiga, mi carácter es vuestra salvaguardia, y vuestra edad, vuestro exterior, os permiten explicaros tan libremente como un poeta erótico, sin correr el menor peligro.

—Pues bien, una vez que vuestro honor responde de que nada arriesgo, éste es el caso. Ya sabéis que hará un año o acaso menos, que aconsejaron los facultativos a mi señora que hiciese un viaje a Gilsland, para disipar no sé qué melancolías que la agobiaban. Ya por entonces empezaban a hablar las gentes de las desgracias de Ellangowan, y esto le daba bastante que sentir, porque tenía mucho orgullo de familia, aunque verdaderamente no estaba muy bien con Mr. Bertrán, sobre todo hacía unos dos o tres años, pues parece ser que muchas veces le pedía dinero, y esto no le hacía ninguna gracia, porque como él no podía pagar... En fin, lo cierto es que estaban poco menos que reñidos. No sé quién le dijo por entonces que se iban a vender los bienes de Ellangowan, y vamos, no pareció sino que desde aquel momento empezó a tomar ojeriza a miss Lucy, porque siempre me estaba diciendo: "¡Ah, Rebeca!, si esa estúpida de Lucy, que no sabe poner coto a las locuras de su padre, fuera un muchacho, no se podría vender el vínculo para pagar las deudas del viejo chocho"; y tanto me lo repetía, que ya me daban náuseas de oírlo. Un día estábamos paseándonos por un prado a la orilla de un río, y vimos una multitud de chiquillos que andaban retozando por allí a la vista de su padre, que se llamaba Mac-Crosky. "¿No es una mala vergüenza, dijo mi señora al ver aquel enjambre de criaturas, que cualquiera pelón tenga un hijo que le herede, y que falte en la casa de Ellangowan un mayorazgo?". Estaba entonces precisamente detrás de nosotras una vieja gitana, una mujer de una facha como en mi vida he visto otra tal. "¿Y quién se atreve a decir, exclamó, que no tiene mayorazgo la casa de Ellangowan?" Volvióse mi ama inmediatamente, y como era señora que no tenía pelitos en la lengua, como suele decirse, y que le encajaba una fresca al lucero del alba: "Yo, respondió, yo lo digo, y con mucho sentimiento, a fe mía". Entonces la gitana le cogió una mano: "Yo os conozco, le dijo, aunque vos no me conocéis a mí; pero tan cierto como que el sol está en los cielos, como que la corriente de este río va hacia el mar, y como que están ahí unos ojos que nos ven y unos oídos que nos oyen, Enrique Bertrán, de quien se cree que fué asesinado en la punta de Warroch, no murió allí. Le estaba vaticinado que correría muchos peligros hasta la edad de veintiún años, es cierto; pero si él vive y si vivo yo, oiréis hablar de él y de mí este invierno antes de que cubra la nieve por espacio de dos días el cerro de Singleside... No necesito recompensas, dijo viendo que mi señora echaba mano a su bolsillo, creeríais que os engaño para sacaros dinero. Adiós, hasta después de San Martín". — Y dicho esto, nos volvió la espalda, y se largó a buen paso.

—¿No era una mujer muy alta? — interrumpió Mannering.

—¿No tenía el pelo y los ojos muy negros, y una cicatriz en la frente? — añadió el legista.

—Era la mujer más alta que he visto en mi vida: tenía el pelo negro como las doce de la noche, excepto en algunos mechones que ya estaban algo canos, y se le veía sobre una ceja un chirlo en que cabía la punta del dedo meñique. No hay cuidado que la olvide quien la haya visto una vez, y estoy moralmente segura de que sólo por lo que le dijo aquella gitana hizo mi señora el testamento que todos hemos visto, porque no podía aguantar a miss Lucy, sobre todo desde que tuvo que enviarle veinte libras; pues decía que no contenta miss Bertrán con dejar que pasaran a manos extrañas los bienes de Ellangowan,

por ser mujer y no varón, iba además a ser con su pobreza una carga y una ignominia para los Singleside. Espero, sin embargo, que el testamento de mistress Margarita será válido, porque se me haría muy cuesta arriba perder mi pequeña manda... Muy corto salario me daba mi señora, Dios la haya perdonado.

Aseguróle de nuevo el abogado que nada tenía que temer sobre aquel particular, y le pidió noticias de Jenny Gibson, por las que supo que iba a ponerse en camino con Dinmont.

—Y lo mismo voy a hacer yo — añadió —, pues ha tenido la atención de convidarme a pasar una temporada con su parienta y los niños. Son muy buena gente los Dinmont, aunque no le gustaba mucho a mi ama hablar de ese parentesco; pero, en cambio, le gustaban mucho los jamones, los quesos, los patos, las medias y los manguitos de añinos que le enviaban de Charlies-Hope. Lo que es a estos regalos nunca les ponía mala cara.

Luego que se hubo retirado Rebeca, dijo Mr. Pleydell al coronel:

—Me parece que conozco a esa gitana.

—Lo mismo iba a deciros — añadió el coronel.

—Su nombre ha de ser, si no me engaño...

—Meg-Merrilies — interrumpió Mannering.

—¿Cómo lo sabéis? — dijo el letrado mirando al militar con cómica expresión de sorpresa.

Mannering respondió que había conocido a aquella mujer cuando pasó por Ellangowan unos veinte años antes, e informó a su amigo de todas las particularidades notables de aquella su primera visita a la quinta.

Escuchóle Mr. Pleydell con la mayor atención, y respondió:

—Yo me daba el parabién de haber conocido en vuestro capellán a un profundo teólogo, pero realmente no esperaba hallar en su patrono un alumno de los Albumazar y de los Messahala. Tengo mis sospechas, sin embargo, de que esa gitana podrá decirnos más de lo que sólo sabe por la astrología o la doble vista; pero me acuerdo de que nada pude sacar de ella la otra vez que la tuve entre mis manos. He de escribir, no obstante, a Mac-Morlan para que haga todo lo posible por encontrarla, y aun iré a Kippletringan para asistir a su interrogatorio; aunque ha tiempo que no soy sheriff del condado, continúo siendo miembro del juzgado de paz. Nada he tomado más a pecho en mi vida que el descubrir tanto los autores del asesinato de Kennedy, como el paradero o la verdadera suerte de aquella pobre criatura. He de escribir también al sheriff de Roxburghshire y a un juez sumamente activo que conozco en el Cumberland.

—Espero que cuando vayáis por aquella parte, no buscaréis más posada que Woodbourne.

—Seguramente; pero démonos prisa a almorzar o llegaré tarde.

Despidiéronse al día siguiente los dos amigos, y volvió el coronel al seno de su familia sin que le sucediese en el camino ninguna aventura que merezca particular mención.

CAPITULO XL

Ningún asilo hay para mí: do quiera
Me persigue la suerte.
¿Qué camino, infeliz, seguir debiera
Para evitar la muerte?

Las mujeres contentas.

El orden de los sucesos que vamos refiriendo exige que volvamos por un momento a la época en que fué herido el joven Hazlewood. Cuando sucedió esta desgracia, todas las fatales resultas que podía tener para Julia y para él mismo se agolparon en la mente de Brown: seguro como se creía de poder probar que su voluntad no había tenido parte en aquel fatal accidente, no temía que tuviese para él personalmente muy serias consecuencias; pero ser preso en un país extranjero, sin medios de probar quién era y el grado que tenía en el ejército, era contratiempo que debía evitar a todo trance. Resolvió, pues, por primera providencia retirarse a la más cercana costa de Inglaterra, y permanecer allí oculto hasta que recibiese dinero de su apoderado, y cartas de sus amigos del regimiento, logrado lo cual, estaba decidido a presentarse en público para ofrecer al joven Hazlewood y a sus amigos cualquiera explicación o satisfacción que pudieran desear. Con este intento, después de haber dejado el sitio donde ocurrió aquel funesto suceso, caminó sin detenerse hasta el pueblecito que hemos llamado Portanferry, pero que en vano buscaría el lector bajo este nombre en el mapa de Escocia. De él iba a salir a la sazón un barco para el pequeño puerto de Allonby, en el Cumberland; aprovechó Brown la favorable ocasión que le presentaba aquel barco, y resolvió fijar su residencia en esta última ciudad hasta que recibiese cartas y dinero.

Durante aquella breve travesía trabó conversación con el piloto, que era al mismo tiempo el dueño del barco, viejecito muy campechano que, como todos los pescadores de aquella costa, había solido alguna vez tomar parte en el tráfico de contrabando. Después de haber hablado de varias cosas indiferentes, logró Brown hacer recaer la conversación sobre el coronel Mannering y su familia. El marino había oído hablar del ataque de los contrabandistas a Woodbourne y le desaprobaba altamente.

—Eso es no entenderlo — dijo —; así acabarán por perderse para

siempre. No, no; cuando yo andaba en esas bromas, no era así como yo me manejaba con los dependientes del resguardo. ¿Me embargaban un cargamento? ¡Buen provecho! Tanto mejor para ellos. ¿Se salvaba otro? Tanto mejor para mí; y siempre lo mismo: todo lo demás es un disparate. Los halcones no deben devorarse unos a otros.

—¿Y el coronel Mannering? — dijo Brown.

—Tampoco ha hecho muy bien en meterse con ellos; no es esto decir que a mí me parezca mal que haya salvado la vida a los guardacostas; pero aquí entre nosotros, ¿le está bien a un señorón como él andar a escopetazos para hacer perder a unos infelices algunas cargas de té y unas pocas pipas de aguardiente? Pero es rico, tiene una alta graduación en el ejército, y esa gente hace todo lo que le da la gana con los pobres diablos como nosotros.

—¿Y su hija — dijo Brown, cuyo corazón latía con violencia — se va a casar, según dicen, con un joven de los más principales de estas cercanías?

—¿Con quién? ¿Con Mr. Hazlewood? No, no; todo eso no es más que puras habladurías. Ese caballerito acompañaba antes todos los domingos después de misa, a la hija del difunto laird de Ellangowan a su casa, y mi hija Peggy, que está sirviendo en Woodbourne, me ha asegurado que lo mismo piensa él en miss Mannering que en vos o en mí.

Lamentando amargamente la precipitación con que había creído lo contrario, supo Brown con indecible satisfacción que eran infundadas las sospechas que había abrigado sobre la fidelidad de Julia. Pero ¡cuánto debía haber perdido en su opinión! ¿Qué pensaría de él? Precisamente debía tenerle en el concepto de un imprudente que no respetaba ni su sensibilidad ni los intereses de su recíproco amor. Las relaciones del anciano con la familia de Woodbourne le presentaban un buen medio para ponerse en correspondencia con Julia, y al punto resolvió aprovecharle.

—¿Conque tenéis una hija sirviendo en Woodbourne, eh? Yo conocí en las Indias a miss Mannering, y aunque desde entonces acá he venido muy a menos, tengo motivos para creer que no dejaría de interesarse en mi favor. Desgraciadamente tuve un altercado con su padre, bajo cuyas órdenes servía ya entonces, y estoy seguro de que su hija emplearía gustosa su mediación para reconciliarme con él. Acaso vuestra hija podría encargarse de entregarle una carta mía sin que lo supiera el coronel.

El anciano, naturalmente amigo de todo lo que llevara visos de contrabando, prometió que la carta sería entregada sin falta en secreto; por lo tanto, apenas llegaron a Allonby, escribió Brown a miss Mannering haciéndole presente lo dolorosa que le había sido la desgracia ocurrida ante su vista, y suplicándole que le ofreciese una ocasión de sincerarse y obtener su perdón. No juzgó conveniente entrar en pormenores sobre las circunstancias que le habían obcecado, y procuró expresarse en términos bastante ambiguos para que, si llegase a caer su carta en otras manos, fuese difícil entender su verdadero sentido o adivinar quién la había escrito. El anciano se encargó de entregársela a su hija, y como él o su barco debían hacer muy pronto un nuevo viaje a Allonby, le prometió además llevarle la respuesta si se servía dársela miss Mannering.

Buscó en seguida en Allonby nuestro perseguido viajero una habitación adecuada a su momentánea pobreza y a su deseo de no llamar la atención sino lo menos posible. Con este objeto, tomó el nombre de su amigo Dudley y se hizo pasar por pintor, pues sabía manejar el pincel lo suficiente para que no pudiese el patrón de la posada sospechar la superchería. Dijo que debían enviarle su equipaje de Wigton, y, sin salir de su cuarto más que lo absolutamente necesario, aguardó con impaciencia la respuesta a las cartas que había escrito a su apoderado, a su amigo Delaserre y a su teniente coronel. Esperaba del primero que le mandase dinero; suplicaba al segundo que hiciese todo lo posible por reunirse con él; y pedía al tercero que le hiciese el favor de enviarle un certificado de su conducta y graduación en el ejército, deseando por este medio ponerse en estado de probar, en caso de necesidad, su carácter público como militar y su moralidad como hombre privado. Tal impresión le hizo la idea de verse privado de recursos, que escribió también a Dinmont pidiéndole que le prestase algún dinero, no dudando que, pues estaba a unas sesenta o setenta millas lo más de su cortijo, recibiría a la mayor brevedad una respuesta favorable a su apuro pecuniario. Tuvo además muy buen cuidado de decirle que le habían robado después de su separación. Pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que recibiese ninguna respuesta.

Para descargo de estos varios corresponsales, debemos hacer observar que el servicio de correos se hacía entonces con mucha menos actividad que después de las mejoras introducidas por Mr. Palmer. Por lo que hace al buen Dinmont, como no recibía más que una carta cuando más de tres en tres meses, excepto cuando tenía algún pleito, en cuyo caso enviaba todos los días al correo, su correspondencia solía dormir a veces meses y meses en el mostrador del encargado de recibir las cartas, entre folletos, bizcochos, panecillos o canciones, según el tráfico que hacía el susodicho encargado. Era costumbre entonces, además, para llevar una carta de una ciudad a otra sin salir de una distancia de treinta millas, hacerla dar un rodeo de unas doscientas, lo que reunía a la ventaja de aumentar considerablemente los gastos de portes y de hacer tomar el aire a las cartas, la de ejercitar la paciencia de los corresponsales. De resultas de todas estas circunstancias, pasó muchos días Brown en Allonby sin recibir ninguna contestación, y ya su bolsa, a pesar de su estricta economía, empezaba a ir menguando considerablemente, cuando le entregó un pescador la siguiente carta:

"Habéis obrado con la más cruel indiscreción: me habéis probado la confianza que puedo tener en vuestras protestas de que mi sosiego y mi felicidad son lo que más os importa en este mundo, habiendo estado a punto vuestra vivacidad de causar la muerte de un joven muy apreciable bajo todos aspectos. ¿Habré de decir más?, ¿habré de añadir que yo también he estado enferma de resultas de vuestra impetuosidad? ¿Necesito deciros que las consecuencias que pudiera temer para vos no eran lo que menos me desazonaba, aunque tan pocos motivos me habéis dado para tomarme un vivo interés por vuestra suerte? El C. está ausente por algunos días: Mr. H. está casi del todo restablecido, y tengo motivos para creer que no sospecha la verdad. Sin embargo, guardaos bien de presentaros por aquí. Hemos pasado pesadumbres demasiado serias para que pueda yo pensar por ahora en renovar una correspondencia que tantas veces nos ha expuesto a un fatal desenlace. Adiós, pues, y creed que nadie desea tan sinceramente vuestra felicidad como

Julia Mannering".

Contenía esta carta una prohibición de la especie de aquellas que parecen intimadas para inspirar una resolución diametralmente opuesta a la que recomiendan. Tal fué, a lo menos, el efecto que produjo en Brown, y así, apenas la hubo leído, preguntó al pescador, que era un muchacho de unos dieciséis años, si venía de Portanferry.

—Sí, señor — respondió —; soy hijo del viejo Guillermo Johnston, y esta carta me la ha entregado mi hermana Peggy, que cuida de la ropa blanca de Woodbourne.

—¿Y cuándo pensáis volveros por allá, amiguito?

—Esta tarde a la subida de la marea.

—Yo os acompañaré, pero no quiero llegar hasta Portanferry. ¿Podréis dejarme en cualquier punto de la costa?

—Por supuesto.

Aunque no eran entonces muy caros en Escocia los objetos de primera necesidad, luego que Brown hubo pagado su cuenta en la posada y provístose de ropa nueva, compra indispensable, así para no ser tan fácilmente reconocido como porque la suya no estaba ya muy decente, hallóse con la bolsa poco menos que vacía. Dejó en el correo el encargo de que le enviasen sus cartas a Kippletringan, y se dispuso pasar a este pueblo a fin de reclamar el depósito que había dejado en manos de mistress Mac-Candlish, persuadido de que ya para entonces habría recibido las cartas que aguardaba.

Ya tenemos de nuevo a nuestro héroe embarcado en el estrecho de Solway. Caía una lluvia bastante recia, el viento les era contrario y no les servía de gran auxilio la subida de la marea, pues el barco estaba excesivamente cargado de mercancías, de las cuales la mayor parte sería probablemente de contrabando. Brown, acostumbrado desde su infancia a las faenas de los marineros y dotado de una gran fuerza física, echó mano al timón, y fué tanto más útil al piloto para manejar el barco cuanto el viento arreciaba por instantes y soplaba en sentido contrario a las rápidas corrientes que hacen tan peligrosa aquella costa para los buques menores. En fin, después de haber trajinado toda la noche, se hallaron hacia la madrugada a la vista de una hermosa bahía junto a la costa de Escocia. El cielo se había despejado, sólo soplaba ya una brisa ligera, y la nieve que por muchos días había cubierto la tierra estaba enteramente derretida. Las montañas que se veían a lo lejos conservaban aún su blanca vestidura, pero el llano no ofrecía ya ningún vestigio de ella, y a pesar del invierno, el aspecto de la playa no dejaba de ser realmente interesante. La línea de la costa, variando hasta lo infinito a derecha e izquierda sus curvas y sus recodos con graciosas ondulaciones, formaba mil varias ensenadas, ceñida a veces de escarpadas rocas que se avanzaban sobre el mar, y a veces alzándose en suave declive con la aglomeración de las arenas que depositaba en la playa el flujo y reflujo de las olas. Algunos buques lejanos reflejaban los rayos matinales del sol de diciembre, y las vecinas arboledas, aunque despojadas de verdura, daban singular relieve y variedad a aquella hermosa perspectiva. Sentía al verla Brown renacer en su pecho aquel vivo interés que nunca dejan de inspirar las bellezas de la naturaleza a un alma delicada, cuando se ofrecen de repente a la vista después del fastidio y cansancio de un viaje nocturno. Acaso — porque ¿quién puede analizar aquel inexplicable apego que conserva toda su vida una persona nacida en un país montañoso a sus montañas nativas? —, acaso algunos confusos recuerdos, produciendo en él un efecto cuya causa había olvidado, se mezclaban a la profunda sensación de placer con que miraba la escena que tenía delante.

—¿Cómo se llama — preguntó Brown al piloto — aquel cabo tan frondoso que se adelanta tanto en el mar y forma la derecha de la bahía?

—Aquella es la punta de Warroch — respondió el marinero.

—¿Y aquellas ruinas, amigo mío, y aquella cosa que veo allí cerca? En cuanto puedo juzgar a esta distancia, me parecen considerables.

—Aquélla es la antigua plaza de Ellangowan, y la casa inmediata es la plaza nueva. ¿Queréis desembarcar allí?

—Con mucho gusto; me alegrará visitar esas ruinas, y desde ellas podré continuar a pie mi viaje.

—Aquella gran torre, allí donde la veis —prosiguió el piloto—, hace muy buen servicio, pues sirve hace mil años de fanal para guiar a los marineros, como Ramsay en la isla de Man y la punta de Ayr; dicen que hace tiempo se derramó allí mucha sangre.

De buena gana le hubiera sacado Brown más noticias, pero un pescador no es un anticuario. Todos sus conocimientos históricos se reducían a saber de oídas que allí se había derramado mucha sangre.

—Más podré averiguar — dijo Brown entre sí — cuando llegue a tierra.

Siguió el barco su rumbo hasta el cabo sobre cuya cima estaba situada la antigua torre, que señoreándose sobre las ruinas que la rodeaban, dominaba la bahía, cuyas olas estaban siempre bastante arremolinadas.

—Me parece — dijo el pescador — que aquí podréis arribar sin peligro de mojaros los pies, y a los pocos pasos encontraréis una escalerilla muy empinada que os llevará a lo alto de la roca. Más de cuatro veces me ha visto la luna desembarcar géneros en este sitio.

Esto diciendo torcieron un recodo de la costa, toda erizada de peñas por aquel lado, y hallaron un abra formada en parte por la naturaleza y en parte por los infatigables trabajos de los antiguos señores del castillo, quienes siempre habían creído necesario tener aquél y otros pequeños refugios para sus lanchas y demás embarcaciones menores, pues ciertamente no hubieran podido entrar en ellos buques de alto bordo. Las dos puntas de la roca que formaban su entrada estaban tan inmediatas una a otra, que no podían dar cabida a más de una sola lancha a la vez. Todavía se conservaban a uno y otro lado dos enormes argollas de hierro, sólidamente clavadas en la peña, por las cuales era tradición que se pasaba todas las noches antiguamente una gran cadena sujeta con un enorme candado, para poner en seguridad el puerto y la pequeña escuadra que se abrigaba en él. Con ayuda del azadón y el cincel habían formado en rededor una especie de muelle en la roca, que era tan dura que un vigoroso picapedrero escasamente hubiera llenado a la noche la gorra, decía el pescador, con todo lo que a fuerza de trabajo le hubiera sido posible arrancar de ella en todo un día. Aquel pequeño muelle comunicaba con la escalerilla de que ya hemos hecho mención y que iba a parar al antiguo castillo; también se podía llegar de la ribera al susodicho muelle trepando por las peñas.

—Bien haréis en desembarcar allí — dijo el pescador —, pues más adelante no es tan llana la costa ni con mucho. — No, no, — añadió rehusando el dinero que le ofrecía Brown —; bien habéis ganado el importe de vuestra travesía trabajando como el que más. ¡Vaya, adiós, y buen viaje!

Dicho esto fué a desembarcar su cargamento en el lado opuesto de la bahía, dejando a Brown en la playa al pie de las ruinas, con un hatillo debajo del brazo, en que llevaba algunos objetos indispensables para su aseo, que había tenido que comprar en Allonby.

De esta suerte, casi sin conocerse a sí mismo, en circunstancias críticas, sino muy peligrosas, sin un amigo en más de cien millas a la redonda, acusado de un crimen capital, y lo que era aún peor que todo, poco menos que sin un chelín en el bolsillo, se acercó nuestro mal andante viajero después de tantos años de ausencia, a las ruinas de un castillo donde habían gozado sus mayores de una grandeza casi real.

CAPITULO XLI

¡Salve, antiguas techumbres,
Torres soberbias, muros derruídos!
¡Salve, oh noble mansión de mis mayores!
¡Al fin te vuelvo a ver! ¿Mas qué se hicieron
Los trofeos, las justas, los festines
Que de tus posesores la grandeza
Y la tuya también atestiguaban?
¡Todo desapareció!

WALPOLE. *La Madre misteriosa.*

Habiendo entrado en el antiguo castillo de Ellangowan por una poterna en que aun se veían vestigios de las sólidas cerraduras que le habían defendido antiguamente, Brown, o por mejor decir Bertrán, pues una vez que ya ha puesto los pies en el antiguo solar de sus mayores, le daremos este su verdadero nombre en lo sucesivo, discurrió por aquellas ruinosas habitaciones, admirando la extraordinaria fortaleza de las paredes que aun duraban en pie, la imponente magnificencia de las ruinas y la vasta extensión del conjunto del edificio. Vió en dos piezas contiguas una a otra evidentes indicios de que habían estado habitadas recientemente; en la menos espaciosa se veían tiradas por el suelo varias botellas rotas, entre multitud de huesos bien roídos y de mendrugos de pan; en la otra, cuya puerta de comunicación con la primera era de las más sólidas, vió un gran montón de paja: en ambas conoció que se había encendido lumbre no hacía mucho. ¡Cuán ajeno estaba el joven de presumir que tan triviales circunstancias tenían tan íntima conexión con su honor, con su felicidad, acaso con su vida!

Después de haber satisfecho su curiosidad visitando a la ligera todo el interior del castillo, salió Bertrán por la puerta principal que daba hacia el lado de la nueva quinta, y se paró un momento para contemplar

la hermosa perspectiva que tenía delante. Habiendo procurado en vano cerciorarse de la posición de Woodbourne, y una vez que se hubo poco menos que asegurado de la de Kippletringan, volvióse para echar una postrera mirada sobre las majestuosas ruinas de que iba a separarse. Admiró el pintoresco efecto que producían las torres, cuyas macizas paredes hacían aún más tenebroso el largo pasadizo embovedado por donde se salía del castillo. Aun se veían esculpidas en la fachada de piedra las armas de los Ellangowan, cuyo escudo, compuesto de tres cabezas de lobo colocadas transversalmente en campo azul sobre un lobo atravesado de una flecha, se apoyaba en dos salvajes *tenantes*, cada uno de los cuales llevaba en la mano un roble arrancado de raíz.

Siguiendo el hilo de las ideas que naturalmente debía inspirarle aquel espectáculo:

—Los descendientes de los antiguos barones que construyeron esa fortaleza — dijo Bertrán —¿la poseen todavía o andan errantes sin conocer tal vez ni el apellido ni la grandeza de sus antepasados? ¿Ha pasado tal vez su herencia a manos extrañas? ¿Por qué la vista de ciertos objetos despierta en nosotros ideas que parecen pertenecer a sueños vagos o a oscuros recuerdos, tales que mi anciano bramín Moonshie los hubiera atribuído a una vida anterior a la presente? ¿Será que los objetos parecidos a los fantasmas que crea el sueño nos recuerdan las visiones que éste nos ofrece, haciéndonos hallar una misteriosa e imaginaria analogía entre la ilusión y la realidad? ¡Cuántas veces hallándonos en algún sitio por primera vez entre gentes a quienes nunca hemos visto, se nos figura, sin embargo, que ni los interlocutores, ni el asunto de que hablan, ni el lugar en que se encuentran nos son enteramente desconocidos, y aun casi adivinamos, como si ya lo hubiéramos oído, lo que van a decir! Eso es precisamente lo que me sucede mirando estas ruinas: a despecho de mi razón, no puedo menos de creer que esas robustas torres, esa puerta embovedada, esas reliquias de una pasada grandeza, esas magníficas montañas no me son del todo desconocidas. ¿Las habré visto acaso en mi infancia? ¿Será entre ellos tal vez donde debo buscar aquellos amigos de quienes tan tiernos aunque tan confusos recuerdos ha conservado mi corazón, y a los que en tan temprana edad sucedieron para mí tan severos opresores? Brown, sin embargo, y no creo que quisiera engañarme, siempre me dijo que fuí cautivado en las costas del este, después de una refriega en la que pereció mi padre, y en apoyo de su aserción siempre se ha representado a mi mente una escena sangrienta.

Quiso la casualidad que el sitio en que se paró Bertrán para entregarse a estas reflexiones, fuese precisamente el mismo en que expiró su padre, sitio notable por alzarse en él una enorme y añosa encina, la única que había en todo el llano, y que por estar destinada para la ejecución de las sentencias de muerte en tiempo de los antiguos señores de Ellangowan, era conocida bajo el nombre de *el árbol de la justicia*. Quiso también, y esta coincidencia es muy de notar, que Glossin se pasease aquella mañana por el mismo sitio con un sujeto a quien consultaba sobre ciertas reparaciones que pensaba hacer en la nueva quinta, con objeto de darle mayor ensanche, para lo cual, no teniendo mucho gusto en ver unas ruinas que no servían más que para recordarle sus antiguos propietarios, había resuelto aprovechar los materiales que en abundancia le ofrecían para sus nuevas construcciones. Adelantóse, pues, seguido del tal sujeto, el mismo que le acompañaba el día de la muerte de Ellangowan, y que era una especie de agrimensor con pretensiones de maestro de obras y aun de arquitecto en caso de necesidad, a quien solía Glossin consultar, aunque sin guiarse nunca más que por su propia voluntad. Bertrán estaba vuelto de espaldas hacia ellos y cubierto por el tronco de la citada encina, de modo que no pudieron verle ni uno ni otro.

—Sí, señor — decía Glossin a su acompañante —, como ya os he dicho, la plaza antigua forma un cuadrado perfecto, y lo mejor será derribarla toda de una vez, pues hace mucho tiempo que no sirve más que de refugio para toda especie de malhechores.

Bertrán, que estaba como a unos dos pasos lo más, volvióse en el mismo instante y le dijo:

—¡Pensáis destruir ese antiguo castillo, caballero!...

Su semblante, su porte, su voz, todo él en fin ofrecía un tan vivo retrato de su padre en su juventud, que Glossin, oyendo aquella exclamación y viendo aparecerse de repente la imagen de su antiguo bienhechor en el sitio mismo en que casi a su presencia había exhalado el último suspiro, creyó por un momento que la tumba había soltado su presa. Retrocedió dos o tres pasos como herido de súbito rayo, mas pronto recobró su presencia de ánimo reconociendo al instante que lo que veía no era un vana sombra, sino un hombre cuyo infortunio había labrado, y a quien la menor indiscreción de su parte podía inducir al conocimiento de sus derechos y a los medios de hacerlos valer contra él. Aquel choque imprevisto había, sin embargo, trastornado sus ideas, de suerte que las primeras palabras que pronunció se resintieron de su involuntaria confusión.

—En nombre del cielo — le dijo —, ¿cómo habéis venido aquí?

—¿Cómo he venido aquí? — repitió Bertrán sorprendido de la solemnidad de aquella pregunta —; desembarqué hará un cuarto de hora en la pequeña bahía que está al pie de esa roca y me estaba entreteniendo en contemplar esas pintorescas ruinas. Me atrevo a esperar que no he cometido una indiscreción.

—En manera ninguna — dijo Glossin, recobrando por grados su serenidad —; sois muy dueño, como toda persona decente, de satisfacer vuestra curiosidad.

Y al mismo tiempo dijo al oído algunas palabras a su compañero, que desapareció al instante.

—Mil gracias, caballero — respondió Bertrán —. Me han dicho que ese edificio se llama la Plaza antigua.

—En efecto, para distinguirle de la quinta nueva en que vivo yo, que es aquella que se ve allí abajo.

Observará el lector que durante el diálogo siguiente, Glossin, por una parte, tenía el más vivo deseo de cerciorarse de si había conservado Bertrán algún recuerdo de los sitios en que había pasado los primeros años de su vida, y por otra un miedo cerval de venir en ayuda de su memoria con un nombre, una frase, una anécdota cualquiera que pudiesen despertar en lo más mínimo sus antiguos recuerdos. Sufrió durante aquella conferencia todos los tormentos a que era tan acreedor; pero semejante a aquellos indios de la América septentrional que resisten con serenidad los más atroces martirios, su orgullo, y, sobre todo, su interés, le dieron fuerzas para soportar el suplicio a que le condenaban el odio, la suspicacia, el miedo y el torcedor de su conciencia.

—Desearía, caballero, que os sirvieseis decirme el apellido de la familia a quien pertenece ese castillo.

—Es mío, y mi nombre es Glossin.

—¡Glosin! ¡Glosin! — repitió Bertrán como si no fuera aquella la respuesta que esperaba —. Dispensad, caballero, si os soy importuno: ¿y hace mucho tiempo que os pertenece?

—Ese castillo fué construído hace muchísimos años, según tengo entendido, por una familia llamada Mac Dingawaie — dijo Glossin suprimiendo el nombre de Bertrán de miedo de despertar recuerdos que estaba tan interesado en ver del todo borrados, y procurando eludir la pregunta con una respuesta evasiva.

—¿Y cómo leéis esa divisa medio borrada que se ve ahí en el cornisamento, debajo del escudo?

—No..., no podré deciros verdaderamente.

—Me parece que dice: *Nuestro derecho constituye nuestra fuerza.*

—Una cosa así debe ser.

—¿Me será lícito preguntaros si es ésa la divisa de vuestra casa?

—No..., no es la mía; es, si no me engaño, la de los antiguos propietarios. La mía..., ahora precisamente tengo entablada una correspondencia sobre eso con Mr. Cumming, genealogista de Edimburgo; y según me escribe, la antigua divisa de los Glossin era: *Nuestra fuerza constituye nuestro derecho.*

—Si hay alguna duda en ese punto, deberíais preferir la antigua divisa, que me parece la mejor de las dos.

Glossin, a quien empezaba a pegársele la lengua al paladar, sólo respondió haciendo un movimiento con la cabeza.

—La memoria — dijo Bertrán sin apartar los ojos de las armas y de la divisa, ya como si se dirigiese a Glossin, ya como si hablara consigo mismo —, la memoria produce a veces efectos muy singulares. Esa divisa acaba de recordarme sin saber por qué un fragmento de una antigua profecía, canción o balada, que aprendí no sé dónde. Decía así:

Huirá la sombra ahuyentada,
La traición sucumbirá
Al derecho y a la espada
Porque Bertrán...

No puedo acordarme del último verso, pero sé que acababa con una consonante en *a*.

—¡Maldita sea tu memoria! — dijo Glossin para su capote —; ¡ojalá no tuvieras tanta!

—Siguen luego otras estrofas de que quisiera acordarme. Decidme, caballero, ¿se canta por esta tierra una antigua balada sobre una hija de un rey de la isla de Man que se casa con un caballero escocés?

—No hay hombre en el mundo a quien se le alcance menos que a mí de leyendas y de baladas.

—Estoy seguro de que en mi niñez supe desde el principio hasta el fin esa balada. Habéis de saber, caballero, que yo dejé la Escocia, mi país natal, siendo muy niño, y los que me han criado han procurado siempre borrar de mi memoria todos mis recuerdos patrios, sin duda, presumo, a causa de mi deseo, muy natural, de escaparme de sus manos.

—Muy natural seguramente — dijo Glossin haciendo los mayores esfuerzos por no dar a sus labios una abertura mayor que la cuarta parte de una pulgada, de modo que el sonido de su voz parecía una especie de murmullo comprimido y estaba muy distante del tono grave y sonoro en que se expresaba habitualmente. Su estatura se achicaba, todo él estaba encogido y como aplastado; no parecía ni aun sombra de sí mismo. Ya adelantaba un pie, ya el otro, luego se quedaba inmóvil, volvía la vista atrás con ademán impaciente, meneaba los hombros, manoseaba los botones de su casaca, se cruzaba de brazos; presentaba en una palabra la viva imagen de un miserable que teme a cada instante la aparición del rayo de luz que va a revelar su infamia. Engolfado en sus vagos recuerdos, no ponía Bertrán en ello la menor atención, y mientras hablaba con él, sólo tenía fija la mente en los mil confusos pensamientos que le agitaban.

—Aunque criado en Holanda — dijo —, no he olvidado mi idioma patrio, porque casi todos los marineros que allí veía eran ingleses; y me acuerdo que cuando estaba solo

cantaba esa balada desde el primer verso hasta el último, pero ya se me ha olvidado. Creo, sin embargo, que podría recordar el tono en que se canta, y no sé en verdad lo qué me hace pensar ahora tanto en ella.

Sacó de la faltriquera su caramillo y dió al instante con el tono que buscaba. Probablemente la melodía despertaría las mismas ideas en la imaginación de una muchacha que estaba lavando a corta distancia en una fuente que surtía de agua antiguamente a la quinta, pues al instante empezó a cantar:

—¿Es ése el bosque de Warroch,
Dijo la hermosa princesa.
Do para labrar mi dicha
Mi esposo y señor me espera?

—Por Dios — dijo Bertrán — que ésa es la canción. Es preciso que esa niña me enseñe las palabras.

—¡Condenación! —exclamó Glossin entre sí—. Si no ando listo, todo se lo lleva a la trampa. ¡Maldiga Satanás todas las baladas y a todos los que las componen, y a los que las cantan y a esa loca con sus coplas y sus!... Lugar tendréis otra vez para aprender cantilenas — añadió dirigiéndose a Bertrán y viendo que ya llegaba su emisario acompañado de tres galafates —, pero por ahora tenemos que hablar de cosas más serias.

—¿Qué queréis decir, caballero? —preguntó Bertrán ofendido del tono insolente que acababa de tomar Glossin.

—Eso ya lo veréis... ¿Me parece que os llamáis Brown?

—¿Y qué se os importa mi nombre?

Echó Glossin una rápida mirada por encima del hombro para ver si se acercaba el refuerzo, que ya estaba a pocos pasos.

—Van Beest Brown, si no me engaño, ¿eh?

—¿Pero qué os importa a vos, caballero? —repitió Bertrán cada vez con más sorpresa y enojo.

—Es porque en ese caso — dijo Glossin que vió que ya habían llegado sus satélites —, ¡os prendo en nombre del rey!

Y al mismo tiempo le echó una mano al cuello mientras que dos de los recién llegados le agarraban cada uno por un brazo. Desembarazóse Bertrán de sus agresores con un vigoroso arranque que echó a rodar a uno de ellos, y, desenvainando su cuchillo, se puso a la defensiva, mientras que los que ya habían probado sus fuerzas retrocedían prudentemente a una distancia respetuosa.

—Tened entendido — les dijo —, que no es mi ánimo rebelarme contra una autoridad legal; probadme que tenéis orden de algún magistrado para prenderme, y en este caso obedeceré; pero guárdense todos bien de acercarse a mí antes de justificar por qué razón o delito se me atropella.

Mandó entonces Glossin a uno de sus esbirros que le enseñase la orden de arresto dirigida contra Van Beest Brown, por haber voluntariamente y con premeditación herido a Carlos Hazlewood, con intención de asesinarle, como igualmente para que respondiese a los demás cargos que tenía que hacerle el tribunal; a cuyo fin, decía la orden, que inmediatamente después de su prisión se le hiciese comparecer ante un magistrado para pasar un primer interrogatorio.

Estando la orden en debida forma, y siendo la verdad del hecho irrecusable, soltó Bertrán su cuchillo, y se rindió a los agentes del poder judicial, que, apenas le vieron desarmado, se precipitaron sobre él con un arrojo proporcionado a la cobardía que habían mostrado al principio, disponiéndose a atarle de pies y manos, y alegando, para justificar este rigor, la extraordinaria fuerza de que acababa de dar una prueba evidente; pero Glossin, avergonzado de permitir aquel insulto inútil, les mandó que tratasen al preso con todo miramiento, limitándose a cuidar de que no se escapara. No queriendo hacerle entrar en su quinta, que acaso hubiera podido despertar en su mente nuevos recuerdos, y deseando al mismo tiempo descargarse de toda responsabilidad, hizo poner los caballos a su coche (pues se había echado uno hacía poco tiempo), para estar preparado a llevar al preso sin demora adonde fuera menester, y mandó entretanto que le encerrasen en una de las salas del antiguo castillo, adonde dió orden inmediatamente de que le llevasen, como también a los que lo custodiaban, algunos refrescos.

CAPITULO XLII

Abrase la audiencia, entren los testigos,
Digno presidente, asiento tomad:
Y vos, conocido por un juez inflexible,
Pues sois del juzgado, también os sentad.

SHAKESPEARE, *El rey Lear.*

Mientras ponían el coche, tenía Glossin que escribir una carta que no le ocupó poco tiempo; era para su vecino (expresión con que se llenaba la boca), sir Roberto Hazlewood de Hazlewood, cabeza de una antigua y poderosa familia del condado, que, desde la decadencia de la de Ellangowan, había ido heredando gradualmente casi toda la influencia y autoridad de ésta. El actual representante de aquella familia era a la sazón un hombre ya entrado en años, sumamente preciado de su nobleza, muy amante de su familia, que sólo se componía de un hijo y de una hija, si bien dotado por lo demás de una indiferencia estoica hacia la suerte de todo lo restante del género humano, aunque

lleno de honor y de probidad en sus relaciones con todos, tanto por natural rectitud de principios, como por temor a la censura de las gentes. Nada igualaba el alto concepto en que tenía la importancia de su familia, que había ilustrado recientemente un título de *baronet* que acababa de heredar. Siempre había abrigado en el fondo de su pecho una secreta animosidad contra los Ellangowan, porque decía la tradición que un varón de aquella familia había obligado al fundador de la casa de los Hazlewood a tenerle el estribo para montar a caballo. Afectaba en su lenguaje como en sus escritos una especie de estilo pomposo y florido, que casi siempre degeneraba en ridículo por la hinchazón y desusado modo con que disponía sus retumbantes períodos.

Tal era el personaje a quien escribía Glossin, y cuya vanidad quería halagar con su estilo. Su billete estaba concebido en estos términos:

"Mr. Gilberto Glossin (buenas ganas se le pasaron de añadir *de Ellangowan*, pero prevaleció la prudencia, y suprimió este dictado territorial) tiene el honor de ofrecer sus humildes respetos a sir Roberto Hazlewood de Hazlewood, y de informarle que ha tenido la buena suerte esta mañana de prender al sujeto que hirió a Mr. Carlos Hazlewood. Como sir Roberto Hazlewood deseará seguramente proceder en persona al interrogatorio del culpado, Mr. Glossin le hará llevar a la posada de Kippletringan, o a la quinta de Hazlewood, conforme a las órdenes que se sirva darle sir Roberto Hazlewood; y con licencia de sir Roberto Hazlewood, Mr. Glossin tendrá el honor de pasar a uno u otro de los dos indicados puntos con las pruebas y declaraciones que ha sido bastante feliz para reunir en este negocio atroz."

Ellangowan. — Martes.

A sir Roberto Hazlewood de Hazlewood, baronet, *etc., en la quinta de Hazlewood.*

Despachó ese billete con un criado a caballo, y habiéndole recomendado la mayor presteza, mandó a dos esbirros que entraran en su coche con Bertrán, y los siguió a caballo al paso hasta una encrucijada donde se divide el camino en dos ramales, uno de los cuales conduce a Kippletringan, y el otro a la quinta de Hazlewood: allí aguardó la vuelta de su mensajero, debiendo la respuesta de sir Roberto determinar el camino que tomaría. Como a cosa de media hora después volvió el criado con una esquela de sir Roberto, elegantemente plegada, sellada con las armas de los Hazlewood, en las que se veían las insignias de su nueva dignidad.

"Sir Roberto Hazlewood de Hazlewood devuelve sus respetos a Mr. Gilberto Glossin, y le da las debidas gracias por los cuidados, molestias y desazones que se ha tomado en un negocio que tan de cerca interesa a la familia de sir Roberto. Sir Roberto Hazlewood suplica a Mr. Gilberto Glossin se sirva conducir al preso a la quinta de Hazlewood, y llevar consigo las pruebas y documentos a que se refiere en su carta. Terminado este negocio, si Mr. Gilberto Glossin no tiene otro compromiso, sir Roberto y lady Hazlewood esperan que tendrá la bondad de acompañarlos a comer, en lo que recibirán merced."

Quinta de Hazlewood. — Martes.
A Mr. Gilberto Glossin, etc.

—Bueno — dijo Glossin entre sí —, ya metí un dedo al fin; pronto lograré introducir toda la mano; pero, ante todas las cosas, empecemos por deshacernos de un testigo importuno. De mi cuenta corre manejar a sir Roberto como a un chiquillo. El es altivo, pomposo, se aprovechará de todas mis sugestiones, y no hará en resumidas cuentas más que lo que yo le diga; todo se reduce a tener un poquito de maña; así lograré la ventaja de ser el verdadero magistrado, sin incurrir en ninguna odiosa responsabilidad.

Mientras revolvía Glossin en su mente todos estos proyectos, acercábase el coche a la quinta de Hazlewood siguiendo una espaciosa calle de frondosos árboles. Aquel edificio que parecía una antigua abadía, había sido construido en diferentes épocas; una parte de él había servido de priorato, y cuando su supresión, en tiempo de la reina María, Hazlewood había obtenido de la corona su concesión juntamente con la de las tierras inmediatas. Estaba agradablemente situado a la orilla del río de que ya en otras ocasiones hemos hablado, y tenía contiguo un parque de considerable extensión: sus alrededores ofrecían un aspecto lóbrego, majestuoso, y algún tanto melancólico, que se adecuaba perfectamente con la arquitectura antigua del edificio. Todo en él presentaba un orden admirable, y anunciaba la alta clase y opulencia del propietario.

Cuando se paró a la puerta de la quinta el coche de Mr. Glossin, examinó sir Roberto desde una de sus ventanas la visita que le llegaba. Fiel a sus preocupaciones aristocráticas, no pudo, al ver a Glossin, reprimir ciertos impulsos de indignación contra un hombre que, poco antes simple procurador, se daba tales humos de persona de importancia; pero su despecho se mitigó algún tanto al ver que las portezuelas del coche no ostentaban más adorno que una cifra formada por dos G. A decir verdad, aquella aparente modestia sólo era debida a Mr. Cumming, el genealogista, que, afanado a la sazón en descubrir y autorizar sendos escudos de armas para dos comisarios de la América septentrional, tres pares irlandeses y dos ricos comerciantes de la Jamaica, no había tenido tiempo para ocuparse en las del nuevo señor de Ellangowan. Pero esta insignificante circunstancia puso a Glossin en muy buen lugar en el ánimo del orgulloso *baronet.*

Mientras custodiaban al preso los esbirros en una especie de antesala, fué introducido Glossin en un salón cuyas paredes de ensambladura de roble bien barnizado, estaban cubiertas de antiguos retratos de los antecesores de sir Roberto. Persuadido muy a pesar suyo de que no era suficiente su mérito para olvidar su baja extracción, sintió Glossin toda su inferioridad, y el modo que tuvo de presentarse, sus serviles y reiterados saludos probaron que el nuevo señor de Ellangowan no había olvidado todavía los sumisos hábitos del antiguo procurador. Bien hubiera querido persuadirse a sí mismo de que no obraba de aquella suerte más que por lisonjear la vanidad del anciano *baronet* y sacar partido de su flaqueza; pero no podía conseguirlo, y a su despecho se sentía dominado por el influjo de aquellas mismas preocupaciones que quería adular.

Recibióle sir Roberto con estudiada cortesía, y con cierto aire de protección, con el que procuraba manifestar juntamente su inmensa superioridad, y la complacencia suma con que consentía en bajar de su alta esfera para ponerse al nivel de un hombre tan de poco más o menos como Glossin. Dióle las gracias por haberse ocupado en un asunto que tanto interesaba a su familia.

—Todos mis ascendientes — dijo enseñándole los retratos que decoraban la estancia —, os agradecen como yo los cuidados, molestias y desazones que os habéis tomado por ellos, y no me cabe la menor duda de que si pudieran unir su voz a la mía, os darían las gracias, como yo lo hago, por el celo y la actividad que habéis desplegado en un negocio concerniente a un joven que debe perpetuar su nombre y su familia.

Hizo Glossin tres nuevos saludos, cada cual más profundo que el anterior: el primero en honor del noble personaje en cuya presencia se hallaba, el segundo por respeto a los pacíficos miembros de aquella veneranda familia, cuyos retratos pendían de las paredes, y el tercero en fin por deferencia al noble mancebo encargado de perpetuar su nombre y los timbres de su casa. Aquel rendido acatamiento agradó singularmente a sir Roberto, quien prosiguió en tono de amable familiaridad:

—Y ahora, Mr. Glossin, mi digno, verdadero y buen amigo, habéis de permitirme que me aproveche en este asunto de vuestros conocimientos prácticos en la materia, porque verdaderamente no estoy muy versado en el ejercicio del cargo de juez de paz, cargo más conveniente para personas cuyos asuntos domésticos y privados no exigen tantos desvelos, atención y afanes como los míos.

Respondió Glossin que sus cortas luces estaban a las órdenes de sir Roberto Hazlewood, pero que la alta reputación de que gozaba sir Roberto Hazlewood, en punto a capacidad, no le permitía presumir ni menos esperar que pudiera serle de alguna utilidad.

—Ya, ya estoy, en efecto, amigo mío — dijo el laird —; pero hablo de los pormenores usuales de la rutina de los juzgados de paz. Yo verdaderamente empecé por seguir la carrera de las leyes, y ya había hecho algunos progresos en el conocimiento teórico, especulativo y abstracto de nuestros fueros municipales; pero, en el día, un hombre de cierta posición no puede distinguirse en el foro sin imitar a aquellos aventureros que tan dispuestos están a abogar por cualquier pelagatos como por el primer noble del condado. Me acuerdo de que el primer negocio en que tuve que entender judicialmente me hizo aborrecer para siempre el ejercicio de la magistratura; tratábase de un pleito relativo a una venta de sebo entre un carnicero y un fabricante de velas, y vi que mis clientes estaban muy persuadidos de que yo iría a mancharme la boca, no sólo con sus vulgares y plebeyos nombres, sino también con los términos técnicos, inmundas frases y lenguaje peculiar de sus viles profesiones. A fe de quien soy os juro, amado vecino, que desde entonces acá nunca he podido soportar el olor de una vela de sebo.

Lamentando, como ya se deja suponer, el indigno empleo a que habían querido degradar los talentos del *baronet* en aquella lamentable ocasión, ofrecióle Glossin hacer en el caso de que se trataba las veces de asesor o secretario bajo su dirección inmediata.

—En primer lugar, no creo — dijo — que nos sea muy difícil probar el hecho principal, esto es, que el preso es la persona que disparó un tiro a Mr. Hazlewood. Si lo negara, ahí está Mr. Hazlewood para desmentirle.

—Mi hijo no está hoy en la quinta, Mr. Glossin.

—No importa, tomaremos juramento al criado que le acompañaba; pero no creo que se atreva el reo a negar el hecho; lo único que temo es que de resultas del modo favorable e indulgente como ha presentado el negocio, según tengo entendido, Mr. Carlos Hazlewood, se considere como un accidente fortuito, en que ha faltado la intención de hacer daño, y que pongan en libertad a ese hombre para que vaya a cometer nuevos crímenes.

—No tengo el honor de conocer a la persona que desempeña actualmente el cargo de fiscal — repuso sir Roberto con gravedad —; pero presumo, caballero, me lisonjeo con la esperanza de creer, estoy convencido, por mejor decir, de que considerará el mero hecho de haber herido al joven Hazlewood de Hazlewood, aun cuando haya sido por inadvertencia, y se dé al delito el nombre más suave, templado, favorable e inverosímil, como un atentado para el que no puede ser la cárcel suficiente castigo, y que merece la deportación, el extrañamiento, el destierro.

—Lo mismo, absolutamente, pienso yo, sir Roberto — respondió el complaciente Glossin —; yo no sabré decir en qué consiste, mas lo cierto es que he observado que el tribunal de Edimburgo y aun los dependientes de la corona, parece como que hacen gala de mirar con indiferencia la administración de justicia y de no respetar ni la clase ni el nacimiento de las personas, de modo que temo...

—¿Cómo, caballero, no respetar ni la clase ni el nacimiento? ¿Me diréis que pueden profesar semejante doctrina hombres bien nacidos y de una educación legal? No, señor, no; eso no puede ser. El acto de agarrar una friolera cualquiera en la calle se califica de robo, pero el robo se llama sacrilegio si se comete en una iglesia; y así por una legítima consecuencia de las diferentes categorías sociales, el crimen muda de carácter según la clase de aquel contra quien se medita, ejecuta o perpetra.

Respondió Glossin con un profundo saludo de adhesión a aquella retahila *ex-catedra*, pronunciada con énfasis y en tono dogmático; pero hizo observar que en todo evento y aun cuando siguiera el tribunal los erróneos principios que acababa sir Roberto de rebatir victoriosamente, siempre existía otro cargo grave contra Mr. Van Beest Brown.

—¡Van Beest Brown! ¡Así se llama ese bribón! ¡Cielo santo! ¡Es posible que el joven Hazlewood de Hazlewood haya estado a riesgo de perder la vida, haya tenido lacerada y dislocada la clavícula izquierda, introducidas algunas partículas de plomo en el apófisis acromión, como consta en el informe dado por el cirujano de mi familia, y todo por culpa de un miserable oscuro llamado Van Beest Brown!

—Verdaderamente, sir Roberto, que irrita sólo el pensarlo, pero permitidme que acabe lo que iba a decir. De los papeles que tengo el honor de enseñaros (y esto diciendo sacó del bolsillo la cartera de Dirk Hatteraick) resulta que un sujeto del mismo nombre era teniente de los contrabandistas que atacaron la quinta de Woodbourne, y no me parece dudoso que sea el mismo individuo que nuestro reo: vuestra sagacidad, sin embargo, averiguará la verdad siguiendo los trámites legales de la causa.

—Nada, nada, no hay duda ninguna de que es en efecto el mismo; sería hacer una injusticia aun a la más ínfima plebe suponer que pueden hallarse en ella dos hombres condenados a tener un nombre tan ingrato al oído como el de Van Beest Brown.

—Seguramente, sir Roberto; la observación no puede ser más juiciosa. Bien veis, además, que esa circunstancia descubre en cierto modo los motivos que han impelido a ese miserable a cometer su negro crimen. Vos, sir Roberto, pondréis en limpio esos motivos que aclarará además el interrogatorio; pero yo, por mi parte, no puedo menos de creer que su único objeto ha sido vengarse del denuedo con que Mr. Hazlewood, digno descendiente de sus famosos antepasados, defendió la quinta de Woodbourne contra ese malvado y sus infames compañeros.

—Todo se aclarará, amigo mío, todo se aclarará; pero desde luego conjeturo que adoptaré la solución, la explicación que me indicáis de ese enredo, de ese enigma, de ese misterio. Sí, sí, su único móvil fué la venganza... ¡La venganza, Dios mío! ¡De quién y contra quién! Abrigada, concebida fraguada contra el joven Hazlewood de Hazlewood, y en cierto modo llevada a efecto, ejecutada, cumplida por manos de Van Beest Brown! En aciagos tiempos vivimos, mi digno vecino (este epíteto era una prueba de que Glossin iba ganando mucho terreno en el buen concepto del *baronet)*, en unos tiempos en que la sociedad se estremece conmovida hasta en sus más profundos cimientos, en que la alta aristocracia que debería brillar como un magnífico remate en la cúspide del edificio social, se ve confundida con los más viles materiales. ¡Oh, amigo Mr. Gilberto Glossin! En mis tiempos el uso de la espada y de la pistola estaba reservado a la nobleza, y las desavenencias del vulgo se ventilaban con las armas que les dió la naturaleza o con palos cortados, arrancados, extraídos del primer bosque que se ofrecía a la mano; pero, en el día, el villano quiere echarla de caballero, la más ínfima plebe tiene sus piques, su pundonor, sus venganzas, sus desafíos... Pero, en fin, ¡cómo ha de ser! ¡Adelante! Mi tiempo es precioso;

haced que entre ese perillán, ese Van Beest Brown, y desembaracémonos de su presencia al menos por el pronto.

CAPITULO XLIII

..........El tiro
Que contra mí su mano disponía
Se volvió contra él, cómo se hiere
Tal vez el inexperto polvorista
Con los cohetes mismos que preparó.
Mas no mi corazón vengarse ansía,
Antes bien deseara estar segura
De que ya nada el infeliz peligra.
La linda doncella del mesón.

Inmediatamente fué introducido el preso a presencia de los dos respetables magistrados. Glossin, tanto a causa de los remordimientos de su conciencia, como por seguir el plan que se había propuesto de dejar a sir Roberto ser el instrumento ostensible de aquel negocio, tenía los ojos clavados en la mesa, arreglaba, leía los autos de la causa, y se limitaba a soltar de cuando en cuando una palabrita decisiva, cuando veía al magistrado principal, que al parecer se ocupaba más en el interrogatorio, titubear y no saber cómo salir adelante. Por lo que hace a sir Roberto, veíase en su semblante la severidad de un juez mezclada a un sentimiento de dignidad personal, propia de un *baronet* de ilustre familia.

—Constables, que se acerque el acusado a la mesa. Servíos mirarme cara a cara, señor mío, y responder en alta e inteligible voz a las preguntas que voy a haceros.

—¿Podré saber antes de pasar adelante, caballero, quién es la persona que va a tomarse el trabajo de hacerme esas preguntas? — dijo el preso —; porque los hombres honrados que me han traído a este sitio no se han servido darme ninguna aclaración sobre este punto.

—¿Y qué tienen que ver mi nombre y calidad con las preguntas que voy a haceros?

—Nada, tal vez, caballero, pero pueden influir considerablemente en mis disposiciones a responder a ellas.

—Sabed, pues, buen hombre, que estáis en presencia de sir Roberto Hazlewood de Hazlewood y de otro juez de paz de este condado, ni más ni menos.

No habiendo producido este nombre sobre el preso un efecto tan tremebundo como el que sin duda esperaba sir Roberto, sus prevenciones contra él aumentaron notablemente.

—Tengo entendido que os llamáis Van Beest Brown, ¿no es esto?

—Sí, señor.

—¿Y qué título, calidad o empleo deseáis que añadamos a él?

—Capitán de caballería al servicio de S. M.

Asombrado dejó al *baronet* esta respuesta; pero no decayó de ánimo por el pronto, pues vió vagar una sonrisa de incredulidad en el rostro de Glossin, y oyó una especie de silbido con que manifestaba el poco caso que de ella hacía.

—Me parece, amigo mío — dijo sir Roberto —, que antes de que nos separemos os habremos hallado un título más humilde.

—Si lo conseguís, caballero, desde ahora me someto a todos los castigos que merece semejante impostura.

—Bien está, bien está; eso es lo que pronto veremos. ¿Conocéis al joven Hazlewood de Hazlewood?

—Sólo una vez he visto a la persona que así se llama, y siento de veras que fuese en tan desagradables circunstancias.

—¿Luego confesáis que vos sois el que hizo al joven Hazlewood de Hazlewood la herida que puso en peligro su vida, laceró considerablemente su clavícula izquierda e introdujo varios fragmentos de plomo en su apófisis acromión, como resulta de la declaración del cirujano de mi casa?

—Ignoro, caballero, el mayor o menor peligro que ha podido correr Mr. Hazlewood, y sólo puedo decir que cualquiera que haya sido, me es sumamente doloroso haberle ocasionado. Lo hallé un día en un sendero muy angosto dando el brazo a dos señoras y seguido de un lacayo, y antes de que pudiese llegarme a él o dirigirle la palabra, el joven Hazlewood cogió una escopeta de manos del criado, me apuntó casi a boca de jarro y me mandó en tono imperioso que me hiciese atrás. Como no tenía motivos para someterme a su autoridad y no quería dejarle los medios de emplear contra mí una ventaja a que parecía dispuesto a recurrir con inexplicable irreflexión, procuré desarmarlo. En los esfuerzos que hice para conseguirlo se disparó la escopeta por pura casualidad, y, con mucho sentimiento mío, castigó la imprudencia de aquel joven, mucho más severamente de lo que yo hubiera querido, aunque pronto tuve la satisfacción de saber que estaba fuera de peligro, y que no se atrajo en aquel desgraciado lance, más que lo que mereció por el tono arrogante que, sin la menor provocación por parte mía, se tomó la libertad de usar conmigo.

—¿Luego es decir, señor mío — dijo sir Roberto, en cuyas facciones todas se leía una vehemente expresión de dignidad ofendida —, que convenís en que vuestro propósito, vuestra intención, vuestro fin, vuestro real y verdadero objeto, señor mío, era desarmar al joven Hazlewood de Hazlewood, quitarle su escopeta, su arma de fuego, su fusil o como queráis llamarle, señor mío, en un camino real? Paréceme, mi digno vecino, que no tenemos ya más que hablar, y que podemos sin escrúpulo enviar a este hombre a la cárcel.

—Vos sois mejor juez que yo en la materia, sir Roberto — dijo Glossin en su acostumbrado tonito meloso —; pero ¿nada tenéis que decirle acerca de aquellos contrabandistas?...

—Me alegro de que me lo recordéis, amigo mío. Sabed, señor Van Beest Brown, vos que tenéis la osadía de titularos capitán al servicio de S. M., que no ignoro que sois un miserable contrabandista.

—Verdaderamente, caballero, que si no mirara que sois un anciano y que parecéis animado contra mí de extrañas prevenciones, no podría perdonaros ese insulto.

—¡Un anciano, señor mío! ¡Extrañas prevenciones, eh? Yo os declaro y protesto... Pero, en fin, ¿tenéis algún documento, algún papel cualquiera que compruebe vuestro supuesto título, clase y dignidad?

—En este momento, no, señor, pero a la vuelta de uno o dos correos...

—¿Y cómo se explica, señor mío, que siendo como decís capitán de caballería al servicio de S. M., viajéis por Escocia sin despachos, sin cartas de recomendación, sin equipaje, sin nada, en fin, que atestigüe vuestro título, clase o dignidad, como antes dije?

—He tenido la desgracia, caballero, de que me robaran todo mi equipaje.

—¡Ah, ah! ¿Luego vos sois el que tomó una silla de posta en*** para Kippletringan, dejó al postillón de plantón en el camino, y envió luego a dos o tres de sus cómplices para que le molieran a palos y se llevaran el equipaje?

—Viajaba yo, en efecto, en una silla de posta cuando, a causa de la oscuridad de la noche y del recio temporal que hacía, perdió el camino el postillón, y tuve que apearme para buscar quién pudiera indicárnosle. La dueña de la posada de las *Armas de Gordon*, en Kippletringan, es buen testigo de que lo primero que hice al llegar a su casa al día siguiente, fué informarme del paradero del postillón.

—Pues entonces, no llevéis a mal que os pregunte dónde y cómo pasasteis aquella noche; supongo que no la pasaríais metido en la nieve. Bien conocéis que semejante explicación no sería satisfactoria, probable, admisible.

—Me permitiréis, caballero — dijo Bertrán acordándose de la promesa que había hecho a la gitana —, que me abstenga de responder a esa pregunta.

—Ya lo suponía yo. ¿No pasasteis aquella noche en las ruinas de Derncleugh, señor mío?

—Ya he dicho que no respondería a esa pregunta.

—Corriente; ahora mismo voy a expedir la orden de que os metan en la cárcel. Servíos echar una ojeada a estos papeles. ¿Sois el Van Beest Brown a quien se hace referencia en ellos?

Es de advertir que Glossin había intercalado con los papeles que tenía sir Roberto en la mano algunos que realmente pertenecían a Bertrán, y que habían hallado los esbirros en la pieza donde se habían repartido los ladrones el contenido de su maleta.

—Algunos de estos papeles son míos — dijo Bertrán examinándolos —; estaban en mi cartera cuando me robaron, pero de nada pueden servirme porque veo que faltan todos los que hubieran podido probar quién soy. Por lo que hace a esas cuentas de marinería, no las conozco y supongo que pertenecerán a alguna otra persona de mi mismo apellido.

—¿Y creéis persuadirme, hermano, de que e

...sible se hallen en un mismo país y en una ...ma época dos personas de un apellido tan ...gar y malsonante como el vuestro?

—No veo por qué razón no ha de haber dos ...n Beest Brown, como hay dos Hazlewood. ...ro hablando seriamente, yo me he criado en ...landa, y ese nombre que tan mal suena a ...os oídos ingleses...

Glossin, viendo que el preso llevaba la cues... a un terreno muy resbaladizo, se apresuró ...nterrumpirle, interrupción que verdadera...nte no era necesaria para distraer la atención ... sir Roberto, a quien había dejado mudo e ...óvil de cólera y sorpresa la presuntuosa ...paración que encerraba la última frase de ...rtrán. Las venas de su cuello y de sus sienes ...aban a punto de reventar de puro hinchadas, ...n todas sus facciones se leía aquella pro...da confusión propia de un hombre que ha ...bido una injuria mortal a la que cree inde...oso y ajeno de su dignidad responder con ...a. Mientras que fruncido el ceño y echando ...as por los ojos respiraba a duras penas, ...ssin acudió en su auxilio.

—Con toda la sumisión que os debo, sir Ro...to, y salvo vuestro dictamen — dijo —, paré...e que el punto está ya suficientemente acla...o. Uno de los constables, amén de todas las ...ebas que ya tenemos adquiridas, ofrece ...tar juramento de que el cuchillo que des...ainó el preso esta mañana y que esgrimía, ... dicho entre paréntesis, para resistirse a la ...ticia, es el mismo que él perdió en la re...ga que sostuvieron los contrabandistas con ... aduaneros, poco antes del ataque de Wood...me. No quisiera, sin embargo, que esta cir...stancia agravase la situación, ya harto apu...a, del reo; acaso pueda explicarnos cómo se ... esa arma en su poder.

—Tampoco puedo responder a esa pregunta ...ijo Bertrán.

—Aún hay otra particularidad que merece ... tomada en cuenta y que recordaré, si sir ...berto me lo permite. El preso ha depositado ...anos de mistress Mac Candlish, de Kipple...gan, una bolsa que contenía muchas mone... de oro de diferentes valores y varias alhajas ...ciosas. Acaso sir Roberto opinará que no ...ría de más preguntarle cómo han pasado a ...poder objetos que rara vez se hallan reuni... de esa suerte.

—Ya oís, Mr. Van Beest Brown, la pregunta ... os dirige ese caballero.

—Motivos poderosos me impiden responder a ...

—Lo siento — dijo Glossin —, porque en ese ... nuestro deber nos obliga a enviaros a la ...el.

—Haréis lo que mejor os parezca; pero con...rad bien, caballero, el paso que vais a dar. ...ed presente que yo os declaro que soy ca...n de caballería al servicio de S. M.; que ...o de llegar de las Indias orientales y que ...mposible, por consiguiente, que tenga la ...or conexión con los contrabandistas de que ...áis. Mi teniente coronel se halla actualmen...n Nottingham; el mayor y los oficiales de ...egimiento están en Kingston sobre el Tá...s. Consiento en pasar por el último grado ...a ignominia, si a la vuelta del correo de ... dos pueblos, no presento pruebas irrecu...es de la verdad de los dos hechos que aca...e sentar. Podéis también, si gustáis, escri... directamente a la capitanía general, y...

—Todo eso es muy santo y muy bueno — ... Glossin, que empezaba a temer que la fir... de Bertrán hiciese alguna impresión en ...imo de sir Roberto, quien se hubiera muer...e vergüenza si hubiese creído cometer la ...lía de enviar a la cárcel a un capitán de ...llería; todo eso está muy bien, ¿pero no ... indicarnos algunos testigos algo más ...nos?

—Sólo con dos personas he tenido algunas ...ones durante mi breve residencia en Es..., la una es un labrador de Liddesdale, lla...o Dinmont, residente en Charlies-Hope, ... no me conoce más que por lo que yo le he dicho, que es lo mismo que acabo de deciros.

—¿Queréis más subterfugios, sir Roberto? ¿Será preciso que hagamos venir a ese palurdo para que nos atestigüe con juramento su credulidad? ¡Ja, ja, ja!

—¿Y cuál es, hermano, vuestro segundo testigo? — preguntó el *baronet*.

—Un caballero a quien tengo algún escrúpulo en nombrar por consideraciones particulares, pero bajo cuyas órdenes serví algún tiempo en las Indias, y que tiene demasiada probidad para negarme el testimonio que puedo reclamar de él como militar y como hombre de honor.

—¿Y quién es ese importante testigo? Vaya, sepamos, ¿quién es? Algún pagador de indefinidos, algún sargento, ¿eh? o cosa por el estilo...

—El coronel Guy Mannering, antiguo comandante del regimiento en que, como he tenido el honor de deciros, mandaba yo una compañía.



LA MUJER HERMOSA

"¡Cualquiera me tose a mí!...", parece que dijera esta belleza de primera magnitud, desafiante, segura de su poder: el formidable poder del sexo débil. No hay duda de que tiene al mundo bajo la punta de sus pies y de que nos mira desde arriba. Pero es perdonable esta actitud que semeja el engreimiento, porque es legítima; pocas "bellezas" son tan verdaderas como la de esta escultural actriz de la Metro. Se llama Ava Gardner, y se pasea tomando fresco por las templadas playas del hemisferio norte, mientras nosotros nos acurrucamos junto a las estufas, en recintos cerrados. Tiene suerte.

—¡El coronel Guy Mannering! — dijo Glossin entre sí —; ¿quién diablos se lo hubiera imaginado?

—¡El coronel Guy Mannering! — repitió el *baronet*, ya bastante irresoluto —. Amigo mío — dijo a Glossin llamándole aparte —, ese mozo, con un nombre ignominiosamente plebeyo, muestra una modesta serenidad: su tono, sus modales, sus sentimientos parecen propios de una persona bien nacida, o que a lo menos ha cultivado la buena sociedad. Allá en la India prodigan los nombramientos y despachos para el ejército muy ligera, indiscreta e inconsideradamente; pero creo que haríamos bien en aguardar a que regrese de Edimburgo el coronel Mannering.

—Nadie mejor que vos puede decidir lo que conviene hacer en esto y en todo, sir Roberto — dijo Glossin —; pero permitidme que con todo el respeto debido os exponga mi parecer. Yo no sé hasta qué punto tenemos derecho para soltar a ese hombre sobre una mera aserción de la que no puede presentar ninguna prueba; pero sé que tomaríamos sobre nosotros una gravísima responsabilidad si le retuviéramos preso sin hacerle llevar a una cárcel pública. A vos os toca decidir, sir Roberto: sólo añadiré que yo mismo, sin ir más lejos, he recibido recientemente una severa reprensión por haber retenido una sola noche a un acusado en un sitio que me parecía muy seguro y en el que a mayor abundamiento estaba custodiado por varios esbirros. A pesar de todas mis precauciones, el preso logró evadirse, y no puedo disimularme a mí mismo que esa imprevisión, o más bien esa desgracia, ha dado hasta cierto punto un golpe fatal a mi reputación de magistrado activo y circunspecto, adquirida a costa de tantos desvelos y afanes. Esto no es más que una mera observación, sir Roberto, a pesar de la cual estoy pronto a hacer lo que vos determinéis.

No ignoraba Glossin que esa observación era más que suficiente para determinar a su colega que, aunque sobradamente lleno de vanidad, se aprovechaba gustoso de la ciencia ajena. Resumió, pues, sir Roberto el negocio de la manera siguiente, apoyando en parte su sentencia sobre la suposición de que el acusado era realmente un hombre de honor, y en parte sobre la opinión de que era un miserable y un asesino.

—Caballero... Mr. Van Beest Brown..., y os llamaría capitán Brown si tuviera el menor fundamento, razón, causa o motivo para suponer que sois en efecto capitán, o que pertenecéis al respetable cuerpo de que habéis hecho mención o a cualquiera otro al servicio de S. M., relativamente a cuya circunstancia deseo que tengáis bien entendido, que no es mi ánimo emitir ninguna opinión, declaración, juicio o dictamen fijo, positivo e inalterable. Digo, pues, Mr. Brown, que hemos decidido que atendidas y consideradas las desagradables circunstancias en que os halláis, habiendo sido robado como decís, aserción sobre la cual suspendo mi juicio, y teniendo en vuestra posesión oro y alhajas de considerable valor, amén de un cuchillo de monte que no queréis o no podéis explicar cómo ha llegado a vuestras manos; digo, Mr. Brown, que hemos decidido, determinado y resuelto haceros conducir a una cárcel, o más bien, asignaros en ella una habitación hasta que vuelva de Edimburgo el coronel Mannering.

—Me permitiréis que os pregunte con la más humilde sumisión, sir Roberto — dijo Glossin —, si vuestro ánimo es hacer llevar a ese joven a la cárcel pública del condado. Si no habéis tomado sobre este punto una determinación, me tomaré la libertad de haceros observar que sería menos ruidoso y más político llevarle a la Portanferry, donde igualmente se le podría tener a buen recaudo, sin necesidad de dar una campanada, lo que me parece preferible para el caso de que, en efecto, resulte verdadera su declaración.

—Mucho que sí, con tanto más motivo cuanto simpre hay un destacamento en Portanferry para la seguridad de los almacenes de la aduana; por lo cual, todo bien considerado y en atención a que a todas luces es más conveniente esa prisión, decretamos, es decir, autorizamos que sea llevado el señor a la cárcel de Portanferry.

Extendióse la orden en debida forma, y notificósele a Bertrán que a la mañana siguiente sería conducido al sitio que le estaba destinado, no atreviéndose sir Roberto a hacerle llevar de noche por temor de que intentasen sus parciales libertarle en el camino. Hasta entonces debía quedar preso en la quinta de Hazlewood.

—Esa reclusión — dijo Bertrán entre sí — no puede ser tan larga ni tan rigurosa como mi cautiverio en las Indias; pero lleve el diablo a ese viejo tan estirado, con su redundante estilo y al pícaro de su compinche que siempre habla a regañadientes: no quieren entender la cosa más sencilla del mundo.

Despedíase entretanto Glossin del *baronet* con mil respetuosos saludos, y disculpándose en los términos más bajos de no poder quedarse

a acompañarle a comer; pero esperaba, añadió, que se le presentaría ocasión de ir a ponerse a los pies de milady Hazlewood, y de ofrecer sus respetos al respetable *baronet* y al joven Mr. Hazlewood.

—Seguramente, caballero — respondió sir Roberto con afabilidad —; me lisonjeo de que mi familia nunca se ha mostrado desatenta con ningún vecino, como os lo probaré, Mr. Glossin, yendo a veros tan familiarmente como corresponde entre personas de posición, es decir, lo más sin cumplimiento que se puede creer, presumir, esperar.

—Ahora — dijo Glossin para su coleto mientras volvía a su quinta —, ahora lo que se necesita es hallar a Dirk Hatteraick y a los suyos, alejar la guardia de la aduana, y dar el golpe decisivo; todo depende de la actividad. ¡Buena fortuna es que Mannering se halle en Edimburgo! La circunstancia de conocerle ese muchacho aumenta mis peligros. — Dejó en esto a su caballo acortar el paso —. ¿Y si probara a entrar en acomodamiento con el heredero? Es probable que consintiera en renunciar a una buena parte de sus bienes por obtener la restitución del resto, y entonces abandonaría a Hatteraick. ¡Pero no, no! Tengo demasiados testigos… El mismo Hatteraick, Gabriel y la vieja hechicera… No, señor, no; seguiré mi primer plan.

Dicho ésto metió espuelas a su caballo, y tomando un trote largo fué a poner en movimiento sus baterías.

CAPITULO XLIV

Es una cárcel, posada,
De cuidados y aflicción,
Donde el bueno se hace malo
Y el malo se hace peor;
Piedra de toque de amigos
Y de virtudes crisol,
Donde se ve la inocencia
Como la depravación,
Do gime el hombre de bien
Al lado del malhechor.

Inscripción puesta en una pared de la cárcel de Edimburgo.

Al día siguiente muy temprano, el mismo coche que había llevado a Bertrán a la quinta de Hazlewood, le condujo al sitio destinado para servirle de cárcel en Portanferry, escoltado por sus dos silenciosos guardas. La cárcel, igualmente que la inmediata casa de la aduana, estaba situada tan cerca de la orilla del mar, que se había creído necesario fortificar aquellos dos edificios con un buen parapeto o baluarte de piedra del lado de la playa, en el que iban a estrellarse las olas. La cárcel servía de casa de corrección, y era también una especie de sucursal de la prisión principal del condado, que era viejísima y estaba a bastante distancia del distrito de Kippletringan; rodeábala una cerca de tapias muy altas, y tenía un reducido patio, en el que podían pasearse y respirar con más holgura que en sus estrechos calabozos los infelices encarcelados. Mac-Guffog, uno de los que habían preso a Bertrán y de los que le acompañaban a la sazón, era el alcaide de aquel lúgubre palacio; mandó que parase el coche a la puerta y se apeó para llamar al portero. Acudieron al ruido de los aldabazos veinte o treinta chiquillos desarrapados, quienes, abandonando al punto sus fragatas de miniatura que hacían navegar en los charcos que había dejado en la ribera la bajada de la marea, apretaron a correr hacia la cárcel para ver al que iba a apearse del hermoso coche nuevecito de Glossin. Después de un largo y ruidoso rechinar de candados y de cerrojos, abrió el portón mistress Mac-Guffog, terrible marimacho de robustez y geniazo muy capaces al parecer de conservar el orden entre los presos, aun los más díscolos, durante la ausencia de su marido o cuando se le iba la mano al empinar el jarro, lo que le sucedía con frecuencia. Su voz bronca y destemplada, que podía rivalizar en melodiosos encantos con el estridor de sus cerrojos, pronto dispersó toda aquella gatería, y dirigiéndose en seguida a su amable esposo:

—Ea, despacha, hombre — le dijo —, ¿qué esperas que no entras?

—Punto en boca y vete de ahí con mil diablos — respondió el tierno marido sazonando esta frase con una tiramira de epítetos sumamente enérgicos, pero que el lector nos permitirá que no repitamos aquí —. Y luego, dirigiéndose a Bertrán: —Vaya, ¿piensa apearse hoy o mañana, galán — le dijo —, o espera a que le demos la mano?

Apeóse Bertrán, y no bien hubo echado pie a tierra, cuando le agarraron los constables por el cuello de la casaca, a pesar de que no oponía la menor resistencia, y medio arrastrando le llevaron al patio en medio del ejército de pillos que conservaba sus posiciones a una distancia respetuosa de mistress Mac-Guffog. Apenas hubo pasado el umbral, giró la puerta sobre sus rechinantes goznes, corrió la amazona dos enormes cerrojos, y dando vueltas con ambas manos a una llave colosal, la sacó de la cerradura y se la metió en una ancha faltriquera colorada que le pendía de la cintura.

Hallóse entonces Bertrán en el pequeño patio de que ya hemos hablado. Paseábanse a la sazón en él varios presos, a quienes parecía haber proporcionado un gran consuelo el rápido vistazo que, durante el momento en que había estado abierto el portón, habían podido echar sobre la calle, miserable callejuela sucia y angosta; cosa que a nadie admirará si se considera que, excepto en tales ocasiones, la perspectiva de que les era dado gozar estaba constantemente encerrada entre la tremenda puerta de su prisión, las altas paredes que le rodeaban, el cielo que era su techo y la tierra que pisaban: esta uniformidad de objetos es, según la expresión del poeta,

Un insoportable peso
Para los cansados ojos;

fomenta en unos cierta recelosa y tétrica misantropía, e inspira a otros aquel tedio y aquel abatimiento profundo que hacen desear al hombre, ya sepultado vivo entre cuatro paredes, una tumba más tranquila y más solitaria.

Cuando entraron en el patio, permitió Mr. Guffog a Bertrán que se parase un momento y echase una ojeada a sus compañeros de infortunio. Al ver aquellos semblantes que llevaban el sello de la infamia, el crimen y la desesperación; al ver al salteador osado, al ratero astuto, al que con una bancarrota fraudulenta ha arruinado a cien familias; al ver la mirada fija del idiota, los ojos hundidos y desencajados del loco a quienes la sórdida economía de sus parientes tenía encerrados en aquel horrible asilo, sintió Bertrán que se le oprimía el corazón y desfallecía su ánimo a la sola idea de contaminarse con semejante compañía.

—Espero, amigo — dijo al alcaide —, que me daréis un cuarto aparte para mí solo.

—¿Y cuánto me valdrá el hacerlo?

—Pero yo no puedo estar aquí arriba de uno o dos días, y me sería muy desagradable pasarlos con esa gente.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—En fin, señor alcaide, para hablaros en vuestra lengua, sabed que estoy pronto a pagaros el favor que os pido.

—Lo entiendo, capitán, ¿pero cuándo y cuánto?, ésta es mi pregunta, o por mejor decir, éstas son mis dos preguntas.

—Cuando salga de esta cárcel y reciba el dinero que estoy esperando de Inglaterra.

Mac-Guffog meneó la cabeza con evidente incredulidad.

—¿Cómo es eso? ¿Creéis que soy realmente un malhechor?

—¿Qué sé yo? Pero en caso de serlo no sois muy advertido, bien se conoce.

—¿Y por qué decís que no soy muy advertido?

—¿Por qué? Porque es menester ser muy inocente para dejarles el oro que depositasteis en las *Armas de Gordon*. ¡En el infierno me vea si yo, en vuestro lugar, no se lo hubiera sacado de las entrañas! ¿Y quién les daba facultad para despabilaros la bolsa y meteros en la cá sin dejaros con qué pagar lo que puede hac ros falta? Que se quedaran con las monedas tranjeras y con las alhajas como cuerpo de de to, vaya en gracia, pero las guineas, ¡voto tal! ¿Por qué no pedirles las guineas? Bastan señas os hacía yo con disimulo, pero el dia me lleve si volvisteis siquiera la cara a mi lad

—Pues bien, si tengo derecho para reclam ese dinero, le pediré y tendré de sobra p pagaros.

—Eso es lo que yo no sé: podéis estar aq más tiempo de lo que creéis, y eso de dar fiado no me acomoda. Sin embargo, como recéis tan buen sujeto, y aunque mi mujer d que yo siempre peco de demasiado blando, queréis darme un pagaré sobre el valor del sodicho depósito, podemos desde luego en en ajuste: ya sabré yo hacer que me le ab Glossin. Estoy algo enterado de cómo se esc de Ellangowan cierto preso…, en fin, eso co de mi cuenta. No querrá él, a buen seguro, riñamos por tan poca cosa.

—Corriente; pues si de aquí a dos días no recibido los fondos que espero, os daré pagaré.

—Está dicho: os trataremos a cuerpo de pero para que no tengamos luego dimes y retes, quiero que sepáis lo que llevo a los desean un aposento separado de los demás sos: a mí me gustan las cuentas claras. El to, treinta chelines por semana, una guinea los muebles, y media guinea por la cama y estar solo en una pieza; y creed que no es beneficio para mí, porque tendré que media corona a Donald Laider, que está por ladrón cuatrero y que, según la regla de casa, debería ser vuestro compañero de cu El puede que me pida un montón de paja dormir y un traguillo de aguardiente, con ya veis que no me quedará mucha gan limpia para el bolsillo.

—Estoy, estoy; adelante.

—De comer y beber se os dará lo mejor haya, y en cuanto al precio, yo nunca arriba de un veinte por ciento más de lo que paga en la hostería, lo que no es mucho el trabajo y la incomodidad de traer y todo lo que se necesita, que es un engorro no se acaba nunca. En fin, si os aburrís, haceros un rato de compañía por las noch a ayudaros a apurar una botella; algunas apuradas en esta vida con Glossin cuando mos compañeros, que algún día lo fuimos. que ahora sea juez de paz. ¡Ah! se me ol ba…, las noches son largas y frías; si nec fuego y alumbrado son artículos algo porque es contravenir la regla de la casa. se os podrán proporcionar. Esto es todo lo me ocurre por ahora. Si algo se ofrece adelante, ya iremos viendo. Siempre hay nos gastillos imprevistos…

—En fin, amigo, a vuestra conciencia lo si sabéis por casualidad lo que quiere decir palabra. ¿Qué se ha de hacer? Tendré que sar por todo lo que…

—No señor, no, nada de eso — respond puntilloso alcaide —; no consentiré que así; yo no os pongo una pistola al pecho. mis precios no os acomodan, no hay nada lo dicho; yo os los propongo por pura ate pero si no os convienen, tan amigos como Si queréis seguir los usos ordinarios de la buen provecho os haga; tanto mejor para así tendré menos quebraderos de cabeza.

—No, amigo, no; después de lo que me dicho ya podéis suponer que no me h quedado ganas de regatear con vos. Llev pues, cuanto antes al cuarto que debo oc pues deseo quedarme solo.

—Vaya, pues seguidme, capitán — dijo el tunante con una sonrisa que parecía una torsión —; y para probaros que tengo co cia como vos decís, mal rayo me parta si llevo arriba de seis peniques diarios por d pasear en el patio tres horas todos los d jugar a la pelota y hacer todo lo que os purísima gana.

Con esta agradable promesa introdujo a Ber-in en la casa, haciéndole subir una escalera piedra tan empinada como estrecha, al cabo la cual llegaron a una puerta muy sólida, arnecida de barras de hierro remachadas con ormes clavos. Pasada aquella puerta se entraba un pasillo no muy largo, a ambos lados del al había tres cuartos a manera de celdas, tan bres y desmantelados que sólo se veía en da uno de ellos, pues todas las puertas estaban par en par, un miserable jergón tirado en el elo; pero al fin de este corredor se hallaba a pequeña habitación que ya no olía tanto a rcel, y que, a no ser por la inmensa cerra-ra y gigantescos cerrojos que tenía en la erta, por las gruesas y cruzadas rejas que in-eceptaban la luz que podría entrar por su ca ventana, hubiera podido pasar por un mal arto de una mala posada. Era aquella habita-n una especie de enfermería para los presos ya quebrantada salud exigía alguna indulgen-; de una de las dos camas que había en ella ababa de saltar, más que a paso y ciertamente por su voluntad, Donald Laider, que debía el compañero de cuarto de Bertrán, sin duda ra probar si la paja fresca y el aguardiente curaban, mejor que las sábanas, unas calentu-intermitentes que le tenían con un pie en sepultura. Mistress Mac-Guffog había pro-dido a su expulsión mientras su marido hacía ajuste con Bertrán en el patio, tan segura aba de antemano del éxito de aquella nego-ción. Según todas las apariencias, no había cuado la estancia el pobre enfermo sino a pulsos de la fuerza brutal y después de una orosa resistencia, porque una de las colgadu-de la cama estaba desgarrada de arriba abajo, el desgarrón pendía semejante a una bandera tilada en la confusión de una batalla.

—Eso no es nada, capitán — dijo mistress Mac-ffog, que entró con ellos en el cuarto —; éis que pronto lo remedio.

Y volviéndole la espalda y remangándose el alejo con mucho primor, lo necesario para tarse una liga, ató con ella al cielo de la ca-sujetándola con todos los alfileres que pudo er a la mano quedándose sin ninguno en el uelo, la cortina rota, con lo que quedó per-tamente, como una guarnición festoneada. novió en seguida el colchón y lo tapó con manta llena de remiendos.

—Ya está corriente — dijo —. En cuanto a stra cama, señor capitán, ahí la tenéis — dió indicándole un enorme armatoste soste-en cuatro pies de madera, o por mejor ir, en tres, pues el cuarto no llegaba al sue-desnivelado y hundido por aquella parte, que provenía de que la casa, aunque nueva, ia sido construída a destajo —. Ahí tenéis nos colchones y unas mantas que no hay más pedir; si necesitáis sábanas, almohadas, man-, toallas y demás ropa blanca, decídmelo ni, que todo eso corre de mi cuenta y no ra en los ajustes de mi marido.

Mac-Guffog había salido durante este colo-o, para que pareciera como que no tomaba en aquel nuevo saqueo.

—Por amor de Dios, señora — dijo Bertrán —, adme en paz, dadme lo necesario y cueste lo cueste.

—Bueno, bueno, al instantito despacho; no áis miedo de que os desollemos vivo aunque mos tan cerca de la aduana. Voy también cenderos lumbre y a prepararos la comida, por hoy no será muy buena, pues no espe-yo ver tanto bueno por estos barrios, pero día será mejor, y entretanto os contenta-con lo que haya.

Dicho esto salió mistress Mac-Guffog y vol-un momento después trayendo en una mano par de sábanas y en la otra una espuerta de bón, en que metió mano hasta el codo para ar la hornilla de la chimenea que no había fuego hacía muchos meses, en seguida lo cual, sin tomarse siquiera el trabajo de arse las manos, desdobló las sábanas (¡cuán erentes de las de la buena Ailie Dinmont!) empezó a hacer la cama, refunfuñando contra las personas descontentadizas y haciendo como que daba por caridad lo que sabía que habían de pagarle muy bien.

Luego que se hubo retirado, hallóse Bertrán reducido a la alternativa de pasearse por su cuarto para hacer ejercicio, o mirar el mar por la ventana en cuanto podían permitírselo las gruesas rejas de hierro que tenía delante, o en fin, entretenerse en leer los chistes o las blasfemias que habían escrito en las paredes de yeso sus predecesores en aquel calabozo. Ni eran los sonidos que le llegaban más agradables que los objetos que se ofrecían a su vista: sólo oía el agitado rumor de la marea que bajaba a la sazón, y de vez en cuando el ruido de alguna puerta que se abría o se cerraba con el melodioso acompañamiento obligado de llaves y de cerrojos. Oía a veces los berridos del alcaide o la indigesta voz de su digna esposa, casi siempre elevada al tono de la disputa, de la cólera o de la insolencia. De tarde en tarde también, un enorme mastín atado en el patio respondía con horribles aullidos a los ociosos presos que se entretenían en hostigarle.

Dijo CASTELAR:

La instrucción mata la guerra.

COLON Y LOS CUCHILLOS

Como es necesario atribuir un origen a las cosas, en especial un origen pintoresco y que resulte interesante, acaba de encontrarse el origen de... las puntas redondas de los cuchillos de mesa.

Parece que una vez, uno de los levantiscos marineros que llevaba Cristóbal Colón en su carabela, se armó de un cuchillo de buena punta, aguda y reluciente, y trató de asesinar a su almirante. Pero Colón hacía honor a su cargo de capitán en jefe, cosa que en aquellos tiempos no era sólo cuestión de haber sido nombrado por el rey, sino de ser más capaz que los otros en hombría, en fuerza y en conocimientos; dominó al marinero amotinado y lo hizo colgar. Y luego, obedeciendo al imperioso instinto de conservación, ordenó al armero del barco que despuntara todos los cuchillos de a bordo.

Desde entonces tenemos cuchillos de mesa sin punta.

Interrumpió en fin aquella fastidiosa uniformidad la llegada de una moza andrajosa y puerca que hizo algunos preparativos para la comida, tendiendo un asqueroso mantel sobre una mesa más asquerosa todavía. Un tenedor y un cuchillo, que no había desgastado seguramente el estropajo, flanqueaban un plato de estaño abollado en cien partes; un tarro de mostaza poco menos que vacío se alzaba a un lado de la mesa, haciendo juego con él en el lado opuesto un salero lleno de una mezcla parda y blanquecina en que se veían evidentes señales de haber servido recientemente. Poco después trajo la misma Hebe un plato de tajadas de carne guisada en la sartén, bajo las cuales flotaba una razonable cantidad de grasa en un océano de agua tibia, y colocado que hubo un pedazo de pan de munición junto a este delicado manjar, preguntó al preso qué deseaba para beber. No era ciertamente de las más apetitosas la comida que tenía por delante, pero en fin, con el objeto de hacerla más llevadera, pidió Bertrán una botella del mejor vino que hubiera en la casa, y como éste, por fortuna, era bastante regular, toda su comida se redujo a un pedazo de pan y queso acompañado de algunos tragos para ayudar a la digestión. Luego que hubo satisfecho las primeras punzadas del hambre, presentóle la criada sus respetos de parte de su amo, quien deseaba saber si quería que fuese a acompañarlo a pasar la tarde. Bertrán le encargó que le diese mil gracias, y pidió que le proporcionase, en vez de su amable compañía, una luz y recado de escribir. No tardó en llegar la luz bajo la forma de una larga y delgada vela de sebo, rota por la mitad, inclinándose graciosamente sobre una palmatoria de cobre tan inmunda que no había por donde agarrarla; en cuanto al recado de escribir era preciso que tuviese paciencia hasta el día siguiente, pues no había en la casa tinta, papel ni plumas, y no se podía salir ya a la calle para comprar tantos requisitos.

Preguntó entonces Bertrán a la criada si podría proporcionarle algunos libros, apoyando su pregunta con un chelín, munificencia de cuyas resultas, después de una larga ausencia, volvió la ninfa con dos tomazos del calendario de Newgate, que acababa de prestarle Sam Silverquill, aprendiz de cajista, muy haragán, que estaba preso por falsario. Luego que hubo puesto los dos tomos sobre la mesa, se retiró dejando a Bertrán engolfado en una lectura bastante adecuada a su triste situación.

CAPITULO XLV

Si en un cadalso te destina el hado
Ignominiosa muerte,
Un amigo tendrás siempre a tu lado
Que seguirá tu suerte.

SHENSTONE.

Sumergido en las sombrías reflexiones que naturalmente debía inspirarle aquella triste lectura en su amarga situación, por primera vez en su vida sintió Bertrán decaer su espíritu.

—Me he visto en situaciones más fatales que ésta y más peligrosas también — dijo —, pues ahora realmente no corro ningún peligro; en que se me presentaba más funesta perspectiva, pues mi encarcelamiento no puede ser de larga duración: más difíciles de sobrellevar, pues aquí a lo menos tengo lumbre, sustento y abrigo, y sin embargo, leyendo estos sangrientos anales del crimen y de la desgracia, en un sitio tan adecuado a las ideas que inspiran, y oyendo esos lúgubres sonidos, siento en mí una disposición a la melancolía que en mi vida he experimentado. ¡Pero no!, ¡no quiero abandonarme a ella! Adiós, cúmulo de horrores y de infamias — exclamó tirando el libro sobre la mesa —; no se ha de decir que un día de cárcel en Escocia ha hecho en mi alma una impresión que no han podido producir la miseria, las enfermedades, la cautividad, todo género de privaciones en remotos climas. Muchas veces he

servido de blanco a los tiros de la suerte y no consentiré en que me abata mientras pueda impedirlo.

Haciendo entonces un esfuerzo sobre sí mismo procuró imprimir otra dirección a sus ideas, y considerar su situación desde el punto de vista más favorable. Delaserre no podía tardar en llegar a Escocia; de un momento a otro debía recibir los certificados que había pedido a su teniente coronel, y en fin, en caso de que tuviese que recurrir a Mannering, ¿quién sabía si no resultaría de este paso una reconciliación entre ellos? Muchas veces había observado, y entonces lo recordaba, que el coronel nunca hacía favores a medias, y que parecía cobrar afecto a las personas en proporción de los servicios que les hacía. En el caso presente, un favor que se podía pedir sin bajeza, y se debía conceder sin dificultad, podía ser entre ellos un medio de reconciliación. Luego sus pensamientos se dirigían naturalmente hacia Julia, y sin pararse mucho a pensar en la distancia que le separaba a él, pobre capitán aventurero, de una rica heredera, cuyo padre con su testimonio iba acaso a ponerle en libertad, hacía mil castillos en el aire, hermoseándolos con los brillantes matices de una tarde de verano, cuando un vigoroso aldabazo dado en el portón de la calle cortó el hilo de sus risueñas ideas, y fué seguido inmediatamente de los ladridos del mastín a quien todas las noches soltaban en el patio. Después de mil precauciones, abrióse en fin la puerta, y se volvió a cerrar a los pocos momentos. Pronto oyó Bertrán también girar y descorrerse las llaves y cerrojos de la casa, y, subiendo precipitadamente la escalera, llegó ladrando un perro, y empezó a arañar la puerta de su calabozo. Agregóse a todo esto casi en el mismo instante un ruido de unas fuertes pisadas unido a la estentórea voz de Mac-Guffog, que decía:

—¡Por aquí, eh! Cuidado con ese escalón: ése es su cuarto.

Abrióse entonces la puerta, y con no menos sorpresa que contento vió entrar Bertrán a su fiel Wasp, que le colmaba de caricias, y detrás de él a su amigo de Charlies-Hope.

—¡Calla, calla! — exclamó el buen labrador tendiendo la vista en derredor —, ¿qué quiere decir todo esto?

—Que la fortuna me ha jugado una mala pasada, amigo mío — dijo Bertrán poniéndose en pie, y apretándole la mano.

—¿Pero qué se puede hacer? ¿Por qué ha sido? ¿Por qué estáis aquí? ¿Por deudas?

—No, por cierto; y si tenéis tiempo para sentaros, os contaré todo el negocio.

—¿Si tengo tiempo? ¿Pues os parece que he venido para deciros buenas noches y adiós que me mudo? ¡Buena pregunta! Pero es tarde y no os vendrá mal tomar un tente-en-pie: ahora acabo de dejar a Dumple en el mesón, y he mandado que me traigan aquí la cena; ya lo he arreglado todo con Mac-Guffog, y por su parte no hay dificultad; conque ahora contadme vuestras aventuras. Eh, quieto, Wasp, quietecito! Cuidado si se alegra de veros el pobre animal.

Las aventuras de Bertrán, reducidas a su desgraciado encuentro con Hazlewood, y al error que le hacía pasar por uno de los contrabandistas que atacaron la quinta de Woodbourne, de resultas de la identidad de los nombres, no fueron largas de contar. Dinmont le escuchó con sus cinco sentidos.

—Vaya, vaya — dijo —, pues no hay en todo eso por qué desesperarse... ¡Un fogonazo en el hombro!, ¿qué es eso? Nada. Si le hubierais echado un ojo fuera, ya sería otra cosa; además que el lance no ha tenido resultas. ¡Ay, y cuanto daría por que estuviera aquí nuestro antiguo sheriff, Mr. Pleydell! Eso se llama todo un hombre; ¡ya los haría él a todos andar derechos, ya!

—Pero decidme ahora, mi excelente amigo, ¿cómo habéis podido descubrir que me hallaba yo aquí?

—De un modo bastante particular verdaderamente; pero ya os lo contaré luego que hayamos cenado, porque acaso no sea muy prudente decirlo todo mientras anda yendo y viniendo por el cuarto ese morcón.

Suspendió por un momento la curiosidad de Bertrán la llegada de la cena, que, aunque bastante modesta, mostraba un aseo muy capaz de abrir el apetito, cualidad de que absolutamente carecían los guisos de mistress Mac-Guffog. Dinmont, por su parte, haciendo observar a su amigo que no había tomado más que un bocado al almuerzo, por decirlo así (bocado que consistía en dos o tres libras de carnero fiambre que había engullido mientras echaba un pienso el rocín, hizo grandemente honor a la cena, y, semejante a uno de los héroes de Homero, no volvió a decir palabra hasta que hubo satisfecho el hambre y la sed que lo aquejaban. En fin, después de haber bebido un larguísimo trago de excelente cerveza:

—Pues, señor — dijo echando la vista sobre los lamentables despojos de lo que había sido antes un capón muy regular —, no era malejo el amigo para haber sido cebado en un corral de un pueblo, aunque sin vanidad me atrevo a decir que le faltaba bastante todavía para parecerse a los de Charlies-Hope. Mucho celebro, capitán, que este maldito cuarto no os haya hecho perder las ganas.

—Es que realmente, Mr. Dinmont, la comida que me han dado no era tal que pudiera quitármelas para la cena.

—Lo creo, lo creo; pero mira, ¡eh! buena moza, ya que nos has traído el agua tibia, el aguardiente y el azúcar, ¿podrías, si no lo llevas a mal, irte bendita de Dios, y cerrarnos la puerta, estás? Porque tenemos algo que hablar aquí el señor y yo.

Retiróse la criada y cerró la puerta, a lo que añadió la precaución de echar el cerrojo.

Apenas salió de la estancia, fué Dinmont a reconocer el campo, esto es, a arrimar alternativamente el ojo y el oído a las cerraduras de todas las puertas, y luego que se hubo cerciorado de que nadie los espiaba, volvió a sentarse a la mesa, echó un nuevo trago para tomar aliento, y comenzó su historia en voz baja, y con un tono de importancia y gravedad que no le era habitual.

—Pues habéis de saber, capitán, que hace pocos días fuí a Edimburgo al entierro de una parienta, esperando que no sería inútil mi viaje; pero me llevé chasco, porque ni una hilacha me dejó en su testamento la buena señora, pero ¿qué remedio tiene? Adelante. Iba también con el objeto de plantear un pleito..., pero esto no viene a cuento por ahora. En una palabra, después de arreglados mis asuntos, me volví a la alquería; al día siguiente a la madrugada fuí a visitar el ganado, y me ocurrió la idea de llegarme hasta el cerro de Tout-hope-head, por donde pasan los límites sobre que andamos en litigio Jack de Dawston y yo. Apenas llegué al cerro vi a lo lejos un hombre que no me parecía ser ninguno de mis pastores, y aunque no es extraño hallar por allí caras desconocidas, me acerqué a él para ver qué casta de pájaro era, y reconocí a Gabriel, el montero, ¿ya os acordás?

"—¡Hola, hola! — le dije —, ¿qué os trae por estos andurriales sin vuestros perros, buen hombre? ¿Vais a cazar zorras sin la jauría?

"—No, señor, — me respondió —; os andaba buscando.

"—¡A mí! ¿Pues qué se os ofrece? ¿Necesitáis algún dinerillo para pasar el invierno? Si es así, hablad con franqueza.

"—No, no, — dijo —, no es eso de lo que se trata. ¿No os interesáis por aquel capitán llamado Brown, que pasó una semana en el cortijo?

"—Por supuesto que sí, Gabriel; ¿le ha sucedido algo?

"—Alguien hay que se interesa por él más que vos — me respondió —, y a quien tengo que obedecer, que a fe que no es enteramente por mi gusto por lo que vengo a daros una noticia que no os contentará mucho.

"—Ya lo creo que no me contentará si es mala para él.

"—Pues bien — prosiguió —, sabed que si se descuida, corre gran peligro de que le soplen en la cárcel de Portanferry, porque hay orden para prenderle apenas desembarque de vuelta de Allonby; conque así, si deseáis su bien, es preciso que sin perder un momento os pongáis en camino para Portanferry, y a buen trote. Si le halláis en la cárcel, será menester que paséis con él uno o dos días, porque tendrá gran necesidad de amigos de los de armas tomar, y si despreciáis este aviso, no os arrepentiréis más que una vez, pero será para toda la vida.

"—Pero hombre — le dije —, ¿quién os ha dicho todo eso? ¿Sabéis que hay una distancia muy regular de aquí a Portanferry?

"—No hay que reparar en eso — me respondió —: los que me han dado estas noticias andan lo mismo de noche que de día; y lo mejor de todo sería que ya estuvierais en camino. Esto es cuanto tengo que deciros". Y, sin entrar en más explicaciones se sentó en el suelo, y se dejó resbalar sobre la hierba hasta la falda del monte, adonde no hubiera yo podido seguirle a caballo. Volví, pues, a Charlies-Hope a contar a mi mujer lo que me había pasado, porque verdaderamente no sabía qué partido tomar. —Poquito se reirán de mí en gracia de Dios — decía yo para mi capote — si me ven andar de ceca en meca, cual otro judío errante, hecho un [illegible] candil, por una mera insinuación de ese danzante. Pero apenas empezó a hablar la buena mujer, y me hizo ver qué vergüenza sería para mí que os sucediera una desgracia, que yo hubiera podido evitar; apenas leí vuestra carta, que llegó entonces precisamente como bajada del cielo, no titubeé: echéme al bolsillo todo el dinero que tenía en papel, para el caso de que os hiciera falta, dije a los chicos que ensillaran a Dumple, y me puse en camino. Wasp quiso venir conmigo, que no parecía sino que el animalito conocía que venía a veros. Por fortuna había hecho mi viaje a Edimburgo en [illegible] jaca, de modo que Dumple estaba fresco como una rosa, y aquí me tenéis ya después de haber andado sin parar más de sesenta millas".

Por esta singular relación, claramente vió Bertrán que, dado el caso de que tuviese en efecto algún fundamento el aviso que había recibido Dinmont, estaba amenazado de un peligro más serio y más inminente que el que podía resultar de unos pocos días de encarcelamiento; al mismo tiempo era evidente también que algún amigo desconocido trabajaba por su bien.

—¿No me habéis dicho — preguntó a Dinmont — que Gabriel era de raza de gitanos?

—Todos lo dicen, y yo lo creo probable, porque esa gente sabe siempre lo que piensa y hace todo el mundo, y reciben noticias de todos los países con la rapidez del relámpago. Pero se me olvidaba deciros que andan buscando a aquella vieja que vimos en Bewcastle; el sheriff ha destacado una caterva de espías en su seguimiento, y le ofrecen nada menos que cincuenta libras si se presenta. El juez de paz Forster, en el Cumberland, ha expedido una orden para prenderla, ha hecho allanar todas las casas, ha dado sus señas... ¿Y para qué? Si ella no quiere, a buen seguro que no lograrán echarle el guante.

—¿Y por qué la buscan?

—¿Qué sé yo? Pero lo que puedo decir es que cuanto hagan será excusado, porque aseguran que ha cogido unas pepitas de helecho, y que con ellas pasa de un sitio a otro en un santiamén, como Yock, el mata-gigantes de la balada, con su vestido que le hace invisible, y sus zapatos con que anda una milla de cada zancada. Además, es una especie de reina de los gitanos; dicen que tiene más de cien años, y se cree que vino a esta tierra con las cuadrillas que se aparecieron de repente en tiempo de la caída de los Estuardos. ¡Ya, ya!; bien sabrá ella esconderse, y, en todo caso, el diablo la escondería. Si yo hubiera sabido que era Meg Merrilies cuando la encontré en la venta [illegible]

ib Mumps, a fe que hubiera medido más mis presiones.

Con suma atención escuchó Bertrán esta reación, que tan conforme estaba en muchos puns con lo que él mismo había visto y oído de uella gitana sibila. Después de un momento reflexionar, creyó que podía, sin faltar a su labra, confiar lo que le había sucedido en rncleugh a un hombre que tenía de ella la inión que acababa de manifestar Dinmont. ntóle, pues, toda aquella aventura, que interumpió frecuentemente el labrador con estas semejantes exclamaciones: "—¡Eh! ¿qué tal?, ue me busquen otra como ella? ¿Harían tos otro tanto?" Luego que hubo acabado Bern su narración:

—Siempre lo he dicho, y siempre lo diré — adió Dinmont meneando la cabeza —, de todo y en los gitanos, de bueno como de malo; y tienen algún comercio con el enemigo, cuenta de ellos, que no nuestra. En cuanto a su do de amortajar el cadáver, ya sé yo lo que eso; cuando esos diablos de contrabandistas rden a uno de sus compañeros en una acción, man a una vieja como Meg para que amore al difunto, y sin más ceremonia le tiran a hoyo como a un perro. Cuando están agondo, en vez de llamar a un ministro para les eche responsos, su costumbre inmemoes buscar una vieja para que les cante bas o conjuros, como ellos los llaman. Estoy uro de que el que visteis expirar fué uno los que salieron heridos cuando pegaron o a Woodbourne.

—Pero no creáis, amigo mío, que pegaron fuea Woodbourne.

—¿No?, tanto mejor. Todos creíamos en el r que no había quedado piedra sobre pie. Pero, en fin, hubo un poquito de tiroteo, es esto?, pues estad seguro de que el muera uno de los que atacaron la quinta, como bién de que los que robaron vuestra mafueron los gitanos cuando hallaron la silla posta parada en mitad del camino... ¡Para la fueran ellos a dejar, eh! ¡Buena gente es eso! Pintiparada les vendría como el asa un jarro a la palma de la mano.

—Pero si esa mujer es una especie de reina e ellos, ¿cómo no pudo tomarme abiertate bajo su protección, y hacer que me deieran lo que era mío?

—¿Quién sabe? Acaso tenga el derecho de irles cuanto se le viene a la boca, y ellos el acer cuanto les da la gana, cuando les tienta iablo. ¿No había, además, unos contrabans, con quienes siempre están unidos? Podía bien no tener ningún influjo sobre éstos. mpre he oído decir que los gitanos saben or que nadie cuándo y adónde deben llegar contrabandistas; y luego sobre todo, ella es er muy estrafalaria, y no hace ni dice nada o las demás personas. Sean falsas o ciertas profecías, en lo que no tengo duda es en ella las cree, y en que nunca se guía más por su capricho... ¡Pero, chitón!, que viel carcelero; ya oigo sus pisadas.

nterrumpió en efecto Mac-Guffog su conación con un armonioso concierto de llaves. cerrojos, y abriendo la puerta un momendespués, asomó a ella su abultado semte.

—Ea, Mr. Dinmont — le dijo —, hemos retaro una hora el cierre de la cárcel; ya podéis ar soleta.

—¿Tomar soleta, eh? No pienso en eso por a; aquí me quedo a dormir; precisamente mos ahí una cama de sobra.

—¡Es imposible!

—Y yo os digo que es muy posible, y que me muevo de aquí; vaya, echad una copa de ardiente.

Hízolo así Mac-Guffog, y prosiguió en sea:

—Pero esto es contra toda regla, no habiendo etido ningún delito.

—Pues si me habláis una palabra más os romla cabeza, y no necesitaré más delito para dar autorizado a pasar aquí la noche.

—Pero os repito, Mr. Dinmont, que eso será infringir el reglamento, y que me haríais perder mi empleo.

—No tengo más que dos cosas que deciros, Mac-Guffog: ya debéis conocerme y saber que no soy hombre para prestar la mano a la evasión de un preso.

—¿Y yo qué sé?

—Bien, pues si no lo sabéis, a lo menos sabréis que los deberes de vuestro empleo os obligan a dar de cuando en cuando una vuelta por mi lugar. Ahora bien, si me dejáis en paz pasar aquí la noche con el capitán, pago doble alquiler por el cuarto; si no me dejáis, os prometo para la primera vez que vayáis a Charlies-Hope la paliza más...

—Pues, señor, preciso es hacer algo por los amigos; pero si los jueces de paz llegan a saberlo, yo seré quien pague el pato.

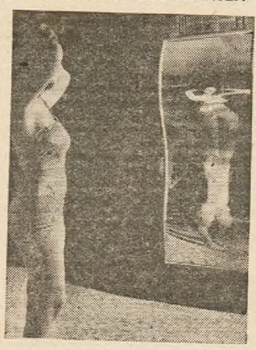
Y habiendo sazonado esta observación con dos o tres reniegos, volvió a cerrar la puerta, y se retiró después de correr los cerrojos. Daban en aquel momento las nueve en el reloj de la plaza.

—Aunque aun no es tarde — dijo el labrador viendo que su amigo parecía estar muy cansado —, creo que haríamos bien en recogernos, capitán, a menos que queráis echar todavía algunos tragos. Pero ya sé que no sois gran bebedor, y, a decir verdad, tampoco yo lo soy a menos que me excite la buena compañía, o que haya hecho mucho ejercicio.

Accedió Bertrán sin dificultad a la proposición de Dinmont, pero al echar la vista sobre la cama preparada por mistress Mac-Guffog no se pudo decidir a desnudarse.

—Ya lo creo que os debe dar asco, capitán — dijo Dandy —; parece que han dormido en ella todos los carboneros de Sanquhair; lo que es yo por mí, nada temo mientras tenga mi levitón.

LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



...Y cansada de recorrer los ámbitos del palacio de los espejos que mienten, la hermosa joven se detiene ante el último, con la ya remota esperanza de hallar el que no mienta, el que refleje los magníficos formas de su cuerpo tal como pueden verlos los demás. Pero no, ¡oh, desgracia o mala suerte, o confabulación de todos los espejos! El último también nos presenta una "belleza" retorcida y monstruosa, una quimera infernal capaz de hacer salir corriendo a una fiera. Entonces vayámonos. Ya hemos agotado todos los esfuerzos para soportar tanta deformidad, algunas que llegan a producir carcajadas incontenibles, risas convulsivas que dejan cansado. Descansemos en el medio normal de las líneas armoniosas, ante espejos rectos. Es un crimen entregar a la deformación, por cómica que pueda resultar a algunos, una mujer como la que vemos a la izquierda...

Esto diciendo, se tumbó en la cama, cuyas tablas hizo crujir bajo su poderoso empuje, y pocos momentos después dió evidentes señales de que dormía profundamente. Bertrán se quitó las botas y se echó sobre la otra cama. Su singular destino, los misterios que le rodeaban, las persecuciones de que era víctima, el interés que se tomaban por él amigos desconocidos y personas nacidas en una clase con la que nunca había tenido la menor conexión, ocuparon por un buen rato sus pensamientos; pero venció por fin el cansancio, y acabó por quedarse tan profundamente dormido como su compañero.

En este grato olvido de todas las cosas mundanas vamos a dejarles por ahora, para informar al lector de otros sucesos que ocurrían al mismo tiempo en otros puntos.

CAPITULO XLVI

... ¿Qué intentas?
¿Quién, dime, los arcanos del destino
Te ha revelado? ¿Para qué me paras?
¿Qué significan esos vaticinios?
Habla, yo te lo mando...

SHAKESPEARE. *Macbeth.*

En la noche del día en que pasó Bertrán su citado interrogatorio, llegó de Edimburgo a Woodbourne el coronel Mannering, quien halló a su familia sin la menor novedad; lo que probablemente no hubiera sucedido si hubiese llegado a oídos de Julia la nueva de la prisión de Bertrán; pero como durante la ausencia del coronel, las dos señoritas habían vivido muy retiradas, la fama de aquel suceso no había llegado por fortuna a Woodbourne. Una carta había ya informado a miss Bertrán de la pérdida de las esperanzas que habían fundado para ella sus amigos en el testamento de su parienta. Acaso este contratiempo fué muy doloroso para su enamorado corazón, pero esto no le impidió unirse a su amiga para recibir con la más cordial alegría al coronel, a quien manifestó su viva gratitud por los desvelos verdaderamente paternales que le prodigaba, haciéndole presente al mismo tiempo lo mucho que sentía haberle obligado a emprender, en una estación tan cruda, un viaje infructuoso.

—Siento en el alma, amiga mía — le dijo el coronel —, que haya sido infructuoso para vos, pero por lo que a mí toca, me ha proporcionado trabar conocimiento con personas de mucho provecho y me ha hecho pasar en Edimburgo días muy agradables, por lo que realmente no puedo quejarme. Hasta nuestro amigo Dominus vuelve tres veces más hábil de lo que fué, habiendo tenido ocasión de aguzar su entendimiento en sus controversias con los primeros ingenios de la metrópoli del norte.

—Seguramente — dijo Dominus con gran complacencia —; he lidiado y no he sido vencido, aunque mi adversario era hombre que lo entendía.

—Presumo, Mr. Sampson, que el combate os habrá cansado mucho.

—Mucho, señorita, pero me preparé a la lid y la sostuve.

—Yo soy testigo — dijo el coronel — de que nunca hubo victoria más reñida. El enemigo era como la caballería marata, que acomete por todos lados a la vez y no presenta el flanco a la artillería; pero Mr. Sampson resistía impávido haciendo fuego ya sobre las masas, ya sobre el polvo que levantaban. Pero no es éste el momento de contaros nuestras batallas; mañana, después del almuerzo, hablaremos de ellas.

Al día siguiente, sin embargo, no se presentó Dominus a la hora del almuerzo; un criado dijo que había salido muy de mañana, pero era tan común en él olvidarse de las horas de las comidas, que a nadie causaban la menor inquietud sus ausencias. El ama de llaves, exce-

lente matrona presbiteriana, y gran veneradora por lo tanto de la erudición teológica de Mr. Sampson, cuidaba en aquellas ocasiones de que su falta de memoria no redundase en perjuicio de su estómago; apenas volvía le recordaba las necesidades terrestres a que todos estamos sujetos, y atendía a que pudiese satisfacerlas. Raro era, no obstante, que se olvidase del almuerzo y de la comida seguidos, y con todo, esto sucedió en el caso de que hablamos, pues tampoco volvió para la hora de comer. Vamos, pues, a explicar la causa de esta extraordinaria ocurrencia.

La conversación que había tenido Mr. Pleydell con el coronel relativa a la desaparición de Enrique Bertrán, había despertado todas las dolorosas impresiones que iban unidas a este suceso en el alma del pobre Dominus. Siempre había sido para éste una verdadera espina clavada en el corazón, la idea de que la imprevisión que había tenido de confiar el niño a Franck Kennedy, había sido la causa inmediata del asesinato de éste, del rapto de aquél, de la muerte de mistress Bertrán, y por consiguiente de la ruina de la familia de su amigo y bienhechor. Asunto era éste sobre el que nunca entraba en conversación, si conversación puede llamarse su modo de hablar; pero que casi siempre estaba presente en su imaginación. La esperanza o, más bien, la certeza que había manifestado mistress Margarita en su último testamento, había excitado un sentimiento semejante en el corazón de Dominus, sentimiento a que se abandonaba con tanta más confianza cuanto mayor era la incredulidad de Mr. Pleydell.

—Seguramente — decía Sampson hablando consigo mismo — Mr. Pleydell es hombre muy erudito, profundamente versado en el conocimiento de las leyes, pero es al mismo tiempo superficial y ligero por demás; ¿cómo puede pues pronunciar *ex cathedra* sobre las esperanzas manifestadas por la respetable miss Margarita Bertrán de Singleside?...

"Todo esto, repito, decía Dominus entre sí, porque si hubiera pronunciado la mitad de este discurso, un ejercicio tan violento y desusado hubiera cansado sus mandíbulas para todo un mes".

El resultado de estas reflexiones fué moverle a ir a visitar los sitios que habían sido teatro de aquella sangrienta escena, y en que no había estado hacía mucho tiempo, es decir, desde que había sucedido aquel fatal accidente. La distancia era considerable, porque la punta de Warroch estaba en la extremidad de las tierras de Ellangowan, situadas entre el promontorio y Woodbourne. Además, Dominus tuvo que dar varios rodeos, porque las nieves derretidas habían convertido en torrentes los arroyuelos que creía poder pasar de una zancada, como en verano.

Llegó en fin al bosque, objeto y término de su excursión, y lo recorrió en todos sentidos con una especie de frenesí, exprimiendo su turbada mente para recordar todas las circunstancias de aquella catástrofe. Fácil es conocer que nada de lo que se le ofreció a la vista debió inducirle a sacar consecuencias más favorables que las que sacó bajo la impresión inmediata de aquel funesto acontecimiento. Pronto despachó, pues, su peregrinación, y exhalando mil suspiros y mil gemidos, emprendió su caminata a Woodbourne, discurriendo a impulso de las punzadas que le daba el estómago sobre si había almorzado o no, y sin poder dar con la verdad del caso. Absorto de esta suerte en su sombrío humor, unas veces pensando en la pérdida del pobre niño, otras distraído por su apetito que le ponía delante de los ojos tostadas de manteca, bizcochos y rebanadas de carne asada, por un camino diferente del que había seguido por la mañana, llegó junto a las ruinas de una torre llamada en el lenguaje popular "la torre de Derncleugh".

Acaso recordará el lector la descripción que hicimos de esta torre en uno de los capítulos anteriores, porque en ella fué donde el joven Bertrán, bajo la protección de Meg Merrilies, vió expirar al teniente de Hatteraick. La tradición popular añadía imaginarios terrores a la natural melancolía que inspiraba aquel sitio, terrores nacidos de una conseja que sin duda habían inventado o propagado a lo menos, por su propia conveniencia, los gitanos que por tanto tiempo habían habitado aquellas cercanías. Asegurábase que en los tiempos de la independencia galwegiana, un cierto Hanson-Mac-Dingawaie, hermano del caudillo reinante Knarth-Mac-Dingawaie, había asesinado a su hermano y soberano, a fin de usurpar la corona al infante su sobrino; pero que, perseguido por la venganza de los fieles vasallos y deudos de su familia, que habían abrazado la causa del heredero legítimo, se vió obligado a refugiarse con los cómplices de su crimen en aquella torre, que pasaba por inexpugnable, y en la que se defendió en efecto hasta que, acosado por el hambre, y no queriendo rendirse a sus implacables enemigos, le pegó fuego pereciendo entre las llamas él y todos sus parciales. Algo podía haber de cierto en esta tradición que ascendía a los tiempos bárbaros, pero la superstición le había exornado, haciendo de aquella torre un asilo de diablos y de duendes, en términos de que los labradores de la comarca, cuando los sorprendía la noche en sus cercanías, hubieran dado un gran rodeo antes de exponerse a pasar junto a aquellas paredes malditas. Como aquella torre servía de refugio hacía mucho tiempo a toda especie de malhechores, veíase una luz en ella algunas veces durante la noche, circunstancia que, comprobando en cierto modo las vanas creencias del vulgo, era muy favorable a los que frecuentaban aquellas ruinas.

Necesario será también advertir que nuestro amigo Sampson, aunque docto humanista y profundo matemático, no era, sin embargo, bastante filósofo para poner en duda la realidad de las hechicerías y de las apariciones. Nacido, y sea dicho en descargo del buen Dominus, en una época en que el que hubiera titubeado en darles crédito, hubiera sido tenido por partícipe de sus prácticas infernales, la creencia en aquellos delirios era para él casi un artículo de fe, y acaso le hubiera sido tan difícil dudar de aquellas ficciones como de las eternas verdades de la religión. Con estos sentimientos y viendo ya negrear el horizonte con las sombras del crepúsculo de la tarde, no sin un secreto terror, pasó Dominus Sampson por junto a la torre de Derncleugh.

Imagínese ahora el lector cuál sería su sorpresa cuando, al llegar a la puerta de la torre a aquella puerta que se suponía haber sido mandada construir para que no se expusiese algún temerario extranjero a los peligros que hubiera corrido bajo aquellas temibles bóvedas; a aquella puerta que se creía condenada hacía muchísimos años y cuyas llaves se decía que estaban depositadas en el presbiterio, abrióse de repente y se presentó en ella a sus ojos despavoridos la colosal figura de Meg Merrilies, a quien al punto reconoció, a pesar de no haberla visto hacía tanto tiempo. Púsose la gitana delante de él en el estrecho sendero que seguía Dominus, de modo que le era imposible evitar el rozarse con ella al paso, a menos de volverse atrás, lo que hubiera considerado como flaqueza indigna de un hombre.

—¡Bien sabía yo que vendríais aquí! — le dijo con su voz áspera y recia —; sé lo que buscáis, pero es preciso que hagáis lo que voy a deciros.

—¡Quítateme de delante! — dijo Dominus, espantado—; ¡vete de ahí! *Conjuro te, scelestissima, nequissima, spurcissima, iniquissima, atque miserrima, conjuro te...*

Arrostró impávida Meg aquella terrible andanada de superlativos que Sampson sacó de lo más hondo de su estómago, aullando con voz de trueno.

—¡Loco está para chillar así! — dijo Meg.

—*Conjuro* — prosiguió Dominus — *adjuro, contestor atque viriliter impero tibi!*

—¿Y qué me queréis, por vida de Satanás, con ese maldito guirigay? ¿Tenéis miedo? Escuchad lo que voy a deciros, u os arrepentiréis mientras os dure la vida. Id a decir al coronel Mannering que sé que me anda buscando: él sabe y yo sé que se borrarán los rastros de la sangre, y que se hallará lo perdido.

Con el derecho y la espada
A su Ellangowan Bertrán volverá.

Tomad: ahí tenéis una carta para él; ya iba a enviársela por otro conducto. Yo no sé escribir, pero tengo quien escriba por mí, quien lea por mí, quien viaje por mí. Decidle que ya ha llegado el momento, que ya se ha cumplido el destino, y que la rueda gira: que consulte esta noche los astros como los consultó en otro tiempo. ¿Os acordáis de todo esto que os digo?

—Lo dudo, mujer — dijo Dominus —, porque tus palabras me conturban y mi cuerpo tiembla escuchándote.

—Mis palabras no os harán ningún daño, y acaso os hagan mucho bien.

—Vete, no quiero un bien que llega por medios ilícitos.

—¡Imbécil! — dijo Meg adelantándose hacia él con una indignación que hacía llamear sus rasgados ojos negros —; ¡imbécil!, si quisiera hacerte daño, ¿no podría precipitarte de lo alto de esa roca? ¿Se sabría mejor la causa de tu muerte de lo que se supo la de la de Franck Kennedy? ¿Me oyes, cobarde?

—¡Por todo lo más sagrado que hay en la tierra y en el cielo — exclamó Dominus dando un paso atrás, y dirigiendo como un venablo hacia la supuesta hechicera su bastón de puño de estaño —, en nombre de todo lo más sagrado, manos quedas! ¡Yo no soy para manoseado, mujer! ¡Guárdate de acercarte a mí, porque mira que te expones! ¡Vete, repito, y considera que soy fuerte, y que me resisto, y que te!...

No pudo decir más, porque Meg, armándose de un vigor sobrenatural (a lo que aseguraba Dominus), se precipitó sobre él, paró con la mano el palo que iba a descargarle, y se lo llevó debajo del brazo a la torre con tanta facilidad, decía luego el pobre Sampson, "como podría yo llevarme un atlas de Kitchen".

—¡Sentaos ahí —le dijo dejándole todo sofocado sobre una silla medio desvencijada —; sentaos ahí, y tratad de poner en orden vuestras ideas, pájaro de mal agüero! Sepamos, ¿estáis ahito o ayuno?

—En ayunas de todo, menos de pecado — respondió Dominus, quien, recobrando la voz y viendo que sus exorcismos no habían servido más que para irritar a la arisca hechicera, juzgaba que lo más prudente sería afectar complacencia y docilidad, aunque sin dejar por eso de continuar *in petto* la tiramira de conjuros que no se atrevía a proferir en alta voz. Pero como era incapaz de llevar de frente dos ideas distintas, mezclaba de cuando en cuando a su discurso algunas de las palabras que tenía en la mente, lo que producía un efecto bastante grotesco, sobre todo cuando el recuerdo de los vigorosos puños de la gitana le hacía temer la impresión que podían producir en ella las palabras que involuntariamente se le escapaban.

Meg, entretanto, se había acercado al negro caldero que estaba arrimado a la lumbre, y levantando la tapa, salió de él y se derramó por la estancia un olorcillo que si se puede tener confianza en el olor que exhala la olla de una bruja, prometía algo mejor que las infernales drogas de que generalmente se las supone llenas. En realidad de verdad, lo que producía aquel grato vapor era un conjunto de gallinas, de perdices y de faisanes cocidos con patatas, cebollas y puerros, conjunto que, a juzgar por la capacidad de la olla que lo contenía, parecía preparado para satisfacer el hambre de media docena de personas por lo menos.

—¿Con que nada habéis probado hoy? — dijo Meg sacando una parte de aquella mescolanza, poniéndola en un plato de barro y sazonándola copiosamente.

—Nada, *scelestissima*..., quiero decir... bue-
[illegible] mujer...
—Comed, pues —repuso la gitana poniendo [illegible] plato sobre la mesa delante de él—; esto os [illegible]ará aliento.
—No tengo ganas, *malefica*..., esto es, mis-[illegible]ess Merrilies. El olor no es malo — dijo entre [illegible]—, pero ese manjar ha sido guisado por una [illegible]anidia o una Erictoe.
—Si no lo coméis al instante, y hacéis el me-[illegible]or melindre, os lo meto por el gaznate con [illegible]sta espumadera, hirviendo y todo como está. [illegible], abrid la boca, pecador, y engullid más que [illegible] paso.
Sampson había resuelto no probar bocado, [illegible]ero el tufillo del guisote empezaba a vencer [illegible] escrúpulos, y las amenazas de la vieja aca-[illegible]ron por dar al traste con su resolución. El [illegible]ambre y el miedo son dos excelentes ca-[illegible]istas.
—¿No comió Saúl — le decía el Hambre — [illegible] la hechicera de Endor? Y la sal que ha [illegible]chado a ese guiso —añadía el Miedo— prueba [illegible]e no es una comida de nigrománticos, los [illegible]ales nunca la usan; y, sobre todo —repuso el [illegible]ambre— pasado el primer bocado, esta carne [illegible]tá muy apetitosa, y me parece que me ha de [illegible]tar grandemente.
—Vaya ¿y qué tal os va sabiendo? — pregun-[illegible] Meg.
—Muy bien — respondió Dominus —y os doy [illegible]il gracias, *sceleratissima*..., que significa [illegible]istress Margarita.
—Pues comed hasta hartaros: si supierais có-[illegible] he adquirido todo eso, no lo comierais con [illegible]nto gusto.
Al oír esto, dejó caer Dominus sobre el pla-[illegible] el tenedor que iba a llevarse a la boca.
—Más de una noche he tenido que pasar a [illegible]lo raso — prosiguió la vieja — para pillar to-[illegible] esas aves. Los que hoy se las comerán no [illegible]cen mucho caso de las ordenanzas sobre la [illegible]za.
—¿Y eso es todo? — dijo Sampson cogiendo [illegible] tenedor y engullendo una pechuga —; no de-[illegible]é yo de comer por tan poca cosa.
—Ahora es preciso echar un trago.
—Con mucho gusto— dijo Sampson —*con-[illegible]ote*..., quiero decir, os doy un millón de [illegible]cias — y se bebió a la salud de la hechicera [illegible] tazón de aguardiente. Luego que de esta [illegible]rte hubo hecho por la vida, sintióse, como [illegible] a Meg, enteramente repuesto y capaz de [illegible]ostrar cuanto pudiese sobrevenir.
—¿Y os acordáis ahora de mi encargo? — pre-[illegible]ntó MegMerrilies —. Veo en vuestros ojos [illegible] sois enteramente otro hombre distinto del [illegible] entró aquí poco ha.
—Sí, mistress Margarita — repitió Sampson [illegible]erosamente —; entregaré vuestra carta cerra-[illegible], y añadiré de viva voz todo lo que tengáis [illegible]ien mandarme.
—En pocas palabras os lo diré. Encargadle [illegible] no deje esta noche de consultar los astros y [illegible] hacer todo lo que yo le indico, y que enton-[illegible], como él sin duda desea,

Con el derecho y la espada
A su Ellangowan Bertrán volverá.

[illegible]s veces le he visto sin que él me viera: sé [illegible]ando vino a esta tierra por primera vez, y [illegible] razones le trajeron la segunda. Ea, no hay [illegible] perder tiempo, que aun os falta un buen [illegible]cho que andar: seguidme.
Siguió Sampson a la sibila, que le guió por [illegible]acio como de un cuarto de milla por en me-[illegible] de unos bosques, por un atajo que él no [illegible]nocía; luego que salieron de entre los árbo-[illegible], continuó precediéndole a paso redoblado [illegible]ta que llegó a la cima de un collado que do-[illegible]aba el camino real.
—Parémonos aquí un momento — le dijo —. [illegible]rad cómo el sol próximo a ponerse rompe [illegible] nubes que han velado su esplendor todo el [illegible]; ved cómo dan sus rayos en la torre re-[illegible]da de Donagild, la torre más antigua del [illegible]tillo de Ellangowan. Y no es sin motivo. Ved [illegible]mo deja en la oscuridad la playa hacia el

lado del promontorio; tampoco es sin motivo. En este mismo collado — añadió con la frente erguida, y alargando su largo brazo y su mano descarnada —, en este mismo collado estaba yo cuando vaticiné al último laird de Ellangowan lo que iba a sucederle. ¿Se llevó acaso el viento mis palabras? ¡No!, todo lo que yo anuncié se ha realizado. Aquí estaba yo cuando rompí con él la rama de paz...; y ahora estoy aquí también para pedir a Dios que bendiga y prospere al legítimo heredero de la familia de Ellangowan, que va a recuperar sus derechos, y que será el mejor laird que ha visto Ellangowan, hace tres siglos. Acaso no viviré yo bastante para verlo, pero no faltarán ojos que la vean, aunque los míos están cerrados. Y ahora, Abel Sampson, si os interesáis de veras por la familia de Ellangowan, llevad con presteza mi carta al coronel inglés como si de vuestra prontitud dependieran la vida o la muerte.

Dicho esto, dejó de repente al atónito Dominus, y se volvió con rápidos pasos al bosque de que acababan de salir; Sampson la siguió con la vista algunos momentos, inmóvil y aturdido con lo que acababa de escuchar. Impaciente por cumplir pronto su comisión, tomó el camino de Woodbourne con una velocidad que no le era habitual, exclamando:

—¡Prodigioso!, ¡prodigioso!, ¡pro-di-gio-so!...

EL REINO DE LOS HUNOS

El reino de los famosos hunos de Atila abarcaba, en el siglo V, toda la Escitia, desde las orillas del Báltico hasta el mar Negro.

AHORA MISMO

Un avaro invitó a Rossini a comer en su casa. La comida resultó miserable. Y mientras bebían mal café, después de los postres, el huésped tuvo la imprudencia de decir al músico:

—Espero que nos hará el honor de comer otra vez con nosotros.

A lo cual contestó Rossini:

—Con mucho gusto. Ahora mismo.



REFRAN ESPAÑOL

Campana cascada, nunca sana.

CAPITULO XLVII

No deliro, no; que me den tormento y me oirán repetir esos que os parecen delirios.
SHAKESPEARE. *Hamlet.*

Cuando Dominus Sampson, de vuelta en Woodbourne, cruzó la antesala con ojos desencajados, la buena mistress Allan (así se llamaba el ama de llaves), que estaba esperándolo según su costumbre, apretó a correr detrás de él exclamando:

—¡Jesús, Dios mío! ¡Pues peor es ahora que nunca! Así acabaréis por estragaros el estómago pasando tanto tiempo sin comer; no hay nada más perjudicial para la salud. Deberíais a lo menos decir a Barnes que os metiera unos bizcochos en el bolsillo.

—*Vade retro!*, ¡vete! — exclamó Dominus, subyugado todavía por la impresión que le había dejado su entrevista con MegMerrilies, y adelantándose hacia el comedor.

—¿Pero a qué vais ahí? Ya hace más de una hora que han quitado los manteles. Venid a mi cuarto, donde os tengo guardado un buen plato que en un momento preparará el cocinero.

—*Exorciso te!* — dijo Sampson — esto es, ya he comido.

—¡Comido! ¡Imposible! ¿Y con quién, si nunca vais a ver a nadie?

—Con Belcebú, si no me engaño.

—Vaya, vaya, está hechizado o loco, no hay remedio; sólo el coronel podrá hacerle entender la razón.

Dejóle, pues, proseguir su camino y se retiró exclamando que era un dolor ver a un hombre tan sabio caer en un estado tan lastimoso.

Acababa entretanto el objeto de su compasión de entrar en el comedor, donde su aspecto causó la mayor sorpresa. Estaba cubierto de lodo hasta los hombros, y la natural palidez de su color era dos veces más cadavérica de lo acostumbrado, a causa de las congojas, del terror y de las fatigas que había pasado.

—En nombre del cielo, ¿qué significa el estado en que os veo, Mr. Sampson? —dijo Mannering, que observó la inquietud con que miraba miss Bertrán a su tan sencillo como buen amigo.

—*Exorciso!* — dijo Dominus.

—¿Cómo?

—Perdonad, respetable coronel, pero tengo la cabeza...

—Parece, en efecto, que está algo en Babia; pero vaya, tranquilizaos, Mr. Sampson, y explicadnos qué significa todo eso.

Sampson meditaba una respuesta, pero como no se le venían a la boca más que *fórmulas* latinas de exorcismo, tuvo por más acertado callar y puso en manos del coronel la carta que para él le había dado la gitana.

Abrióla el coronel inmediatamente y la leyó con muestras de sorpresa.

—Visos tiene esto de burla — dijo — y de burla algo pesada.

—Esta carta — dijo Dominus — viene de persona que no entiende de burlas.

—¿Pues de quién viene?

En medio de sus mayores distracciones, nunca Dominus perdía de vista a miss Bertrán. Consideró los tristes acontecimientos que le recordaba el solo nombre de MegMerrilies, y mirando a Lucy, quedó en silencio, temeroso de despertar en ella dolorosos pensamientos.

—Niñas, id a preparar el té — dijo Mannering —; luego iremos nosotros; veo que Mr. Sampson desea hablarme a solas. Vaya, ahora que se han ido, hacedme el favor de explicaros sin rodeos. ¿De dónde viene esta carta?

—Acaso es un mensaje del cielo — replicó Dominus —, pero me la ha traído un cartero de Belcebú, quiero decir, MegMerrilies, que hace veinte años debería haber sido quemada por ladrona, réproba, bruja y gitana.

—¿Estáis bien cierto de que fué ella? — preguntó el coronel con vivo interés.

—¿Si estoy cierto? ¿Y puede haber en la tierra dos seres como MegMerrilies?

Dió el coronel algunos pasos por la estancia sumergido en profundas reflexiones.

—¿La haré prender? — dijo hablando consigo mismo—; pero MacMorlan está muy lejos y sir Hazlewood con sus frases pomposas no hará más que embrollarlo todo; además es probable que no esté ya en el mismo sitio, y que le vuelva a dar la manía de no declarar palabra; no, a riesgo de pasar por extravagante, voy a seguir el consejo que me da. Muchas gentes de esa especie empiezan por impostoras y acaban por entusiastas, o por seguir una senda tenebrosa entre esas dos líneas, casi sin saber si se engañan

a sí mismas o si engañan a los demás. Sobre todo, lo que me encarga es cosa muy sencilla, y si mis esfuerzos son inútiles no tendré a lo menos nada que echarme en cara.

Habiendo de esta suerte decidido lo que debía hacer, dijo a Barnes que lo siguiese a su despacho y le dió algunas órdenes, cuyo resultado conocerán más adelante nuestros lectores, pues es preciso que pongamos ahora en su noticia otra aventura íntimamente enlazada con los sucesos de aquel memorable día.

Carlos Hazlewood no se había atrevido a presentarse ni una sola vez en Woodbourne durante la ausencia del coronel, persuadido de que haciéndolo así se conformaría con sus deseos; y tal era el ascendiente que habían adquirido sobre él las brillantes prendas de aquel tan buen soldado como cumplido caballero, que por nada en el mundo hubiera querido hacer cosa que pudiera serle desagradable. Veía, o a lo menos había creído ver, que el coronel aprobaba su inclinación a miss Bertrán; pero observaba también que le parecía poco delicado que le declarase abiertamente un amor a que acaso se hubieran opuesto sus padres, y respetaba la barrera que ponía entre ellos el digno y generoso protector de miss Bertrán.

—No — decía —, no turbaré la paz que disfruta mi querida Lucy en ese asilo, hasta que tenga derecho para ofrecerle otro que le pertenezca.

Tomada esta animosa resolución, en la que tuvo valor para persistir a pesar de que su caballo, por un efecto de la costumbre, le llevó en dos ocasiones hasta las mismas verjas de la quinta de Woodbourne, temeroso de sucumbir a la tentación de ver a su amada, se decidió a ir a hacer una visita a un amigo suyo que residía a corta distancia, y a pasar en su casa de campo todo el tiempo que durase la ausencia del coronel; proponiéndose, por supuesto, cuando volviera, ser uno de los primeros en darle el parabién de su feliz regreso. Envió a informarse de la salud de las lindas habitantes de Woodbourne, hízoles saber que iba a hacer un viaje de pocos días, y fué a visitar a su amigo después de haber tomado sus medidas para saber a punto fijo el momento de la llegada del coronel. Apenas recibió esta deseada noticia, resolvió ponerse en camino muy de mañana con el fin de llegar para la hora de comer a Woodbourne, donde estaba en cierto modo como en su propia casa. Esperaba (pues hacía sobre esto reflexiones mucho más serias de lo necesario) que su conducta parecería la más sencilla y natural del mundo.

Pero el destino, del que tanto suelen quejarse los amantes, no fué en aquella ocasión favorable a Carlos Hazlewood. Primeramente, una recia helada que cayó la noche anterior, exigió que hiciese herrar su caballo; luego, la señora de la casa en que estaba hospedado, no bajó hasta muy tarde para almorzar. Empeñóse después su amigo en enseñarle unos cachorros que había parido aquella misma mañana su galga favorita, y cuyos colores inspiraban graves dudas acerca de la legítima paternidad, importante cuestión que Hazlewood estaba llamado a decidir en calidad de árbitro entre su amigo y el palafrenero; su dictamen fué una sentencia sin apelación que decidió cuáles se debían tirar al río y cuáles debían conservarse. En fin, para colmo de desdicha, el padre de su amigo le retuvo todavía un larguísimo rato, desplegando todas las galas de una larga y superflua retórica, para insinuar a sir Roberto Hazlewood, por conducto de su hijo, sus ideas sobre la dirección que se debía dar a un camino proyectado. Vergüenza nos da por nuestro joven enamorado tener que confesar que, después de haber oído explayar diez veces los mismos argumentos, no pudo alcanzar en qué era preferible la línea propuesta por el padre de su amigo a la que se había adoptado. Pero aquel camino debía cruzar un río, y estaba en el interés del que tan en mala hora detenía al impaciente Hazlewood, que se echase el puente en el punto más inmediato a una de sus fincas. Sin embargo, a pesar de la importancia que daba a este negocio, difícilmente hubiera logrado persuadir a su oyente si no hubiera ocurrido por casualidad en la conversación, decir que el plan adoptado y a que él se oponía, había sido propuesto "por aquel perillán de Glossin", que quería ser el amo del condado. Este nombre tuvo el privilegio de llamar de repente la atención de Hazlewood, y habiéndose enterado bien de cuál era de las dos líneas la que proponía Glossin, prometió hacer todo lo posible por que se declarase su padre por la otra. En estas varias interrupciones se pasó la mañana; no pudo Hazlewood montar a caballo sino tres horas después de lo que había pensado, y maldiciendo a los herradores, a los cachorros, a las damas perezosas y los caminos nuevos, vió que ya era tarde para presentarse en casa del coronel.

Pasaba nuestro enamorado mancebo por el camino que conducía a Woodbourne, sin poder ver más que el humo que salía por los cañones de las chimeneas destacándose sobre el azul de un cielo muy despejado, cuando le pareció divisar a Dominus andando, o más bien corriendo a todo correr, por un sendero inmediato a un vecino bosque; llamóle, pero en vano: Dominus, casi siempre inaccesible a toda impresión exterior, se hallaba en aquel momento en un estado de doble abstracción; acababa de separarse de MegMerrilies y estaba harto ocupado en reflexionar sobre sus últimos vaticinios para hacer caso de la voz que le llamaba. Tuvo, pues, Hazlewood que renunciar al gusto de pedirle noticias sobre la salud de las dos señoritas, o de dirigirle cualquiera otra pregunta que hubiera hecho recaer la conversación sobre miss Bertrán.

Como no tenía ya ningún motivo para apresurarse, dejó a su caballo andar al paso que le acomodara para subir un camino abierto entre dos repechos, desde donde abrazaba la vista una deliciosa perspectiva. Pero, a pesar de que aquellos sitios debían tener para él un halago particular, pues pertenecían casi en su totalidad a su padre, algo más se le iban los ojos tras las chimeneas de Woodbourne que cada vez era más difícil ver, pues a cada paso que daba su caballo más se alejaba de ellas.

Sacóle de pronto de la vaga distracción en que insensiblemente había ido cayendo, una voz demasiado bronca para ser de mujer y demasiado penetrante para ser de hombre.

—¿Por qué llegáis tan tarde? — le dijo —; ¿tendrán otros que hacer por vos lo que vos debierais hacer?

Miró a la persona que le hablaba, y vió que era una mujer de extraordinaria estatura, cuya cabeza ceñía a manera de turbante un gran pañuelo del que se escapaban algunos mechones entrecanos; llevaba una capa que le caía hasta los pies, y tenía en la mano un garrote con un pincho de hierro; en una palabra, era MegMerrilies. Nunca Hazlewood había visto aquella singular catadura, por lo que no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—Yo creo — prosiguió la gitana viendo que se había parado para verla —, yo creo que ninguno de los que se toman interés por la casa de Ellangowan debe acostarse esta noche. ¡Tres hombres os andan buscando por encargo mío, y vais a meteros en la cama! ¿Creéis que si sucumbe el hermano resistirá la hermana? ¡No, no!

—No os comprendo, buena mujer — dijo Hazlewood —. Si queréis hablar de miss... quiero decir de cualquiera individuo de la última familia de Ellangowan, decidme qué puedo hacer por él.

—¡La última familia de Ellangowan!, ¡la última familia de Ellangowan! — replicó Meg con suma vehemencia —. ¿Y qué otra familia se ha atrevido ni se atreverá jamás a tomar el noble apellido de los valientes Bertrán?

—Pero ¿qué queréis decir, buena mujer?

—Yo no soy una buena mujer; todos saben que no lo soy. Quisiera ser mejor; pero puedo hacer lo que muchas buenas mujeres no podrían o no osarían hacer. Yo puedo helar la sangre del que habita la casa del huérfano y quiso asesinarle en la cuna: prestadme toda vuestra atención. Por orden de vuestro padre han quitado la guardia que había en la aduana de Portanferry, y la han hecho ir a Hazlewood, porque vuestro padre cree que los contrabandistas van a atacar esta noche su quinta. Nadie piensa en semejante cosa. Enviad cuanto antes, y sin el menor recelo, toda la tropa a Portanferry, que allí es donde hace falta. No estará ociosa esta noche; la luna verá relucir muchos sables y oirá muchas descargas.

—¡Dios mío!, ¿qué queréis decir? Vuestro acento, vuestras palabras podrían hacerme creer que estáis loca, y sin embargo veo que hay cierta ilación en vuestras ideas.

—No, no; no estoy loca; me han encarcelado por loca, me han azotado por loca, me han desterrado por loca, pero no estoy loca. Escuchadme, Carlos Hazlewood; ¿abrigáis algún resentimiento contra el hombre que os hirió?

—No por cierto. ¡Dios me libre!, ya tengo el brazo enteramente bueno, y siempre he estado persuadido de que la escopeta se disparó por mera casualidad. Mucho gusto tendría en decírselo a él en persona.

—Pues, seguid mi consejo y le haréis más bien que mal os ha hecho él a vos. Si le abandonan a sus perseguidores, mañana será un sangriento cadáver, o un hombre desterrado para siempre: pero hay un ser allá arriba. Haced lo que os digo; que vuelvan sin perder un momento los soldados, y nada temáis por la quinta de Hazlewood.

Y dicho esto, desapareció con su acostumbrada presteza.

Paréceme que la extraordinaria figura de aquella mujer y la mezcla de extravagancia y de entusiasmo que caracterizaba su lenguaje y sus acciones, rara vez podían dejar de producir la más viva impresión en todos aquellos a quienes se dirigía. Sus palabras, aunque incoherentes a veces, eran demasiado claras e inteligibles para una verdadera demente, y sin embargo había en ellas al mismo tiempo demasiado desbarajuste y sobrada vehemencia para que pudiese nadie considerarlas emanadas de una cabeza bien organizada. Parecía subyugada sobre todo por una imaginación encendida más bien que trastornada, y es indudable que estos casos producen un efecto muy diferente en el ánimo de los oyentes. Esto puede explicar cómo, sin dar absoluto crédito a sus medias palabras exaltadas y misteriosas, solían todos escuchar y aun seguir sus inspiraciones. De todos modos, es seguro que hizo al joven Hazlewood una viva impresión la repentina aparición de aquella mujer y el tono imperioso en que le había hablado. A fin de salir pronto de dudas metió espuelas a su caballo, y ya cubría la noche el horizonte cuando llegó a la quinta, donde vió confirmado lo que le había dicho la sibila.

Treinta caballos de dragones estaban junto al zaguán, completamente enjaezados, bajo la custodia de tres o cuatro soldados; los restantes se paseaban de arriba abajo por el patio de la quinta con botas de montar y arrastrando sus anchos sables. Hazlewood preguntó a un alférez de dónde venían.

—De Portanferry — respondió el militar.

—¿Y ha quedado allí algún piquete?

—No, señor; hemos venido aquí por orden de sir Roberto para defender su quinta, amenazada de un ataque de los contrabandistas.

Fué Carlos Hazlewood inmediatamente a buscar a su padre, y después de los primeros saludos de costumbre, le preguntó por qué razón había creído necesario llamar a su casa tanta fuerza armada. Sir Roberto le aseguró que en virtud de los informes, de las noticias, de las comunicaciones que había recibido, que le habían llegado, tenía los más poderosos motivos para presumir, creer, estar convencido de que aquella noche debía intentar, dirigir, efectuar un ataque contra la quinta de Hazlewood una cuadrilla de contrabandistas, de gitanos, de malhechores.

—¿Y qué motivo puede, padre mío, dirigir la saña de esas gentes contra nuestra quinta, más bien que contra cualquiera otra de las cercanías?

—Me parece, supongo, imagino — repuso sir Roberto —, con toda la deferencia debida a sus luces, a tu sensatez, a tu experiencia, que esa canalla prefiere probar fortuna atentando contra las personas más principales e importantes por su clase, su nacimiento, sus riquezas, y que más han contribuído a castigar, reprimir y escarmentar sus demasías, sus delitos, sus crímenes.

El joven Hazlewood que conocía la manía de su padre, respondió que su sorpresa no nacía del motivo a que sir Roberto la atribuía, pero que no concebía que hubiese hombres bastante insensatos para pensar en dirigir un ataque contra una quinta donde había una multitud de criados, y que a la primera señal se apresurarían a socorrer todos los habitantes de las cercanías; añadió que temía que quedase esta cierto punto comprometida la reputación de los Hazlewood por haber llamado en su auxilio un refuerzo militar, separándole de su deber en la casa de aduanas, como si no fueran capaces de defenderse a sí mismos; y aun le dió a entender que si resultaba luego, como era posible, que aquella precaución había sido inútil, sus enemigos de su casa podían tomar pie de esta circunstancia para ponerlos en ridículo con mil necios sarcasmos.

Esta última idea fué la que más mella hizo en el ánimo de sir Roberto, quien, como todo hombre de corto entendimiento, nada temía tanto como que le pusieran en ridículo. Quedó pensativo un momento, y con una confusión mal disfrazada bajo la capa del orgullo, afectando despreciar la opinión pública, que respetaba sin embargo escrupulosamente.

—Yo creía, no lo niego — dijo a su hijo —, que la injuria hecha ya a mi casa en tu persona, la persona del heredero, del representante, faltando yo, de la familia de Hazlewood, bastaría para justificar suficientemente a los ojos de la mayor, más sana y más respetable parte de la población, una medida cuyo objeto es impedir, precaver, evitar la repetición de semejante ultraje.

—Pero vos olvidáis, padre mío, lo que tantas veces os tengo dicho, y es que mi herida fué puramente casual.

—No, señor, no fué casual; pero el señorito quiere saber más que los hombres que peinan canas.

—Sin embargo, como es un asunto que me concierne tan directamente...

—No, señor, no os concierne sino muy secundariamente, o por mejor decir, no os concierne poco ni mucho, si se considera que sois un botarate que se complace en contradecir a su padre; pero concierne e interesa a la nación, ¿oís?, al condado, ¿me entendéis?, al público, ¿oís?, a todo el reino de Escocia, en cuanto el honor de la familia de Hazlewood se halla comprometido, injuriado, puesto en peligro por vos, en vos, causa de vos. En fin, ya está puesto el reo a buen recaudo y Mr. Glossin ...

—¡Glossin!

—Sí, señor, el caballero que ha comprado la quinta de Ellangowan; supongo que ya sabéis a quién quiero decir.

—Sí, padre mío — respondió el mancebo —, y confieso que no esperaba oiros citar semejante autoridad. ¡Un truhán, cuya bajeza y vil codicia son el escándalo de cuantos le conocen, a quien tengo por bicho de malísima especie! ¿Y desde cuándo acá dais a ese pajarraco el título de caballero?

—La verdad es, Carlos, que yo no doy aquí a la palabra el sentido propio, genuino y riguroso en que exacta, regular y legítimamente debe emplearse; antes bien, sólo la empleo relativamente para indicar el estado, la situación, a que ha logrado, conseguido subirse, encaramarse..., quiero decir para designar una especie de persona... decente..., rica..., apreciable...

—Permitidme que os pregunte, padre mío, si ese destacamento ha venido de Portanferry por orden suya.

—No creo yo que Mr. Glossin sea hombre para tomarse la libertad, no digo de dar órdenes, mas ni aun de emitir una simple opinión, a menos de que le consulten, en un negocio en que la quinta de Hazlewood y la casa de Hazlewood — entiendo por la primera la casa-habitación, el edificio material en que tiene establecida su residencia mi familia; y por la segunda, figurada, metafórica y parabólicamente, la familia misma —; en un negocio, digo, en que la quinta de Hazlewood y la casa de Hazlewood están directamente interesadas.

—Presumo, sin embargo, que siempre habrá aprobado esa medida.

—Me ha parecido regular, conveniente, oportuno, consultarle como el magistrado más inmediato, apenas he recibido la noticia del premeditado ultraje, aunque por efecto de las consideraciones, miramientos, deferencia y respetos que tiene a la distancia que nos separa, no ha creído deber firmar la orden conmigo, si bien ha aprobado altamente mis precauciones.

FORTALEZA

Fué bueno, es decir, fuerte, bastante fuerte para no mentir. — BARRETT.

EL OTRO INVENTO

Un señor se presenta ante un director de teatro y le ofrece la patente de un extraordinario invento para casos de incendio.

—Con mi sistema —le dice—, su sala de espectáculos puede ser evacuada en cinco minutos.

A lo que el director, meditabundo, contestó:

—¿No tendría usted otro invento para llenarla primero?



Oyóse en aquel momento a muy corta distancia el galope de un caballo; casi en el mismo instante se abrió la puerta y entró en la estancia Mr. Mac-Morlan.

—Dispensad, sir Roberto, si me presento en vuestra quinta tan de sopetón, pero...

—Séame lícito haceros observar, Mr. Mac-Morlan — interrumpió sir Roberto con afable gravedad —, que obligándoos vuestro carácter de sustituto del sheriff de este condado a velar por su seguridad, y que siendo sin duda vuestro ánimo coadyuvar en persona a la defensa de la quinta de Hazlewood, tenéis un derecho seguro, evidente e incontestable a entrar sin previo aviso en casa del primer noble de Escocia, dado siempre, por supuesto, que lo hacéis en el desempeño de los deberes de vuestro empleo.

—Seguramente — dijo Mac-Morlan que aguardaba con impaciencia el momento de poder hablar — mi deber me trae a vuestra quinta.

—¡Seáis muy bien venido! — dijo el *baronet* haciéndole un nuevo saludo.

—Pero permitidme que os diga, sir Roberto, que no vengo con intención de detenerme, sino con el objeto de hacer que vuelvan esos soldados a Portanferry, saliendo yo responsable de que vuestra quinta no corre ningún peligro.

—¡Que vuelva la guardia a Portanferry! — exclamó sir Roberto con una mezcla de sorpresa y de disgusto —; ¡y vos respondéis de que mi quinta no corre ningún peligro! ¿Y quién sois vos, caballero — permitidme que os lo pregunte —, para que acepte yo vuestra fianza, vuestra caución, vuestra garantía, ya sea personal, ya oficial, de la seguridad de mi casa? Yo creo, caballero yo presumo, yo me imagino, que si uno solo de esos retratos de familia padeciese el menor deterioro, la menor injuria, la más leve ofensa, difícil os sería reparar ese daño, a pesar de la garantía que tenéis la bondad de ofrecerme.

—Si eso sucediera, sir Roberto, yo lo sentiría en el alma, pero espero que no tendré la pesadumbre de haber sido causa de tan irreparable daño; pues puedo aseguraros que ningún peligro corre la quinta de Hazlewood, y he recibido informes que me autorizan a sospechar que sólo se han hecho correr esas voces con el objeto de separar de Portanferry el destacamento destinado a la defensa de la aduana. La convicción que de esto tengo me impone el deber, en calidad de sheriff y jefe de la policía, de mandar que esa fuerza o a lo menos la mayor parte de ella, vuelva inmediatamente a su destino; y siento mucho que una ausencia momentánea me haya impedido acudir aquí antes, pues no podremos ya llegar sino muy tarde a Portanferry.

Como Mr. Mac-Morlan era el magistrado superior y manifestaba, sin rodeos, su firme resolución de hacer uso de sus derechos, el *baronet*, aunque algo picado, sólo pudo decirle:

—¡Muy bien, caballero, muy bien! Llevaos todo el destacamento; no quiero que quede ni un solo hombre; nosotros sabremos defendernos. Pero tened la bondad de observar, caballero, que obráis por vuestra cuenta y riesgo, bajo vuestra responsabilidad directa, inmediata, absoluta, si sucede el menor percance a la quinta, a los que la habitan o aun a cualquiera de los objetos que contiene.

—Ruégoos que estéis bien convencido, sir Roberto, de que obro como creo que exige mi deber y en conformidad a las noticias que he recibido. Dispensadme si gasto tan pocas ceremonias, pues verdaderamente no podemos perder un momento.

Pero sir Roberto, sin dignarse oír sus disculpas, empezó a ocuparse inmediatamente con mucho aparato, en armar a todos sus criados y en señalarle su puesto a cada uno. De buena gana hubiera ido su hijo acompañando al destacamento que se volvía a Portanferry, y que ya se disponía a ejecutar las órdenes de míster Mac-Morlan, pero su padre se hubiera ofendido, y con razón, de que le abandonara en un momento en que se esperaba sostener un sitio en regla. Contentóse, pues, con un disgusto que apenas podía disimular, con ver desde un balcón los preparativos de marcha que hacía el piquete hasta que hubo dado el comandante la voz de "¡cuatro en fondo, sobre la derecha, al trote, marchen!" Pronto desapareció la tropa entre los árboles del camino y se perdió en la distancia el ruido de las pisadas de los caballos.

CAPITULO XLVIII

Con trancas
Y palancas
Las puertas derribamos,
Y en seguida allanamos
La prisión
De Kinmón.

Antigua balada de las fronteras.

Volvamos ahora a Portanferry, donde hemos dejado a Bertrán y su buen amigo Dinmont, inocentes habitantes de una mansión destinada al crimen. El sueño del labrador fué el más sosegado posible, pero Bertrán se despertó a cosa de las doce de la noche y no pudo, por más que hizo, volver a sumergirse en un dulce olvido de todas las penas. Además de los disgustos y naturales zozobras de su ánimo, sentía una inexplicable desazón, una especie de opresión de pecho, que provenía en parte de lo poco y mal ventilada que estaba la pequeña

estancia en que se hallaba. Después de haber soportado por un buen rato la incomodidad que le ocasionaba aquella densa atmósfera, levantóse para abrir la ventana y respirar un aire más puro, pero desgraciadamente la primera tentativa que hizo le recordó que estaba en una cárcel, y le convenció de que se habían tomado las medidas necesarias, no para la comodidad de los presos, sino para prevenir toda tentativa de evasión. Por más esfuerzos que hizo, no pudo abrirla.

Afligido por este inesperado contratiempo, se quedó junto a la ventana, donde Wasp, bien que rendido de la caminata del día anterior, fué a hacerle compañía y a manifestarle con suaves aullidos y frotando contra las piernas de su amo su velludo cuerpo, el placer que tenía en volverle a ver. Acompañado, pues, de su fiel zarcero y esperando a que se calmase la desazón que sentía y le permitiese conciliar de nuevo el sueño, continuó Bertrán junto a la ventana mirando el mar.

Estaba a la sazón subiendo la marea, cuyas recias oleadas iban a estrellarse con ímpetu en el baluarte que defendía por la parte de la playa el edificio de la aduana. A lo lejos, a la incierta luz de la luna, velada a veces de una transparente gasa de nubes, veía el preso alzarse, revolverse y mezclarse unas con otras las inmensas olas del océano.

—¡Terrible y magnífico espectáculo! — decía Bertrán entre sí —; así desde mi primera infancia ha agitado el destino mi tempestuosa vida. ¿Cuándo saldré de este estado de inseguridad y dudas? ¿Cuándo lograré gozar de un feliz sosiego en el que pueda cultivar en paz, sin temores ni zozobras, las artes de que a pesar mío me han separado los continuos azares de mi vida? Dicen que la fantasía descubre en el sordo murmullo de las olas del océano, la voz de las Nereidas y de los Tritones; ¿por qué no he de ver yo alzarse del fondo de los mares alguna sirena o algún Proteo que venga a revelarme los misterios de la extraordinaria suerte que me persigue?... ¡Feliz amigo — añadió volviendo los ojos a la cama en que dormía como un tronco el robusto Dinmont —, tus cuidados no salen del estrecho círculo de una ocupación útil a tus intereses y a tu salud! ¡Feliz amigo, tú puedes olvidarlos cuando quieres, y gozar las dulzuras de un descanso a que te ha preparado el trabajo de todo el día!

Cortó en aquel momento el hilo de sus reflexiones el perrillo Wasp, empezando de repente a arañar la pared debajo de la ventana con las patas delanteras y a ladrar con toda su fuerza. Llegaron sus ladridos a oídos de Dinmont, pero sin disipar la ilusión del sueño que le había transportado a sus verdes colinas.

—¡Búscale, Yarrow; por allí, búscale! — murmuraba entre dientes creyendo sin duda hablar al perro de su rebaño y azuzándole contra alguna intrusa alimaña. A los continuos ladridos del zarcero respondió con otros algo más estrepitosos el mastín que, según costumbre, estaba suelto en el patio, y que hasta entonces había guardado un profundo silencio, sólo interrumpido por alguno que otro largo aullido que lanzaba al asomar la luna entre las nubes. En el momento presente sus ladridos eran cada vez más penetrantes y rabiosos, y parecían excitados por otra causa que por la voz de Wasp, que había dado el primero la señal de alarma, pero a quien su amo había ya logrado reducir, no sin trabajo, a un sordo gruñido de descontento.

Observando con suma atención, creyó Bertrán divisar una lancha en el mar y oír mezclado al bramido de las olas, el eco de algunas voces humanas y un lejano batir de remos.

—Serán algunos pescadores rezagados — dijo entre sí —, o acaso algunos contrabandistas de la isla de Man; preciso es que sean muy osados para acercarse tanto a la aduana, donde forzosamente ha de haber centinelas. Pero no; esa lancha es muy grande y lleva muchos remeros, por lo que es muy probable que pertenezca al resguardo.

Confirmóle en esta última opinión al ver que se detenía la lancha junto a un muelle inmediato a la aduana, donde desembarcó la tripulación en número de veinte hombres, dirigiéndose inmediatamente por un estrecho pasadizo que separaba la casa de aduanas de la cárcel, donde Bertrán los perdió de vista. Sólo dos quedaron cuidando de la lancha.

El ruido de los remos primeramente y luego las voces de aquellos hombres era lo que había excitado la cólera del vigilante centinela del patio de la cárcel, cólera que exhalaba el animal en ladridos tan tremendos y repetidos que llegó a despertar con ellos a su amo, más brutal aun que el mismo mastín. Asomóse a la ventana y empezó a gritar:

—¿Qué es eso, Tearum? ¿Quieres callar, condenado? ¡Mal rayo te parta, amén!

Pero no cesaron por eso los ladridos del perro, que impidieron al carcelero oír las señales de peligro que quería anunciar el feroz guardián. Afortunadamente la mujer del cerbero bípedo tenía mejores oídos que su marido; también ella se había asomado a la ventana.

—A ver si bajas corriendo, gaznápiro, y sacas al perro a la calle — le dijo —; están derribando la puerta de la aduana, y el viejo Hazlewood se ha llevado la guardia; pero no tienes más corazón que una gallina.

Y esto diciendo se disponía a ejecutar por sí misma lo que aconsejaba a su marido, el cual, más atento a prevenir toda insurrección de puertas adentro que cuidadoso de lo que pasaba por fuera, fué de calabozo en calabozo a ver si estaban recogidos todos los presos.

Pasaban estas escenas hacia la parte de la calle, de modo que sólo muy confusamente pudo oír Bertrán el rumor que ocasionaron, pues su cuarto, como ya hemos dicho, estaba situado a espaldas del edificio por el lado frontero al mar. Oyó, sin embargo, cierto bullicio que no estaba muy en armonía con el silencio habitual de una cárcel, pasadas las doce de la noche, lo que unido a la llegada, al parecer clandestina, de una lancha armada a semejante hora de la noche, le hizo suponer que debía pasar algo extraordinario en la casa. En esta persuasión dió un golpecito a Dinmont en el hombro para despertarlo.

—¡Eh!, ¡ay!, ¡hola! ¿Qué es eso, Ailie? — dijo el montañés restregándose los ojos —; todavía no es hora de levantarse, mujer.

Despertándose luego del todo, se acordó del sitio en que se hallaba, se pasó la mano por la cara y dijo a Bertrán:

—¿Qué hay, qué hay de nuevo? ¿Ocurre algo?

—Lo que hay, amigo mío, yo no lo sé — repuso Bertrán —, pero o hay fuego en la casa o todo anda aquí en revolución. ¿No oís un ruido de puertas y de cerrojos y esas voces confusas?... Por fuerza hay algo. Levantaos por vida vuestra y estemos alerta.

A la sola idea del peligro levantóse Dinmont tan animoso e intrépido como sus antepasados cuando veían brillar en las montañas las hogueras de alarma.

—¡Cuidado, capitán, que no tiene el diablo por dónde dejar esta maldita casa, de donde no se puede salir de día y donde no se puede dormir de noche! ¡Trabajo le mando al que resista aquí quince días! ¡Qué alboroto! Si a lo menos tuviéramos luz... Silencio, Wasp, que no nos dejas oír... ¿Quieres callar?

En vano buscaron entre la ceniza alguna ascua con que encender la vela, y continuaba entretanto el ruido cada vez mayor. Asomóse entonces Dinmont a la ventana.

—¡Venid, venid corriendo, capitán — le dijo —; el diablo me lleve si no han asaltado la aduana!

Llegóse Bertrán a la ventana y vió en la playa un tropel de contrabandistas, algunos de los cuales tenían en las manos teas encendidas; otros llevaban a cuestas fardos y barricas que descargaban en el barco amarrado al muelle, junto al cual había además, amarrados también, otros dos o tres botes.

—Eso no tiene mucho que discurrir — dijo Bertrán —, pero temo algo peor. ¿No notáis un fuerte olor de humo, o existe sólo en mi imaginación?

—¿En vuestra imaginación? Pues si parece que estamos en un horno. ¡Diablo! Si está ardiendo la aduana, por vida mía que estamos como queremos; maldita la gracia que me haría el que nos achicharráramos aquí como un par de hechiceros. ¡Eh! ¡Mac-Guffog! — gritó dando a su estentórea voz toda la extensión de que era capaz —; ¡eh!, abre, Mac-Guffog...

Empezaban ya a brillar algunas llamaradas y densas mangas de humo se elevaban a bastante altura sobre el nivel de la ventana a que estaban asomados Bertrán y Dinmont. A veces, según los caprichos del aire, un espeso vapor le ocultaba todo a su vista; a veces un resplandor rojizo iluminaba de repente la costa y el mar y les mostraba una multitud de hombres de extraños y feroces aspectos, que se ocupaban en cargar el barco con suma presteza. Venció, en fin, todos los obstáculos la violencia del incendio y empezó a brotar en torrentes de llamas por todos los boquetes del edificio, mientras que impelidos por el viento iban los materiales inflamados a estallar en millares de chispas sobre las tapias y los techos de la cárcel, cubriendo todos los alrededores de una inmensa humareda. A cada instante aumentaban el desorden y la gritería, porque todo el populacho del lugar se había unido a los contrabandistas vencedores, por natural simpatía hacia ellos y por no menos natural amor a la confusión y al saqueo.

Bertrán empezó a estar seriamente inquieto por sí y por su fiel compañero. Era imposible salir de la cárcel, y todo anunciaba además que el carcelero y su mujer habían desertado de su puesto y abandonado a los infelices presos a las llamas que los amenazaban.

Oyóse entonces un nuevo ataque dirigido contra la puerta de la cárcel, que pronto acabó por ceder a los repetidos hachazos que llovían sobre ella. El carcelero y su mujer se habían fugado, en efecto; los dependientes entregaron sin resistencia todas las llaves y los contrabandistas fueron sucesivamente soltando a todos los presos, que se agregaron a sus libertadores con grandes muestras de algazara.

En medio de aquella baraúnda, llegaron al cuarto en que estaban cerrados Bertrán y Dinmont, tres o cuatro de los principales contrabandistas, armados de sables y pistolas, y llevando algunos de ellos hachas encendidas.

—Aquí está nuestro hombre — dijo uno que parecía el jefe de los demás, indicando a Bertrán. Asiéronle inmediatamente los otros dos, cada uno por un brazo, mientras uno de ellos le decía al oído con mucho misterio:

—No hagáis ninguna resistencia hasta llegar a la calle.

El mismo individuo halló medio de decir a Dinmont con disimulo:

—Seguid a vuestro amigo, y ayudadle cuando sea tiempo.

Obedeció Dinmont sin replicar palabra, y siguió a los dos contrabandistas, quienes, sin soltar a Bertrán, le hicieron bajar la escalera, atravesar el patio, que se hallaba completamente iluminado por el resplandor del incendio, y le llevaron a la estrecha callejuela a que daba la puerta de la cárcel, y en la que todo ofrecía el espectáculo de un completo desorden, en el que forzosamente tenían que separarse unos de otros los contrabandistas.

—¡Truenos y rayos!, ¿qué es esto? — exclamó el que iba delante de los dos que llevaban cogido a Bertrán —. Cuidado con que se escape; acercaos a mí.

Pero mientras el que esto decía apretaba el paso, los otros dos se iban insensiblemente alejando de él.

Oyóse en el mismo instante un sonido semejante al que produce un piquete de caballería cargando a galope, incidente que no hizo más que aumentar el desorden y el tumulto en que ya hervía la callejuela; unos huían en una dirección, otros corrían en la contraria para

edir el paso a la tropa, y al mismo tiempo se
nió al bullicio de la calle un formidable acom-
pañamiento de tiros y de sablazos.

—Ahora — dijo a Bertrán su protector incóg-
nito —, desembarazaos de ese otro, y seguidme.

Bertrán, desplegando a tiempo y con buen
éxito el vigor de que le había dotado la natu-
raleza, fácilmente se desasió de manos del que
tenía agarrado por el brazo derecho. Echó
mano al cinto el contrabandista para coger una
pistola, pero cayó en el mismo instante al suelo
sin sentido bajo un tremendo puñetazo que le
descargó Dinmont en la cabeza, puñetazo a que
no hubiera resistido un buey.

—Apretad el paso — le dijo su misterioso
amigo, y en un momento se internaron los tres
en otra callejuela casi frontera a la puerta de
la cárcel.

Nadie pensó en perseguirlos, ni era posible
estando como estaban los contrabandistas harto
desagradablemente enredados con el destaca-
mento que acababa de caerles encima, condu-
cido por Mac Morlan, y que acaso hubiera lle-
gado a tiempo para impedir el saqueo y el
incendio de la aduana, si no hubiera recibido
el digno magistrado en el camino la falsa no-
ticia de que los contrabandistas debían des-
embarcar en la bahía de Ellangowan, lo que le
hizo perder cerca de dos horas. Sin temor de
pecar por poco caritativo, bien puede suponer
el lector que Glossin, interesado en el logro de
aquella intentona, y sabedor de que los sol-
dados habían salido de Hazlewood, había em-
pleado aquella estratagema para dar tiempo a
Hatteraick de despachar su comisión.

Seguía entretanto Bertrán a su conductor,
y a ambos los seguía Dinmont. La gritería de
los combatientes, los tiros, los sablazos, las car-
gas de caballería les zumbaban todavía en los
oídos, aunque cada vez con menos violencia,
cuando, al llegar al fin de la callejuela, halla-
ron una silla de posta con cuatro caballos.

—¡Eh!, en nombre del cielo, ¿estás ahí? —
dijo el guía al postillón.

—Aquí estoy — respondió Jack Jabos —, y
mejor quisiera estar en cualquiera otra parte.

—Pues abre al momento la portezuela. Su-
bid pronto, señores, y de aquí a pocos instantes
estaréis en seguridad. Y vos — dijo a Bertrán —
acordaos de lo que habéis prometido a la gitana.

Bertrán, decidido a dejarse conducir a ciegas
por el hombre que acababa de hacerle un ser-
vicio tan señalado, entró en el carruaje sin po-
ner el menor reparo; Dinmont le siguió con su
habitual resolución, y Wasp, que no se había
separado de ellos medio paso, se plantó también
de un brinco en el coche, y en el punto mismo
arrancaron los caballos a todo galope.

—¡Bendito sea Dios — dijo Dinmont —; va-
ya una aventura singular! Esperamos que todo
acabará a pedir de boca... ¿Pero qué va a ser
de mi pobre Dumple? Bien sabe Dios que me-
jor quisiera verme sobre sus lomos que metido
en el coche de un duque.

Bertrán le hizo observar que al paso que lle-
vaban era imposible que tardasen mucho en
mudar de caballos, y que en la primera parada
insistirían en no volver a ponerse en camino
hasta el amanecer, o en saber a lo menos adónde
los llevaban; y en fin, que en la posada o en el
sitio, cualquiera que fuese, en que parasen, po-
dría tomar Dinmont cuantos informes quisiese
acerca del paradero de su fiel cuadrúpedo, que
probablemente estaría muy quieto y muy tran-
quilo en la cuadra en que le había dejado.

—Bueno, bueno — dijo Dandy —. ¡Dios lo
quiera! ¡Ah!, si no estuviéramos en esta mal-
dita jaula con ruedas, ¡a fe que no nos llevarían
sino adonde quisiéramos ir!

Mientras de esta suerte platicaban, torció el
coche un recodo del camino, y vieron a lo lejos
Portanferry iluminado cada vez más por el
resplandor del incendio que, habiéndose comu-
nicado a un depósito en que estaban almacena-
dos muchos barriles de aguardiente, se alzaba
en altísimas columnas de brillante llama. No
pudieron admirar por mucho tiempo aquel
vistoso espectáculo, pues un segundo recodo
del terreno los hizo entrar en un camino an-
gosto cercado de espesas arboledas, en el que
continuó corriendo la silla de posta con la mis-
ma rapidez, a pesar de la profunda oscuridad
de la noche.

CAPITULO XLIX

Cantando y bebiendo
La noche se pasa;
Cuanto más se bebe,
Más el vino agrada.

BURNS. *Tom o Shanter.*

Vamos ahora a volver a Woodbourne, don-
de, como ya se acordará el lector, dejamos al
coronel en el momento en que acababa de dar
algunas órdenes a su criado y confidente Bar-
nes. Cuando volvió a reunirse con las señoritas,
llamó mucho la atención de éstas la especie de
inquietud que se veía pintada en su semblante;
pero Mannering no pasaba por expansivo, y ni
aun las personas a quienes más amaba se hubie-
ran atrevido a preguntarle la causa de los cui-
dados que evidentemente le agitaban. Llegó la
hora de tomar el té, y mientras estaban tomán-
dole en silencio, paróse un coche a la puerta
y anunció la campanilla una visita.

—Todavía no puede ser él — dijo Manne-
ring —, aun faltan algunas horas.

Un momento después abrió Barnes la puerta
del salón, y anunció a Mr. Pleydell. Una casaca
negra bien cepillada, una peluca empolvada con
todo esmero, unos delicados vuelos de encaje,
unos zapatos bien lustrosos con sus correspon-
dientes hebillas de oro, anunciaban que el señor
letrado se había preparado para salir con luci-
miento de aquella visita. Apretóle Mannering
la mano cordialmente diciéndole:

—Bien sabe Dios que sois la persona a quien
más deseaba ver en este momento.

—Ya os dije que aprovecharía la primera
coyuntura favorable para venir a veros — res-
pondió el abogado —, y al fin me he resuelto
a dejar el tribunal por una semana, sacrificio
no despreciable; pero tenía mis barruntos de
que mi presencia podría ser aquí de algún pro-
vecho, y necesitaba además recoger ciertos in-
formes... Pero, ante todas cosas, ¿no me pre-
sentáis a esas damas? ¡Ah! aquí hay una a
quien al instante hubiera reconocido sólo por
el aire de familia. Miss Bertrán, ¡qué placer
tengo en veros, hija mía!

Y, estrechándola en sus brazos, le dió un
beso en cada carrillo, que Lucy recibió con
resignación y modesto sonrojo.

—*No es posible pararse en tan buen camino*
— prosiguió alegremente haciendo el mismo
agasajo en las mejillas de Julia, a quien le pre-
sentó en seguida el coronel. Julia sonrió, se pu-
so colorada, y dió un paso atrás.

—Mil perdones os pido, señorita — dijo el
abogado —, pero la edad da ciertos privilegios,
y no podría decir en este momento si es más
lo que me pesa el tener hartos derechos para
reclamarlos, que lo que me gozo en poder
aprovecharlos de un modo tan lisonjero.

Y acompañó estas palabras de un saludo que
en nada se resentía de su grave profesión.

—A fe mía, caballero — dijo miss Mannering
—, que si dais tan corteses disculpas, acabaremos
por dudar que podéis prevaleceros de los pri-
vilegios a que pretendéis.

—Puedo asegurarte, Julia — repuso el coro-
nel —, que tienes mucha razón, y que mi amigo
Pleydell es hombre muy peligroso. La última
vez que tuve el gusto de verle, estaba encerra-
do con una hermosa dama, que le había dado
una cita a solas a las ocho de la mañana.

—Verdad es, amigo mío, pero deberíais añadir
que semejante favor, otorgado por mujer tan
respetable como mistress Rebeca, más bien iba
dirigido a mi chocolate que a mi mérito per-
sonal.

—Eso me hace pensar, Mr. Pleydell — dijo
Julia —, en ofreceros una taza de té, dado caso
de que ya hayáis comido.

—De vuestra mano, miss Mannering, todo lo
acepto yo — respondió el galán jurisconsulto —.
Sí, he comido, como se come en una posada
de Escocia.

—Es decir, muy mal — añadió el coronel alar-
gando el brazo hacia el cordón de la campani-
lla —. Permitidme que os haga servir un tente-
en-pie.

—A decir verdad, coronel, prefiero no tomar
nada. Ya he tomado yo mis disposiciones sobre
ese punto, pues mientras me estaba quitando
allá abajo las botas de camino, sobradamente
holgadas para mis pies — y esto dijo echando
una mirada de satisfacción sobre sus piernas,
de no mal parecer para su edad —, tuve un
breve coloquio con vuestro buen Barnes y con
una respetable dueña que me pareció una mujer
de provecho, y que tomé por vuestra ama de
llaves, y quedó decidido entre nosotros, *tota
res perspecta*... (todo bien considerado). Miss
Mannering me perdonará este latinajo...; que
se añadiría a la cena ordinaria un plato más
sustancioso, compuesto de un par de patos sil-
vestres. Les he manifestado, por supuesto que
con toda la sumisión debida, mis pobres ideas
acerca de la salsa con que convendría adere-
zarlos, y, si no lo lleváis a mal, aguardaré a
que estén corrientes para satisfacer mi apetito.

LOS SOLTEROS SE LIBERAN



Todos aquellos hombres decididos a librarse de las mujeres, que emprendieron la "fácil" tarea de aprender a tejer para bastarse a sí mismos, fueron desertando uno a uno, vencidos por el vano esfuerzo de lograr dar forma al conjunto de puntos que debía componer un *sweater*. Al ver cada uno de ellos que al final de cada trabajo la prenda que tenía en sus manos parecía cualquier cosa menos un *sweater*, se desesperaba, tiraba todo a los cuatro vientos y se iba lanzando improperios contra las agujas y los hilos de lana. Los hemos seguido en sus depresivas tentativas. Ahora vemos al último, al más valiente y constante, que se propuso reparar y enderezar los trabajos de sus compañeros "cobardes"; al cabo de improbos malabarismos resolvió también abandonar el campo; en la foto aparece llevando un montón de restos informes de aquellos malhadados tejidos; se dirige al tacho de la basura.

PINCELITO PURAPOSE — BOOMERANG — **Por DOMINGO VILLAFAÑE**



—En este caso, anticiparemos la hora de la cena — dijo el coronel.

—Acepto, con tal que no por eso pierda yo un momento antes la compañía de estas señoritas. Yo pienso absolutamente como mi antiguo amigo Burnet (lord Monboddo); me gusta la *cœna* de los antiguos, deliciosa reunión cuya cordial alegría ahuyenta los cuidados que han acumulado en el ánimo las ocupaciones del día.

La vivacidad de Mr. Pleydell, su natural buen humor, la franqueza con que confesaba sus flaquezas epicúreas, divirtieron infinito a las señoritas, y en particular a miss Mannering, que no dejó de prodigarle un solo instante las más delicadas atenciones. Dijéronse de esta suerte por una y otra parte, mientras tomaban el té, más cosas buenas de las que tenemos tiempo para repetir aquí.

Después de tomado el té, cogió Mannering al abogado del brazo y se lo llevó a un gabinetito contiguo al salón, donde todas las noches había luz y buena lumbre.

—Veo — dijo Pleydell — que tenéis algo que decirme relativo a la familia Bertrán. Vaya, ¿y qué noticias tenemos? ¿Vienen del cielo o de la tierra? ¿Qué dice mi militar Albumazar? ¿Habéis calculado el curso de los astros, consultado vuestras efemérides, vuestro Almochoden, vuestro Almisten?

—No por cierto, y vos sois el único Ptolomeo a quien pienso recurrir en esta ocasión; nuevo Próspero, he roto mi varita de virtudes y tirado mi libro cabalístico a un abismo demasiado profundo para que me sea posible bajar a sacarle, pero tengo grandes novedades que anunciaros. Meg Merrilies, nuestra sibila gitana, se ha aparecido hoy a Dominus y parece ser que nuestro pobre amigo ha pasado no pequeño susto.

—¿De veras?

—Mucho que sí. Habéis de saber, además, que la gitana me ha hecho el honor de entablar una correspondencia conmigo, persuadida sin duda de que soy siempre el profundo astrólogo que creyó ver en mí cuando tuvimos nuestra primera entrevista. Ahí tenéis su carta, que me ha traído Dominus.

Púsose Pleydell sus anteojos.

—¡Jesús, y qué garabatos! — dijo —, y sin embargo las letras tienen una pulgada de longitud y en lo tiesas y perpendiculares parecen chuletas de lechón asadas. A duras penas podré descifrarlas.

—Leed en alta voz.

—Vamos a probar.

"Sabéis buscar, pero no sabéis hallar: sostenéis una casa que amenaza ruina, pero no sabéis que va a rejuvenecer. Prestad la mano a la obra comenzada, como habéis prestado atención al destino que estaba entonces muy lejano. Haced que esté apostado esta noche un carruaje al fin de la calle de Crooked-Dykes, en Portanferry y que lleven a Woodbourne a los que digan al postillón: —¡Eh!, en nombre del cielo, ¿estás ahí?"

—Calle, y ahora sigue un trocito de poesía:

Huirá la sombra eclipsada
Y la razón triunfará,
Con el derecho y la espada
Cuando a Ellangowan Bertrán volverá.

Carta misteriosa es por cierto y que acaba con versos dignos de la sibila de Cumes. ¿Y qué habéis hecho?

—¿Qué queréis que os diga? He temido malograr la ocasión de aclarar algún tanto ese enmarañado negocio. Esa mujer, sin embargo, parece algo tocada de la cabeza, y toda esa charla sólo será probablemente efecto de una imaginación visionaria; pero creo haberos oído decir que estabais persuadido de que sobre este asunto sabe más de lo que nunca ha querido declarar.

—Y según eso, habéis enviado el carruaje al sitio indicado.

—Acaso os reiréis de mí si os digo que sí.

—¿Yo? No por cierto; era lo mejor que podíais hacer.

—Lo mismo he creído yo — respondió Mannering, muy contento de que su amigo no se burlase de su credulidad como temía —, y todo lo que arriesgo es pagar el alquiler del coche inútilmente; he enviado una silla de posta con cuatro caballos de Kippletringan, con instrucciones conformes al tenor de la carta. Si el anuncio sale falso, pasarán los caballos un buen plantón y un frío muy regular.

—No lo creo. Esa mujer es como un actor que acaba por creerse de buena fe el personaje que representa, y aun suponiendo que en lo general no se haga ilusión a sí misma sobre sus imposturas, es posible que en esta ocasión tome a pecho el sostener el carácter del papel de que se ha encargado. Lo que puedo decir es que cuantos medios de sacar la verdad puede emplear un magistrado, otros tantos empleé yo con ella en los varios interrogatorios que le hice pasar, y que todo fué inútil. Dejémosla, pues, seguir el camino que más le convenga, para ver si así podemos en fin descubrir algo. Y ahora, ¿tenéis algo más que decirme o vamos a reunirnos con esas señoritas?

—Os aseguro que estoy en brasas y que... pero no, nada más tengo que deciros, sólo que contaré los minutos hasta que vuelva la silla de posta. Seguramente vos no tendréis la misma impaciencia...

—En efecto..., es probable..., la costumbre lo hace todo... Ciertamente me tomo mucho interés por ese asunto; pero me siento con ánimo para aguardar su resultado con paciencia, si esas señoritas quieren tocar o cantar alguna cosilla.

—Y con ayuda de los patos silvestres, ¿no es esto? — añadió Mannering.

—No lo niego, coronel. La inquietud de un abogado por el éxito de la causa más importante, rara vez es tal que llegue a turbar su sueño o su digestión; y con todo, confieso que tendré sumo placer en oír la llegada del coche.

Levantóse, dicho esto, y pasó al salón, donde miss Mannering, a instancias suyas, acompañó con el arpa la melodiosa voz de Lucy Bertrán, y ejecutó en seguida con primor algunas sonatas de Scarlatti. Nuestro abogado, que rascaba un poco el *violoncello*, y era miembro de la sociedad filarmónica de Edimburgo, pasó un rato tan agradable, que no se acordó de los patos silvestres hasta que anunció Barnes que la cena estaba en la mesa.

—Diréis a mistress Allan que cuide de reservar un par de platos — dijo el coronel —. Espero..., es decir, puede ser que venga alguien esta noche; haréis que nadie se acueste en casa y que no se cierre la reja hasta que yo lo mande.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Pues a quién aguardáis ya a tales horas?

—Unos sujetos... a quienes no conozco... me han enviado a decir que acaso vendrían esta noche a hablarme de un negocio..., pero no es seguro que vengan.

—Pues ciertamente no les perdonaremos que vengan a turbar nuestra reunión, a menos que nos traigan tanta amabilidad y buen humor como mi amigo y admirador Mr. Pleydell, pues él mismo se ha dado este título.

—¡Ah, miss Julia! — dijo Pleydell ofreciéndole la mano con suma galantería para acompañarla al comedor —, tiempo fué... cuando volví de Utrecht el año de 1738...

—No habléis de eso — respondió Julia —; os preferimos cual sois ahora. ¡Utrecht, Dios mío! Estoy segura de que desde entonces sólo os habéis ocupado en borrar los vestigios de vuestra educación holandesa.

—Nada de eso, miss Mannering; en punto a galantería, los holandeses son mucho más cumplidos de lo que se imaginan sus vecinos, naturalmente más superficiales. En primer lugar, son exactos en sus rendimientos como la campana de un reloj.

—¡Qué fastidio!

—Su paciencia es imperturbable.

—De peor en peor.

—En fin, después que vuestro adorador ha, por espacio de seis veces trescientos sesenta y cinco días, estado arreglándoos el chal sobre los hombros, poniéndoos el braserillo bajo los pies, conduciendo vuestro trineo sobre el hielo en invierno y vuestro carricoche sobre el polvo en verano, podéis de repente, sin motivo, sin pretexto ninguno, al cabo de dos mil cientos noventa días, que, según un cálculo hecho a la ligera y sin tomar en cuenta los años bisiestos, completan ese espacio de tiempo, darle de la noche a la mañana carta de pago, o como si dijéramos, enviarle con la música a otra parte, sin tener el menor cuidado por el efecto que podrán producir vuestros desdenes en el calmoso corazón de *Meinhère*.

—¡Bravo!, eso completa el elogio de los holandeses. ¿No sabéis que los corazones y el cristal perderían todo su mérito si perdieran su fragilidad?

—En cuanto a eso, miss Mannering, tan difícil es hallar un cristal que no se quiebre como un corazón que desesperen los rigores; y aun por eso insistiría yo sobre el valor del mío, si no estuviera viendo a Mr. Sampson, que con los ojos bajos y las manos cruzadas, aguarda el fin de nuestra charla para echar la bendición. Además, sea dicho en honor de la verdad, los patos tienen una traza de las más apetitosas.

Esto diciendo sentóse el abogado a la mesa y suspendió por un momento sus cortesanías para hacer honor a los manjares que tenía delante.

Era tal entretanto la impaciencia del coronel, que ni aun había querido sentarse a la mesa, alegando por pretexto que no tenía costumbre de cenar; paseándose por la estancia sin parar un momento, acercábase a cada instante a

ventana y se ponía a escuchar con suma atención. En fin, no pudiendo resistir a la inquietud que le agitaba, tomó su levitón y su sombrero y fué hasta la reja del parque, como si creyera acelerar de este modo la llegada del carruaje que aguardaba.

—No quisiera yo — dijo miss Bertrán — que saliese solo por la noche el coronel. ¿Sin duda tendréis noticias, Mr. Pleydell, del terrible susto que hemos pasado?

—¿A causa de los contrabandistas? ¡Oh! son antiguos amigos míos. A más de uno hice ahorcar cuando fuí sheriff de este condado.

—¡Y la pesadumbre que nos dió pocos días después la venganza de uno de aquellos miserables!

—¿Cuando fué herido el joven Hazlewood? Algo de eso he oído.

—¡Figuraos, amigo mío, cómo nos quedaríamos miss Mannering y yo, cuando vimos precipitarse de repente sobre nosotros un jayán con una facha!...

—Preciso es que sepáis, Mr. Pleydell — dijo Julia, incapaz de reprimir el despecho que le causaban los términos injuriosos en que hablaba Lucy de su amado —, que el joven Hazlewood es tan perfecto a los ojos de todas las damas de estos contornos, que comparado con él todo hombre se les figura un espantajo.

—¡Hola!, ¡hola! — dijo entre sí el abogado, que por profesión y por carácter no echaba en saco roto la particularidad más leve —, algún quecillo media entre mis dos amiguitas. Yo, miss Mannering — añadió en alta voz —, no he visto a Mr. Carlos Hazlewood desde que era niño, de modo que esas damas que decís pueden muy bien tener razón; pero lo que puedo aseguraros, por más que os pese, es que si queréis ver arrogantes figuras no tenéis más que ir a Holanda, volviendo a lo que decíamos antes. El hombre de mejor presencia que he visto en mi vida era un joven holandés, que tenía por más señas un nombre bastante bárbaro como Van Bost o Van Buster o cosa por este estilo. Seguramente no estará ya tan buen mozo como cuando yo le conocí.

Quedó Julia algo cortada, pero en el mismo instante entró el coronel, lo que impidió que reparasen en su turbación.

—Nada veo y nada oigo — dijo —, pero todavía no nos separamos, Mr. Pleydell. ¿Dónde está Dominus Sampson?

—Aquí estoy, Mr. Mannering.

—¿Y qué librote es ése que tenéis entre manos?

—Es el sabio Lyra. Desearía saber vuestra opinión, coronel, y la de Mr. Pleydell, si tiene bondad, sobre un paso cuyo sentido me parece dudoso.

—No estoy en vena, Mr. Sampson — dijo Pleydell —; tengo aquí un imán que me tira [...], y no pierdo la esperanza de lograr de estas señoritas que cantemos un dúo o un terceto en que yo haré el *bajo*. Al diablo el docto Lyra, amigo mío; guardadle para ocasión más oportuna.

Picado en lo vivo, cerró Dominus su enorme volumen, atónito allá en su interior de que un hombre tan erudito cómo Mr. Pleydell pudiera ocuparse en semejantes fruslerías; pero el abogado, indiferente a la pérdida de su reputación, después de haberse remojado la garganta con una copa de viño de Borgoña, y de hacer algunos gorgoritos con una voz que aun no habían despojado los años de todo su mérito, instó a las dos señoritas a que cantaran con él el terceto de

Estos eran tres pobres marineros...

cantó su parte a las mil maravillas.

—¿No teméis que con tanto velar se marchiten las rosas de vuestras mejillas, señoritas? — [dijo] el coronel.

—Nada de eso, papá — respondió Julia —. Nuestro amigo Mr. Pleydell nos amenaza para mañana con una gran discusión que piensa tener con Mr. Sampson, con que es preciso que aprovechemos esta noche nuestra conquista.

Cantaron en seguida otro terceto, y la conversación fué de las más animadas. En fin, mucho después de haber dado la una en los dos relojes de sobremesa que había en la sala, Mannering empezó a renunciar a la esperanza de ver llegar la silla de posta; y ya, después de haber sacado, para mayor seguridad, su reloj y visto que iban a dar las dos, había dicho: —Es inútil esperar — cuando en el mismo instante... Pero lo que sucedió entonces requiere un capítulo separado.

CAPITULO L

EL JUEZ. — ...Todo comprueba
Lo que la gitana ha dicho.
No eres un huérfano, no,
Sin parientes, sin amigos...
Yo soy tu padre: tu madre
Es ésa, y ése es tu tío...
¡Tus más cercanos parientes
Están ahí todos reunidos!

Acababa apenas Mannering de meterse el reloj en el bolsillo, cuando oyó a lo lejos un sordo rumor.

—Seguramente es un coche — dijo —, pero no; es el viento que silba entre los árboles. Mr. Pleydell, asomaos a la ventana.

El abogado, aunque engolfado a la sazón con Julia en una conversación que le iba interesando bastante, obedeció al coronel, después de haberse envuelto bien el cuello con su gran pañuelo de seda por miedo al sereno. Distinguíase ya perfectamente el sonido de las ruedas, y Pleydell, como si hubiera reservado toda su curiosidad para aquel momento, salió rápidamente al zaguán. Llamó el coronel a Barnes para que hiciese entrar en otra pieza a los recién llegados, no sabiendo aún quiénes podían ser; pero no se pudo ejecutar esta orden, porque mientras explicaba a Barnes su intento oyó a Pleydell exclamar:

—¡Calle! ¡Aquí está nuestro amigo de Charlies-Hope con otro perillán del mismo calibre!

Detuvo su voz a Dinmont, que reconociéndole con no menos placer que sorpresa:

—¡Loado sea Dios! — exclamó —; si por aquí anda vuestra merced, todo va bueno.

Pero mientras estaba parado el labrador para hacer su saludo, Bertrán, deslumbrado por la súbita claridad del salón y atolondrado aún por las extrañas circunstancias en que se hallaba y se había hallado toda la noche, casi sin saber lo que hacía, entró en el salón cuya puerta había quedado abierta, y se encontró cara a cara con el coronel, que precisamente en aquel momento salía a recibirlos. Mannering reconoció a Bertrán al instante, y quedó un poco cortado al hallarse de repente en presencia de personas de quienes tan distante estaba de acordarse en aquel momento. El lector debe recordar que cada uno de los individuos presentes tenía motivos particulares para mirar como a una especie de aparición fantástica al joven Bertrán. Mannering veía en él al hombre a quien creía haber dado muerte en la India; Julia veía a su amante en una situación apurada y acaso peligrosa; Lucy Bertrán reconocía al que había herido a Carlos Hazlewood.

Bertrán, que interpretaba las fijas y atónitas miradas del coronel como una muestra del enojo que le causaba su llegada, se apresuró a decirle que su presencia en su casa era involuntaria, pues había sido llevado a ella sin saber adónde iba.

—Sois Mr. Brown, si no me engaño — dijo el coronel.

—Sí, señor — repuso el mancebo con modestia pero con firmeza —, soy el mismo a quien habéis conocido en las Indias, y que se atreve a esperar que la opinión que entonces pudisteis formar de él no debe serle un obstáculo para reclamar que le favorezcáis con vuestro testimonio como caballero y hombre de honor.

—Mr. Brown, rara vez..., nunca semejante

sorpresa... Seguramente, caballero, a pesar de lo que ha mediado entre nosotros, tenéis derecho de invocar mi testimonio si os es necesario para obtener justicia.

En aquel crítico momento entraron el abogado y Dinmont, y al ver el primero al coronel que aun no había vuelto en sí enteramente de su sorpresa, a Lucy Bertrán, en quien el terror tenía embargadas todas las potencias, y a Julia, que procuraba en vano disimular sus dudas y sus temores:

—¿Qué quiere decir todo esto? — exclamó —. ¿Trae ese joven en su mano la cabeza de la Gorgona? Veámosle... ¡Por Dios — dijo entre sí —, que es una viva imagen del difunto Ellangowan! Sí, el mismo continente varonil y las mismas nobles facciones, pero con un tanto más de expresión en el rostro... La gitana ha cumplido su palabra. — Y dirigiéndose en seguida a Lucy: — Miss Bertrán — le dijo —, mirad bien a ese mancebo; ¿nunca habéis visto a nadie que se le parezca?

No había echado Lucy más que una rápida mirada sobre el objeto de su terror, pero que había bastado para hacerle reconocer en él al supuesto asesino del joven Hazlewood, convicción que le impidió formarse de él una idea más ventajosa de la que se hubiera formado examinándole más detenidamente.

—¡No me habléis de él, Mr. Pleydell! — exclamó volviendo la cara —; ¡echadle de ahí por amor de Dios, si no queréis que a todos nos asesine!

—¡Asesinarnos! ¿Dónde andan las tenazas? — dijo el legista algo asustado —; pero ¡qué locura! Tres hombres somos aquí, amén de los criados, y sin contar a nuestro robusto Dinmont, que vale él solo por media docena; tenemos pues la *major vis* (la fuerza mayor) de nuestro lado. Con todo, Dandy o Davie o como os llaméis, ojo alerta sobre ese mozo, por si es preciso protejer a estas damas.

—¡Pues si es el capitán Brown! ¡El capitán!... ¿No le conocéis, Mr. Pleydell?

—No, pero si es amigo vuestro no hay que temer; sin embargo, no le perdáis de vista.

Pasó todo esto con tal rapidez que sólo tuvo tiempo Dominus para salir de una distracción y cerrar el libro que estaba leyendo en un rincón. Levantóse para reconocer a los recién llegados y no bien hubo visto a Bertrán, cuando exclamó:

—Si los muertos salen de sus sepulcros, el que estoy viendo es mi amado, mi respetable favorecedor.

—¡No lo dije, por vida mía! — exclamó el abogado — ¡bien seguro estaba yo de que no me engañaba: sobre que es un vivo retrato de su padre! Venid, coronel, ¿en qué pensáis que no dais la bienvenida a vuestro huésped?... Yo creo..., estoy seguro de que no me engaño: ¡en mi vida he visto tal semejanza! ¡Pero paciencia, Dominus, punto en boca! Señor forastero, sentaos.

—Dispensad, caballero; si estoy, como creo, en casa del coronel Mannering, desearía saber, ante todas cosas, si le ofende mi imprevista y, por mi parte, involuntaria llegada.

Hizo Mannering un esfuerzo para responder.

—¿Ofenderme?... Seguramente que no, sobre todo si podéis indicarme algún medio de serviros en algo. Creo haberos dado algún día motivos para estar quejoso de mí; muchas veces lo he sospechado, a lo menos, pero vuestra imprevista llegada ha despertado en mi corazón recuerdos tan dolorosos que no he podido has-

ta ahora deciros que, cualquiera que sea el motivo que me proporciona el honor de esta visita, sois muy bien venido.

Respondió Bertrán con una fría pero atenta inclinación de cabeza al grave saludo del coronel.

—Julia, hija mía, puedes retirarte. Mr. Brown, dispensad, pero veo que también mi hija está agitada por penosos recuerdos.

Levantóse miss Mannering y se retiró, pero al pasar por junto a Bertrán no pudo reprimir esta exclamación: —¡Imprudente! ¡Otra vez! — aunque en voz tan baja que sólo él pudo oírla. Miss Bertrán acompañó a su amiga, sin poder resolverse a echar una segunda ojeada sobre el objeto de su terror; no sabiendo cómo explicar todo lo que estaba pasando, creía que mediaba en todo aquello alguna mala inteligencia, y no quería agravar lo crítico de la situación denunciando al extranjero como un asesino. Veía además que el coronel le conocía y lo recibía con cierta consideración —. Preciso es, pues — decía —, que me engañen mis ojos o que tuviera razón Hazlewood en atribuir su herida a puro efecto de la casualidad.

Los que quedaron en el salón formaban un grupo de que hubiera podido sacar no poco partido un diestro pincel, estando como estaba cada cual harto ocupado en sus propias reflexiones para ocuparse en las de los demás. Bertrán se hallaba de improviso en la casa de un hombre a quien alternativamente estaba dispuesto a aborrecer como a su enemigo personal, y a respetar como a padre de Julia. Mannering titubeaba entre la alegría que le causaba ver al hombre que creía haber muerto en un desafío y la antigua animosidad que había abrigado contra él y que de pronto había renacido en su orgulloso corazón, aunque reprimida por los deberes que le imponía la hospitalidad, de cuyas leyes era esclavo. Sampson, apoyando en el respaldo de su silla sus miembros agitados por un temblor convulsivo, fijaba en Bertrán sus ojos con una expresión de indecible ansiedad. Dinmont, envuelto en su largo levitón y con su palo en la mano, semejante a un oso que se tiene en dos pies, mirábalos a todos sucesivamente con ojos en que estaba pintado el asombro.

Sólo el abogado, vivaracho, travieso y activo, estaba en su elemento, saboreando ya de antemano el placer de ganar un pleito brillante, singular y misterioso; jamás joven monarca, lleno de esperanzas y al frente de un lucido ejército, sintió más alborozo en el momento de emprender su primera campaña. Inmediatamente comenzó a tomar sus medidas para llegar a una completa explicación.

—¡Ea, ea, señores!, tomen todos asiento; este negocio me compete, y es preciso que se me deje en toda anchura para manejarlo. Sentaos, pues, amado coronel, y dejadme obrar; sentaos, Mr. Brown, *aut quoquomque alio nomine vocaris* (o como quiera que os llaméis). Dominus, tomad asiento, y vos, buen Dandy, acercaos una silla.

—Yo no sé, Mr. Pleydell — respondió Dinmont mirando alternativamente su levitón de paño burdo y el lujoso ornato del salón —, yo no sé si haría mejor en irme allá afuera, y en dejaros aquí hablar en libertad. Ya veis que no estoy muy que digamos...

El coronel, que había reconocido a Dandy, le cogió una mano amistosamente, diciéndole que después de lo que le había visto hacer en Edimburgo, su levitón y sus zapatos rusos honrarían el palacio de un rey.

—Bien sé, coronel, que no soy más que un pobre labriego; pero bien sabe Dios que oiré con mucho gusto cuanto pueda convenir al capitán, y yo respondo de que todo irá a pedir de boca si Mr. Pleydell lo toma por su cuenta.

—Razón tenéis, Dandy — repuso el abogado —; habéis hablado como un oráculo montañés, pero ahora, ¡chitón! Todos estamos ya sentados; tomemos sendas copas de vino generoso para empezar metódicamente. Y ahora — añadió volviéndose a Bertrán —, decidme, amigo mío, ¿sabéis quién sois y qué sois?

A pesar de todas sus inquietudes, no pudo menos el catecúmeno de reírse al oír esta pregunta.

—Verdaderamente, caballero — le respondió —, algún día creí saberlo, pero circunstancias muy recientes me ponen en el caso de dudarlo.

—Decidnos quién creíais ser.

—Creía ser y llamarme Van Beest Brown, voluntario, y luego cadete en el regimiento que mandaba el coronel Mannering, de quien tengo el honor de ser conocido.

—Yo puedo — dijo el coronel — certificar la identidad de Mr. Brown; y debo añadir, pues su modestia se lo hace olvidar, que siempre se distinguió no menos por su buena conducta que por su talento y su valor.

—¡Tanto mejor, amigo mío, tanto mejor! — dijo Mr. Pleydell —; pero ésas no son más que generalidades; vamos a lo sustancial. ¿Puede decirnos Mr. Brown dónde ha nacido?

—Creo haber nacido en Escocia, pero ignoro en qué punto.

—¿Y os habéis criado?

—En Holanda.

—¿Ningún recuerdo conserváis anterior a vuestra salida de Escocia?

—Sólo conservo recuerdos muy vagos; tengo, sin embargo, la idea, acaso tanto más profundamente grabada en mi corazón cuanto luego fuí más duramente tratado, de haber sido en mi infancia el objeto de la ternura y de los vivos desvelos de cuantos me rodeaban. Creo acordarme, aunque muy confusamente, de un hombre sumamente bondadoso a quien llamaba papá, de una señora, que casi siempre estaba enferma, y que me parece que era mi madre. También me acuerdo de un hombre alto, seco, que siempre iba vestido de negro, que me enseñaba a leer, y que si no me engaño, la última vez...

Al llegar a este punto, no pudo Dominus contenerse por más tiempo. Mientras que cada palabra que oía aumentaba su convicción de que tenía delante de sí al hijo de su antiguo bienhechor, pudo, aunque muy a duras penas, refrenar los impulsos de su honrado corazón; pero cuando Bertrán, recapitulando los recuerdos de su niñez, llegó a hablar de su ayo y de sus lecciones, no pudo absolutamente reprimirse, y, levantándose de su silla, trémulo y desencajado, levantó los brazos, y exclamó con los ojos arrasados de lágrimas:

—¡Enrique Bertrán! Miradme... ¿no soy yo ese hombre?

—¡Sí! — dijo Bertrán estremeciéndose como si una luz repentina hubiera iluminado su alma —; ¡sí, sí! ¡ése era mi nombre, y esas eran la voz y las facciones de mi buen preceptor!

Dominus se arrojó a sus brazos, lo estrechó mil veces contra su corazón con una especie de frenesí; quiso hablarle, y sólo pudo llorar como un niño.

Sacó el coronel su pañuelo, Pleydell enjugó con el suyo los cristales de sus gafas, y el buen Dinmont exclamó:

—¡Por vida del hombre!, desde que murió mi anciana madre no me había sucedido otro tanto.

—Vaya, vaya — dijo al fin el abogado —, silencio en el tribunal; la parte contraria es persona que lo entiende, con que no hay que perder tiempo. Es muy posible que tengamos bastante que hacer antes de que salga el sol.

—¿Queréis que mande ensillar un caballo? — preguntó el coronel.

—No, no, por ahora no urge; pero vaya, amigo Dominus, ya os he dejado todo el espacio necesario para soltar la rienda a vuestros sentimientos; acabemos ya, y dejadme proseguir mi interrogatorio.

Dominus tenía por costumbre obedecer a todo el que quería mandarle cualquiera cosa; dejóse caer sobre su silla, cubrióse el rostro con su pañuelo, como cubrió un pintor griego con un velo el rostro de Agamenón, y sus manos cruzadas anunciaron que se ocupaba mentalmente en ofrecer al cielo la debida acción de gracias. De cuando en cuando abría los ojos como para cerciorarse de que lo que había visto no era una aparición que se había desvanecido en los aires, y en seguida los cerraba para continuar interiormente su ejercicio mental, hasta que atrajo en fin toda su atención el interés que le causaban las preguntas del abogado.

—Y ahora — dijo Mr. Pleydell después de haberle hecho algunas otras preguntas acerca de los recuerdos que conservaba de sus primeros años —, ahora Mr. Bertrán, pues creo que ya en lo sucesivo podemos daros este nombre, ¿queréis tener la bondad de decirnos si os acordáis de alguna particularidad relativa al modo cómo salisteis de Escocia?

—A decir verdad, caballero, aunque las fatales circunstancias de aquel día están aún muy impresas en mi memoria, el mismo terror que las acompañó hace que, en punto a los pormenores, estén sumamente embrolladas mis ideas. Me acuerdo, sin embargo, de que me estaba paseando... en un bosque, si no me engaño...

—Sí, hijo mío, en el bosque de Warroch — dijo Dominus.

—Silencio, Mr. Sampson — dijo el abogado.

—Sí, en un bosque fué — prosiguió Bertrán —; alguien venía conmigo, y aun creo que el que me acompañaba era mi buen preceptor.

—Sí, Enrique, sí, yo era. ¡Dios te bendiga!

—Pero, callad Dominus y no nos interrumpáis a cada instante. Conque, ¿y luego? — dijo Pleydell a Bertrán.

—Y luego, como cuando pasamos de un sueño a otro, me parece que iba a caballo detrás de mi guía...

—¡No, no! — exclamó Sampson —, jamás puse yo mi vida, por no decir la tuya, en tal peligro.

—¡Por mi vida que esto ya es insoportable! — exclamó Pleydell —. Escuchad bien lo que os voy a decir, Dominus; si volvéis a desplegar los labios, pronuncio tres palabras mágicas, hago tres círculos en el suelo con la punta de mi bastón, destruyo de este modo todo el encantamiento de esta noche, y Enrique Bertrán vuelve a convertirse en Van Beest Brown.

—¡Perdón, digno y respetable magistrado! Esto no era más que *verbum volans* (palabras...

—Pues *nolens volens* (quieras o no), punto en boca — dijo Pleydell.

—Haced el favor de callar, Mr. Sampson — añadió el coronel —. Importa mucho al amigo que acabáis de recobrar, que Mr. Pleydell se entere bien de todos los pormenores que pueden serle necesarios.

—Callaré como un mudo — dijo Dominus.

—Luego de repente — prosiguió Bertrán —, se arrojaron sobre nosotros dos o tres hombres, y nos derribaron del caballo. No me acuerdo bien de lo que sucedió en seguida; sólo sé que en medio de la confusión de una gran pelea quise escaparme, y me hallé entre los brazos de una mujer muy alta que me tuvo escondido largo rato entre los matorrales como para defenderme... Lo demás de mis recuerdos es sólo desorden y terror; creo que estuve en la orilla del mar, que entré en una cueva, que bebí un licor que me hizo dormir; pero apenas me atrevería a asegurarlo. Desde aquel momento sigue un largo vacío en mi memoria, la cual no empieza a trazarme con exactitud los objetos, hasta la época en que me hallé sirviendo de grumete a bordo de un buque donde estaba mal comido y peor tratado, y donde un traficante holandés ya entrado en años, habiéndome cobrado cariño, me tomó bajo su amparo, y me puso en un colegio en Holanda.

—¿Y qué os dijeron acerca de vuestros padres?

—Casi nada, y aun eso con prohibición expresa de que intentase averiguar más. Diéronme a entender que mi padre estaba interesado en el contrabando que se hacía en la costa oriental de Escocia, y que había muerto en una

escaramuza contra las milicias del resguardo; que sus corresponsales en Holanda tenían a la sazón un buque en la costa, que una parte de la tripulación había tomado parte en la refriega, y que, viéndome sin ningún recurso humano a causa de la muerte de mi padre, me habían llevado consigo por compasión. Cuando fuí entrando en años, muchas circunstancias de esta explicación me parecieron incompatibles con los pocos recuerdos que me quedaban de mi patria y de mi familia, pero ¿qué podía hacer? Ningún medio tenía de aclarar mis dudas, ni amigo alguno a quien comunicárselas; el coronel Mannering conoce lo restante de mi historia: enviáronme a las Indias a trabajar en una casa de comercio, que quebró poco después de mi llegada; abracé entonces la carrera militar, y no creo haberla deshonrado.

—Sois un mozo muy de bien y muy digno de aprecio — dijo Pleydell —, y pues tanto tiempo habéis estado privado de un padre, quisiera, sábelo Dios, reclamar el honor de esa paternidad. ¿Pero aquel lance con el joven Hazlewood?...

—Fué puramente casual. Viajaba yo entonces por Escocia sin objeto determinado, y, después de haber pasado una semana en casa de mi amigo Mr. Dinmont, con quien tuve la dicha de trabar conocimiento...

—Para mí fué la dicha — interrumpió Dandy —, pues a no ser por vos, tan buena cuenta hubieran dado de mí aquellos dos bellacos, que probablemente no estaría yo aquí a estas horas para contarlo.

—A poco de separarme de este buen amigo, me robaron unos ladrones cuanto llevaba; fuí a Kippletringan, alojéme en una posada, y por entonces fué cuando la casualidad me hizo encontrar con Mr. Hazlewood, a quien en mi vida había visto. Acerquéme para saludar a miss Mannering, a quien había tenido el honor de conocer en las Indias, pero Mr. Hazlewood, a quien sin duda mi traje hizo formar de mí muy mal concepto, me mandó con tono imperioso que me retirase, y aun me apuntó con su escopeta; quise desarmarle, y fuí de este modo la causa involuntaria de que saliese herido. Y ahora que ya he respondido, caballero, a todas vuestras preguntas...

—No, no; cepos quedos — dijo Pleydell con una risita maliciosa —, aun tengo que haceros algunas..., pero quédese para mañana lo que falta, pues me parece que ya es hora de levantar la sesión por esta noche.

—Pues bien, caballero — dijo el joven —, para variar la frase, ahora que he respondido a todas las preguntas que habéis juzgado conveniente hacerme esta noche, ¿tendréis la bondad de decirme quién sois, vos que os tomáis tanto interés por mis asuntos, y quién creéis que soy, una vez que mi llegada a este sitio ha hecho, según me parece, tanto efecto?

—Yo por mí soy Pablo Pleydell, abogado de Edimburgo; en cuanto a vos, no es tan fácil decir en este momento quién sois, pero espero dentro de poco saludaros bajo el nombre de Enrique Bertrán, cabeza de una de las familias más antiguas de Escocia, y legítimo heredero de los estados de Ellangowan. Sí — prosiguió animándosele los ojos, y hablando consigo mismo —, será preciso pasar por encima de su padre, y, a causa de la sustitución, declararle heredero directo de su abuelo Luis, el único hombre sesudo de la familia, de quien tengo noticia.

Levantáronse entonces todos para retirarse cada cual a su cuarto, y el coronel, acercándose a Bertrán, cuya sorpresa y confusión habían acrecentado las palabras de Pleydell:

—Yo os doy el parabién — le dijo — de la lisonjera perspectiva que se abre a vuestras esperanzas. Fuí antiguamente amigo de vuestro padre, y me acuerdo de haberme presentado en su casa de un modo tan inesperado como hoy vos en la mía, precisamente la misma noche en que vinisteis al mundo. Muy lejos estaba de sospechar quién erais cuando... Pero dejemos a un lado tristes recuerdos. Creedme, cuando os vi entrar creyendoos Mr. Brown, la certeza de que existíais me quitó un gran peso del corazón; y ahora, el derecho que creo que tenéis de usar el apellido de mi antiguo amigo Mr. Bertrán hace que vuestra presencia me sea doblemente grata.

—¿Y mis padres? — preguntó Bertrán.

—Ya no existen. Los bienes de vuestra familia han sido vendidos; pero espero que podréis recuperarlos. Tendré a gran ventura contribuir con mis cortos medios a hacer que sean reconocidos vuestros derechos.

—No, señor, ¡alto ahí! Todo eso corre por mi cuenta — dijo el abogado —. Mi oficio es ése, y quiero sacar dinero de ese negocio.

—Aunque sea descortesía que yo me tome la libertad de hablar delante de tantos caballeros — saltó Dandy Dinmont —, si se necesita dinero para llevar adelante el pleito del capitán, y dicen que cuando no hay monises lós pleitos no andan más que sobre una rueda...

—Excepto los sábados por la noche — dijo Pleydell.

—Sí; pero cuando vuestro honor no cobra, tampoco se encarga de las causas, por lo que nunca iré yo a consultaros los sábados. Pero, como iba diciendo, si se necesita dinero, aquí hay un poco en esta cartera de que puede disponer el capitán como de hacienda propia, porque Ailie y yo...

—No, Dandy, no; por ahora no hace falta. Guarda tu tesoro para mejorar tu alquería.

—¡Mejorarla! Muchas cosas sabéis que no sé yo, Mr. Pleydell, pero no conocéis el cortijo de Charlies-Hope. Nada absolutamente le falta, y sólo de la lana y de los ganados sacamos más de seiscientas libras al año, como quien no dice nada.

—Pues, ¿y no podéis arrendar otra?

—No veo cómo podría hacerlo. El duque no tiene ahora tierras vacantes, y no es cosa de solicitar que despida a los antiguos colonos; a mí no me gusta perjudicar a los vecinos.

—¿Ni aun a aquel de marras..., Dewston... Devilstone o como le llamen?

—¿A quién? ¿A Jack de Dawston? No por cierto. El no es muy bueno verdaderamente; siempre andamos en camorra sobre los límites de nuestras tierras; de cuando en cuando nos sacudimos el polvo, pero no por eso le deseo más daño que a los demás.

—Eres un hombre honrado — dijo el legista —; vete a la cama, y yo te respondo de que dormirás mejor que muchos que usan casaca bordada para la calle y gorro de dormir con guarniciones de encaje para la cama. Coronel, veo que estáis ocupado con vuestro *enfant trouvé* (niño hallado). Que me despierte Barnes a las siete en punto, pues no puedo contar con mi criado que es un tumbón, y en cuanto a mi pasante Driver, que también ha venido conmigo, apostaré a que ha tenido la suerte de Clarence, quiero decir, a que se ha ahogado en un tonel de vuestra cerveza. Mistress Allan me ha prometido que le cuidaría, y ya habrá visto lo que él entiende por que le cuiden. ¡Buenas noches, coronel! ¡Mr. Sampson, dormid bien! ¡Hasta mañana, amigo Dinmont! Adiós en fin, nuevo representante de los Bertrán, de los Mac Dingavaie, de os Knarth, de los Arturos, de los Rolandos, de los Godofredos, de los Dionisios, y por último título, que es lo que más importa, por lo pronto heredero de los estados y baronía de Ellangowan, a causa de la sustitución hecha por Luis Bertrán, vuestro abuelo.

Esto diciendo cogió el abogado un candelabro y se fué a su cuarto; lo mismo hicieron los demás luego que Dominus hubo estrechado tiernamente en sus brazos a *su Enriquito*. Así llamaba a un capitán de seis pies de estatura.

CAPITULO LI

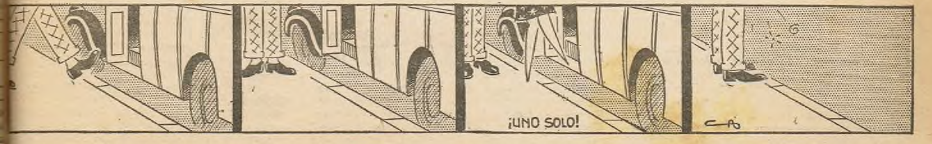
¡Sólo pienso en Bertrán
si él me falta,
no, no quiero vivir!

SHAKESPEARE. — *Bueno es todo lo que acaba bien.*

A la hora que había prefijado, estaba el infatigable abogado sentado junto a una buena lumbrada, con dos bujías sobre la mesa, cubierta la cabeza con un gorro de terciopelo y envuelto en una gran bata de seda entretelada, arreglando con suma atención todos los papeles relativos a la sumaria que había extendido antiguamente sobre el asesinato de Frank Kennedy y de que había tenido cuidado de proveerse. Igualmente había despachado un expreso a Mr. Mac-Morlan, suplicándole que pasase sin demora a Woodbourne para un asunto de importancia. Dinmont, cansado de las agitaciones de la víspera y hallando muy superiores las comodidades de Woodbourne a las del alojamiento que le había proporcionado Mac-Guffog, no se daba prisa a levantarse. Hubiérale hecho a Bertrán su impaciencia salir mucho antes de su cuarto, si no le hubiera anunciado el coronel la noche antes que pasaría a verlo muy de mañana, por lo que juzgó conveniente aguardarlo. Luego que se hubo vestido, habiéndole llevado Barnes por orden de su amo la ropa blanca y demás efectos que pudo necesitar, esperó con impaciencia la prometida visita.

Un golpecito dado con mucho tiento en la puerta anunció al corto rato la llegada del coronel, con quien tuvo Bertrán una conversación tan larga como satisfactoria. Cada cual, sin embargo, guardó un secreto para el otro; Mannering no pudo decidirse a hablar de su vaticinio astrológico, y Bertrán, por motivos que ya se dejan discurrir, nada dijo de su amor a Julia. En todo lo demás, la más completa franqueza reinó entre ellos y ambos quedaron sumamente satisfechos uno de otro, llegando por su parte el coronel hasta el punto de manifestar a su nuevo amigo una verdadera cordialidad. Bertrán ajustó cuidadosamente su conduc-

JACINTO PIESFELICES — *El galante* — Por CAO



ta a la de Mannering, y pareció más bien que recibía sus atenciones con placer y gratitud, que no que las solicitaba con empeño.

Estaba miss Bertrán en el comedor preparando el té para el almuerzo, cuando llegó Sampson, todo estático y radiante de alegría, circunstancia tan poco común en él, que la primera idea de Lucy fué que alguno, por embromarlo, le había hecho creer alguna patraña para ponerle de buen humor. Cogió al instante una silla y por un breve rato estuvo sentado en ella haciendo mil ridículos visajes con los ojos, con la boca y con toda la cabeza, como aquellos monigotes de palo que enseñan los titiriteros; hasta que exclamó en fin:

—¿Y qué me decís de él, miss Lucy?

—¿De quién, Mr. Sampson?

—De... pues... del que ya sabéis.

—¿Del que ya sé?...

—Sí, del forastero... ya sabéis de quién hablo... que llegó anoche en una silla de posta... del que hirió al joven Hazlewood, ¡ja, ja, ja! — añadió Dominus soltando una carcajada que resonó como un relincho.

—En verdad, Mr. Sampson, que habéis elegido un extraño motivo de risa. Nada digo ni pienso de ese hombre; confío en que su tropelía fué un efecto accidental y que nada tenemos que temer.

—¡Accidental! ¡Ji, ji, ji!

—Vaya, Mr. Sampson, que estáis de lo más risueño que he visto en mi vida.

—Sí, sí, es verdad; estoy... ¡ja, ja, ja!... muy chistoso... ¡jo, jo, jo!

—Pero tanto, tanto, amigo mío, que desearía conocer los motivos de esa alegría, más bien que ver solamente sus efectos.

—Todo lo sabréis, miss Lucy — replicó el pobre Abel —. Decidme, ¿os acordáis de vuestro hermano?

—¡Qué pregunta! Nadie mejor que vos sabe que le perdí el día mismo en que vine al mundo.

—Verdad es — dijo Sampson cuya frente empezaba a nublarse —, demasiado cierto es eso que decís. Siempre estoy distraído... ¿os acordáis de vuestro buen padre?

—¿Podéis dudarlo, Mr. Sampson? No hace tanto tiempo que tuve la desgracia de perderlo.

—Sí, sí; también en eso tenéis razón — repuso Dominus convirtiéndose su involuntaria risa en una especie de suspiro histérico —. No son tales recuerdos para hacer reír... ¡pero mirad a ese joven!

Bertrán entraba en aquel momento en la estancia.

—Sí, miradle bien; ved si no es ése el vivo retrato de vuestro padre. Pues Dios os ha privado de los autores de vuestros días, ¡oh hijos míos, amaos tiernamente!

—¡Es en verdad el retrato de mi padre! — dijo Lucy poniéndose de repente pálida como la nieve. Bertrán acudió al punto a sostenerla, mientras que Dominus, no menos deseoso que él de prestarle auxilio, cogió atolondradamente la cafetera llena de agua hirviendo que estaba preparada para hacer el té, con la que la hubiera rociado muy bien si por fortuna no hubiera vuelto en sí en el mismo instante la pobre Lucy.

—Yo os lo ruego, Mr. Sampson — le dijo con voz temblorosa pero solemne —, yo os ruego que me digáis si es éste mi hermano.

—¡El es, miss Lucy, él es! ¡Por el sol que nos alumbra que es él!

—¡Cómo — exclamó Bertrán —, ésta es mi hermana!

Y el dulce sentimiento del amor fraternal que, por falta de pábulo, había estado por tantos años aletargado en su corazón, se le reveló en aquel momento con irresistible vehemencia.

—¡Ella es! ¡ella es! Miss Lucy Bertrán es, a quien halláis ahora, merced a mis pobres desvelos, perfectamente versada en las lenguas francesa, italiana y española, sin contar la suya propia, que escribe y lee con toda perfección; muy hábil en aritmética y aun en la teneduría de libros por partida doble. No os hablo de sus habilidades en punto a coser, bordar y gobernar una casa, pues ésas no me las debe a mí, sino al ama de llaves de vuestro padre; désele a cada cual lo que es suyo. Tampoco me atribuyo el mérito de su instrucción en música; las lecciones de una señorita llena de bellas prendas, aunque a veces algo burlona, de miss Julia Mannering quiero decir, han contribuído no poco a inculcársela. *Suum cuique tribuito.* (Dad a cada cual lo que es suyo).

—¡Conque sois — dijo Bertrán a su hermana — todo lo que me queda en este mundo! Ayer noche, y aun más extensamente esta mañana, me contó el coronel todas las desgracias de nuestra familia, sin decirme que hallaría aquí a mi hermana.

—Habrá querido dejar el placer de noticiároslo a Mr. Sampson, el mejor y el más fiel de nuestros amigos. El fué quien mitigó las largas amarguras de nuestro padre, el que le asistió en sus últimos momentos, y el que en los más crueles reveses no quiso abandonar a la desgraciada huérfana.

—¡Bendígale Dios! — dijo Bertrán, apretando afectuosamente la mano de Dominus —. Bien merece la tierna memoria que de él conservo entre los vagos recuerdos de mi infancia.

—¡Y que Dios os bendiga a entrambos, hijos míos! Sin vosotros yo hubiera deseado seguir a vuestro padre al sepulcro, si tal hubiera sido la voluntad del cielo.

—Yo espero — dijo Bertrán —, espero en Dios que veremos días mejores. Todos nuestros males están remediados, pues el cielo me concede buenos amigos y medios de hacer triunfar mis derechos.

—Sí — exclamó Sampson —, amigos, y amigos enviados, como decís muy bien, por Aquel a quien desde muy temprano os enseñé a mirar como la fuente de todo bien. Primeramente el gran coronel Mannering, el que tanto se ilustró en las Indias orientales, hombre de guerra por su alta estirpe, pero que no por eso es menos un verdadero sabio, atendidas las pocas ocasiones que ha tenido de instruirse; luego Mr. Pleydell, famoso jurisconsulto, que es también hombre de vasta doctrina, si bien desciende a veces a vanas fruslerías; en seguida Mr. Dinmont, que no creo que sea un erudito, pero que, como los antiguos patriarcas, se ocupa en labrar sus campos y en pastorear sus rebaños; y en fin, yo, que habiendo tenido para cultivar las ciencias más ocasiones que esos respetabilísimos sujetos, no he desatendido el aprovecharlas, séame lícito decirlo, en cuanto me lo han permitido mis cortas facultades. Sí, Enriquito, sí; continuaremos nuestros estudios; los repasaremos todos de cabo a rabo, desde los primeros rudimentos de la gramática inglesa hasta las lenguas árabe y caldea.

El lector observará, sin duda, que en esta ocasión fué Dominus mucho más locuaz de lo que tenía por costumbre, lo que provenía de que, recobrando su antiguo alumno, habíase transportado mentalmente al momento de su separación. Todo lo transcurrido desde entonces había desaparecido a sus ojos, y en la confusión de sus ideas, veíase ya prosiguiendo con Enriquito sus lecciones de gramática y de doctrina, desde el punto mismo en que habían quedado interrumpidas. Considerábase, pues, de hecho como su preceptor, pretensión tanto más ridícula, cuanto ya había renunciado a serlo de miss Lucy. Pero ésta había crecido a su vista y, por decirlo así, había ido llegando por pasos a la emancipación de su tutela. Este sentimiento de renaciente autoridad contribuyó, pues, a desatarle la lengua, no menos que el gusto de ver a su amado discípulo y como es muy raro que hable el hombre más de lo que suele sin descubrir sus secretos pensamientos, claramente daba a entender que, bien que sometiéndose en todo a la voluntad ajena, no por eso dejaba de creerse, en punto a erudición, el primer hombre del mundo. En el caso presente, sin embargo, todo aquel flujo de palabras fué predicar en desierto, pues estaban demasiado embebecidos el hermano y la hermana en el placer de verse juntos para prestar la menor atención a ningún objeto extraño.

Cuando el coronel se separó de Bertrán, pasó al cuarto de su hija, a cuya doncella dijo que se retirase por un momento.

—¡Jesús, papá!, y cuánto madrugáis hoy — dijo Julia —: no consideráis que anoche nos acostamos muy tarde. ¡Apenas he tenido tiempo para hacerme desenredar un poco el pelo!

—Con el interior de tu cabeza es con lo que tengo ahora que hacer, y dentro de pocos minutos entregaré su superficie a la mano de miss Mincing.

—¿Y cómo queréis, papá, cuando hay tal complicación de ideas en mi cabeza, desembrollarlas en pocos minutos? ¡Si Mincing se atropellase tanto en su ramo, pronto me dejaría calva!

—Dime en ese caso dónde está la complicación, para que ponga en ella la mano con el debido tiento.

—A decir verdad, en todas partes. Me parece que estoy soñando, y en cosas que no acabo de entender.

—Pues yo trataré de explicártelas.

Díjole entonces en pocas palabras todo lo que sabía relativo a Bertrán, pormenores que Julia escuchó con un interés que en vano procuraba disimular.

—¿Conque y ahora — le dijo luego que hubo acabado — están ya algo más despejadas tus ideas sobre ese punto?

—Menos que nunca, querido papá — dijo Julia —. Ahí tenemos a un joven a quien creíamos muerto, y que llega de las Indias como el gran viajero Abulfuaris cuando encuentra a su hermana Canzade y a su hermano Hour, pero me engaño en la aplicación de esa historia: Canzade era su mujer..., con todo, lo mismo da. Lucy representa a la una y Dominus al otro. Y luego ese abogado escocés, con los cascos medio a la jineta, ¡que me parece una pantomima después de una tragedia!... ¡Pero cuánto me alegraré de que todo eso redunde en provecho de Lucy!

—Lo que me parece más inexplicable en todo eso es que miss Mannering, que sabía cuan dolorosa era a su padre la persuasión en que estaba de que había causado la muerte de ese joven Brown, o más bien Bertrán, que así debemos llamarle en lo sucesivo, haya podido verle, cuando le ocurrió aquel lance con Carlos Hazlewood, sin decírselo a su padre, y que haya permitido que se persiguiese judicialmente a ese joven, como si fuera un hombre de mala vida, ¡un asesino!

Julia se había armado de valor al ver entrar a su padre, pero en aquel momento se quedó de todo punto cortada; bajó la cabeza sin responder palabra, y muy tentada de decir que no había conocido a Brown; pero esta mentira expiró en sus labios.

—¿No me respondes? Dime, Julia — prosiguió el coronel con gravedad, pero con dulzura —, ¿era aquélla la primera vez que le veías después de su regreso de las Indias? ¡Callas! Debo inferir que le habías visto. ¿No me respondes? Julia, haz el favor de responderme. ¿Era él el que acudía todas las noches al pie de tu ventana, y con quien solías entrar en conversación durante tu residencia en Mervyn Hall? Julia, yo te mando..., yo te suplico que me hables con sinceridad.

Miss Mannering levantó la cabeza.

—Siempre he sido, papá, aun creo que soy todavía, un poco inconsiderada, y me es muy duro ver en vuestra presencia a ese joven que ha sido, sino enteramente la causa, a lo menos el cómplice de mi locura. No puedo decir más.

—¿Debo, pues, creer que él era el autor de las serenatas?

Esta última palabra, que no anunciaba mucho enojo, reanimó un poco a Julia.

—Sí, padre mío, sí; pero si he procedido mal, alguna disculpa tengo.

—¿Y cuál? — preguntó el coronel con vivacid. y aun con cierta aspereza.

—No me atrevo a decirlo, papá, pero... — brió al mismo tiempo una cajita, y le entregó gunas cartas —. Tomad esos papeles, y por los sabréis cómo empezó nuestra intimidad, y uién la fomentó.

Cogió Mannering las cartas, acercóse a una ntana, y hojeó algunas de ellas con ademán quieto y sombrío; pero su filosofía le dió var, la filosofía, que, aunque hija con harta freencia del orgullo, produce a veces, sin emrgo, los mismos frutos de la virtud. Volvió, es, adonde estaba su hija, mostrando en su ntinente toda la serenidad que era compatible n los varios sentimientos que lo agitaban.

—Verdad es, Julia, que no te falta disculpa cuanto puedo juzgar por la rápida ojeada e he echado sobre estas cartas; has obededo a lo menos a una de las dos personas que nían derecho sobre ti; pero atengámonos a que dice un refrán escocés que Dominus ciba el otro día: "Lo pasado, pasado, y cuides de lo futuro". Nunca te echaré en cara tu lta de confianza en mí cuando juzgabas de s intenciones por mis obras, de las que no eo, sin embargo, que tengas motivos para esr quejosa. Guarda estas cartas; no fueron critas para mí, y no quiero ver de ellas más e lo que ya he visto a instancias tuyas y ra tu justificación. Y ahora, ¿somos amigos? por mejor decir, ¿me comprendes bien?

—¡Oh, amado y generoso padre! — exclamó lia echándose en sus brazos —, ¿por qué no he conocido mejor?

—No hablemos más de eso, hija mía. El que demasiado altivo para reclamar la ternura la confianza que cree que le son debidas sin e las exija, debe esperar verse privado de s, y acaso lo merece. Bastante castigo es ra mí que el ser que me ha sido más caro en e mundo, y que más lágrimas me ha costa-, haya muerto sin conocerme a fondo; goce a lo menos en lo sucesivo de la confianza de a hija que debe amarme si se ama a sí misma.

—¡Oh, padre mío, nada temáis! Obtenga yo estra aprobación y la de mi propia concien-, y cualquier sacrificio me será llevadero.

—Yo espero, amor mío — dijo el coronel dánle un beso en la frente —, que no tendrás cesidad de hacer ningún sacrificio muy heco. Por lo que hace a ese joven, deseo en ner lugar que toda correspondencia clandes-, y una señorita no puede entablarla sin gradarse a sus propios ojos y a los de su nte; deseo, digo, que toda correspondencia ndestina cese desde este momento; y si Mr. trán te pregunta la causa de esta resolun, dile que se dirija a mí. Es natural que des saber cuáles serán las resultas de tu obencia. En primer lugar, quiero observar el ácter de ese joven mejor de lo que las cirnstancias, y acaso también algunas preocupanes mías, me han permitido hacerlo antes ahora; además, desearía ver reconocido su imiento de un modo incontestable. No es o decir que yo dé mucha importancia a sa- si podrá o no entrar en posesión de los ados de Ellangowan, aunque los bienes de tuna sólo en las novelas son considerados iferentes; pero es seguro que Enrique Bern, cabeza de la familia de Ellangowan, por o no de los estados que pertenecieron a mayores, es persona muy diferente de Vanst Brown, que ni aun sabía quién fué su re. Mr. Pleydell me ha asegurado que sus ecesores ocupaban un lugar muy principal la historia, y seguían la bandera de sus prines, mientras nuestros abuelos peleaban por nuestros en Crecy y en Poitiers. En una bra, ni doy ni rehuso mi aprobación; pero o que redimas tus errores pasados con un o de sumisión, y como desgraciadamente sólo puedes recurrir a tu padre, espero que drás en mí toda la confianza que mi deseo verte feliz constituye para ti un verdadero ber filial.

La primera parte de este discurso había afligido un poco a Julia; el paralelo que hacía el coronel entre los méritos respectivos de los Bertrán y los Mannering, la había hecho sonreír interiormente, pero el final conmovió profundamente su corazón lleno de ternura y natural bondad.

—Sí, querido papá — le dijo cogiéndole una mano — recibid mi palabra, la más sagrada, de que desde este momento vos seréis la primera persona a quien consulte sobre cuanto pueda pasar en lo sucesivo entre Brown, quiero decir, Mr. Bertrán, y yo; nada haré sin vuestra noticia y vuestra aprobación, creedme. ¿Pero podré preguntaros... si Mr. Bertrán va a quedarse en Woodbourne?

—Seguramente, hasta que se arreglen sus asuntos.

—En ese caso, papá, bien conocéis que él me preguntará por qué razón no soy ya con él la misma que confieso haber sido hasta ahora.

—Yo creo, Julia, que él respetará mi casa; que apreciará como es justo, los servicios que deseo y procuro hacerle; que no querrá, como caballero, arrastrarte a dar ningún paso de que yo pudiera resentirme, y espero en fin que tú le harás conocer lo que te debe a ti y lo que se debe a sí mismo.

—Os comprendo, papá, y os obedeceré.

—Bien está, hija mía; si alguna inquietud tengo es sólo por ti. Ahora enjuga esos ojos, que descubrirían el asunto de nuestra conversación, y vamos a almorzar.

CAPITULO LII

Pues yo empeño mi palabra
De que mañana, a la hora
De comer, a responderos
Vendrá, sheriff, en persona...
Para que él se justifique
Bastará que le conozcan.

SHAKESPEARE, *Enrique IV*, parte 1ª.

Después de las varias conversaciones que acabamos de referir, reuniéronse en el comedor todos los habitantes de Woodbourne, excepto Dinmont, que prefirió quedarse en la cocina a almorzar con mistress Allan y con Barnes, en cuya compañía esperaba satisfacer con más libertad su robusto apetito y su afición a bebidas más espirituosas que el té con leche. Su almuerzo fué, en efecto, más alegre que el del comedor, donde cada cual tenía sus razones para estar pensativo. Julia no se atrevía apenas a dirigir la palabra a Bertrán para preguntarle si quería otra taza de té. Bertrán estaba en brasas pensando que se hallaba con ella delante del coronel. Lucy, llena de ternura hacia el hermano que acababa de recobrar, empezaba a pensar en su choque con Hazlewood. El coronel sentía la inquietud natural en un hombre nimiamente receloso, que cree que las miradas de los demás están fijas en él, y que teme que le tomen desprevenido y sorprendan sus más íntimos pensamientos. El abogado, mientras extendía cuidadosamente la manteca sobre las tostadas, tenía cubierta la frente de una gravedad que no le era habitual en la mesa, lo que provenía, sin duda, del importante trabajo en que se había ocupado toda la mañana.

Por lo que respecta a Dominus, el estado de su alma era el de una verdadera contemplación estática. Miraba a Bertrán, miraba a Lucy, suspiraba, hacía mil ridículos visajes y cometía toda especie de tonterías. Echóse toda la nata en su taza, inadvertencia poco desagradable para él; vertió las escurriduras de su taza en el azucarero, en vez de echarlas en la ponchera destinada para este uso, y acabó, en fin, por derramar la tetera sobre el perro favorito del coronel, el venerable Platón, que recibió el hirviente baño con un aullido que hacía poco honor a su filosofía.

Esta última torpeza triunfó de la taciturnidad de Mannering.

—Por vuestra vida, amigo Mr. Sampson — le dijo —, que olvidáis la diferencia que hay entre Platón y Zénocrates.

—¡Como que — exclamó Dominus indignado de semejante suposición — el primero era el jefe de los académicos, y el segundo el de los estoicos!

—Sí, amigo mío, pero Zénocrates era, y no Platón, el que sostenía que el dolor no es un mal.

—Yo me inclinaría más bien a creer — dijo Pleydell — que el respetable cuadrúpedo que acaba de salir en tres pies pertenece a la secta de los cínicos.

—¡Bien dicho! Pero aquí está la respuesta de Mr. Mac-Morlan.

Esta respuesta no era favorable. Mistress Mac-Morlan escribía que su marido estaba aún en Portanferry, detenido por los sucesos ocurridos la noche anterior, y cuya gravedad había exigido una extensa sumaria.

—¿Y qué haremos ahora? — preguntó el coronel.

—Hubiera deseado ver a Mac-Morlan; él es listo como un diablo, y me hubiera ayudado mucho, pero no importa. Lo primero que tenemos que hacer es poner a nuestro amigo Bertrán en libertad de un modo legal, *sui juris*; en este momento es un preso fugado, y está bajo la espada de la ley; es preciso que le pongamos *rectus in curia*. Para eso os propongo, coronel, que nos vayamos ahora a casa de Mr... le pido mil perdones..., de sir Roberto Hazlewood, que no está lejos. Le ofreceremos salir fiadores de Bertrán, y me lisonjeo de que le probaré que no puede rehusar nuestra fianza. Me llevaré a Driver, porque podré necesitarle.

—Con mucho gusto — dijo el coronel, y tirando de la campanilla mandó que pusiesen los caballos al coche —. Y luego, ¿qué haremos?

—Trataremos de hallar a Mac-Morlan y de reunir nuevas pruebas.

—¿Nuevas pruebas? La cosa es clara como la luz del mediodía. Mr. Sampson, miss Bertrán y vos reconocéis en este joven la viva imagen de su padre; él recuerda perfectamente las circunstancias anteriores a su salida de Escocia; ¿qué más se necesita para establecer la convicción?

—Nada acaso para la convicción moral, pero para la prueba legal nos falta mucho. Los recuerdos de Mr. Bertrán no son más que sus propios recuerdos, y nada prueban por consi-

CONTESTACION DE BERNARD SHAW

El gran humorista inglés Bernard Shaw, concurrió cierta vez a una fiesta de beneficencia. Estando dispuesto a cumplir su deber en todo sentido, invitó a bailar a una voluminosa señora de edad bastante madura. Mientras se entregaban a los "placeres" del vals, la dama, haciéndose la mimosa, preguntó al escritor:

—Pero, Mr. Shaw, ¿cómo se le ha ocurrido a usted invitar a una vieja como yo?

Y el autor de "Pigmalion", que no vacila en sacrificar a su interlocutor con tal de contestar haciendo honor a su fama, le respondió inmediatamente:

—Entiendo, señora, que esto es un baile de caridad.

ERUPCIONES DEL ETNA

En las erupciones del volcán Etna (Italia), ocurridas en 1669 y 1831, la cantidad de lava fué tan grande que ésta llegó hasta Catania, distante 30 kilómetros del cráter.



guiente en su favor; miss Bertrán, el docto Mr. Sampson y yo, podemos decir lo que dirán cuantos conocieron al difunto Godofredo Bertrán, es decir, que este joven se le asemeja como dos gotas de agua; pero todo esto no establece su calidad de hijo de Ellangowan y sus derechos al patrimonio de su familia.

—Pues, ¿y qué es lo que se necesita? — dijo el coronel.

—Pruebas claras e incontestables. Acaso los gitanos..., desgraciadamente son infames a los ojos de la ley; apenas se puede admitir su testimonio, y el de Meg Merrilies es sobre todo inadmisible a causa del interrogatorio que ya ha pasado, y de su imprudente declaración formal de que nada sabía relativo a la desaparición de Enrique Bertrán.

—¿Cuál es, pues, vuestro plan?

—Veremos si se pueden sacar algunas pruebas en Holanda de las personas entre quienes se educó nuestro amiguito, como también de los contrabandistas que cooperaron a su rapto; pero es posible que el temor de ser encausados por la muerte de Kennedy los haga enmudecer; además, su calidad de extranjeros, y sobre todo de contrabandistas, dará poco peso a sus declaraciones. En fin, con sentimiento lo digo, pero veo muchos motivos para dudar.

—Yo respeto infinito vuestro gran saber, Mr. Pleydell — dijo Dominus —, pero permitidme que os diga que espero que el que ha devuelto a Enriquito a sus amigos no dejará su obra incompleta.

—Yo también lo espero, amigo mío, pero la Providencia quiere que cada cual se ayude a sí mismo, y entreveo ahora más dificultades que al principio; sin embargo, un corazón pusilánime jamás alcanzó los favores de una hermosa dama, con que no nos desanimemos. A propósito, miss Mannering — dijo a Julia mientras estaba Bertrán engolfado hablando con su hermana —, supongo que ya tendréis formado mejor concepto de Holanda, ¿eh? ¡Qué de buenos mozos podrían enviarnos las universidades de Leyden y de Utrecht, cuando un solo colegio de Mildeburgo nos envía un tan cumplido mancebo!...

—Verdad es — dijo Dominus, celoso de la reputación que quería dar Mr. Pleydell a los colegios de Holanda—, pero ya os he dicho que yo di la primera mano a su educación.

—Lo sé, amigo Dominus, y sin duda por eso tiene tantas perfecciones; pero ya está pronto el coche del coronel. Adiós, jóvenes, ¡miss Julia, guardad bien vuestro corazón hasta que yo vuelva; cuidado con que pase en él cosa alguna en perjuicio mío durante mi ausencia!

Llegado que hubieron a la quinta de Hazlewood, explicaron el motivo de su visita a sir Roberto, quien los recibió con más ceremonia y frialdad de lo acostumbrado, pues siempre manifestaba suma consideración al coronel, y Pleydell era un antiguo amigo. De muy buena gana recibiría, les dijo, su fianza, aunque la ofensa había sido cometida, dirigida, efectuada contra Carlos Hazlewood; pero el agresor se había hecho pasar por otro, y era de aquella clase de hombres a quienes no se puede razonablemente soltar, poner en libertad, volver al seno de la sociedad, por todo lo cual...

—Espero, sir Roberto — dijo el coronel —, que no pondréis en duda lo que tengo el honor de deciros, esto es, que ese joven ha servido en las Indias bajo mis órdenes con el grado de cadete.

—En manera ninguna, pero vos decís cadete, y él asevera, afirma y sostiene que es capitán, y que manda una compañía de vuestro regimiento.

—Habrá tenido ese ascenso después que me separé de él.

—Pero deberíais haberlo sabido.

—No por cierto; yo volví a Inglaterra por asuntos de familia, y desde entonces no he vuelto a ocuparme en lo que pasaba en el regimiento; además, el apellido de Brown es tan común, que acaso habré visto su promoción en la Gaceta sin reparar en ello. En fin, de aquí a uno o dos días recibiremos carta de su teniente coronel.

—Pero ya he recibido aviso, noticia y comunicación, Mr. Pleydell, de que ese joven no trata de conservar su apellido de Brown, y que, antes bien, piensa tomar el de Bertrán para reclamar la propiedad de los estados de Ellangowan.

—¡Oiga! ¿Y quién os ha dicho eso? — preguntó el abogado.

Y cualquiera que sea el que lo ha dicho — añadió el coronel —, ¿es ése suficiente motivo para ponerle preso?

—Si fuera un impostor, coronel — dijo el abogado —, seguramente que ni vos ni yo lo protegeríamos. Pero aquí para entre nosotros, sir Roberto, ¿quién os ha dado esa noticia?

—Me la ha dado... un sujeto que tiene motivos particulares para examinar, poner en claro y profundizar ese negocio... Dispensad si no entro en más pormenores.

—Por supuesto... ¿Y os ha dicho?...

—Que unos gitanos, contrabandistas y vagabundos, han formado el proyecto de que os hablo, y que, teniendo ese mozo, hijo natural de Godofredo Bertrán de Ellangowan, una semejanza extraordinaria con su padre, tratan de aprovecharse de esta circunstancia para hacerle pasar por su hijo legítimo.

—¿Conque Godofredo Bertrán tuvo un hijo natural, eh? — preguntó el abogado.

—Lo que es de eso no me cabe duda ninguna. Ellangowan le colocó de grumete a bordo de un *sloop* de guerra dependiente del resguardo, del que era comandante un pariente suyo.

—Muy bien, sir Roberto — dijo el abogado apresurándose a cortar la palabra al impaciente coronel —; cosas me decís que yo ignoraba. Yo averiguaré si todo eso es positivo, y, en caso de que lo sea, ni el coronel ni yo nos tomaremos el menor interés por ese joven; pero entretanto, como ambos nos comprometemos a responder por él, os advierto que, recusando nuestra fianza, procederíais de un modo muy ilegal, e incurriríais en una gravísima responsabilidad.

—Vos, Mr. Pleydell — dijo sir Roberto, que conoció la superior autoridad de la opinión del letrado —, debéis saber lo que se debe hacer mejor que nadie, y una vez que me prometéis abandonar a ese mozo...

—Si resulta que es un impostor — replicó Mr. Pleydell con énfasis.

—Claro está; bajo esa condición admito vuestra fianza, a pesar de que, no quiero ocultarlo, un vecino muy atento, muy servicial y muy buen sujeto, y que por más señas no es mal legista, me insinuó, me previno, me aconsejó esta mañana que no tuviese semejante condescendencia. El fué quien me informó de que ese mozo había salido de la cárcel, estaba en libertad, se había escapado para hablar con más exactitud. ¿Pero dónde hallaremos quién extienda el auto de fianza?

Tiró el abogado del cordón de la campanilla, y dijo al criado que acudió al punto, que hiciese subir a su pasante Driver, que se había quedado en el coche.

—Espero, sir Roberto — dijo —, que no llevaréis a mal que le dicte yo mismo.

Extendida y firmada la fianza sobre la marcha, dióles el juez de paz un seguro para Bertrán, *alias* Brown, y cortésmente se despidieron unos de otros.

Echáronse el coronel y Mr. Pleydell cada uno en un rincón de la silla de posta y por un buen rato estuvieron en silencio. El primero que lo rompió fué Mannering:

—¿Conque pensáis — dijo — abandonar a ese pobre muchacho a la primera escaramuza?

—¿Yo? No abandonaré ni un pelo de su frente, aunque tenga para ello que ir a pleitear por él ante los tribunales de todas las jurisdicciones. ¿Queríais que me metiese a discutir con aquel borrico, que le hiciese conocer nuestras intenciones? Prefiero con mucho que le vaya con la noticia a su consejero Glossin de que nos ha hallado así..., bastante indiferentes, algo tibios sobre ese negocio. Además, no me desagrada examinar su plan de campaña.

—¡Hola! Veo que también hay sus estratagemas en el foro como en la guerra. ¿Y qué os parece de su línea de ataque?

—Es ingeniosa, pero serán batidos. Toman demasiadas precauciones, que es justamente por lo que se pierden muchos.

Durante esta plática dirigíase el coche a Woodbourne sin que les sucediese a nuestros dos amigos cosa digna de contarse, excepto su encuentro con Carlos Hazlewood, a quien en pocas palabras dió parte el coronel de las extraordinarias aventuras que habían producido el descubrimiento del verdadero Enrique Bertrán. Esta noticia llenó de alegría al enamorado joven, el cual, metiendo espuelas a su caballo, les precedió impaciente de dar el parabién a miss Bertrán de un suceso tan feliz y tan inesperado.

Volvamos ahora a los jóvenes que hemos dejado en Woodbourne. Después de la salida de Mannering y del abogado, cayó la conversación sobre la familia de Ellangowan, sobre su antiguo poderío y sobre los estados que había poseído en tiempos más felices.

—¡Cosa singular es, a fe mía — dijo Bertrán — que precisamente junto a la antigua mansión de mis mayores fuera yo a desembarcar hace pocos días como un vagabundo! Sus ruinosas torres, sus imponentes bóvedas, hicieron nacer en mi mente mil pensamientos y mil recuerdos que no podía explicarme a mí mismo. Ahora quiero ir a visitarlas de nuevo con otras ideas y acaso también con otras y mejores esperanzas.

—No vayas ahora — le dijo a su hermana —; la habitación que fué de nuestra familia lo es ahora de un miserable, que con sus amaños y villanías ocasionó la ruina y desgarró el corazón de nuestro desgraciado padre.

—Avivas con eso que me dices mi deseo de hallarme cara a cara con ese malvado. Ya creo haberle visto.

—Considerad — le dijo Julia — que estáis bajo la custodia de Lucy y mía, y que ambas somos responsables de vuestras acciones; considerad también que no en vano soy hace doce horas la dama de los pensamientos de un abogado. Os aseguro que haríais una locura en ir ahora a Ellangowan. Lo único en que puedo consentir es en que vayamos todos juntos a pasearnos hasta el fin de la alameda, y aun puede que consintamos en acompañaros hasta una altura desde donde podréis admirar a lo lejos aquellas sombrías torres que tan profundamente hirieron vuestra imaginación.

Inmediatamente quedó decidida la expedición y, habiéndose puesto las señoritas sus chales, echaron a andar escoltadas por el capitán Bertrán. Hacía una hermosa mañana de invierno y el frío, lejos de molestar a nuestros jóvenes, sólo contribuía a hacerles más grato el ejercicio. Una secreta analogía de sentimientos había estrechado más y más los vínculos de amistad entre las dos niñas, y Bertrán, ya escuchando los pormenores que le daban acerca de su familia, ya contándoles sus aventuras en Europa y Asia, sentía y las hacía sentir un interés que eran en ambas, aunque por distintas causas, igualmente vivo. Lucy se enorgullecía de tener tal hermano viendo la alta nobleza de sus pensamientos y el valor con que había arrostrado tantos peligros, y Julia, reflexionando sobre lo que le había dicho su padre, no podía menos de lisonjearse con la dulce esperanza de que la altiva independencia que tan mal le parecía en el plebeyo Brown, sería a sus ojos la noble dignidad que convenía al heredero de la ilustre casa de Ellangowan.

Llegaron, en fin, a aquella altura situada en los límites de los estados de Ellangowan y de la que tantas veces hemos hablado en el curso de esta historia; en ella fué donde Meg Merrilies vió por última vez a Godofredo Bertrán y adonde había llevado el día antes al despavorido Dominus. Extendíase desde allí la vista, por un lado, sobre una hermosa campiña salpicada de frondosos valles y gentiles colinas, y por el otro sobre inmensos bosques de pinos de Escocia

uya sombría verdura contrastaba con la desnu-
ez de los otros árboles. A distancia de dos o
es millas divisábanse la bahía de Ellangowan
el océano, cuyas olas agitaba un viento del
este. En fin, las torres del antiguo castillo, ilu-
inadas por los rayos del sol, dominaban to-
s aquellas variadas cercanías.

—Ve ahí — dijo Lucy enseñándosela con el
edo a su hermano —, ve ahí la antigua man-
ón de nuestros padres. Bien sabe Dios, querido
ermano, que no te deseo todo el poder de
e dicen que gozaron los dueños de esas ruinas
del que no siempre hicieron buen uso; pero
alá te vea pronto en posesión de algunos res-
s de sus bienes para asegurarte una indepen-
ncia decorosa y proporcionarte los medios
socorrer a los antiguos servidores de nues-
a familia, a quienes la muerte de nuestro po-
e padre ha dejado tan desvalidos...

—Sí, querida Lucy — respondió el joven he-
dero de Ellangowan —, yo espero que con la
uda de Dios que me ha protegido hasta aho-
, y merced a los generosos desvelos de los
nigos que tanto se interesan por mí, veremos
alizado este deseo. Pero, ¿puedo mirar sin
teres esas majestuosas ruinas? Si el que ahora
s posee tiene la osadía de quitar de su sitio
a sola piedra...

Interrumpióle al llegar a este punto la voz
Dinmont, que acudía corriendo a alcanzarlos
a quien no vieron hasta que estuvo ya junto
ellos.

—¡Capitán!, ¡capitán! — gritó —, ¡aquí os lla-
la que ya sabéis!

Y en el mismo instante, Meg Merrilies, como
hubiera salido de las entrañas de la tierra, se
areció detrás de Dinmont.

—Os he buscado en la quinta y sólo he encon-
ado a este hombre — dijo a Bertrán señalan-
al labrador —; pero vos teníais razón y yo
errada: *¡aquí, aquí* es donde yo debía halla-
s; en este sitio donde mis ojos vieron por
ima vez a vuestro padre!... Y ahora acor-
os de vuestra promesa y seguidme.

CAPITULO LIII

En vano al rey hablaba la doncella:
El noble Arturo, mudo junto a ella,
La miraba asombrado.
—¿Por qué callas —le dice—: no soy bella,
Mas para hacerte bien, me da mi estrella
Poder ilimitado.
La boda de sir Gawaine.

La hermosa novia de sir Gawaine, mientras
aba bajo la influencia de las hechicerías de su
ersa suegra, era acaso menos fea, menos
crépita que Meg Merrilies, pero dudo que
eyera aquella agreste sublimidad que una
ginación constantemente exaltada comuni-
a a sus facciones, naturalmente duras y ex-
sivas, y a los violentos ademanes de su cuer-
cuya estatura, atendido su sexo, era real-
nte colosal. Los caballeros de la Tabla Re-
nda no vieron, pues, con más terror la apa-
ón de la encantada doncella "entre un roble
n verde acebo" como dice la balada, que
cy y Julia la de la sibila galwegiana en el
dero de los estados de Ellangowan.

—Por amor de Dios — dijo Julia a Bertrán
ando su bolsillo —, dad a esa mujer lo que
y que se vaya cuanto antes.

—No puedo ni debo ofenderla — dijo Ber-
.

—¿Qué os detiene? — exclamó Meg con acen-
colérico —. ¿Por qué no me seguís? ¿Habéis
idado vuestro juramento? *¡En la Iglesia o en
plaza, en una boda o en un entierro!...* —
vantó el índice de su descarnada diestra,
ando una actitud amenazante.

Bertrán, volviéndose a sus aterradas compa-
as, le dijo:

—Dispensadme por un momento; me he com-
metido con juramento a seguir a esta mujer.

—¡Dios mío — exclamó Julia —; os habéis
mprometido a seguir a una demente!...

—¡O a una gitana que tendrá acaso toda su
drilla escondida en el bosque para asesi-
e! — añadió Lucy.

—¡No es digno ese lenguaje de una hija de Ellangowan! — dijo Meg echando a miss Bertrán una mirada sañuda —. Los mal pensados son los que obran mal.

—En una palabra — dijo Bertrán —, es preciso, es indispensable que la siga. Esperadme unos cinco minutos.

—¡Cinco minutos! — dijo la gitana —; puede que no basten cinco horas para lo que tenemos que hacer.

—¿Lo oís? — dijo Julia —; ¡por amor de Dios, no la sigáis!

—¡Es preciso!, ¡no hay remedio! Mr. Dinmont os acompañará a la quinta.

—No — dijo Meg —, tiene que venir con vos; por eso está aquí; es preciso que os ayude con el corazón y con el brazo; debe hacerlo, pues caro pudo haberos costado ayudarle a él en otra ocasión.

—¡Tiene razón! — dijo Dinmont —, seguiré al capitán y verá que no lo he olvidado.

—¡Sí, sí! — exclamaron a la vez las dos doncellas —; si estáis decidido a obedecer una orden tan extraña, que a lo menos os acompañe Mr. Dinmont.

—Es preciso, ya os lo he dicho, pero ya veis que voy bien acompañado. No puedo tardar en despachar, pero volved sin esperarme a la quinta.

Dicho esto, apretó tiernamente la mano a su hermana, y aun más tiernamente se despidió de Julia con los ojos. Casi inmóviles de sorpresa y terror, siguieron con la vista las dos amigas por un buen rato a Bertrán, a su amigo y a su extraordinaria guía, que los precedía con paso firme y tan rápido que parecía que volaba más bien que andaba. Bertrán y Dinmont, aunque muy altos uno y otro, parecían de menos estatura que ella, lo que consistía en la larga capa negra en que iba embozada y en el pañuelo que a manera de turbante ceñía su cabeza. Andaba en línea recta sin seguir el sendero, que hacía muchos recodos, a fin de evitar los pequeños cerros que se alzaban entre los bosques de Ellangowan y la altura en que se hallaban Lucy y Julia. Resultaba de aquí que ya los perdían de vista cuando bajaban una colina, ya los veían aparecer de nuevo cuando subían alguna cuesta. Ninguno de los estorbos que hubieran obligado a cualquier caminante a dar un rodeo, detenía en su rápida carrera a Meg Merrilies, semejante a un pájaro que corta los vientos. Llegaron en fin a los bosques de Ellangowan, dirigiéronse hacia el lado de Derncleugh y desaparecieron enteramente.

—Extraordinario es eso — dijo Lucy a su compañera después de un largo silencio —; ¿qué pueden tener que hacer con esa bruja?

—Es cosa para asustar a cualquiera — respondió Julia —, y que casi me recuerda los cuentos de nigrománticos, hechiceros y genios del mal que he oído en la India. Creen allí que existen personas dotadas de tal poder de fascinación en los ojos, que obligan a sus víctimas a seguirlas contra su voluntad. ¿Qué tiene que ver tu hermano con esa arpía, para que no le quede más arbitrio que obedecerla y seguirla contra su voluntad?

—A lo menos — dijo Lucy — debemos creer que no abriga malos designios contra él, pues de otro modo no hubiera permitido que le acompañara el honrado y fiel Dinmont, cuyas fuerzas e impavidez tanto nos ha ponderado Enrique. Volvamos ahora a la quinta para llegar antes que el coronel; acaso mi hermano volverá antes que él, y en todo caso le diremos lo que ocurre y él sabrá lo que hay que hacer.

Del brazo y tropezando con frecuencia a causa de sus angustias y de la precipitación con que andaban, llegaron en breve a la calle de árboles que conducía al zaguán de la quinta, cuando oyeron detrás de sí el galope de un caballo. Volvieron la cabeza y reconocieron con viva satisfacción al joven Hazlewood.

—De aquí a un momento llegará el coronel — les dijo —; yo le he tomado la delantera para venir a dar a miss Bertrán el más sincero parabién por el feliz suceso ocurrido en su familia. Ya me tarda ser presentado al capitán Bertrán y manifestarle mi gratitud por la lección que dió a mi indiscreta vivacidad.

—Ahora mismo se separa de nosotras — dijo Lucy —, y de un modo que nos tiene con el mayor cuidado.

Llegó en aquel instante el coche del coronel, quien, habiendo visto a las dos amigas, mandó parar al cochero y se apeó con Mr. Pleydell. Inmediatamente le contaron lo que había pasado.

—¡Vuelta con Meg Merrilies! — exclamó el coronel —; cuidado que es el ente más misterioso e incomprensible que he visto en mi vida! ¿Quién sabe? Puede que tenga que comunicar a Bertrán algo que no quiere que sepamos.

—¡Lleve el diablo a la vieja loca! — dijo el abogado —; no quiere que las cosas sigan su curso natural *prout de lege;* ¡todo lo ha de manejar ella a su antojo! Me temo, a juzgar por el camino que han tomado, que hayan ido hacia Ellangowan... Ese tuno de Glossin nos ha hecho ya ver qué casta de pájaros tiene a su disposición, y desearé que el auxilio del buen Dinmont le baste a nuestro amiguito.

—Si queréis — dijo Hazlewood —, yo tendré una satisfacción en seguir el camino que ellos han tomado. Soy bastante conocido en estos contornos para creer que ningún ultraje puede amenazar al capitán en mi presencia, y en todo caso ayudaré a Dinmont a defenderle. Si los encuentro, cuidaré de seguirlos a bastante distancia para que Meg Merrilies no pueda verme y para no ser un obstáculo a las comunicaciones que pueda tener que hacer a Mr. Bertrán.

—¡Por vida mía — dijo Pleydell —, que estoy por decir que, aunque me acuerdo de haberos visto aún no ha muchos años con tonelete y frontero, sois ya hombre hecho y derecho! Mas temo para nuestro amigo una nueva tentativa de opresión legal que una violencia abierta, y creo en efecto que vuestra presencia podría desbaratar los planes de Glossin y de sus paniaguados. Id, pues, Mr. Carlos, seguidlos, observadlos bien; probablemente los hallaréis hacia

RAYOS X — Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO





Derncleugh o en el bosque de Warroch.

Hazlewood montó inmediatamente a caballo.

—Vendréis a comer, Carlos — le dijo el coronel.

Hizo el joven un saludo, metió espuelas a su caballo y partió al galope.

Volvamos ahora a Bertrán y a Dinmont, que continuaban siguiendo a su misteriosa guía por entre bosques y cerros, con dirección al valle de Derncleugh. Precedíalos ella siempre con la misma rapidez, sin volverse más que para decirles que apretaran el paso, a pesar de que, no obstante el rigor de la estación, les caía el sudor de la frente. A veces iba hablando entre dientes sin que pudieran oírsele más que algunas palabras inconexas como éstas:

—Es lo mismo que reedificar la casa destruída; es poner la piedra angular, ¿y no se lo había dicho yo? Yo le dije que eso me estaba reservado aún cuando hubiera arriesgado en ello la cabeza de mi padre; estaba scrito en el cielo. Me he visto en la cárcel y he conservado mi resolución en el calabozo y entre los grillos; me han desterrado, y mis proyectos me han seguido a otras tierras. Me han azotado, me han impreso un sello de infamia, pero mi resolución estaba en sitio adonde no podían llegar ni el látigo ni el hierro ardiente; y ya ha dado la hora.

—Capitán — dijo Dinmont en voz baja —, deseo que no sea una hechicera esa mujer; me parece que habla más con el diablo que con Dios. Allá en mi tierra dicen que hay gentes de ésas.

—No tengáis miedo, amigo mío.

—¡Miedo!; que sea hechicera o que sea el mismo diablo, todo es uno para Dandy Dinmont.

—¡Callad! —dijo Meg Merrilies volviéndose a ellos colérica —; ¿pareceos que éstos son el momento y el sitio a propósito para entrar en conversación?

—Pero, amiga mía — le dijo Bertrán —, así como yo no dudo del interés que os tomáis por mí y del que me habéis dado tantas pruebas, así vos deberíais, en recompensa, tener más confianza en mí, y decirme adónde me lleváis.

—Sólo una respuesta puedo daros, Enrique Bertrán — dijo la sibila —. He jurado que mi lengua no hablaría jamás, pero no he dicho que mi dedo no señalaría nunca. Avanzad, pues, para recobrar vuestra hacienda, o retroceded para perderla; esto es cuanto tengo que deciros.

—Adelante — respondió Bertrán —; no os haré más preguntas.

Bajaron al valle junto al mismo sitio donde se separó Meg de Bertrán pocos días antes. Paróse un momento la gitana en el punto donde habían enterrado el cadáver del teniente de Hatteraick y donde aun se veía la tierra recientemente removida, a pesar de que se conocía que alguno había procurado hacer desaparecer todo vestigio de aquella operación.

—El que yace aquí — dijo Meg —, pronto estará acompañado.

Cruzó el arroyo, y habiendo llegado a la aldea arruinada, paróse con muestras de vivo interés junto a una de las cabañas cuyas tapias subsistían aún en pie, y dijo a sus dos compañeros con acento menos áspero, pero tan solemne como tenía por costumbre:

—¿Veis los pardos escombros de esta cabaña? Ahí por espacio de cuarenta años he encendido yo la lumbre en mi hogar; ahí he sido doce veces madre. ¿Qué ha sido de mis hijos?, ¿qué ha sido de las hojas que cubrían ese añoso fresno por san Martín? El viento del norte las ha dispersado; lo mismo que a él me ha sucedido a mí. ¿Veis ese fresno? Ya no es más que un tronco podrido. Muchas noches he pasado sentada bajo su copa cuando sus frondosas ramas cubrían ambas márgenes del arroyo. Si — añadió alzando la voz —; ahí he estado sentada muchas veces, Enrique Bertrán, teniéndoos sobre mis rodillas y cantándoos los antiguos barones de vuestra familia y sus sangrientas guerras... Ya nunca renacerá su verdura, ni Meg Merrilies volverá a cantar; pero vos no lo olvidaréis y por amor de ella haréis reedificar esa cabaña. Albergad en ella a alguno que sea bastante virtuoso para no temer a los habitantes del otro mundo. Si los muertos vuelven al país que habitaron, más de una vez me verán en este valle cuando cubra la tierra mis cansados huesos.

La mezcla de delirio y de entusiasmo con que hablaba aquella mujer, el fuego de sus miradas, su brazo derecho desnudo y levantado en actitud trágica, y su manto arrebujado en derredor del izquierdo y cayéndole en anchos pliegues desde el hombro hasta los pies, hubieran formado un estudio digno de nuestra Siddons. (Célebre actriz escocesa).

—Y ahora — dijo volviendo al tono duro y breve que le era natural —, ¡manos a la obra!

Esto diciendo dirigióse al cerro sobre el que estaba situada la torre de Derncleugh, cuya puerta abrió con una llave que sacó de su faltriquera. El interior de aquella torre presentaba más orden y aseo que la última vez que entró Bertrán en ella.

—He puesto esto un poco decente — dijo — porque acaso pasaré aquí la noche tendida de cuerpo presente. No habrá mucho acompañamiento en el entierro de Meg, porque casi todos los míos desaprobarán lo que he hecho y lo que voy a hacer.

Indicóles con la mano una mesa sobre la que estaba preparado un plato de carne fiambre con más limpieza de lo que hubiera podido esperarse de su género de vida.

—Tomad un tente-en-pie — les dijo —; conviene que toméis fuerzas para esta noche.

Bertrán, por mera complacencia, atravesó uno o dos bocados; pero Dinmont, cuyo apetito no era poderosa a disminuir ninguna consideración humana, hizo honor al festín. Ofreciòles entonces la gitana sendas copas de aguardiente; Bertrán echó en la suya mitad de agua, y Dinmont se la bebió de un trago tal cual estaba.

—¿Y vos nada tomáis? — le preguntó el labrador.

—Yo no he menester ya de nada — respondió la misteriosa Meg — y ahora — añadió — necesitáis armas; no podéis ir desprevenidos; pero no las empleéis sin necesidad. Le cogeréis vivo para entregarle a la justicia; es menester que declare todo lo que sabe antes de morir.

—¿A quién hemos de prender? ¿Quién ha de declarar? — preguntó Bertrán, cuya sorpresa aumentaba por momentos.

Meg, por toda respuesta, le presentó un par de pistolas, y habiéndolas examinado el joven, vió que estaban cargadas.

—Las piedras son buenas y la pólvora está bien seca — dijo Meg —; fiad en mí.

En seguida, sin entrar en más explicaciones, dió a Dinmont otro par de pistolas, y dijo a entrambos que eligiese cada cual un garrote entre un haz de ellos que sacó de un rincón de la estancia. Bertrán escogió una buena estaca, y Dinmont eligió una cachiporra que hubiera podido servir de maza al mismo Hércules. Precedidos por Meg, salieron en seguida de la torre, y mientras iban andando, dijo Bertrán en voz baja a su compañero:

—No comprendo lo que quiere esa mujer, pero por lo que es cuenta, no hagamos uso de nuestras armas sino en caso de absoluta necesidad. Ceñíos a lo que me veáis hacer a mí.

Respondióle Dinmont echándole una mirada significativa, y continuaron siguiendo por entre prados, selvas y matorrales los pasos de su conductora. Llevábalos ésta al bosque de Warroch por el mismo camino que había seguido el laird de Ellangowan, cuando voló a Derncleugh buscando a su hijo en la triste noche del asesinato de Frank Kennedy.

Luego que llegaron al bosque, donde sólo se oía el silbido del viento que soplaba de la parte del mar y agitaba las secas ramas, paróse un momento como para reconocer el sitio.

—Es preciso seguir el mismo camino — dijo.

Y en vez de continuar en línea recta como hasta entonces, hizoles dar varios rodeos, y los llevó al fin a una pequeña pradera, de forma irregular, y tan rodeada de árboles y de matorrales que, aun en invierno, formaba un retiro profundo y casi inaccesible; pero cuando la verdura primaveral cubría los campos, cuando desplegaban los arbustos sus naturales pompas, cuando las ramas de los árboles, enlazándose por todas partes, oponían un dosel impenetrable a los rayos del sol, un joven poeta hubiera elegido aquel sitio para componer en él sus primeros versos; dos enamorados le hubieran elegido para hacerse en él la primera declaración de amor.

Pero los pensamientos que inspiraba aquel sitio a los que en él se hallaban a la sazón, eran al parecer de muy distinta naturaleza. Bertrán, luego que le hubo examinado atentamente, quedó pensativo y cubierta la frente de una nube sombría. Meg, después de haber dicho entre dientes: —¡Sí, aquí fué! — miró a Bertrán con ojos desencajados y le dijo: —¿Le reconocéis?

—Sí — respondió Bertrán —, aunque confusamente.

—Aquí fué — prosiguió la gitana — donde cayó derribado de su caballo; yo estaba entonces escondida detrás de esos zarzales. Yo le vi luchar. Yo le vi implorar compasión; ¡pero estaba en manos de hombres que no conocen esa palabra! Ahora vais a ver el camino que seguí la última vez que os llevé en mis brazos.

Condújole entonces por entre las breñas, sin seguir ninguna senda trazada, hasta que por una pendiente casi imperceptible, se hallaron en la orilla del mar. Internóse entonces con rápidos pasos entre las rocas de la playa, y parándose junto a un peñón que parecía desgajado de los demás:

—Aquí fué —dijo a Bertrán en voz baja — donde se halló el cadáver!

—No debe estar lejos la cueva — repuso Bertrán en el mismo tono —. ¿Nos lleváis a ella por ventura?

—Sí — respondió la gitana con resolución —. ¡Animo y serenidad! Haced lo que yo para entrar; ya he dispuesto en la cueva sarmientos y retamas para alumbraros. Aquí tenéis cordeles. Escondeos bien hasta que yo os diga: *¡La hora y el hombre han llegado!*, entonces os arrojáis sobre él, os apoderáis de sus armas y le atáis de firme hasta que le salte la sangre por los ojos.

—Lo haré por vida mía — dijo Enrique —. Si es el hombre que sospecho... ¿Jansen, eh?

—Sí, Jansen, Hatteraick y otros veinte nombres más.

—¿Vais a seguirme, Dinmont? — le dijo Bertrán —. Lo pregunto porque os advierto que ese hombre es el mismo Satanás.

—¿Quién pregunta eso? Pero quisiera aquí en un momento ponerme bien con Dios antes de meterme por ese agujero que está ahí destapando esa bruja. ¡Sobre que sería diablura y media ir a dejar ese bendito sol y este aire libre para que lo maten a uno como a un topo en esa ratonera! Pero ¿quién dijo miedo? ¡El diablo me lleve si no os sigo hasta el fin del mundo!

Pasaba este coloquio en voz baja, mientras desembarazada Meg Merrilies la boca del subterráneo, por la que entró la primera arrastrándose sobre las manos y las rodillas. Bertrán la siguió y Dinmont cerró la marcha, después de haber echado una postrera mirada a la hermosa luz del sol.

CAPITULO LIV

¡Muere, profeta! tú te lo auguraste:
Cúmplase, cual los otros ese agüero!
SHAKESPEARE. *Enrique IV*, 3ª parte.

El labrador que, como ya hemos dicho, formaba la retaguardia, sintió de repente una mano intrusa que le tiraba de una de sus largas zancas que arrastraba trabajosamente, silencioso y no sin cierto sobresalto, por el bajo y estrecho pasadizo que conducía a la entrada de la cueva. A punto estuvo de abandonarle su serenidad, y poco faltó para que se perdiese lan-

zando un grito que hubiera sido la señal de su muerte y de la de Bertrán, porque en la postura en que se hallaban toda defensa les era imposible. Contúvose, sin embargo, y desasiendo su pie con mucho tiento de entre los dedos de aquel inesperado secuaz, prosiguió avanzando a gatas, cuando le dijo éste en voz muy baja:

—¡Chitón! Soy un amigo, Carlos Hazlewood.

Meg Merrilies, que abría la marcha, llegaba en aquel momento al sitio en que empezaba a elevarse la bóveda de la cueva, y ya se había puesto en dos pies; aunque no oyó estas palabras, pronunciadas en voz muy baja, el ligero murmullo que produjeron en aquel silencioso subterráneo, bastó para alarmarla, y temiendo que hubiese llegado también a oídos de Hatteraick y a fin de confundirle con otros sonidos, empezó a refunfuñar entre dientes, a cantar y a remover las ramas secas que estaban amontonadas en un rincón de la cueva.

—¡Aquí, bruja, hija de Satanás! — gritó la voz ronca y dura de Hatteraick desde el fondo de su madriguera —; ¿qué haces ahí?

—Estoy arreglando estas retamas para que os calentéis, alma de Judas. Ya estáis como queréis; no diréis lo mismo dentro de poco.

—¿Me traes ron y noticias de mi gente?

—El ron aquí está; de vuestra gente, malas noticias traigo; todos cogidos, dispersos, acuchillados por las casacas coloradas (soldados del rey).

—¡Mil demonios! ¡Siempre me es fatal esta costa!

—Aun puede que tengáis más motivos para decirlo.

Durante este diálogo, Bertrán y Dinmont habían vuelto, con satisfacción suya, a su natural postura. La sombría claridad que expedía el carbón encendido en una hornilla de hierro, como las que se usan para la pesca del salmón por la noche, era la única luz que iluminaba aquella caverna. Hatteraick echaba de vez en cuando un puñado de retamas sobre las ascuas, pero la luz que producía su combustión, estaba muy lejos de iluminar todo aquel espacioso recinto; colocado en el fondo de la caverna, tampoco podía el contrabandista ver a los que estaban a la entrada, y que un rimero de ramas secas, detrás del cual estaban escondidos, ocultaba enteramente a su vista. Dinmont había tenido la acertada precaución de no dejar pasar adelante a Hazlewood, hasta después de decir a Bertrán al oído quién era el recién llegado.

No era aquél el momento más a propósito para andarse en cumplimientos, por lo que dejándolos aparte por el pronto, quedaron los tres inmóviles y silenciosos como las rocas que los rodeaban, y escondidos detrás del montón de retamas colocado allí probablemente para impedir la entrada a los recios vendavales del mar, sin interceptar del todo la renovación del aire. Aquel rimero se componía principalmente de ramas sin hojas, tiradas de cualquier modo unas encima de otras, de modo que por entre los muchos claros que dejaban entre sí, podían nuestros tres amigos ver, a la luz del brasero, lo que pasaba en el fondo de la cueva, al paso que era imposible que los descubriesen en la oscuridad en que estaban sepultados.

Independientemente del interés moral que ofrecía aquella escena, tanto por los importantes resultados que de ella preveía Bertrán, cuanto por el peligro que corrían a la sazón él como sus amigos, los efectos de sombra y de luz que presentaba, hubieran excitado la atención aun del espectador más desinteresado. La única claridad continua que iluminaba la caverna era el rojizo resplandor de la lumbre que ardía en la hornilla, y a la que sucedía de cuando en cuando una viva llama o un humo espeso, según eran más o menos inflamables las ramas con que la atizaba Hatteraick. Una insoportable humareda se alzaba hasta el techo de la cueva, y luego, como a pesar suyo, daba paso a una sombría llamarada, que giraba incierta en torno de la columna de vapor para exhalar repentinamente un fulgor más vivo cuando una rama más seca convertía el vapor en llama. Podíase entonces distinguir, más o menos, el semblante de Hatteraick, cuyas duras y abultadas facciones, en armonía con los angulosos peñascos suspendidos en arco sobre su cabeza, presentaban un aspecto doblemente feroz a causa de los siniestras reflexiones que le agitaban y del nuevo desastre que acababa de anunciarle Meg Merrilies. Esta, rondando en torno de él, ya junto a la luz, ya en las tinieblas y entre el humo, formaba un perfecto contraste con Hatteraick, a quien siempre se veía en pie y un poco inclinado sobre el brasero, mientras que Meg, semejaba un espectro que a cada instante aparecía y desaparecía.

Al ver a Hatteraick, sentía Bertrán hervir su sangre de cólera e indignación. Acordábase que, bajo el nombre de Jansen, que había tomado después del asesinato de Kennedy, había sido, igualmente que su teniente Brown, el implacable verdugo de su infancia; sabía, además, parte por sus confusos recuerdos, parte por lo que le habían dicho Mannering y Pleydell, que aquel hombre había sido el principal factor de la catástrofe que le había arrebatado a su familia y a su patria y le había expuesto a tantos peligros y calamidades. Mil amargos pensamientos agitaban su corazón, y no sin trabajo refrenaba los ímpetus que le daban de precipitarse sobre aquel malvado y saltarle de un pistoletazo la tapa de los sesos.

Pero esta tentativa no hubiera dejado tal vez de ser peligrosa. La llama que iluminaba el horrible semblante de Hatteraick, iluminaba también su recia musculatura, seguro indicio de la extraordinaria fuerza física de que estaba dotado, y mostraba pendientes de su cintura dos pistolas y un sable; era indudable, además, que en aquel trance desesperado se defendería con un denuedo proporcionado a su natural vigor. Verdaderamente no era probable que pudiese resistir a dos hombres tan fornidos como Dinmont y Bertrán, aun sin contar a su nuevo auxiliar Hazlewood, que estaba armado y a quien no había dado la naturaleza una complexión tan robusta; pero Bertrán discurrió que no era acción noble ni prudente arrancarle una vida que reclamaba el cadalso; reflexionó además en lo importante que era para él cogerle vivo; y venciendo su indignación, resolvió aguardar la señal y ver lo que iba a pasar entre aquel perverso y la gitana.

—¿Y cómo os sentís ahora? — dijo Meg con el destemplado y penetrante acento que le era habitual —. ¿No os tengo dicho lo que os ha de suceder en esta misma caverna donde os refugiasteis después del asesinato?

—¡Truenos y rayos! — repuso Hatteraick —; ¡guárdate tus maitines del diablo para cuando te los pidan, vieja maldita! ¡Has visto a Glossin?

—No: erraste el golpe, entrañas de hierro. Nada tienes ya que esperar del tentador.

—¡Ah, si le cogiera yo entre mis uñas! ¿Y qué voy a hacer ahora?

—¿Qué? — preguntó la gitana —; morir como un hombre o ser ahorcado como un perro.

—¿Ahorcado, hija de Satanás! Aun no está sembrado el cáñamo de la cuerda con que han de ahorcarme.

—Está sembrado, cogido, cardado y ya está retorcida la cuerda. ¿No os dije cuando os llevasteis robado al niño Enrique Bertrán, a pesar de mis súplicas, que después de haber cumplido su destino en país extranjero, volvería cuando tuviera veintiún años? ¿No os dije que el antiguo fuego se reduciría a su última chispa, pero que la última chispa le reanimaría?

—Sí, me lo dijiste, ¡mil tempestades!, y creo que dijiste bien. Ese perro de Ellangowan me ha sido siempre fatal, y ahora, gracias a la maldita idea de ese condenado de Glossin, ya me quedé sin *lugre*, sin tripulación, sin lanchas; ¡todo se lo llevó el demonio! ¿Y qué dirán ahora los armadores? ¡Infiernos y rayos! En mi vida me atreveré a presentarme en Flesinga.

—No tendréis que tomaros ese trabajo.

—¿Y por qué lo dices? ¿Por qué me hablas así?

Durante este diálogo, andaba Meg hacinando retamas secas que tenía cuidado de rociar con aguardiente sin que lo viera el contrabandista, y luego que tuvo reunido un buen montón, le echó en la lumbre de la que se alzó al punto hasta el techo una pirámide de llamas, produciendo una vivísima claridad. En el mismo instante respondió Meg a la pregunta de Hatteraick con estas palabras pronunciadas en voz recia y sonora: ¡Porque *la hora y el hombre han llegado!*

A aquella señal convenida, salieron de su escondrijo Bertrán y Dinmont con la rapidez del rayo y se precipitaron hacia Hatteraick; Hazlewood, que no conocía el plan de ataque, sólo pudo seguirlos un momento después. El malvado, que inmediatamente conoció que estaba vendido, dirigió su primera venganza sobre Meg Merrilies y le disparó un pistoletazo: la infeliz cayó lanzando un grito terrible y penetrante que era un término medio entre una especie de risa sardónica y una exclamación de dolor.

—¡Bien lo sabía yo! — dijo al caer.

Bertrán, en su precipitación, tropezó en una de las grietas de la roca que formaba el piso de la cueva, y estuvo a punto de dar consigo en tierra, casualidad felicísima para él, porque en el mismo instante le disparó Hatteraick otro pistoletazo tan certero, que si se hubiera hallado la cabeza del apuntado a la altura ordinaria, hubiera dado en ella la bala. Sin dejar tiempo a Dirk para coger otra pistola, echóse Dinmont sobre él y forcejeó por desarmarle, pero era tal el vigor de aquel miserable, que logró tumbar a Dinmont sobre las brasas y ya estaba a punto de quitarle una de sus pistolas, que hubiera sido fatal al pobre labrador, si Bertrán y Hazlewood no hubieran acudido en su auxilio. Precipitáronse en seguida los tres juntos sobre Hatteraick, consiguieron no sin trabajo derribarle en tierra, lo desarmaron y lo ataron de pies y manos en términos de que no le era posible hacer el menor movimiento. Esta lucha duró menos tiempo del que nos ha sido menester para referirla. Cuando Hatteraick se vió de aquella suerte sujeto, después de hacer dos o tres esfuerzos desesperados y casi convulsivos, quedó inmóvil y no volvió a desplegar los labios.

—Ya le tenemos como un tejón muerto — dijo Dinmont —; más vale así.

Y mientras hacía esta observación, sacudíase el buen labrador las cenizas y las ascuas que se le habían pegado en la ropa y que ya le habían chamuscado algunos mechones de pelo.

—No os apartéis de él — dijo Bertrán —y cuidado con que no se rebulla mientras voy a ver si esa pobre mujer está muerta o viva.

ULTIMAS PALABRAS

El presidente Mackinley murió diciendo: —¡Más cerca, oh Dios, de ti!

NIÑOS PRECOCES

A los niños chinos se les considera en el momento de nacer como si tuvieran un año de edad; y si nacen el 1º de febrero, que es la víspera del día de año nuevo en China, al día siguiente de la fiesta se dice que el niño tiene ya dos años.



LO QUE ESCRIBE UNA PLUMA

Con una misma pluma puede llegar a escribirse hasta un millón de palabras.

Ayudado de Hazlewood, levantó del suelo a Meg Merrilies.

—Ya lo sabía yo — dijo la gitana — que esto había de suceder: era preciso.

La bala había penetrado en el pecho por debajo de la garganta. No arrojaba la herida mucha sangre, por lo que Bertrán, acostumbrado a los efectos de las armas de fuego, la creyó más peligrosa de lo que a primera vista parecía.

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer por esta desgraciada? — dijo a Hazlewood, no permitiendo las circunstancias que entrasen por entonces en las mutuas explicaciones que en cualquiera otra ocasión se hubieran dado.

—Yo he dejado mi caballo ahí en el bosque — dijo Hazlewood —; iré, si os parece, en un galope a buscar gente con quien se pueda contar. Mientras vuelvo, guardad bien la entrada de la cueva.

Dicho esto, salió como había entrado, es decir a gatas. Bertrán, después de haber vendado la herida de Meg Merrilies lo mejor que pudo, se colocó junto a la boca de la caverna con una pistola en cada mano; Dinmont continuó de centinela junto a Hatteraick. Un profundo silencio reinó en la cueva, sólo interrumpido por algunos gemidos que arrancaba el dolor a la gitana y por la trabajosa respiración del preso.

CAPITULO LV

De los tuyos arrancado
Muchas tierras anduviste,
Muchos peligros corriste...
Mas, por el Señor guiado,
Al cabo no te perdiste.

CRABBE. *El Tribunal.*

Al cabo de unos tres cuartos de hora, que a Bertrán y a su amigo les parecieron tres horas largas, atendidas las inquietudes y el peligro de su situación, oyóse la voz de Carlos Hazlewood en la entrada de la cueva:

—Aquí estoy — decía — y con suficiente refuerzo.

—Entrad — respondió Bertrán, no poco contento de ver acabado su plantón.

Entró entonces Hazlewood, seguido de un ministro de justicia y de varios hombres. Cogieron éstos a Hatteraick y le llevaron hasta la boca de la cueva, donde le tendieron de espaldas en el suelo y tirándole de los pies lo sacaron a rastras, pues no fué posible hacerle hacer ningún movimiento propio para ayudarse a salir; luego que estuvo fuera, lo pusieron en pie y lo dejaron bajo la custodia de dos o tres hombres, mientras los demás sacaban con todo el cuidado posible a la pobre Merrilies. Saliendo de entre las tinieblas y expuesto de repente a la viva claridad del sol, Hatteraick, deslumbrado, apenas pudo tenerse sobre sus rodillas. Quisieron hacer que se sentase en una peña a la orilla del mar, pero tendiendo entonces en derredor de sí una mirada despavorida, y agitado de pies a cabeza por un temblor convulsivo, exclamó:

—*¡Ahí no!, ¡ahí no!*, ¡no me haréis sentar *ahí!*

Estas fueron las últimas palabras que se le oyeron; pero el terrible acento con que las pronunció, claramente revelaba lo que pasaba en su alma y el sentido que les daba.

Luego que hubieron sacado a Merrilies, empezaron a discurrir adónde convendría llevarla. Hazlewood, que había enviado a llamar a un cirujano, propuso que la transportasen, mientras llegaba éste, a la choza más inmediata, pero al punto exclamó la paciente con singular vehemencia:

—¡No, no! ¡A Derncleugh, a Derncleugh! ¡Sólo allí podrá el alma separarse del cuerpo!

—Creo que debemos darle gusto — dijo Bertrán —, no sea que con la irritación se le agrave el mal.

Dirigiéronse, pues, a la antigua torre; durante el camino, más ocupada parecía Meg en pensar en la escena que acababa de pasar que en la muerte que tan de cerca la amenazaba.

—Eran tres — decía —, y sin embargo yo no llevé más que dos; ¿quién podía ser el tercero? ¿Habrá vuelto *él*, acaso, para coadyuvar a su venganza?

Era evidente que la inesperada intervención de Hazlewood, a quien el aturdimiento que necesariamente debía haber producido en su mente la terrible escena que tan fatales resultas había tenido para ella, la había impedido reconocer, había herido profundamente su imaginación visionaria, pues siempre estaba pensando en ella y comentándola de mil maneras. Hazlewood explicó a Bertrán cómo había llegado en su auxilio; díjole que habiéndolos alcanzado a ver cuando salían de Derncleugh, los había seguido constantemente sin perderlos de vista; que había entrado detrás de ellos en la cueva con ánimo de darse a conocer, cuando acertó a encontrar su mano en las tinieblas una pierna de Dinmont, circunstancia que hubiera podido producir una catástrofe a no ser por el valor y serenidad del buen labrador.

Llegado que hubieron a la torre, abriéronla con la llave que les dió la gitana, y habiendo entrado todos en ella y mientras se disponían los que llevaban a la pobre herida a tenderla sobre el jergón que estaba en el suelo:

—¡No, no! — exclamó con muestras de viva inquietud —; ¡así no! ¡Con la cabeza hacia el oriente!

Y pareció quedar muy satisfecha de que la hubiesen colocado como pedía.

—¿No hay por estas cercanías — dijo Bertrán — algún eclesiástico que venga a consolar y asistir a esta desgraciada?

El ministro de la parroquia, que había sido el preceptor de Carlos Hazlewood, había oído decir, como otras muchas personas, pues la noticia había cundido con singular rapidez, que el asesino de Frank Kennedy acababa de ser preso en el sitio mismo en que se había cometido el crimen tantos años antes, y que una mujer estaba mortalmente herida. Por curiosidad o más bien porque su deber lo llamaba a doquiera que hubiese lágrimas que enjugar, se encaminó sin demora a la torre de Derncleugh, y llegó justamente en el momento en que acababa de hacer Bertrán la citada pregunta. Al mismo tiempo llegó el cirujano, el cual quiso examinar la herida, pero Meg rehusó su asistencia lo mismo que la del sacerdote.

—No está en mano de los hombres — dijo — curar mi cuerpo ni salvar mi alma; dejadme que diga todo lo que tengo que decir, y en seguida haréis lo que queráis. ¡Nadie me contradiga! ¿Dónde está Enrique Bertrán?

Todos los presentes, excepto Dinmont y Hazlewood, que en tantos años no habían oído pronunciar semejante nombre, se miraron unos a otros con asombro.

—Sí — repitió en voz más alta y con más vehemencia —, *Enrique Bertrán de Ellangowan* digo. Quitaos de la luz y dejadme que lo vea.

Todas las miradas se fijaron entonces en Bertrán que se acercaba a la sazón al lecho en que yacía postrada la infeliz gitana.

—Miradle bien — dijo cogiéndole una mano —; miradle bien, y digan todos los que han conocido a su familia si no es una viva imagen de su padre y de su abuelo.

Un confuso murmullo circuló por todo el concurso; la semejanza era demasiado evidente para que dejase nadie de conocerla.

—Ahora escuchadme, y veamos si ese hombre — añadió señalando a Hatteraick que estaba sentado a corta distancia en medio de los que lo estaban custodiando — se atreve a desmentirme. Este es Enrique Bertrán, hijo de Godofredo Bertrán, barón de Ellangowan; éste es aquel a quien en su niñez robó Dirk Hatteraick en el bosque de Warroch, el día en que asesinó a Kennedy. Yo estaba allí como un alma en pena, yo salvé la vida al niño y supliqué con lágrimas de mis ojos a Hatteraick para que me lo dejara; pero se lo llevó al otro lado de los mares. Muchas lejanas tierras ha recorrido, y ahora vuelve a recoger la herencia de sus mayores: ¿quién podría impedírselo? Yo juré guardar el secreto hasta que cumpliera veintiún años, porque sabía que hasta entonces tenía que obedecer a su destino, y he cumplido mi juramento; pero me había jurado también a mí misma que si vivía bastante para verlo de vuelta en Escocia, le haría llegar a la alta grandeza de sus mayores, aun cuando a cada paso hubiese para ello de tropezar en un cadáver. Y he cumplido también este juramento; yo seré uno de esos cadáveres. Ese hombre — añadió indicando a Hatteraick — será otro y no será el último.

Hizo entonces observar el ministro que era de sentir que no recibiese la justicia tan importante declaración en las formas legales, pero el cirujano añadió que era preciso examinar el estado de la herida de aquella mujer antes de cansarla con nuevas preguntas. Cuando vió Meg que todos se retiraban de la estancia, y que se llevaban a Hatteraick para dejar al cirujano examinarla despació, se incorporó en su lecho e interpelándole en alta voz:

—Dirk Hatteraick — le dijo — ya no nos volveremos a ver hasta el día del juicio final —; ¿reconocéis que he dicho verdad o no?

Volvióse hacia ella el contrabandista lanzándole una mirada feroz, pero no respondió palabra.

—Dirk Hatteraick, vos cuyas manos están teñidas en sangre mía, ¿osáis desmentir alguna palabra de las que acaban de salir de mi pecho moribundo?

Continuó él mirándola con una expresión de rabia y de contento, movió los labios como si hablara interiormente, pero no respondió.

—¡Adiós, pues! — le dijo —, ¡y Dios os perdone! Vuestra mano ha legitimado mi testimonio. Mientras yo vivía era una gitana, una loca, una vagabunda; me han proscripto, me han infamado... He mendigado de puerta en puerta el pan de mi sustento, me han acosado de pueblo en pueblo como a un perro errante, ¿quién había de dar crédito a mis palabras? Pero hoy soy una mujer moribunda y mis palabras no serán perdidas como mi sangre que has derramado.

Calló dicho esto, y sólo quedaron en la estancia dos o tres mujeres y el cirujano, el cual después de haber examinado la herida, meneó la cabeza sombríamente y cedió el puesto al ministro.

Previendo que había que llevar a Hatteraick a la cárcel, había detenido un constable en el camino real una silla de posta que iba vacía de retorno a Kipplerringan. El postillón, que era nuestro amigo Jack Jabos, noticioso de lo que pasaba en Derncleugh, dejó su carruaje a cargo de un muchacho, contando menos acaso con su vigilancia que con la sensatez que habían comunicado los años a su caballos, y apretó a correr hacia el lugar de la escena a ver qué ocurría. Llegó en el momento en que el concurso, que era muy numeroso, después de haber satisfecho su curiosidad contemplando la patibularia catadura de Hatteraick, dirigía hacia Bertrán toda su atención. Casi todos, especialmente los ya entrados en años, que habían visto a su padre cuando joven, reconocían la verdad de cuanto había dicho Meg Merrilies; pero los escoceses son un pueblo naturalmente cauto y circunspecto; acordáronse de que otro estaba en posesión de los estados de Ellangowan, y se limitaron a comunicarse por lo bajo sus sospechas y sus reflexiones.

Jack Jabos, sin embargo, abriéndose paso por medio del corro, no bien hubo visto a Bertrán cuando dió dos pasos atrás exclamando en alta voz:

—¡Por vida mía, que estoy viendo al anciano Ellangowan resucitado y rejuvenecido!

Esta pública declaración de un testigo desinteresado, fué una chispa eléctrica que se comunicó en un momento a todos los espectadores.

—¡Viva Bertrán! ¡Larga vida al heredero de Ellangowan! — exclamaron todos los presentes —. ¡Viva! ¡Viva!

—Setenta años hace que yo vivo en esta tierra — dijo uno —; cuando yo digo que ése e

Bertrán bien se me puede creer.

—El doble hace — saltó otro — que estamos avecindados en el lugar yo y los míos. ¡Me parece que bien puedo conocer la mirada de un Bertrán!

—Trescientos años ha — repuso un anciano —, que vivimos aquí nosotros de generación en generación, y hombre soy para vender hasta mi última yunta de bueyes, por ver al joven laird recobrar su patrimonio.

Las mujeres, a quienes siempre cautiva todo lo que lleva visos de novelesco y maravilloso, y cuyo interés sube de punto cuando tiene por objeto un gallardo mozo, no eran las que menos parte tomaban en el alborozo general.

—¡Es el retrato de su padre! — exclamaban —; ¡bendígale Dios! ¡Los Bertrán han sido siempre los protectores del pueblo!

—¡Ah — decían algunas —, si su pobre madre, a quien la pesadumbre de haberlo perdido llevó al hoyo, hubiera vivido para ver un día como éste!

—Es preciso que recobre sus bienes — decían otras —, y si Glossin se obstina en quedarse en la quinta, nosotras lo echaremos fuera con nuestras uñas.

Rodeó un numeroso gentío al buen Dinmont, que era muy conocido entre los labradores de aquella tierra, y que nada deseaba tanto como contar cuanto sabía acerca de su amigo; escuchábanle todos con suma atención y su testimonio daba nuevo pábulo a la alegría y al entusiasmo generales. Desaparecían finalmente en aquel momento la circunspección y la cautela escocesas, como cuando se derrite la nieve bajo una tibia y copiosa lluvia, arrastrando en su rápida carrera diques y presas.

El bullicio de estas aclamaciones interrumpió las oraciones del ministro; Meg, que estaba sumergida en una de aquellas modorras letárgicas que preceden a los últimos momentos de la vida, pareció reanimarse y recobró la palabra:

—¿Oís?, ¿oís? — exclamó —; ¡lo reconocen!, ¡lo reconocen! Yo no vivía más que para decirlo. No soy más que una pobre pecadora, pero si mi maldición causó sus desgracias, mi bendición las ha reparado todas. Ahora deseaba haber dicho más, pero ya es tarde. ¡Escuchad! — prosiguió alargando la mano hacia la estrecha ventana por donde penetraba en la estancia una viva claridad —; ¡apartaos de la luz, que quiero verlo por última vez! Pero las nieblas cubren mis ojos — añadió cayendo sobre su lecho después de haber procurado inútilmente distinguir los objetos —. ¡Todo se acabó!

Pasa la vida
Viene la muerte.

Y dicho esto, expiró sin exhalar un solo gemido.

Extendieron el ministro y el cirujano una especie de sumaria de todo lo que había dicho, lamentando que no se le hubiera tomado declaración en regla, pero moralmente convencidos de la verdad de sus revelaciones.

Hazlewood fué el primero en dar a Bertrán el parabién por la cercana esperanza que se le ofrecía de recobrar su nombre y su legítimo patrimonio. Los espectadores que habían sabido por Jack Jabos que Bertrán era el que había herido al joven Hazlewood, bendecían la generosidad de este último, y mezclaban su nombre al de Bertrán en sus aclamaciones.

Preguntaron algunos, sin embargo, al postillón, cómo no había reconocido a Bertrán por quien realmente era cuando lo vió en Kipplelringan pocos días antes.

—¿Y quién se acordaba entonces — respondió — de que tal Ellangowan había existido en el mundo? Cuando oí decir hace un momento que acababa de ser reconocido el joven laird, busqué entre todos a ver si había alguno que le pareciera, y la semejanza me saltó a los ojos. ¡Sobre que no hay más que mirarlo una vez para conocerlo!

Durante la última parte de esta escena, más de una vez se desmintió la feroz impasibilidad de Hatteraick. Observóse que fruncía las cejas; que procuraba encasquetarse el sombrero hasta los ojos a pesar de estar maniatado, y que alargaba la vista hacia el camino con muestras de inquietud, como impaciente por ver llegar el carruaje que debía llevárselo. En fin, Mr. Hazlewood, temiendo que se dirigiese contra el preso la efervescencia popular, mandó que le metiesen en la silla de posta y lo llevasen a Kippletringan, para ponerlo a disposición de Mr. Mac Morlan, a quien ya había despachado un expreso noticiándole cuanto acababa de suceder.

—Ahora, caballero — dijo a Bertrán —, celebraría en el alma que quisierais acompañarme a la quinta de Hazlewood, pero como presumo que dentro de algunos días os será esto más agradable que ahora, os suplico me permitáis acompañaros a Woodbourne. Pero veo que estáis a pie.

—¿Si el joven laird quisiera tomar mi caballo?, ¿o el mío, o el mío? — exclamaron media docena de voces.

—Aceptad el mío — dijo un anciano — y consentid en mirarlo como vuestro desde este instante. Diez millas anda por hora sin necesidad de que le arrimen el látigo ni la espuela.

OJO POR OJO..., Por González Fossat

Aceptó Bertrán el caballo a título de préstamo, y dió las gracias al concurso que le rodeaba por el vivo interés que acababa de manifestarle.

Mientras que el dichoso preferido enviaba a su casa un mozo en busca de su silla nueva, a otro con encargo de almohazar bien el caballo, a otro a pedir prestados a Dan Dukieson sus estribos bruñidos, y hacía presente a Bertrán su sentimiento de no tener tiempo para que echara un pienso el animal, y pudiera así lucir todo su mérito, Bertrán, cogiendo al ministro por la mano, entró con él en la torre, y cerró la puerta. Contempló en silencio por algunos momentos el cadáver de Meg Merrilies, cuyas facciones, aunque desfiguradas por la muerte, conservaban aún el carácter de energía a que había debido durante su vida una especie de superioridad sobre la horda en que había nacido. Enjugóse el joven soldado las lágrimas que involuntariamente caían de sus ojos al ver a aquella desgraciada, a quien consideraba víctima de su lealtad a su familia, y de su cariño a él personalmente.

—¿Creéis — preguntó al ministro con solemnidad —, creéis que le quedaba bastante conocimiento para prestar la debida atención a vuestras últimas exhortaciones?

—Creo, amigo mío — respondió éste —, que tenía el suficiente para oírme y unir su voz o su corazón a mis plegarias, pero esperemos que seremos juzgados con arreglo a nuestras escasas luces y a los medios que hemos tenido de instruirnos de los verdades de la moral y de la religión. Esa mujer, aunque viviendo en un país cristiano, podía ser considerada como una verdadera pagana; pero no olvidemos que han compensado muy ampliamente los errores y las culpas de una vida pasada en la ignorancia, las muchas pruebas que ha dado la infeliz de su desinteresado celo por el bien ajeno, llevado casi hasta el heroísmo. Confiémosla sin temor, pero sin esperanza, a la misericordia de Aquél que es el único que puede contarnos nuestros esfuerzos por conseguir la virtud en descargo de nuestras culpas.

—¿Me permitiréis — dijo Bertrán — que os suplique que cuidéis de que se celebren con todo decoro las exequias de esta pobre mujer? Soy depositario de algunos efectos que le pertenecieron, y, en todo caso, de mi cuenta correrán los gastos que resulten. En Woodbourne sabréis de mí cuando lo hayáis menester.

Dinmont, a quien un amigo suyo había prestado un caballo, llamó en aquel momento a la puerta para avisar que todo estaba corriente para la partida. Bertrán y Hazlewood recomendaron a las personas que los rodeaban, que eran muchos centenares, que contuviesen en razonables límites las explosiones de su alegría, en atención a que un celo demasiado indiscreto podría perjudicar al joven laird, como ellos le llamaban, y con esto se pusieron en camino en medio de las más entusiastas aclamaciones.

Al pasar por junto a las cabañas arruinadas de Derncleugh, dijo Dinmont a Bertrán:

—Bien cierto estoy, capitán, de que, cuando recobréis vuestros bienes, no os olvidaréis de hacer edificar aquí una chocilla; ¡el diablo me lleve si no lo haría yo a no estar ya vos en el encargo! Pero, después de lo que nos dijo la difunta, no me daría mucho gusto vivir en ella. Siempre estaría soñando con brujas, duendes y fantasmas.

En dos galopes llegaron a la quinta de Woodbourne, adonde ya los había precedido la nueva de su proeza; toda la familia los aguardaba reunida en el zaguán para darles el parabién.

—Si me vuelves a ver con vida — dijo Bertrán a Lucy, que salió a recibirlo la primera, si bien la ganaron por la mano los ojos de Julia —, a estos dos excelentes amigos se lo debes.

Luego que Lucy hubo expresado su contento y su gratitud a Hazlewood con un modesto saludo, y mejor aun con el puro carmín que coloreó sus mejillas, tendió la mano a Dinmont cariñosamente. En el entusiasmo de su júbilo, no se contentó el honrado campesino con aquel favor, antes bien la besó en el rostro con la más cordial franqueza, y queriendo al mismo tiempo excusar aquella libertad:

—Mil perdones os pido, señorita — le dijo —; pero bien sabe Dios que me parecía que tenía delante a una de mis hijas. El capitán es tan bueno que olvida uno el respeto que...

Dando entonces un paso adelante el buen Mr. Pleydell, dijo:

—Si ésas son las albricias...

—Quedo, quedo, Mr. Pleydell — dijo Julia —; ¿olvidáis que ya las recibisteis anoche adelantadas?

Mientras llevaban adelante este altercado miss Mannering y el abogado, presentaba el coronel a Bertrán un sujeto a quien aun no conocía.

—Aquí tenéis, amigo mío, a Mr. Mac Morlan.

—¿A quién debió mi hermana un asilo cuando quedó huérfana? — dijo Bertrán abrazándole cordialmente.

Dió entonces Dominus un paso al frente, quiso sonreír, y no hizo más que un gesto ridículo, quiso hablar, y no produjo más que una especie de sonido diabólico, y no pudien-

do más, en fin, reprimir el alborozo que le rebosaba del corazón, se retiró a desahogar por los ojos los vehementes sentimientos que lo agitaban.

Renunciamos a describir la completa felicidad que gozaron en aquel dichoso día todos los habitantes de Woodbourne.

CAPITULO LVI

Brama el malvado al verse descubierto
Como el mono rapaz a quien sorprende
Su dueño, en la despensa que saquea.
JUANA BAILLIE. *El conde Basilio.*

Hubo a la mañana siguiente gran movimiento en Woodbourne a causa del interrogatorio de Dirk Hatteraick, que debía efectuarse en Kippletringan. Mr. Pleydell, que, como ya hemos dicho, había dirigido la causa seguida antiguamente con motivo del asesinato de Kennedy, y que gozaba generalmente del buen concepto que merecían sus luces y experiencia, fué invitado por Mac Morlan, por sir Roberto Hazlewood, y por otro juez de paz de las cercanías a presidir el tribunal y a encargarse del interrogatorio; instaron también al coronel Mannering a asistir al juzgado, cosa a que él accedió gustoso. Reunido el tribunal, hizo Pleydell un resumen de los antecedentes de la causa, y mandó que compareciesen de nuevo dos de los testigos que aun vivían, de los que depusieron en la época de las primeras diligencias judiciales efectuadas de resultas del asesinato de Kennedy. Procedió en seguida al interrogatorio del ministro y del cirujano que habían asistido a Meg Merrilies en sus últimos instantes, y ambos manifestaron que había declarado positivamente repetidas veces haberse hallado presente a la muerte de Kennedy, asesinado por Dirk Hatteraick y algunos hombres de la tripulación de su buque; que ella se había hallado allí casualmente; que creía que, habiéndolo encontrado en el momento en que, a consecuencia del parte dado por él, acababan de perder su buque, habían cometido aquel crimen por venganza; que había añadido que un testigo de aquel crimen, su sobrino Gabriel Faa, vivía aún, pero no había tenido en él parte ninguna; que otra persona tuvo noticias de dicho crimen, después de cometido, y había sacado de él mucho provecho; esto fué todo lo que declaró la gitana. No olvidaron hacer mención de su declaración expresa, de que ella era la que había salvado al niño, que luego se lo habían arrancado de entre los brazos, y que los contrabandistas se lo habían llevado a Holanda. Ninguna de estas circunstancias se omitió en el proceso.

Trajeron en seguida a Dirk Hatteraick, bien maniatado, precaución que tenía que agradecer a uno de los constables que lo había reconocido por el hombre que se había escapado pocos días antes. Preguntáronle su nombre, pero no respondió; su profesión, y no respondió tampoco; otras muchas preguntas le hicieron, y siempre guardó el mismo silencio. Limpióse Pleydell los cristales de sus gafas, y examinó de hito en hito el rostro del reo.

—No recuerdo haber visto en mi vida — dijo en voz baja al coronel — un tunante de más mala traza que ese pajarraco; pero, como dice Dogberry, yo sé cómo se maneja a esos nenes. Constables, que entre Soles, Soles el zapatero. Soles, ¿os acordáis de haber medido unas pisadas estampadas sobre la tierra en el bosque de Warroch, en noviembre de 17...?

Soles recordó perfectamente esta circunstancia.

—Leed este papel. ¿Es ése el resultado de vuestro trabajo? ¿Lo reconocéis? — Soles respondió afirmativamente —. Coged esos zapatos que están ahí sobre la mesa, y ved si su suela corresponde a alguna de las pisadas de que tomasteis medida.

Hízolo así el zapatero, y declaró que eran en un todo iguales a la huella más ancha.

—Probaremos — dijo Pleydell aparte a Mannering — que estos zapatos, que se encontraron en las ruinas de Derncleugh, pertenecieron a Brown, teniente de Hatteraick, el bellaco a quien dejasteis tendido de un balazo enfrente de Woodbourne. Ahora Soles, tomad bien la medida al pie del preso.

Mannering, que no perdía de vista a Hatteraick, notó que estaba agitado por un temblor involuntario.

—Y ahora, Soles, ved si esa medida corresponde a alguna otra huella.

Examinó por segunda vez el zapatero sus apuntes, y habiendo medido por segunda vez el pie del preso:

—No hay un pelo de diferencia, — dijo —, entre este pie y esta otra huella tan ancha, pero más corta que la primera.

Esta observación dió al traste con la serenidad de Hatteraick, que exclamó aturdido:

—¡Mil diablos! ¿Cómo podían quedar estampadas las pisadas en la tierra, cuando estaba con el hielo más dura que la piedra?

—Por la noche, capitán Hatteraick, es verdad, pero no por la mañana. ¿Y me haréis ahora el favor de decirme dónde estabais, y qué hacíais el día que tan impreso se os ha quedado en la memoria?

Hatteraick había tenido tiempo para reconocer el golpe en falso que acababa de dar, y un obstinado silencio fué toda su respuesta.

—Que conste su observación en la causa — dijo Pleydell al que hacía las veces de escribano.

Abrióse en aquel momento la puerta de la sala y, en medio del asombro general, entró Mr. Gilberto Glossin. Había sabido por sus espías este respetable personaje, que las declaraciones que había hecho Meg Merrilies en su lecho de muerte en nada le comprometían, pues ni aun lo había nombrado en ellas; casualidad nacida sólo del corto intervalo que había mediado entre el momento en que fué herida y el de su muerte, por lo que no se había podido someterla a un interrogatorio judicial. Discurrió, pues, que sólo tenía que temer las declaraciones de Hatteraick, y resolvió arrostrar la tempestad y reunirse a sus colegas ocupados en sustanciar su causa.

—Ya hallaré medio — dijo entre sí — de hacer conocer a ese bribón que su interés y el mío exigen que calle; además, con sólo presentarme daré una prueba de confianza en mi inocencia. Si al fin he de perder esos bienes, más vale que... Pero esperemos que todo se arreglará.

Hizo al entrar una profunda reverencia a sir Roberto Hazlewood, que como empezaba ya a sospechar que su plebeyo vecino había querido servirse de él como el mono de la pata del gato, sólo le correspondió con una rápida inclinación de cabeza y volvió la vista a otra parte.

—Mr. Corsand — dijo Glossin dirigiéndose a otro de los jueces —, bésoos la mano.

—Bésoos la vuestra, Mr. Glossin — respondió con sequedad Mr. Corsand, que ajustaba su continente *regis ad exemplar*, es decir, a ejemplo del *baronet*.

—Mac Morlan, amigo mío — prosiguió Glossin —, ¿cómo va ese valor? Siempre trabajando, ¿eh?

—Pues... ya... — dijo Mac Morlan sin hacer alto ni en el saludo ni en el agasajo.

—¡Oh! ¡El coronel Mannering!

Un profundo saludo de Glossin no obtuvo de parte del coronel más que una ligerísima inclinación de cabeza.

—Mr. Pleydell, ¡tanto bueno por aquí!, ¡cuánto lo celebro!

Tomó Pleydell un polvo y echó al descarado intruso una mirada irónica.

—Yo le enseñaré a ese perillán — dijo en voz baja a Mannering —, el valor de la antigua máxima *ne accesseris in consilium antequam voceris*. (No acudas al consejo antes de que te llamen).

—Pero acaso os interrumpo, señores. ¿Ha empezado ya la sesión?

—Yo, por mi parte, Mr. Glossin — dijo Pleydell —, os aseguro que me alegro mucho de que hayáis venido, porque estoy convencido de que antes que nos separemos, vuestra presencia podrá sernos necesaria.

—Bien, bien, corriente, señores, manos a la obra — dijo Glossin acercando una silla a la mesa y apoderándose de algunos de los papeles que la cubrían —; ¿en qué estamos? ¿Qué hay hecho? ¿Dónde están las declaraciones?

—Escribano, vengan todos esos papeles — dijo Pleydell —; yo tengo un modo particular de arreglar a la antigua los autos de mis procesos, y en tocándolos cualquiera, Mr. Glossin, me confundo al instante. Pero no tardaremos en necesitaros; tened un poquito de paciencia.

Glossin, reducido de esta suerte a una completa inacción, echó una penetrante ojeada a Hatteraick, pero no pudo leer en su frente sombría más que la expresión de su odio contra todo lo que le rodeaba.

—Señores — dijo —, ¿por qué está cargado de grillos ese pobre hombre? Ahora no se trata más que de tomarle declaración.

Esto era dar a entender indirectamente al preso que tenía un amigo que se interesaba por él.

—¿No sabéis que ya se ha fugado una vez? — le dijo Mac Morlan con sequedad.

No tuvo Glossin más remedio que callar.

Introdujeron entonces a Bertrán, que, para mayor confusión de Glossin, fué recibido por todos, y aun por el mismo sir Roberto Hazlewood, del modo más cordial. Expuso el joven en pocas palabras los recuerdos que conservaba de su niñez, con aquel candor y aquella naturalidad que son las mejores garantías de la buena fe.

—Señores — dijo Glossin poniéndose en pie —, paréceme que ésta es una causa civil más bien que criminal, y como vuestras mercedes no pueden ignorar las resultas que podrían tener para mí las pretensiones que anuncia este mozo, pido licencia para retirarme.

—No puede ser, amigo mío, no puede ser — dijo Pleydell —; nos hacéis muchísima falta. ¿Pero qué tenéis que decir de las pretensiones de este mozo? No es mi ánimo en manera ninguna impedir que le respondáis, si algo tenéis que responder.

—Mr. Pleydell — replicó Glossin —, a mí me gusta la franqueza en todo y por todo, y voy a explicaros el negocio en cuatro palabras. Este mozo, a quien creo hijo natural del difunto Godofredo Bertrán, recorre estas cercanías hace unas cuantas semanas bajo diferentes nombres de compinche con una vieja loca, a quien según he oído acaban de matar en una quimera, viviendo con gitanos y gente perdida, y sobre todo con un barbarote de un labrador de Liddesdale, hombre muy cerril y muy bruto, azuzando a los colonos contra sus señores; y en fin, como sabe muy bien sir Roberto Hazlewood de Hazlewood...

—Sin que esto sea interrumpiros, Mr. Glossin — dijo Pleydell —, permitidme que os pregunte si conocéis a este joven.

—Creo que ese pobre hombre — dijo indicando a Hatteraick — sabe que es un hijo natural del difunto Ellangowan y de Juana Lightoheel, que luego casó con Hewit, carpintero empleado en las atarazanas, en el condado de Annan. Llámase Godofredo Bertrán Hewit, y bajo este nombre se alistó en la tripulación de la *Real Carolina*, yate guardacostas.

—¿Sí, eh? La explicación no deja de tener cierta verosimilitud — dijo Pleydell —, y si no fuera por la diferencia de edad, de estatura, de color y demás... ¡Eh, joven, acercaos!

Acercóse a la mesa un joven marino.

—Aquí tenéis — prosiguió el letrado — al verdadero Godofredo Bertrán Hewit, llegado anoche mismo de Liverpool. Es teniente de un navío de la compañía de las Indias, conque ya veis que si no ha entrado en el mundo por el camino real, ha sabido a lo menos ponerse en el que lleva a medrar.

Mientras los otros jueces de paz hacían a aquel joven algunas preguntas, Pleydell cogió

de la mesa la cartera de Dirk Hatteraick, el cual, al verlo, frunció las cejas y mostró la más viva inquietud, circunstancia que no escapó a la penetrante atención del magistrado. Volvió a dejar la cartera sobre la mesa, cogió algunos otros papeles, y en el mismo instante pareció que respiraba el preso con más libertad.

—Preciso es que haya un secreto importante en esta cartera.

Cogióla de nuevo, la examinó con más atención, y acabó por descubrir un resorte que abría un hueco en el cual halló tres papeles. No hizo más que echar rápidamente la vista sobre ellos, y volviéndose hacia Glossin, le suplicó que le dijese si se había hallado presente en las pesquisas que se hicieron para hallar a Kennedy y al niño Enrique el día del asesinato del primero y de la desaparición del segundo.

—No... es decir, sí — respondió Glossin, turbado.

—¿Y cómo teniendo tan estrechas relaciones con el difunto Ellangowan, no os presentasteis a mí para hacer vuestra declaración?

—El día mismo en que sucedió esa desgracia, tuve que ir a Londres para un negocio urgente.

—Escribano, apuntad su respuesta. Y ese negocio, Mr. Glossin, se reducía sin duda a girar estas tres libranzas a vuestra orden contra los señores Van Beest y Van Bruggen, aceptadas por cuenta de dichos señores por un tal Dirk Hatteraick, el día mismo en que se cometió el asesinato.

Todos echaron de ver que Glossin estaba muy demudado oyendo estas palabras.

—Estos documentos irrecusables — prosiguió Pleydell — comprueban lo que ha declarado sobre vuestra conducta en aquella ocasión el llamado Gabriel Faa, a quien hemos hecho prender, y que fué testigo presencial de todo lo que pasó entre vos y este hombre honrado. ¿Tenéis algo que responder?

—Mr. Pleydell — dijo Glossin con mucha serenidad —, si fuerais mi abogado, no me aconsejaríais que respondiera inmediatamente a una acusación hecha por un miserable, que parece resuelto a sostenerla a costa de un perjuicio.

—Mi consejo — dijo el letrado — dependería de la opinión en que os tuviera de inocente o culpado, pero en el caso en que os halláis, creo que tomáis el partido más prudente. Bien conoceréis que voy a dar orden de prenderos.

—¡Prenderme! ¿Y por qué?, ¿como acusado de asesinato?

—No por cierto; como complicado en el rapto de un niño.

—Delito es ése que admite fianza.

—Dispensad, Mr. Glossin; ese delito es un *plagium*, y *plagium* es felonía.

—Permitidme que os diga que estáis equivocado, Mr. Pleydell, y para probarlo no tengo más que citaros el caso de Torrence y Waldie. Sin duda os acordaréis que estas dos mujeres, habiendo prometido a unos estudiantes el cadáver de un niño, robaron una criatura, le dieron muerte y vendieron su cuerpo a los estudiantes por tres chelines y medio. Las dos mujeres fueron ahorcadas, pero a causa del homicidio y no del rapto o *plagium*. Es menester no confundir las leyes civiles con las criminales, Mr. Pleydell.

—Todo eso será muy santo y muy bueno, pero mientras se averigua la verdad ante el tribunal superior, iréis a visitar la cárcel del condado. Constables, llévense a Mr. Glossin y a Hatteraick, y cuiden de que no tengan entre sí ninguna comunicación.

Luego que los sacaron, compareció ante el juzgado el gitano Gabriel, en quien al punto reconoció Bertrán al cazador de zorras que había visto en Charlies Hope. Confesó que había desertado del *sloop* del capitán Pritchard y se había pasado a los contrabandistas durante la refriega. Declaró que el mismo Dirk Hatteraick había pegado fuego a su lugre, salvándose en sus lanchas, con su tripulación y casi todo el cargamento a favor del humo y de la confusión; que entonces se refugiaron en la cueva de Warroch, donde se proponían aguardar hasta la noche; que Hatteraick, Van Beest Brown, su teniente, y otros tres incluso él (Gabriel), salieron a buscar por los alrededores a algunos de sus compañeros y que encontraron por casualidad a Kennedy; que Brown y Hatteraick, sabiendo que era la causa de su desastre, habían jurado matarlo, y que, aprovechando aquella favorable ocasión, le asesinaron en efecto; que en seguida tiró cada cual por su lado y todos volvieron a la cueva, y que allí, mientras Hatteraick les estaba contando como, después de haber precipitado a Kennedy desde lo alto del risco y viendo que aun respiraba, había logrado, con ayuda de Brown, desgajar sobre él un pedazo de la roca, se presentó Glossin de repente; que Hatteraick compró su silencio a costa de la mitad de las mercancías que había salvado, por las cuales le dió a buena cuenta tres libranzas contra la casa Van Beest y Van Bruggen, obligándose además a llevarse a Holanda al niño Enrique, de modo que jamás se volviese a saber de él en Escocia. Declaró también Gabriel que nunca había perdido de vista a Bertrán hasta su llegada a la India, pero que allí se habían separado y no lo volvió a ver hasta que lo reconoció en Charlies Hope; que inmediatamente dió cuenta de su regreso a su tía Meg Merrilies y a Hatteraick, de quien sabía que estaba en la costa; que la gitana se había enfadado mucho de que hubiera dado semejante aviso al capitán contrabandista; que le había declarado que haría cuanto estuviese en su mano para restablecer al joven Ellangowan en sus derechos, aun cuando tuviera para ello que perder a Dirk Hatteraick; que muchos gitanos la habían ayudado en la ejecución de sus planes, porque estaban persuadidos de que obraba por inspiración, y por efecto del mucho respeto que le profesaban; que para que Bertrán no careciese de nada, le había entregado el tesoro de la tribu, de que era depositaria; que muchos gitanos estaban mezclados entre el gentío el día del ataque de la aduana de Portanferry para salvar a Bertrán, lo que él había ejecutado por encargo de su tía Meg; y en fin, que ésta le había dicho siempre que Enrique Bertrán debía llevar colgado del cuello un signo que descubriría su nacimiento; que este signo era un talismán que había hecho para él un sabio de Oxford, y que había persuadido a los contrabandistas que si se lo quitaban, perderían su buque y les sucederían grandes desgracias.

Sacó entonces Bertrán del pecho un saquito de terciopelo, que había llevado consigo desde su infancia, que los contrabandistas le habían encargado en efecto que conservara con todo cuidado, y que él lo había conservado, tanto por una especie de temor supersticioso, como por la esperanza de que podría algún día hacerle descubrir a sus padres. Abrieron inmediatamente el saquito, y hallaron en él, envuelto en dos cubiertas de pergamino, un horóscopo en regla, que el coronel reconoció por ser el mismo que él había sacado y escrito años atrás en la quinta de Ellangowan. Confesó entonces Mannering, para mayor comprobación de la identidad del joven Bertrán, que la primera vez que estuvo en Escocia había tenido la humorada de hacerse pasar por astrólogo.

—Ahora — dijo Pleydell al escribano —, extended la orden para hacer llevar a la cárcel a Glossin y a Hatteraick hasta que se les sustancie la causa. Lo siento por Glossin.

—Pues no me parece — dijo Mannering — el más digno de compasión de los dos. Si el otro es un desalmado, a lo menos es valiente.

—Es muy natural, coronel — dijo el letrado —, que vos os intereséis por el bandolero y yo por el pícaro: efecto del oficio. Pero creedme, Glossin hubiera sido un abogado de los pocos que hay, si no se hubiera aficionado al lado malo de la profesión.

—Las malas lenguas dirían —observó Mannering— que no por eso sería peor abogado.

—Las malas lenguas mentirían como suelen —repuso Pleydell—. Las leyes son como el láudano; mucho más fácil es emplearlo a diestro y siniestro, como un sacamuelas, que aplicarle con tino y prudencia, como un buen facultativo.

CAPITULO LVII

¡Incapaz de vivir o de morir!... ¡Oh corazón de mármol! Ea, muchachos, llevadle al patíbulo.

SHAKESPEARE. *Medida por medida*

La cárcel del condado era una de aquellas antiguas torres feudales que subsistían aún para ignominia de Escocia, hace pocos años. Llegado que hubieron a ella los presos y su escolta, Hatteraick, que era conocido por hombre tan forzudo como emprendedor, fué metido en un calabozo que llamaban la sala de los reos de muerte, que era una estancia muy espaciosa, situada en el piso más alto de la cárcel. Cruzábala en su longitud una barra de hierro del grueso de un brazo, colocada como a seis pulgadas sobre el nivel del suelo y sólidamente clavada en las dos paredes laterales. Pusiéronle a Hatteraick en los pies dos grilletes prendidos con clavos bien remachados, de los que pendía una cadena del largo de cuatro pies, cuya otra punta estaba amarrada a una argolla de hierro metida en la barra de que acabamos de hablar. De este modo podía el preso pasearse de un extremo al otro del cuarto, sin alejarse de la barra más de lo que permitía la cadena. El carcelero, después de haberle puesto los grilletes del modo que dejamos explicado, le quitó las esposas que tenía en las muñecas, y le dejó, salvo las precauciones indicadas, en absoluta libertad.

Llegó Glossin al poco rato, y en atención a su clase y a su educación, lejos de ponerle grillos y de meterle en un calabozo como a su compañero, le destinaron un cuartito bastante decente, bajo la inmediata inspección de Mac-Guffog, que después del incendio de la aduana de Portanferry había obtenido en aquella cárcel un empleo inferior de simple carcelero. Abandonado a sí mismo en aquella soledad, pudo Glossin calcular a su sabor todas las probabilidades en pro y en contra que se le ofrecían, y no quiso resolverse a perder toda esperanza.

—En cuanto a que me quedaré sin los bienes —decía— es cosa que no admite duda y a que es preciso resignarme — ni Pleydell ni Mac-Morlan harán ningún caso de cuanto yo diga. Mi reputación... ¡bah!... Déme Dios vida y libertad y yo sabré ganar honra y provecho. Veamos: Bertrán era un niño cuando le robaron; su declaración es, pues, insuficiente; el otro tuno, Gabriel, es un desertor, un gitano, un hombre fuera de la ley; tampoco puede ser válido su testimonio; la arrastrada de Meg Merrilies ya murió... ¡Pero esas malditas libranzas! Hatteraick las recogería, como si lo viera, ¡para amenazarme, para amedrentarme, para chuparme dinero! No hay remedio, es preciso que yo vea a ese bergante, que lo catequice, que lo reduzca a tener firmeza..., en fin, que procuremos dar otro giro a este negocio.

Meditando, entonces, nuevos ardides para cubrir sus antiguas maldades, empleó su tiempo en discurrir y combinar proyectos hasta que llegó la hora de la cena, que le sirvió su antiguo conocido Mac-Guffog. Empleó Glossin todos los agasajos que pudo sugerirle su astucia para hacérsele propicio; hízole beber un par de copas de aguardiente y acabó por suplicarle que le proporcionase los medios de ver a Dirk Hatteraick.

—¡Imposible! ¡Absolutamente imposible! — replicó Mac-Guffog—; me lo ha encargado expresamente Mr. Mac Morlan, y el capitán (así se llama en Escocia el alcaide) no me lo perdonaría en su vida.

—¿Y cómo lo ha de saber? —dijo Glossin poniéndole en la mano dos guineas.

Tomó en peso el oro el carcelero, le miró con ternura y se le metió en la faltriquera.

—¡Ah, ah! Mr. Glossin, y como se ve que

conocéis los usos de la casa. Pues bien, a la hora del registro, volveré y os llevaré a su calabozo, pero habréis de pasar allí la noche, porque tengo que entregar todas las llaves al capitán y no me las devolverá hasta mañana. Mañana haré mi ronda media hora antes de lo acostumbrado y volveremos aquí sin que nadie sepa nada.

Al toque de las diez, volvió Mac-Guffog con un atado de llaves en una mano y una linterna sorda en la otra.

—Quitaos los zapatos —dijo a Glossin en voz baja— y seguidme.

Obedeció Glossin sin responder palabra, y apenas salieron del cuarto, Mac-Guffog, haciendo como que cumplía su deber según costumbre, dijo en alta voz para que le oyeran de lejos: —¡Buenas noches, caballero, buenas noches! —y hechó la llave y corrió los cerrojos metiendo mucho ruido. Hizo subir a Glossin una escalerilla empinada y angosta, en lo alto de la cual estaba la puerta de la sala de los reos de muerte; abrióla, entregó a Glossin la linterna, cerró la puerta y se retiró.

Era tan espaciosa la estancia en que se hallaba Glossin, que durante algunos momentos no fué suficiente la escasa luz que llevaba para hacerle distinguir bien los objetos. Al fin, familiarizándose poco a poco sus ojos con la oscuridad, vió un miserable jergón al otro lado de la barra de hierro, y sobre él un hombre tendido, al que se acercó pasando por encima de la barra.

—¡Dirk Hatteraick! —dijo llamándole.

—¡Truenos y rayos! —exclamó Dirk incorporándose y haciendo crujir sus cadenas con aquel rápido movimiento—; ¿será acaso mi sueño una realidad? ¡Idos de ahí y dejadme en paz; eso es lo mejor que podéis hacer!

—¡Cómo, amigo mío! ¿Es posible que así os abata el temor de algunos días de cárcel?

—¿Algunos días de cárcel, eh? ¿Y qué me espera en seguida sino la horca? ¡Ea, ea, dejadme! Arreglaos como podáis y quitadme esa luz de los ojos.

—¡Bah, bah! Amigo Dirk, no hay que acoquinarse. Traigo un plan admirable.

—¡Idos al infierno con vuestros planes! —repuso su cómplice —; vuestros planes son los que me han hecho perder mi buque, mi cargamento, mi tripulación, y ahora para fin de fiesta van a costarme el pellejo. En este momento estaba soñando que Meg Merrilies os traía aquí arrastrando por los pelos, que me daba el cuchillo que llevaba siempre colgado de la cintura... y ¿sabéis lo que me decía? ¡Truenos y tempestades? ¡Cuidado con lo que hacéis, no sea que me tiente el diablo!

—Amigo Hatteraick, levantaos y escuchadme...

—¡No quiero! —respondió el bárbaro gruñendo como un perro de presa—, ¡no quiero! Vos tenéis la culpa de todo; vos fuisteis el que se empeñó en que no se quedara Meg con el chico. Ella se lo hubiera devuelto a sus padres cuando ya no se acordara de lo que había visto, y nada de lo que nos está pasando nos hubiera sucedido.

—Pero, Hatteraick, amigo mío, eso es delirar...

—¡Cómo que delirar!, ¡mil rayos! ¿Negaréis que el maldito ataque de Portanferry, que me ha costado mi buque y toda mi gente, fué una de vuestras invenciones y por supuesto sólo en beneficio vuestro, como siempre?

—Ya, pero vuestras mercancías...

—¡Malditas sean ellas, amén! Ya hubiera yo, buscado otras, pero perder mi barco, ¡mil demonios!, ¡mis compañeros, mi propia vida, por un miserable cobarde que no sabe hacer el daño sino con mano ajena! No me habléis una palabra más..., o tendréis qué sentir.

—Pero, Dirk..., pero, Hatteraick..., escuchad siquiera cuatro palabras.

—¡Ni una! ¡Infierno! ¡Ni una!...

—¡Vamos!

—¡No, no! ¡Mil maldiciones! ¡No!

—Mal rayo te parta, perro tozudo, holandés idiota —exclamó Glossin fuera de sí, dándole una patada en el pecho.

—¡Diablos y truenos! —dijo Hatteraick agarrándole del cuello de la casaca—; ¿tú lo quieres? ¡pues toma!

Glossin, aunque desprevenido, resistió un momento, pero fueron tales la violencia y la rapidez del empuje de Hatteraick, que en breve cayó al suelo después de haber dado con la nuca un porrazo terrible en la barra de hierro de que ya hemos hablado; en el suelo continuó la lucha, que en breve acabó con la muerte de Glossin. La estancia que caía perpendicularmente debajo de la sala de los reos de muerte era la de Glossin, y por consiguiente estaba vacía a la sazón; pero los presos que ocupaban el piso inferior, oyeron el ruido de su caída y algunos gemidos. Eran éstos, sin embargo, objeto harto familiar a los habitantes de aquel asilo de horror para excitar la curiosidad o el interés.

A la mañana siguiente, Mac-Guffog, fiel a su promesa, entró en el calabozo.

—¡Mr. Glossin! — dijo en voz baja.

—Más alto —respondió Hatteraick.

—¡Mr. Glossin!, por amor de Dios, no hay que perder un momento.

—No saldrá sin que le ayuden —dijo Hatteraick.

—¿Qué estás ahí charlando, Mac-Guffog? —gritó el capitán desde su cuarto.

—¡Venid corriendo, por amor de Dios, Mr. Glossin! —repitió en voz baja el carcelero.

Presentóse en aquel momento con una luz en la mano el alcaide, y no fué menor su sorpresa que su horror al ver el cuerpo de Glossin tendido debajo de la barra, en una postura que no dejaba duda ninguna acerca de su muerte. Hatteraick estaba tendido sobre su jergón muy sosegadamente a dos pasos de su víctima. Al levantar el cadáver de Glossin, vióse que había expirado hacía algunas horas y que llevaba evidentes señales de una muerte violenta. Su primera caída había afectado las vértebras cervicales, y tenía además alrededor del cuello seguros indicios de estrangulación que explicaba el negro color de su rostro. Tenía la cabeza caída sobre el hombro izquierdo, como si le hubieran retorcido el pescuezo con una fuerza extraordinaria; parecía, pues, evidente que su encarnizado adversario le había asido por el gollete y no le había soltado hasta dejarle muerto. La linterna, hecha pedazos, estaba en el suelo junto al cadáver.

Mac-Morlan se hallaba a la sazón en el pueblo, y habiéndole enviado a llamar, acudió al momento a la cárcel.

—¿Quién ha traído aquí a Glossin? —preguntó a Hatteraick.

—¡El diablo! — respondió éste.

—¿Y por qué le habéis asesinado?

—Para que vaya a aguardarme a los infiernos.

—¡Miserable! ¡Habéis coronado con el asesinato de vuestro cómplice una vida manchada con todos los crímenes, sin mezcla de una sola virtud!

—¡Sin ninguna virtud! —exclamó el contrabandista —; ¡mil truenos!, siempre he sido leal con mis armadores, siempre les he presentado mis cuentas exactas sin faltar un chelín. Y ahora que se habla de cuentas, haced que me den recado de escribir, para que los informe de lo que pasa. ¿Queréis que me dejen en paz un par de horas? Y sobre todo que se lleven de ahí esa carroña, ¡mil rayos!

Mac-Morlan, después de haber extendido una relación sumaria de aquel nuevo acontecimiento, se retiró mandando que diesen a aquel malvado lo que pedía. Cuando volvió el alcaide a su calabozo, pocas horas después, le halló muerto; el miserable se había anticipado a los derechos de la justicia. Con una tira del jergón, atada por una punta a un hueso, resto de su comida del día anterior, bien clavado en una grieta de la pared, había hecho un nudo corredizo, y ciñéndole al cuello, había tenido bastante resolución para dejarse caer como si fuera a arrodillarse, y para estarse en esta postura mientras había conservado su sentido. La carta que había escrito a sus armadores sólo giraba sobre los negocios de su tráfico, pero como, al referir los últimos sucesos de su vida, hablaba varias veces del joven Ellangowan, fué una nueva y última prueba que confirmó las declaraciones de Meg Merrilies y de Gabriel.

Para no tener que volver a ocuparnos en estas desgracias, añadiremos que Mag-Guffog perdió su empleo, aunque aseguraba y se ofrecía a jurar que había encerrado la víspera a Glossin en su estancia. Su explicación, sin embargo, halló crédito en el digno sochantre Mr. Skriegh, y en otros aficionados a lo maravilloso, quienes quedaron íntimamente convencidos de que el mismo *enemigo* había reunido a aquellos dos malvados, a fin de que su vida, manchada con todos los crímenes, terminase dignamente con el asesinato y el suicidio.

CAPITULO LVIII

Resumiendo lo dicho... para acabar de una vez.
DEAN SWIFT.

Como Glossin murió sin dejar herederos, y sin haber pagado el importe de los bienes de Ellangowan, éstos por un orden regular debían pasar a manos de los acreedores de Godofredo Bertrán; y su hijo, haciendo valer sus derechos a la substitución establecida por su abuelo, podía desentenderse de las reclamaciones de la mayor parte de los acreedores. Confió la dirección de sus asuntos a Mr. Pleydell y Mr. Mac-Morlan, sin más restricción que la de prevenirles que, aun cuando tuviera para ello que volver a las Indias, quería que se pagasen hasta el último maravedí todas las deudas de su padre. Mannering, que se hallaba presente cuando les dió estas instrucciones, le apretó la mano, y, desde aquel momento empezó a reinar entre ellos la mejor inteligencia.

En este estado de cosas, no titubearon los acreedores en reconocer los derechos del joven Bertrán, y en abandonarle la posesión de los estados de Ellangowan. Procedióse al examen de los créditos, de los cuales la mayor parte había pasado a manos de Glossin, y fueron tantos los embolismos y las trampas que se hallaron en sus cuentas, que el total de las deudas quedó notablemente disminuído. El dinero contante que se halló en las arcas de mistress Margarita Bertrán, el importe de la venta de sus muebles y la liberalidad con que ayudó por su parte el coronel, bastaron para pagarlo todo. No tardó Bertrán en ir a tomar posesión de la quinta de Ellangowan, donde se celebró su instalación en medio de las aclamaciones de todos los antiguos colonos y dependientes de su familia. Tan impaciente estaba Mannering de hacer empezar algunas obras que había proyectado con Bertrán, que inmediatamente fué a establecerse con su familia a la quinta, donde seguramente no podía estar alojado con tanta comodidad como en Woodbourne.

La alegría de volver a su antigua habitación casi le trastornó la cabeza al pobre Dómine. De tres en tres subió las escaleras para llegar más pronto a una especie de boardilla que era antiguamente su cuarto, y que nunca había podido hacerle olvidar la habitación mucho mejor que ocupaba en Woodbourne. Pero una dolorosa reflexión vino a anular de repente su júbilo. ¡Los libros! Tres salas de la quinta de Ellangowan no hubieran bastado para contenerlos, y ni una sola quedaba vacante. Engolfado estaba en esta mezcla de alegres y tristes pensamientos, cuando le envió a llamar el coronel para que le ayudara a calcular en un plano bosquejado al intento las proporciones de las diferentes estancias de que quería que se compusiera una grande y magnífica casa que pensaba hacer constru-

junto a la quinta, en un estilo adecuado a la magnificencia de las cercanas ruinas. Entre las varias piezas indicadas por sus nombres en el plano, observó Dominus con indecible placer, que una de las mayores llevaba el título de *Biblioteca;* contiguo a ella había un cuartito bien proporcionado, en que decía: *habitación de Mr. Sampson.*

—¡Prodigioso!, ¡prodigioso!, ¡prodigioso! —exclamó Dominus, arrebatado de entusiasmo.

Mr. Pleydell tuvo que regresar pronto a Edimburgo, pero volvió para las vacaciones de Nochebuena, como había prometido. Cuando llegó a Ellangowan, sólo halló en la quinta al coronel, rodeado de sus planos que le entretenían y le ocupaban mucho.

—¡Ah, ah! — dijo el abogado —, ¡tan solo os dejan, amigo mío! ¿Por dónde andan las niñas? ¿Dónde está la hermosa Julia?

—Ha salido a dar un paseo con Lucy, Carlos Hazlewood, Bertrán y el capitán Delaserre, amigo suyo, que ha llegado hace pocos días. Han ido a Derncleugh a trazar el plano de una cabaña donde Bertrán piensa establecer a Gabriel, que parece que trata de echarse decididamente a hombre de bien. Conque, en fin, habéis despachado en el tribunal los negocios de nuestro amigo Bertrán?

—En un santiamén. Las vacaciones se acercaban, y no se podía perder un momento. Le he hecho reconocer heredero de Ellangowan ante el tribunal de los maceros.

—¿Y qué tribunal es ése?

—Es una especie de saturnal jurídica. Habéis de saber, que una de las condiciones *sine qua non* para ser macero o empleado subalterno en nuestro tribunal supremo, es la de ser muy ignorante y muy burro.

—¡Bravo!

—Con arreglo a nuestros usos escoceses, todos los años al acercarse las vacaciones, todos esos bárbaros se constituyen por un día en tribunal supremo, y es costumbre someter a su decisión algunos de los negocios más arduos y embrollados, especialmente los que tienen analogía con el de nuestro amigo Bertrán.

—¡El diablo no discurre otro tanto! Pero, hombre, eso es un disparate.

—¡Oh, bah! La práctica nos da el remedio contra lo absurdo de esa teoría. Algunos jueces sirven de asesores a sus indoctos subalternos, y hacen las veces de apuntadores; generalmente esos negocios son los que salen mejor juzgados. Ya sabéis que Cujacius dice: *Multa sunt in moribus dissentanea, multa sine ratione* (Hay en las costumbres muchas cosas contradictorias y muchas en las que no se ve razón alguna). En fin, el tal tribunal nos ha servido grandemente, y hemos bebido en celebridad muy buenas botellas de Jerez en casa de Walker. Mala cara pondrá Mac-Morlan cuando vea la cuenta.

—No hay cuidado, ya haremos frente a todo, y aun daremos a toda esa gente de por acá una famosa comilona en casa de mi amiga mistress Mac-Candlish.

—¿Y tomaréis a Jack Jabos por vuestro caballerizo mayor? — preguntó el abogado.

—No es imposible.

—¿Y qué se ha hecho Dandy, nuestro temible señor de Liddesdale?

—Se ha vuelto a sus montañas; pero le ha prometido a Julia que hará una excursión por aquí a la entrada del verano con la buena mujer, como él dice, y con qué sé yo cuántos chiquillos.

—¡Canalla infame! ¡Sobre que tendré que jugar con ellos a la gallina ciega y al escondite!... Pero, ¿qué quieren decir todos estos planos? Torre en el centro como la del águila de Caernarvon..., cuerpo principal..., alas... ¡Diablo! ¿Queréis que esta casa coja a cuestas a la quinta de Ellangowan, y se eche a volar con ella?

—Ya cuidaremos de lastrar la quinta con algunas talegas de rupias de la India.

—¡Ah, ya!, ya entiendo. ¿Es decir que el pícaro de Bertrán me roba mi adorado tormento, mi hermosa Julia?

—Algo hay de eso, en efecto.

—¡Es mucho cuento, que siempre esos diablos de mozuelos, estos *post-nati* nos han de dejar por puertas a nosotros, gente grave y de seso! Pero espero que Julia se interesará por mí con su amiguita Lucy.

—A decir verdad, temo que también os presenten el flanco por esa parte.

—¿De veras?

—Aquí ha venido sir Roberto Hazlewood a hacer una visita a Bertrán, pensando, creyendo y opinando...

—No, no, no, por amor de Dios, pasad por alto las letanías del digno *baronet.*

—Pues, para ahorrar palabras, sabréis que el buen señor parece ser que ha calculado que la finca de Singleside separa dos tierras que le pertenecen, que dista unas cinco o seis millas de Ellangowan, y que, para la mutua conveniencia de los dos propietarios, convendría concertarse en una venta, un trueque o cualquier otro arreglo...

—¡Ya, ya! ¿Y Bertrán respondió que...?

—Bertrán respondió que consideraba como válido el antiguo testamento de mistress Margarita, pues éste era el modo más sencillo de arreglar sus asuntos de familia, y que, por consiguiente, la finca de Singleside pertenecía a su hermana.

—¡Tunante! Me robará el corazón como me ha robado el de mi amada. ¿Y luego?

—Y luego, sir Roberto se retiró haciendo mil cortesías; pero, pocos días después, volvió de nuevo a la carga en un coche con seis caballos, casaca de escarlata con muchos bordados, gran peluca bien empolvada..., en fin, con toda ceremonia...

—¿Y cómo se explicó el hombre?

—Habló con su elocuencia habitual del afecto que profesa Carlos Hazlewood a miss Bertrán...

—Estoy, estoy; ha respetado a Cupidillo cuando le ha visto encaramado sobre la colina de Singleside. ¿Y la pobre Lucy ha de ir a vivir con ese viejo ridículo y con su mujer, que es otro sir Roberto con faldas?

—En todo se ha pensado; ya están reparando para que la habiten los novios, la quinta de Singleside, que se llamará en lo sucesivo el Monte Hazlewood.

—Y vos, coronel, ¿os proponéis continuar en Woodbourne?

—A lo menos hasta que estén ejecutados estos planos. Estaré unas veces con mis hijos y otras veces solo, según el humor que tenga.

—Y estando, según veo, a dos pasos del antiguo castillo, podréis, cuando se os antoje, subir a la torre de Donagild para continuar con vuestras nocturnas contemplaciones de los cuerpos celestes. ¡Bien pensado!

—¡No, amigo mío, no! Aquí acaba *El Astrólogo.*

F i n d e "G U Y M A N N E R I N G"

LA PENSION VITALICIA

(CONCLUSIÓN DE LA PAGINA 7)

Así, su rabia la devolvía a los otros. Aun más: para representar mejor su parte, una mañana viendo pasar al viejo ante su tienda, quiso que se le acercara.

—Pero, venga aquí, ¡Santo Dios! ¿Por qué me huye así? ¿Qué mal le hice?

—Ninguno a mí — respondió Marábito —. Pero yo le había encarecido tanto cuidara de mi tierra a vuecencia y también a las pobres plantas. Piro ha muerto, y yo..., yo no puedo consolarme...

—¿Yo..., yo? — contestó el Maltés —. ¡No me hable! Ese Grégoli es un canalla. Por su culpa. ¡Pero también por culpa de usted, un poco!

—¿Mía?

—¡De usted, de usted! Porque si usted con feo modo de ser, en lugar de evitarme como si le hubiera robado, mientras Dios solamente sabe a costa de qué sacrificio puedo darle esas liras al día, si, en lugar de esconderse de mí — decía —, me hubiera ayudado con sus buenos consejos, ni usted ni yo estaríamos tan descontentos, ni Piro, acaso, hubiera muerto.

Se convenció él mismo, el Maltés, de sus palabras. En efecto, ahora que lo pensaba, ¿quién por que Marábito hubiera podido ayudarlo a librarse de ese embrollón de Grégoli? Pero el viejo quedó herido.

—¡Ah! ¿Entonces vuecencia quiere decir que Piro ha muerto por mi culpa?

—Por su culpa, ¡claro! Yo hubiera seguido sus consejos, sin dejarme llevar por la nariz de ése, que así se aprovecha de mi inexperiencia. Roba a troche y moche, y se da aires de dueño. El dueño hubiera permanecido siéndolo usted, en cambio, desde lejos, y todo hubiera sido mejor. Yo le quiero bien, y deseo que cuide de su saud. ¡Venga, venga siempre a verme, que acabaremos por entendernos!

Profirió en voz alta estas últimas palabras para que las oyese don Lucio, el joyero.

—¡Qué bien lo quiere usted a ese viejo! — guiñó en efecto don Lucio, apenas Marábito se hubo alejado un poco —. Pero si busca persuadirlo por las buenas para que se muera pronto, gasta usted saliva en vano. Cien años le va a vivir ese viejo, ¡ya se lo he dicho!

Don Miguel Angel repitió su mueca de costumbre y le enseñó los dedos de la mano.

—Todavía todos estos..., verá usted.

IV

Al cumplir cada quincena, entretanto, Marábito acudía a lo del notario Nocio Zágara para percibir la cuota de su pensión vitalicia.

Don Nocio, por lo que se refiere a carne, no poseía menos que Sciné, pero era mucho más alto. Un gigante barrigón que llenaba toda la habitación donde tenía su estudio.

Ahogada en el tocino de sus enormes papadas, tenía una rubia, ridiculísima, carita de niño, con dos ojitos claros, muy claros y risueños. Rojizo y poroso como una frutilla, la naricilla desaparecía entre los pliegues de las mejillas. En la redundancia de la papada escapaba la tierna puntita del mentón, a la que entraban ganas de apretar con dos dedos, por simpatía a ese hoyuelo en el medio.

—Tengo apenas cuatro años — acostumbraba decir —, y me han hinchado así.

Siempre con ganas de bromear, viendo llegar a Marábito le preguntaba con la vocecita nasal:

—¿Qué dice, qué dice ese otro filisteo?

Marábito no comprendía esa palabra, y se quedaba mirándolo parpadeando. El notario le explicaba mejor.

—Don Miguel Angel, vamos, muy contento de usted no debe estar. Se portó mucho mejor Ciuzzo Pace — Marábito, entonces, se encogía de hombros.

—Señal de que mi tierra le ha gustado.

—Sí, pero usted debería apurar. Yo sé que es un caballero.

Y le palmeaba en la espalda. Sabía que los negocios del Maltés, desde hacía un tiempo,

no prosperaban ya como antes. Y como le agradaba el hablar figurado, para Sciné repetía este apólogo:

—Un globito vió en el cielo a la luna, y le entró el deseo de convertirse en luna. Imploró al cielo que arrancara de la mano la cuerdecilla que lo sujetaba. El viento accedió y se lo llevó arriba, arriba. Y el globito, paff, ¡reventó!

¡Esa última locura de la pensión a Marábito, por ejemplo, a causa de que el juego le había salido bien la primera vez, con ese pobre Pace! Pero la muerte sabe ser también bromista, si le place. "¡Ah!, ¿me tientas otra vez? Bueno. Iré a lo del viejo, cuando se me antoje. Y tú, entretanto, ¡paga!".

—¿Dos liras al día? ¡Es que no son nada! Eran mucho, verdaderamente, para Marábito que no pagaba alquiler y que por la comida se arreglaba con pan y cualquier cosa, de mañana, y un poco de cocido a la noche, cuando no ensaladas, sin aceite, más dignas de las bestias que de los cristianos.

Se preparaba la comida en el hornillo del patio. El hornillo estaba bajo la ventanilla; en un tugurio humoso y grasiento estaban todos los enseres de la cocina y de la mesa. La cazuela y la marmita resquebrajada; una grosera escudilla esmaltada y pintada con ciertos pincelazos de rojo y de azul que intentaban ser flores; un tenedor y un cuchillo de estaño. Todo comprado recientemente. El cuchillo era puntiagudo, de esos de cabo de hueso. Marábito, como todo buen campesino, lo llevaba siempre en el bolsillo, aunque sólo fuera para el pacífico uso de cortar el pan.

Su habitación, con el techo de vigas, se había puesto amarilla, como el hambre y la costra de la pintura, en una pared, se había como encogido y se caía a pedacitos. Ese hueco, desde hacía tantos años deshabitado y cerrado, se había llenado de polvo, el que, agrupándose, exhalaba un tufo de vejez que ya no se iría nunca.

Marábito no gustaba de ese sitio, así como no gustaba de la ciudad, a la que, cuando estaba en el campo, no iba casi nunca. Ahora, poco a poco, comenzaba a reconocer algunas callejuelas, pero como desde lejos, y ciertos olores que le obligaban a detenerse, porque despertaban en su alma desvanecidos recuerdos de infancia. Se volvía a ver, muy niño, llevado de la mano por la madre, arriba y abajo por todos esos callejones resbaladizos, empedrados de guijarros como lechos de torrentes y siempre en sombra, oprimidos por los muros de las casas siempre escondidas, con ese poco de cielo que se dejaba ver en el hueco que quedaba libre, torciendo el cuello, y ni aun así se podía verlo, cegada la mirada por la fulgurante luz que llegaba al espacio abierto, en San Gelardo, arriba en la colina. Pero, una vez llegado, de toda la ciudad no apercibía nada más que techos. Techos empinados sobre tantos pisos, techos viejos, de tejas sombrías, o techos nuevos, rojos violentos o remendados, que pendían aquí y allá, quien más o quien menos. Alguna cúpula de iglesia, con su campanario al lado y alguna terraza sobre la que soplaba el viento y se movía al sol la ropa tendida a secar. De su madre no guardaba buenos recuerdos. Era una mujer alta, enjuta, de cabellos ralos, con ojos sumidos, y su cuello muy largo, recordaba, con tanto de buche, como las gallinas. Viuda temprana, se había vuelto a casar con uno de Montaperto. Y él, un niño, de siete años, fué llevado a trabajar en el campo, con un pariente del padre, hombre bestial, de rojizos cabellos, que con el pretexto de enseñarle, lo golpeaba todas las noches, sin razón. Recuerdos lejanos, casi ya sin imágenes.

Tampoco de sus años transcurridos en América, en Rosario de Santa Fe, además de la impresión de tanto inacabable mar que había recorrido para llegar y encontrarse que al otro lado en junio era invierno y que Navidad caía en verano (todo al revés), guardaba recuerdos. Se había encontrado entre paisanos, emigrados como él, y llevados en bloque a trabajar la tierra que en todas partes es la misma, como las mismas son, en todas partes, las manos que la trabajan. Y, trabajando, él nunca había pensado en nada, concentrado enteramente en sus manos y en las herramientas que empuñaban, para realizar el trabajo emprendido. Durante más de cuarenta años, en ese lugarcito, que con el dinero ahorrado había logrado comprar, entre él y el árbol a podar, o la azada que afilar, o el heno que segar, nunca se había interpuesto nada capaz de trastornarlo, y, fuera del filo acerado y luciente de esa azada y el corte de su podadera y de su hacha sobre las ramas de sus árboles y el rumor de la fresca hierba, apenas extendía la mano para aplastarla, y el olor que ese heno exhalaba desde su misma hoz, no había visto ni oído otra cosa nunca. Todas llenas de trabajos a cumplir, entonces, eran sus jornadas, aun cuando Dios enviaba la buena agua, sobre la tierra sedienta; alforjas que remendar; cestas y canastos que arreglar; azufre que pulverizar, para las vides. Viendo ahora allí, en un rincón de su desván, algunos restos de sus utensilios rurales, una vieja hoz herrumbrada colgada apenas de un clavo ante la puerta, encontraba en ese ocio, que para él era vacío, vaciedad en la mente y vaciedad del corazón, una humillación tal, que se reclinaba allí, arrojándose en su colchón de paja, apenas sobre el suelo, como un perro enfermo. No se hallaba allí, entre todas esas mujeres y esos chicos de la plazoleta de Santa Cruz. La tía Mila, que era la mejor del vecindario y mandaba a todas. La tía Gápita, que parecía una enorme olla resquebrajada, con su gran vientre como si siempre estuviera encinta. Doña Cruz, que chillaba desde la mañana a la noche, no solamente a sus cinco hijos, que no le dejaban dormir al sexto, siempre pegado a ese pellejo tan sucio, que cuando se lo quitaba de encima obligaba a escupir con asco, así como también a las ocho gallinas, al gato y al lechón que criaban en su casa, a escondida de los inspectores municipales. Y doña Carmencita, llamada la Flaca, y la tía Gesa, dicha La Machona, y todas las otras, hasta nunca acabar. Conocido cual era su modo de ser, que no había nunca querido saber de faldas, ni aun de joven, todas esas mujeres experimentaban ahora por él un curioso sentimiento que, un poco, les hacía sonreír a escondidas, especialmente algunas veces que lo veían, embarazado y tímido, defenderse aún y zafarse de algunas inocentes atenciones que, sabiéndole solitario, querían tener con él. No había ni un asomo de menosprecio en ese sentimiento que aun estaba dispuesto a reconocerle cierta astucia, por haber demostrado que comprendió a tiempo lo que, de costumbre, la querida estupidez de los hombres no comprende: esto es, que lo que las mujeres dan y que para los hombres es tanto (al punto de obligarlos hasta a cometer locuras), para ellas es menos que nada y es también su placer. Cuando uno no se ha dado ese placer, para no darlo a su vez a las mujeres, pagándolo como todos los demás hombres lo pagan, eso era para ellas, en el fondo, una actitud de sabio. Y encontraban satisfacción en hacerle ver que todavía estaban dispuestas a servirlo alegremente, a pesar de no haber obtenido nunca nada de él.

Existía aún, más evidente, otro sentimiento que no era ya de caridad hacia él, sino de irritación contra el Maltés y de pena, aun viva, por aquel pobre Ciuzzo Pace, que murió apenas cumplidos los seis meses de la pensión vitalicia. Esta vez, esa "sanguijuela de los pobres" no debía salirse con la suya, y todas cuidaban por turno de Marábito, como si de verdad se comprometieran a hacerle vivir cien años para vengarse del otro.

V

A menos que ese canalla de Maltés tuviera ciertamente un pacto con el diablo. "Otros cinco años". Y en efecto, he aquí que apenas entró en su octogésimo año, Marábito se enfermó.

Viendo esa mañana permanecer cerrada la puerta del desván, las vecinas, preocupadas, después de haber llamado en vano con las manos, las rodillas y los pies, enviaron por la policía, mientras se quedaban ante la puerta, esperando y llamando de toda manera al viejo:

—Tío Mará... Tío Mará...

—¡Viejito bueno!

—¡Díganos algo, por lo menos!

Forzada la puerta, corrieron hasta donde él estaba, ya seguras de encontrarlo muerto.

—¡No, no, tiene los ojos abiertos, tiene los ojos abiertos!

Pero brillaban a causa de la fiebre. ¡Dios, ardía! ¡Y allí, en el suelo, como un perro, sobre ese colchón de paja! Lo primero que atinaron a hacer fué transportarlo al piso bajo, para que por lo menos tuviera un poco de aire y no se lo devoraran las ratas (como había sucedido alguna vez). Prepararon a toda prisa un lecho, quién prestando los caballetes, quién las tablas, quién un colchón y un par de sábanas limpias y una manta. Y llamaron al médico. La tía Mila, entretanto, había sentenciado que se trataba de una pulmonía, ¡pero de las buenas! Doña Cruz, en cambio, chillaba, según su costumbre, agitando los brazos:

—¿Pulmonía? ¡Salga de ahí! ¡Qué médico ni que médico! ¡Déjenme a mí! ¡Esto es sólo mal de ojo!

Y con la ayuda de doña Gápita y de doña Carmencita, se puso a levantar la cama, colgando a su alrededor toda clase de amuletos. Herraduras, cuernos de cabra, saquitos colorados llenos de sal. Requisó luego todas las escobas de la vecindad y las apoyó junto a las paredes, aquí y allá, cerca de la puerta, como para que cuidaran de la entrada.

Cuando el médico vió ese lecho, así adornado, se indignó:

—¡Quiten en seguida esas porquerías!

Y confirmó, con mucha satisfacción de la tía Mila, que se trataba de un caso de pulmonía, y grave, y aconsejó que el enfermo, con los cuidados del caso, fuera llevado al hospital. Pero a ello se opusieron las vecinas con vivas protestas. Porque ellas estaban allí para cuidarlo de día y de noche y curarlo afectuosamente, de acuerdo a las prescripciones médicas, sin necesidad de llevarlo al hospital, adonde los pobres van solamente para que estudien los señores médicos, y morirse después.

Apenas salió el médico, y cuando la tía Mila dió señales de exclamar:

—¿Ven, que yo tenía razón?

Doña Cruz le plantó en la cara la mirada de dos ojos feroces y corrió hasta su casa para tomar un chal, gritando a la tía Gápita:

—¡Hágame el favor de echar una ojeada a estas criaturas!

Volvió a poco rato con la Malanoche, que era una vieja bruja, famosa por curar el mal de ojo, negra como la pez, con ojos de loba y una boca enorme, de la que salía una ronca voz masculina.

Esta se hizo traer un lebrillo lleno de agua y una ampolleta de aceite. Ordenó que se cerrara la puerta y que el enfermo fuera sostenido para sentarlo en la cama. Luego encendió un cirio, puso sobre la cabeza del viejo el lebrillo e hizo caer, poco a poco, una gota de aceite en medio del agua. Todas, a su alrededor, miraban reteniendo el aliento. Con los ojos fijos en esa gota de aceite fluctuante, Malanoche se puso a barbotar incomprensibles conjuros y la gota de aceite, poco a poco, comenzó a extenderse, a dilatarse.

—¿Ven? ¿Ven?

En el lebrillo, ante la incierta luz, el cirio tremolaba un disco luciente como una luna.

Las vecinas se habían empinado sobre la punta de los pies, asombradas. Alguna de ellas se golpeaba en el pecho con el puño, estupefacta. Malanoche arrojó por fin el agua del lebrillo en un rincón.

—¡Todo eso es mal de ojo acumulado!

Echó más agua en el lebrillo, sobre la cabeza del viejo, hizo caer otra gota de aceite, la que esta vez se dilató un poco menos, ante sus conjuros. Repitió otras veces esta obra de magia, hasta que la gota de aceite permaneció cual era, flotando en el centro del lebrillo, y entonces Malanoche anunció:

—Lo he librado. ¡Y ahora a ese perro, lo arreglo yo!

Nadie pudo quitar de la mente a las vecinas que el viejo curara por obra de Malanoche.

—Un verdadero milagro.

Y cuando poco después se esparció la noticia que al Maltés le había aparecido una enfermedad en la que ni siquiera los médicos veían claro, pensaron:

—¡Justa venganza de la bruja!

Y hubieran puesto las manos en el fuego para asegurarlo. Marábito se había levantado de la cama desde hacía pocos días, cuando vino a saber de la enfermedad del Maltés. ¿Cómo hubieran podido imaginar nunca las vecinas que esa noticia le impresionara tanto? Le vieron llorar.

—¿Está usted loco? ¿Y qué le importa si se muere? ¡Trató de matarlo a usted y se mata él, en cambio, él mismo! De manera que si la viuda y las hijas no le quieren dar ya lo que le corresponde, deberán devolverle la granja. ¡No tenga miedo!

—¡Pero si yo no lloro por mí! — protestó el viejo —. Para mí, Dios proveerá. Me aflijo por él que, después de todo, es padre de familia y mucho más joven que yo.

Y apenas supo que el Maltés, no obstante la gravedad de su estado, se había hecho llevar a la fuerza hasta su tienda, en una silla, estimó que era su deber visitarlo. ¿No eran amigos, acaso?

¡No esperaba el pobre viejo recibir semejante acogida!

Sentado allí, Sciné apenas lo vió entrar, golpeó con el puño sobre el banco y gritó, tratando de incorporarse:

—¡Tiene el coraje de aparecer ante mi vista? ¡Fuera! ¡Salga! ¡Salga! ¡Asesino! ¡Echenlo!

Los dependientes de su negocio corrieron a agarrarlo de los brazos, del cuello y lo empujaron hacia la calle, mientras el pobre viejo, se afanaba en repetir:

—¿Pero qué culpa tengo yo si la muerte no me ha querido? No se puede hacerlo a propósito..., y no fué..., ¡no es por culpa mía!

VI

Entre haces de mimbre y paja, Marábito pasaba su día, ahora entregado a la tarea de tejer canastos, cestas y cuévanos, por consejo de las buenas vecinas.

—¡El ocio le hace mal! No está acostumbrado. Este trabajo es leve y le servirá de pasatiempo.

Y él, ágil como un jovenzuelo. Había que verlo. Con el trabajo había recobrado su alegría.

—Cuando tenga muchos, todas las mañanas me andaré esas calles para venderlos... "¡Cestos y canastos!". Quiero formar una dote para Anita.

Anita era una niña, huérfana de padre y de madre, que una de las vecinas, la tía Mila, había recogido en su casa y trataba como a hija. Todos la querían bien, allí, en la plazoleta de Santa Cruz. Y por eso, la promesa del viejo, de reconocerle una dote, fué recibida alegremente. Todas las mañanas las vecinas ayudaban a Marábito a cargar sus cestas. Una vez con ellas al hombro se santiguaba y ensayaba su pregón:

—¡Cestos y canastos!...

Luego preguntaba:

—¿Grito bien así?

—Muy bien — respondían ellas, riendo —. Dios lo acompañe, ¡tío Mará! Y no se olvide de pasar ante la tienda de aquel caballero que usted sabe y grite entonces con toda su fuerza. Así su cara se le pondrá verde de bilis.

Pero no, esto no; Marábito no quería hacerlo, a pesar de que el Maltés lo hubiera tratado tan mal la última vez. Y cuando cruzaba por la calle Atenea, por donde debía forzosamente hacerlo, lo hacía cuanto más lejos pudiera de la tienda de aquél, y callado, para que él ni siquiera le oyese al alejarse. No le parecía justo hacerle esa afrenta, tanto más que lo sabía, de día en día, cada vez más grave, obstinado aun en quedarse en la tienda, para morir allí. Lo lamentaba sinceramente, pero más lamentaba que, desconociendo sus sentimientos, el Maltés no lo llamase, como antes, para hablarle de cosas de campo.

Desde que había enfermado, no tuvo casi ya noticias de su granja. Para tenerlas debía esperar a que Grégoli bajara a la ciudad, de vez en cuando. Y ésos eran para él días de fiesta. Preguntaba por tal o cual almendro, por tal o cual olivo y por la viña y no le importaba que esa tierra ya no fuera suya con tal que cumpliera con su deber y, dejando contento al nuevo patrón, se hiciera amar por él.

—Si de mí no está contento, que por lo menos esté contento con usted. ¿Y las mulas? ¿Cómo están las mulas? ¿Bien? ¡También la borrica ha muerto, lo he sabido! Acabó de sufrir. Las bestias, hijo mío, míralas bien a los ojos. Te darás cuenta que de fatiga comprenden. De alegría, no.

Y daba a Grégoli los buenos consejos que acostumbraba a dar al Maltés, antes de la ruptura.

—Mira, Grégoli, si no llegan las primeras lluvias, no podar. La planta se te hiere y el agua puede hacerle mal. Y otra cosa te digo: apenas llueve rompe la tierra y espera a que la hierba florezca de nuevo. Luego pasa el arado y el terreno te quedará limpio, y, entonces, siembra. Pero dime..., ¿no sabes decirme nada?

—Nada — respondía Grégoli, alzando los hombros —. ¿Qué quiere que le diga? Todas las noches canta el buho allá.

El viejo encogía sus espesas cejas y cerraba los ojos, moviendo la cabeza.

—¡Señal de buen tiempo! ¡Y si esta luna de septiembre no nos trae agua, estamos arruinados, Gregolito! ¡Todo se irá al diablo! ¿Se ve la isla de Pantellería, en el crepúsculo, lejos, lejos, al fondo del mar?

Grégoli negaba con la cabeza.

—Malo, malo: "Si se ve Pantellería el agua está en la vía". Regla que nunca falla en nuestros campos. ¿Llevas higos de Indias al patrón? Ten..., vuélcalos aquí, en estos dos cestillos nuevos. Te los regalo yo.

¡Si hubiera sabido que el Maltés, poco después, a esos dos cestos los había arrojado por la ventana! ¡Nada del viejo Marábito quería en su casa!

—¿Jettatore? ¡Peor! — gritaba con la sangre en el ojo a Grégoli — ¿Ves a lo que me ha reducido? ¡Obra de la Malanoche, por orden de él! Lo he sabido. Y si muero, ¡oh!, mi mujer ya está prevenida: ¡a la cárcel, a la cárcel, con los dos! ¡Asesinato premeditado! ¡Y no cirrosis hepática! Me hacen reír los médicos.

Y dirigiéndose a la mujer, levantaba una mano en señal de amenaza, como para recordarle: "Ay de ti, si no lo haces".

La señora Nela, roja como un pimiento, se mordía el labio para no llorar en presencia del marido. Sentía algo así como si se le rompiera el corazón al verle en ese estado, casi en las últimas. Creía también ella que la Malanoche y Marábito fueran la causa de esa calamidad. Y, cuando, pocos días después, el Maltés, todavía protestando en el delirio de la última fiebre que no quería morir, murió, muy cierta de ello, se aconsejó con un abogado sobre la posibilidad de acusar a esos dos asesinos. Marábito, ese día, viendo las tres puertas de la tienda cerradas, con una señal de duelo, se quedó como petrificado en la calle. Y regresó a su desván cual un perro apaleado. Las vecinas se reunieron en una gran asamblea, discutieron animadamente sobre lo que al viejo le convenía hacer y por fin decidieron enviarlo ante el notario Zágara, recomendándole que se mantuviera firme en los términos del contrato que era para él inamovible.

—¿Cómo? — exclamó Nocio Zágara, al ver al viejo ante él, con la gorra en la mano —. ¿Todavía no lo metieron en la cárcel?

Marábito lo miró, primeramente aturdido, pero luego sonrió suavemente, y dijo:

—¿La muerte en la cárcel, excelencia? ¿Qué culpa tengo yo?

—¡Usted y la Malanoche!, ¿cómo no? — replicó el notario —. ¡La muerte vino a casa de usted, y usted de acuerdo con la bruja, la envió, en cambio, a lo de don Miguel Angel! Todos lo dicen por ahí. Y ya la viuda, mi querido, está pensando en ustedes...

—¿En mí? ¡Oh! ¡Oh! ¡No hagamos líos! ¡Porque yo, en todo eso, no entro ni poco ni mucho! — atajó el viejo cruzando los brazos sobre el pecho —. ¡Se lo juro, señor notario, por la salud de mi alma!

No reparaba en que el notario quería meterle miedo para divertirse con él.

—¡Oh!, ¿ve? Confiesa usted mismo que hubo maleficio. Daré fe de ello ante los jueces.

—Yo — gritó entonces Marábito, como desmayándose de pronto por el terror —. ¿Que yo he confesado? ¡Pero si nada sé! ¡Yo me estaba muriendo!... ¡Ah!, ¿y a la cárcel, por añadidura, me quieren llevar? ¿Quitarme mi granja y arrojarme en prisión a los ochenta años, porque no he muerto como ese pobre Ciuzzo Pace, a los seis meses? ¡Pero hay una justicia divina para los pobres! Y ya hemos tenido prueba: ha muerto él y no yo; ¡él, que intentaba matarme a mí!

—¡Basta! Basta — dijo el notario que no podía ya aguantar la risa —. Confiemos en que nada sucederá. Hay otros inconvenientes, en cambio. Un montón de embrollos en esa herencia...

Marábito, puesto en guardia por las vecinas, arrugó las cejas.

—¿Embrollos? ¡No quiero saberlos! Para mí sólo existe el contrato que habla claro. Recobro mi tierra..., ¡y listo!

—Veremos, ¡eh! — suspiró Zágara, levantándose —. Deje que visite a la viuda, y confío en arreglar el asunto. Vuelva aquí, esta noche.

En casa de la señora Nela, el notario encontró al médico, quien habiendo llegado para presentarle sus condolencias, se afanaba en repetir:

—¡Pero no, señora! ¡Tonterías! ¡No crea en lo que dicen esas mujeres!... Cirrosis hepática, ¡clavado! ¡Un caso típico!

Y tenía en los labios una sonrisa compasiva, para la ignorancia de la enorme señora.

Apenas se fué el médico, la señora Nela experimentó como un terremoto en el pecho, que al fin estalló, horrísono, en sollozos y chillidos. Una verdadera ira de Dios. Nocio Zágara sufrió el contagio del llanto. Viendo exultar así a esa montaña de carne, también la suya se puso a exultar como ante un nuevo terremoto. Pero, de pronto, irritadísimo, y como para castigar el llanto propio y el de la viuda, exclamó:

—¡Y eso es nada, señora mía! Hay algo peor..., ¡peor!

Su exclamación no tuvo el efecto esperado y entonces don Nocio, resueltamente se plantó ante la señora Nela.

—O usted se calma un momento, señora, o yo me voy. Usted es madre y debe pensar en sus hijitas. Hablemos de negocios.

¡Como si los negocios fueran cosa nimia! La señora Nela apenas se enteró de que la situación pecuniaria del difunto marido, no solamente era mala sino que ella debía considerarse casi arruinada. Si antes lloraba, ahora lanzó unos aullidos tales capaces de rajar los muros de la casa. Nocio Zágara se asustó y trató de dirigir toda esa furiosa desesperación, sobre Marábito.

—¡Por piedad, no me hable de ése! — gritó la señora Nela, levantando los brazos.

—Entretanto, querida señora, es necesario sin embargo hablar. ¿Qué se le puede hacer? Para mí es como dejar abierta una vena y perder la sangre gota a gota. "Gutta cavat lapidem".

—¡Nunca! ¡Nunca! —exclamó la viuda. Ese asesino es capaz de hacerme morir a mí y a mis hijas. Vamos... ¡Nada! ¡No quiero saber más nada de él!

—Bueno —concluyó el notario—. En este caso podría presentarle una buena propuesta. Hay quien asumiría hacerse cargo del contrato con Marábito. Un amigo mío. Le hice notar que el pobre Miguel Angel pagó durante seis años la pensión. "Lo siento mucho" — me dijo mi amigo—, pero ¿quién lo obligó? Peor para él si pagó". Le hablé entonces de la cabaña nueva que vale ya varios miles y aun no está concluída. Entonces él se manifestó dispuesto a dar algo por la casita. Unas tres o cuatro mil liras, a lo sumo. De manera que si usted, señora, acepta esta propuesta, se matarían, como suele decirse, dos pájaros de un solo tiro, o sea: librarse del jettatore y de una vieja deuda. Como usted ha podido comprobar por los documentos que le he presentado, el pobre Miguel Angel me debía cinco mil liras. De manera que si usted acepta esta propuesta, las tres o cuatro mil liras (¡confiemos en que sean cuatro mil!) que el nuevo contrayente dará por la casita, irían a saldo de mi deuda. Yo me contento. ¿Y usted?

Muy contenta ella también. Y el notario regresó a su estudio cuando ya había caído la noche.

Marábito lo esperaba.

Don Nocio, apenas lo vió, colocó sus manos en sus hombros y le dijo exhalando un gran suspiro:

—Una vez había un padre que se lamentaba así: "No lloro porque mi hijo pierde en el juego, lloro porque quiere rehacerse jugando todavía". Estaba en descubierto por cinco mil liras con el Maltés. Para no perderlas cometo la más enorme locura de mi vida. Siéntese. ¿Cuántos años tiene?

—Ochenta y uno —respondió Marábito sentándose.

—¿Y todavía no está contento? ¿Qué intenciones tiene usted?

El viejo se quedó mirándole, sin comprender.

—Ah..., ¿se hace el que no comprende, eh? Está viviendo mucho usted, mi querido Marábito. ¡Feo vicio! Y debería quitárselo...

Marábito sonrió y levantó una mano con gesto vago:

—La vida, Vuecencia — dijo — parece larga, pero pasa. A mí me ha pasado como si hubiera estado asomado a una ventana.

—Muy bien — exclamó don Nocio —. Y tiene usted intenciones de permanecer asomado todavía por mucho rato a esa ventana.

—Para mí —respondió el viejo—, si la muerte viene a cerrármela aún mañana, me dará placer. Morir, sí, Vuecencia. No se necesita nada para ello. Pero vivir de propósito no se puede, si Dios quiere. Debe establecerlo El, y yo estoy dispuesto a su voluntad. ¿Qué tiene que decirme, señor notario?

El notario lo citó para el día siguiente. Renovaría el contrato de la pensión vitalicia, asumiendo él todos sus términos.

—A pesar de que... —dijo, abriendo los brazos y abandonando en ese punto el continuar la frase.

El viejo, ya en la calle, levantó un dedo hacia el cielo lleno de estrellas y juntó sus manos, como para significar:

—Ruegue a Dios...

VII

Cuando la señora Nela vino a saber que el amigo de que había hablado el notario Zágara, a propósito de la pensión, era únicamente él, pareció verdaderamente que se volvía rabiosa. Ya había sostenido que don Nocio debía haberse comido media herencia dejada por el marido. ¿Era posible que el más rico comerciante del lugar hubiera dejado a su familia en tan triste situación? La prueba, hela allí al canto. Zágara no había tenido el valor de confesarle que el contrato con el viejo lo había renovado él, por su cuenta, en condiciones de verdadero usurero. ¿Y si lo renovaba por su cuenta no era señal que se trataba de un buen negocio?

—¡Aprovecharse así de una pobre viuda!, ¡de dos pobres huérfanas! — gritaba a la gente que acudía a dolerse de sus calamidades—. ¡Fea acción que exige venganza ante Dios! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Causa de todo mal ya no lo era Marábito, ahora, sino el notario. Fiaba en Dios, sin embargo, para que aquella granjilla, donde el beato finado había enterrado tanto dinero, sin habérsela gozado nunca no se la gozaría tampoco el otro. Y un día envió a buscar al viejo.

Marábito se le presentó, todo afligido y perplejo. La señora Nela, apenas lo vió, renovó sus llantos y chillidos. Luego prorrumpió:

—¿Ve? ¿Ve lo que ha hecho?

El viejo también tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡No llore! ¡No llore! —le gritó de pronto, con rabia, la señora Nela. ¡Con una sola condición puedo perdonarle a usted: de que haga a él, a ese bandido, lo que usted le hizo a mi marido! ¡Desuéllelo vivo, hágalo morir antes que usted y lo perdono! No arriesgue morir ahora, ¿sabe? ¡No debe gozar de la granja ese bandido! Si es usted cristiano, si tiene usted conciencia, si tiene honor, viva..., ¡viva siempre con salud, se lo suplico! ¡Erguido y fuerte hasta que ese otro no reviente! ¿Me ha comprendido?

—Excelencia, sí..., como usted mande... — respondió el viejo así conminado, aturdido ante aquel furioso torrente de palabras—. Pero, señora mía, créame, estoy mortificado, y sólo Dios sabe lo que siento en estos momentos. ¿Podría jamás creer, podía nunca esperar que viviría yo tanto?

—¡Y mucho más, mucho más debe usted vivir! — volvió a decir la señora Nela con renovada furia—. Para castigo de ese enredador... ¡Cuídese! Si le hace falta algo dígamelo y venga a verme. ¡Que hasta el pan de la boca me quitaré para dárselo a usted! ¿Tiene ropa? Espere..., le daré yo..., ahora tengo... ¡lo de mi pobre difunto!... Tiene que cuidarse del frío, ahora que el invierno llega. ¡Espere, espere! — Y a la fuerza quiso hacerle un gran fardo con algunos trajes viejos del marido. Al descolgarlos del armario, lloraba, se mordía los labios, revolvía los ojos, se tragaba las lágrimas.

—Espere..., espere..., tome, también esa chaqueta. Se la ponía el difunto, cuando iba allá, a su campo..., tenga, tenga, tenga... Llévesela, le abrigará contra el frío y contra la lluvia y el viento... Cuídese de las corrientes de aire; a su edad... ¡Sopla siempre tan maldito viento en esta ciudad!

Marábito no pudo negarse a cargar con esos regalos, que no demostraban ni caridad ni benevolencia hacia él, y se retiró avergonzado a su desván.

—¿Fué de caza, Marábito? ¿Qué trae? — le preguntaron las vecinas, alegremente, creyendo que él traía cosas para la dote de la huérfana. Pero viendo que era ropa del Maltés, hicieron los conjuros de su ritual:

—¿Esa porquería se trajo? ¡Arrójela a la basura pronto, sin tocarla ni con un dedo!

El viejo alzó los hombros y deshizo lentamente el atado. Pero esa noche, con la ropa del muerto en su desván, no pudo cerrar los ojos y le pareció que transcurrían mil años antes de que apuntara el sol para salir a deshacerse de esa ropa y darle la limosna a los que eran más pobres que él.

Le quedó, desde entonces, una sombra de tristeza sobre el rostro, que se adensaba cada vez más cuando regresaba de percibir las cuotas de su pensión. El notario, para decir la verdad, no lo trataba mal, pero siempre echándole en cara lo mismo, sobre su feo vicio de estar viviendo demasiado. Y el pobre viejo sufría. Jamás, en su vida, había dependido de nadie y he aquí que ahora vivía únicamente para pesar sobre sí y sobre los demás. Ese ir, cada quince días, a que le pagaran el descuento de esa lira, se había convertido para él en una verdadera condena, y de todo corazón deseaba, cada vez que regresaba de casa del notario, que fuera la última. Pero los días pasaban y pasaban los meses, y los años. ¡Su tristeza aumentaba, y la muerte no venía, no venía! Las vecinas, viéndolo así, redoblaban sus cuidados. No permitían que él, de noche, se detuviera mucho para conversar con ellas, sentado ante la puerta de la casa.

—Entrese..., hace frío. En seguida vamos nosotras.

Esperaban que sus hombres regresaran de sus trabajos o de sus campos o de las fraguas o de las fábricas; su primera visita era para el viejo. Y, en el desván, después de su flaca cena, se recogían allí, en las noches de invierno, para acompañarlo. Los hombres fumaban su pipa, las mujeres tejían y obligaban al taciturno viejo a que hablara de su prolongada vida, de América lejana, donde había estado cuando joven y en donde se había acostumbrado a hacer de todo.

—Mejor negro pan, que hambre negra.

Así había podido juntar el capitalito que, apenas regresado a su patria, le permitiera comprar la tierra, allá. Y, poco a poco, hablando de los años de su trabajo, el viejo se aliviaba del peso de su melancolía. Hablaba de todo. Sabía de todo. ¡Había visto cada cosa!

—¡Usted! ¡Oh, Santa María! Y ¿usted qué sabe? —le decían sin embargo, moviendo la cabeza algunas de las vecinas más jóvenes—. Usted es como si fuera un niño.

Y todas las demás mujeres reían. Estas conversaciones nocturnas, sin embargo, no se prolongaban hasta muy tarde, sea porque los hombres debían levantarse al alba, sea porque no querían cansar al viejo demasiado. Le deseaban las buenas noches, le encarecían cerrar bien la puerta y llamar si necesitaba de algo. Luego, al descender del desván, cambiaban en voz baja, entre ellos, sus impresiones sobre el estado en que lo dejaban.

—¡Cien años! ¡Cien años vive, como que hay un Dios! Y ya poco le falta..., ¡maravilloso!

—Sí, sí, pero muchas veces, aun encontrándose fuerte así..., de golpe..., a esa edad nunca se sabe. Mueren como los pajaritos.

Y se daban vuelta para contemplar consternados, la puerta cerrada del desván, sobre la plazoleta desierta, cuyas losas brillaban bajo la luna:

—¿Quién sabe si el viejo mañana abriría esa puerta?

VIII

Durante años y años, la primera en abrirse, al alba, en la plazoleta, fué siempre aquella puerta.

Era, sin duda, una burla de la muerte, al Maltés antes y ahora al notario Zágara. Y de ello se reían grandemente en todo el barrio. No transcurría día sin que, tres o cuatro curiosos no se dirigieran a la plazoleta para ver al viejo que "por castigo no se moría". Habiéndose formado en el lugar, alrededor de Marábito, una especie de leyenda que lo presentaba jovial, enhiesto, obstinado en vivir por despecho, esos curiosos experimentaban de improviso un desengaño, al verse, en cambio, ante un viejecillo curvado, magro, humilde y esquivo, que se hurtaba rudamente de sus miradas y a sus preguntas, que, en sus oídos, sonaban cual irrisiones para el pobre notario, a quien, no sólo debía elogios, sino que compadecía sinceramente por el daño que ese obstinado en vivir, a todo despecho, le causaba, sin placer alguno para él.

—¡Déjenme tranquilo! ¡No me fastidien! — gritaba, humillado y exasperado a las vecinas que iban a extraerle a su desván, donde se había escondido ante la aparición de algún desconocido en la plazoleta de Santa Cruz.

Las vecinas no le hacían para su mal. Esa curiosidad de todo su barrio le parecía de buen augurio, para el viejo que ellas cuidaban, como si alguien se lo hubiera confiado a su custodia, para que, verdaderamente, se cumpliera un milagro. Y por esto, en turno, lo mostraban a todos.

—¡Pasado mañana, noventa y cuatro! ¡No se muere ya!

Cerca de veinte años ha, cuando él vino del campo para instalarse allí, ellas tenían los cabellos rubios, o negros. Y ahora, helas allí: ¡grises! ¡blancos!, mientras el viejo permanecía tal cual era. Para todos pasaba el tiempo. Para él, no. Fulano se había muerto y también Zutano, el de al lado. No era, entonces, cosa de afirmar que la muerte no había pasado por la plazoleta. Pero fué como si ese desván del viejo no existiera para ella.

Marábito escuchaba, atónito, ese razonar de las vecinas, tan reiterado, pero, cada vez, al oír nombrar a los muertos en el vecindario, todos muchos menos viejos que él y necesarios aun a sus respectivas familias, se echaba a llorar silenciosamente, con sus ojitos pelados, resecos por los años. Las lágrimas le rodaban por los surcos de sus arrugas, hasta la boca sumida y crispada. Y, entonces, llevaba una mano trémula a esa boca y con los nudosos dedos apretaba sus labios.

—¿Y ésa — decían, en seguida, las vecinas para distraer al viejo, señalando a Anita, su protegida—. Tenía apenas dos años, pobre huerfanita, cuando vino aquí y ahora, ¡qué muchachona! ¿Eh? El abuelo había prometido pensar en ella, pero, desde hace un tiempo, se porta muy mal, demostrando no querer bien a nadie.

En efecto, Marábito había convertido su longevidad en una idea fija. Comenzó a creer, muy de veras, que la muerte se había olvidado de él, de propósito, para cometer esa burla a que todos se referían. Ya su tierra, entre el dinero que había recibido del Maltés y lo que todavía percibía del notario Zágara, estaba pagada y requetepagada. La muerte, entonces, teniéndole aún de pie, se divertía realmente, haciéndole cometer una mala acción; haciéndole hacer una parte de embaucador, ¡eso es! El no quería. Todo el lugar se reía, como si el viejo encontrara placer en vivir así, a costa de otros. Y, en cambio, ¡no!, ¡no!, ¡no quería, no quería más! Y los cuidados, los consejos premurosos de las vecinas lo enfadaban. ¿Acaso no querían reír ellas también a sus expensas? Y se exponía al frío, de intento; salía de su desván cuando el tiempo era feo, de intento; y de intento regresaba calado por la lluvia y se rebelaba si ellos lo acusaban de ser un viejo tonto y lo metían apresuradamente en su desván para cambiarlo de ropa y abrigarlo en su cama.

—¡Déjenme! ¡Déjenme! ¡Quiero morir! ¡Eso es lo que busco! Estoy cansado...

Se le ocurrió también, que, acaso, una fuerza arcana, de ultratumba, lo mantuviera; el alma en pena de Ciuzzo Pace, quien ciertamente todavía estaba llorando su granjita perdida por poco dinero. Sí, sí, sin duda alguna era Ciuzzo Pace, Ciuzzo Pace, que quería ser vengado por... Y entonces ordenó que todos los domingos dijeran una misa en sufragio de esa alma en pena.

—Si se libra él, me libro también yo.

Estas y otras noticias, confiadas por las vecinas a esos curiosos, eran después referidas al notario Zágara, quien hacía frente, como mejor podía, a las burlas que todos hacían de él.

—¡Ríanse!, ¡ríanse! —exclamaba—. Muy poco..., muy poco. Merezco mucho más: ¡garrotazos! Pero no hablen mal del viejo, les ruego. Es caballero, el pobrecito. Lo sé. Llora también el castigo que yo me he merecido. Le debo no solamente gratitud, sino una recompensa. Y se la daré. Si llega a los cien años, como yo deseo, ¡verán ustedes! Música, luces, un banquete, que hará época. Quedan todos invitados desde ahora.

No tenía parientes, ni lejanos ni próximos. Podía entonces darse el gusto de coronar triunfalmente la estupidez que cometiera. Y, un día, en que vencía la quincena de la pensión, no viendo al viejo presentarse en su estudio, se condolió verdaderamente, y quiso allegarse hasta donde él moraba para saber qué le había ocurrido.

Encontró a Marábito, como de costumbre, frente a la puerta de su desván, todo encogido bajo un débil rayo de sol invernal.

—¿Qué lindo gusto encuentra en hacer mover a las montañas? —le dijo jadeando, dejándose caer lentamente sobre una silla, que una de las vecinas corrió a ofrecerle—. ¿Qué le pasa? ¿Por qué no vino hoy a mi estudio?

En lugar de Marábito, respondió la Tía Nela, comidiéndose junto a las otras vecinas: "¿Vuecencia quiere saber el porqué? Porque maestro viejo se ha vuelto loco o tonto."

—¡No, nada de eso! Ni tonto, ni loco, Vuecencia — dijo Marábito, arrugando las cejas —. He hecho cuentas. La tierra, Vuecencia, me la ha pagado ya hace rato. Soy pobre, pero honesto. Dinero, ya no quiero.

Zágara se quedó contemplándolo un rato, como admirado; luego dijo:

—Mi querido viejo, usted es más imbécil que yo. Le agradezco por todo lo que me dice, pero no puedo aceptar. Debo pagar hasta el último centavo y pago por mi gusto y mi placer.

—¿Pero no sabe, Vuecencia —prorrumpió Marábito con rabia —, que si no procedo así, no me muero nunca? Le juro que si no fuera pecado, hace rato que... Pero ya verá, Vuecencia, como ésa viene sola, la muerte, apenas yo deje de cobrar un solo centavo de ese dinero que, en conciencia, no me corresponde. Mi tierra, lo repito, la pagó ya usted más de lo que valía.

—No, todavía no —replicó el notario—. Yo llevo con usted la cruz desde hace catorce años, ¿verdad? Quiere decir que al día de hoy le he dado..., aquí está la cuenta: también yo me la hice... Le he dado diez mil doscientos veinte liras. Su tierra fué estimada en doce mil. De manera que aun me quedan muchos años que pagar.

—¿Y los años que me pagó esa buena alma del Maltés? — le hizo notar Marábito.

—Eso no es asunto mío.

—Pero el negocio, perdone, ¿lo hice yo o lo hizo Vuecencia? ¡Eso sí que está bueno! ¿De manera que ni siquiera soy dueño de morirme?

El notario alzó la cabeza con cómica seriedad.

—No, hasta que yo le haya pagado el último centavo. Si usted quiere vivir todavía, ¡mucho gusto! Le prometo que vamos a divertirnos.

Y se fué dejándole el dinero.

De MARTIN FIERRO

Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo
— Por esperencia lo afirmo —,
Más que el sable y que la lanza
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo.



IX

Hombre de palabra, el notario Zágara. La mañana del gran día, el suburbio fué despertado por el alegre estrépito de una banda de música que, en son de marcha, se dirigía al desván del viejo centenario. Su entrada había sido engalanada festivamente con guirnaldas y banderas, durante la noche, mientras el viejo dormía.

En la plazoleta habían izado los palos para las ruedas de fuegos artificiales. Y otra sorpresa habían preparado las buenas vecinas a su viejecito: un traje nuevo para la fiesta, cortado y confeccionado por ellas.

Cuando la multitud, junto a la banda, se volcó en la plazoleta, la puerta del desván estaba todavía cerrada.

—¡Viva Marábito! ¡Abra! ¡Abra! ¡Abra Marábito!

Nada. La puerta permanecía cerrada. En vano los vecinos golpeaban con las manos y los pies. Los trompetazos y golpes de bombo de la banda soltaban su furiosa estridencia; entre el rumor confuso de los gritos y de los aplausos que aturdían y en vano, aquí o allá, alguien se erguía, intérprete de la consternación del vecindario, haciendo señas para que todos callasen, a fin de esperar a que el viejo abriera su puerta.

De pronto, otro grito partió de la multitud:

—¡Viva el notario!

Nocio Zágara se apresuraba, con el sombrero de copa en la mano, a agradecer, sobrepasando a todos con su alta persona. Pagaba caros esos vítores, que no eran burla ese día. La gente se divertía en la extraordinaria fiesta y le agradecía su diversión. Ciertamente que nunca hubiese tenido el Maltés fiesta como esa. Sí, pero no la hubiera gozado tampoco el notario, ante la sola suposición de ocasionar al viejo tanto dolor y tanta humillación. Lo comprendió así, apenas llegado, entre ese montón de gente, junto a la puerta del desván. Se abrió paso. Ordenó a los vecinos que cuidaran de la entrada para impedir que la multitud se precipitara dentro, y llamó a la puerta con su bastón.

El viejo finalmente abrió y entonces estallaron más calurosos los aplausos y los gritos de la concurrencia:

—¿Cómo? ¿Por qué? —exclamó Don Nocio, viendo a Marábito, todo tembleante y en lágrimas—. Todo el barrio, toda la ciudad lo festeja a usted y usted..., ¿llora? ¿Así me agradece el haber querido festejar sus cien años?

No hubo manera de hacerle comprender que esa fiesta no era para ponerlo en evidencia. Y, cuando, por fin, empujado por el notario asomó su cabeza por la ventanilla de su desván, lloraba y sacudía la cabeza, ante los vítores y aplausos de la multitud.

Después, en la Iglesia de Santa Cruz, fué rezada una Misa a la que también el notario quiso asistir.

—La primera y última —dijo. Y, a la salida, disparo de bombas y cohetes. Hasta que llegó la hora del banquete.

Nocio Zágara había alquilado para ese acontecimiento un salón de planta baja, tan ancho que no terminaba nunca. De un extremo al otro, se llenó de vecindario. Marábito fué llevado en triunfo, casi a viva fuerza, y fué sentado en el sitio de honor, junto a Zágara. Estaba aturdido. En medio de la batahola, se dirigía ora a uno, ora a otro de los comensales, que lo reclamaban con el vaso en alto para augurarle otros cien años de vida. E inclinaba la cabeza en señal de agradecimiento. El, solamente entre todos, no reía, no comía, no bebía. Algunos, al comienzo, quisieron forzarlo a ello pero en seguida, a ruegos del notario, lo dejaron tranquilo. La fiesta no era para él. Era para los otros. El representaba allí sólo los cien años. Los cien años que ya no significaban nada.

Pensándolo a fondo, todo ese ruido era, en su grosería, tan triste como para hacer caer los brazos y el aliento. Y, por añadidura, se quiso que el viejo hablase, que pronunciara un brindis, que dijera por lo menos unas palabras. Tanto insistieron que, por fin, lo pusieron de pie, con el vaso, que le temblaba en la mano:

—¿Y qué puedo decir? Mi vergüenza sólo Dios la ve. Agradezco a este mi benefactor. Y sólo me queda colocar un cartelón en la ciudad: que la gente en cuya casa entra la muerte, le diga que en la plazoleta de Santa Cruz hay un viejo que desde hace muchos años la espera. ¡Que venga por él!

Pero, al llegar a este punto, Marábito se vió interrumpido por algunos convidados que se levantaban apresuradamente, porque entre el coro de carcajadas que acompañaban cada palabra del viejo, habían visto al notario palidecer de golpe y plegar sobre el pecho su cabezota. Todos se dieron vuelta para mirar, se pusieron de pie y se agruparon presurosamente alrededor de Zágara. Se creyó, en un primer momento, que todo ese estrépito, el mucho reír, el vino, hubieran ocasionado al pobre notario un desvanecimiento. Entre la consternación general, Nocio Zágara fué llevado sobre la misma silla en que cayó, a una casa vecina, sostenido por todos esos brazos. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, de la que salía un estertor angustiado.

El amplio salón, con la mesa en pleno desorden y las sillas caídas, quedó vacío. Nadie había reparado en el viejo centenario, quien había caído al suelo, tras un temblor convulsivo, cuando se disponía a socorrer junto a los demás, al que, poco antes, había llamado su benefactor.

X

Alguna rara gota sobre la trémula mano tendida. Después, apenas perceptible, el golpeteo de la primera lluvia sobre los pámpanos, casi amarillentos, de la viña. Pero ahora, las gotas aumentaban y un amplio tableteo continuó.

—Abuelo, ¿llueve?

El viejo Marábito inclina varias veces la cabeza sonriendo a Nocio, un niñito que está sentado a su lado, a la entrada de la casita que el Maltés había hecho construir, en el sitio de la antigua cabaña. Grégoli y Anita, marido y mujer desde hacía cuatro años, están en el campo, vuelto a su primer dueño, después de la muerte del notario. Grégoli, allá, encima de los árboles, voltea las aceitunas. Anita las recoge en el suelo. ¡Pobrecita! Está encinta otra vez. Y el viejo quisiera ayudar a su hija adoptiva. No le pesan ya sus ciento cinco años... Pero ellos no lo permiten y lo dejan ahí para que cuide del niño, a quien, en señal de gratitud, han bautizado con el nombre de aquella pobre alma del notario.

—Abuelo..., ¿y mamá? —pregunta otra vez el pequeño Nocio, consternado ante la lluvia.

—Ahora vendrá corriendo —responde el viejo—. ¡Deja llover, hijo mío, que la tierra tiene sed y ésta es agua buena!

De cerca y de lejos, los gallos anuncian alegremente ese primer cambio del tiempo. Las calandrias todavía se aventuraban en las colinas, como si estuvieran en duda sobre si esas nubes eran de verdad y, de vez en cuando, cambiaban entre sí algún breve chillido, como para aconsejarse:

—¿Nos vamos?

Fin de "LA PENSION VITALICIA"



UN PROBLEMA LOGICO

He aquí un interesante problema que puede ser considerado como prototipo de los problemas lógicos.

Un distinguido deportista organizó un torneo de tenis e invitó a varios de los más destacados jugadores de la época. El torneo se realizó en Forest Hills y tomaron parte los siguientes jugadores: Johnstown, Crochet, Tilsen, Huntsman y Richardson.

Días después, interrogado el organizador sobre el resultado final de la competencia, manifestó que no recordaba la colocación final de los jugadores, pero que, en cambio, tenía presentes algunas circunstancias que bastaban para deducirla. Estas circunstancias eran las siguientes:

Al vencedor lo había derrotado una vez Crochet en un partido de ping-pong. El participante que ocupó el cuarto puesto partió inmediatamente después de haber sido eliminado y se trasladó a Chicago, donde escuchó por radio el resultado del torneo.

Antes de ese campeonato, el ganador no había visto nunca al que terminó último.

Johnstown y Richardson a menudo iban juntos al teatro.

La sorpresa del torneo fué la victoria de Huntsman sobre Johnstown.

Antes del partido final, el vencedor almorzó con Huntsman, quien le presentó a su rival de la tarde.

¿En qué orden se clasificaron los competidores?

(La solución en el próximo número)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

DU
DU

OR RI



(Las soluciones en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DEL PROBLEMA "UNA MENTIRA"

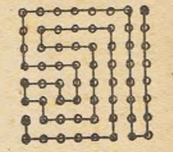
Si la noche era oscura y nublada, cuando se cometió el asesinato no había ninguna luz que pudiera reflejarse en los ojos del supuesto animal.

DE LA "CHARADA EN ACCION"

MAREJADA

DEL PROBLEMA: "EL HOMBRE MECANICO"

El trayecto realizado por el hombre mecánico fué el siguiente:



DE "PALABRAS CRUZADAS"

		A	R					A	L		
A	G	R	I	O			A	P	E	A	R
R	O	■	E	R	I	N	G	E	■	D	O
A	T	A	L	A	■	■	A	R	C	O	N
	A	B	A	■	S	E	■	O	R	S	
	S	O	■	P	I	L	A	■	E	A	
		N	A	O	■	■	T	O	S		
	C	O	M	E	N	D	A	D	O	R	
C	A	■	A	S	E	A	D	A	■	O	S
A	N	A	■	I	O	D	O	■	E	M	E
L	A	S	C	A			S	I	F	O	N
		A	S						R	E	

¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 216, Buenos Aires.

SEBASTIÃO DE AZEVEDO, *Brasil*. Damos curso a su pedido, comunicando aquí a las lectoras que usted desea mantener correspondencia con una señorita argentina que sienta inclinación por la literatura en general, y que su domicilio es: Alzira Brandão n. 25, casa 6, Río de Janeiro, Brasil.

DORA M. ORTIZ, *Capital*. — Hemos tomado nota de su pedido y procuraremos complacerla.

MARTIN VERGARA, *Córdoba*. — Como habrá podido comprobar en la sección "Para matar el tiempo" del Nº 240 de LEOPLÁN, la solución al problema "La pesa rota" que nos envió, es correcta.

¿CONOCE USTED NUESTRAS CIUDADES?

HE AQUI LO QUE REPRESENTAN LAS FOTOS DE LAS PAGINAS 30 y 31:

1. La Plata (Municipalidad)
2. Buenos Aires (Plaza Lavalle)
3. Tucumán (Casa de Gobierno)
4. Rosario
5. Córdoba (Plaza San Martín)

ARBORICULTOR, *La Plata*. — Haga la prueba, reemplazan[do] el "aceite de estearina" por ace[i]te de linaza. 2º He aquí d[os] fórmulas para preparar pa[s]tas que protejan a los árbol[es] contra las hormigas. A): Resina, 4 parte[s]; aceite de linaza, 1 parte; melaza, 1 parte; [se] cuece la mezcla y se aplica en frío. B): Re[si]na, 12 partes; aceite de resina, 12 partes; le[jía] de sosa, 1 parte; se cuece y se aplica como [la] anterior. Es condición indispensable que la m[ez]cla se conserve pastosa a 5 grados y no [se] diluya a los 50 grados, para lo cual se mo[di]ficarán las cantidades de los componentes, [de] acuerdo al clima de la región, etc.


DE ARCINIEGA PUB.
¡ES AQUI!
DONDE LA TIERRA SE CONVIERTE EN PARAISO
Donde todo es: vida, salud, bienestar
tranquil
Clima ideal! bellezas incomparables....
en VILLA MUÑOZ TANTI
Sierras de Córdoba
Envíe HOY MISMO y sin compromiso este cupón
Sr. Ricardo Muñoz - Chacabuco 78 - Buenos Aires
Ruego enviarme GRATIS y sin compromiso de mi parte PLANOS E INFORMES sobre los lotes de Villa Muñoz - Tanti.
Nombre...
Dirección...
Localidad................................ L. 244
Ricardo MUÑOZ
CHACABUCO 78
U. T. 33 - 0370
Buenos Aires
PLACER Y NEGOCIO
Sea un feliz propietario de este encantador paraje, por pocos pesos mensuales, y habrá realizado la mejor inversión, pues día a día aumenta el valor de estas tierras privilegiadas.



CURSOS
que enseñamos
COMERCIALES
DIBUJO
TECNICOS
HOY MISMO envíenos su nombre y dirección y a vuelta de correo recibirá usted, GRATIS Y SIN COMPROMISO, la "GUIA DE ENSEÑANZA" interesante libro de 92 páginas ilustradas, con los detalles completos de los cursos que enseñamos por correo desde el año 1923.
SABER LEER Y ESCRIBIR, es suficiente para estudiar cualquiera de los cursos Comerciales, Técnicos o Especiales, pues nuestros textos, exclusivamente preparados para la enseñanza por correo, son de fácil comprensión. Usted estudiará en su casa en sus MOMENTOS LIBRES, hasta llegar al final de sus estudios y recibir su DIPLOMA.
NUESTRA ORGANIZACION, moderna y perfecta, instalada en EDIFICIO PROPIO con un cuerpo de Profesores competentes, numeroso personal técnico y administrativo y elementos mecánicos que permiten a las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS ofrecer una enseñanza práctica, útil y eficaz a un costo reducido.
PIDA USTED gratuitamente la "GUIA DE ENSEÑANZA". Hágalo AHORA MISMO.
PRECIOS DE LOS CURSOS EN MONEDA ARGENTINA
SECCION COMERCIAL
Empleado de Comercio $ 45
Cajero „ 45
Secretario Comercial „ 80
Tenedor de Libros „ 65
Contador Mercantil „ 80
Técnico en Publicidad „ 80
Administrador de Estancias „ 100
Empleado de Banco „ 50
Vendedor „ 50
Jefe de Ventas „ 80
Gerente Comercial „ 200
SECCION TECNICA
Técnico Mecánico $ 85
„ Maquinista „ 85
„ Metalúrgico „ 85
Motores Diesel „ 85
„ a Explosión „ 85
Mecánico de Automóviles „ 85
Técnico Tornero „ 85
„ Fresador „ 55
Técnico en Máquinas de Taller „ 85
Carpintería y Ebanistería „ 70
Técnico Electricista „ 85
Bobinajes „ 85
Fotografía Artística „ 70
Calefacción y Ventilación „ 100
Refrigeración $ 100
Aire Acondicionado „ 120
Construcciones „ 100
SECCION TEXTIL
Técnico en Hilados $ 100
„ en Tejidos „ 120
„ en Tejidos de Punto „ 85
SECCION RADIO
Técnico en Radio $ 85
„ en Radio F. M. „ 40
Armador de Radio „ 65
SECCION INDUSTRIAL
Técnico en Industria Lechera $ 70
Técnico Avicultor „ 70
„ Apicultor „ 70
Perito Enólogo „ 70
Técnico Jabonero „ 70
„ Curtidor „ 80
SECCION QUIMICA
Técnico Químico $ 80
Químico Industrial „ 150
SECCION IDIOMAS
Inglés $ 70
Francés „ 70
SECCION DIBUJO
Dibujo Artístico $ 70
„ Lineal „ 70
„ Mecánico „ 80
„ Arquitectónico „ 80
Caricaturas e Historietas „ 80
Dibujos Animados „ 80
Dibujo Comercial „ 80
SECCION FEMENINA
Profesora de Corte y Confección $ 30
Labores „ 30
Confección de Sombreros „ 30
Cocina „ 30
Arte de Tejer „ 30
SECCION ESPECIAL
Periodismo $ 80
Taquigrafía „ 40
Aritmética „ 25
Aritmética Comercial „ 40
Algebra „ 40
Geometría „ 25
Gramática y Ortografía „ 35
Caligrafía „ 30
Dactilografía „ 40
Velocigrafía „ 25
DIVULGUE Y HAGA CONOCER LA OBRA EDUCATIVA DE LAS ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS
Inscripto como alumno en las ESCUEL LATINO-AMERICANAS recibirá algunos los siguientes obsequios:
VELOCIGRAFIA, "el nuevo método de critura rápida": Regalamos el mate de estudios y la enseñanza completa VELOCIGRAFIA. Es suficiente un mes estudio para poder escribir y leer rapidez.
RADIO F. M. (Frecuencia Modulada). enseñanza superior para los alumnos criptos en el curso de Radio, autori especialmente por su inventor, inge Armstrong, de Estados Unidos.
DICCIONARIO: 512 páginas y 50.000 labras.
CARNET DEL ESTUDIANTE, en cue gítimo, con letras doradas y termi artística.
GRATIS
Llene y envíenos el cupón y de inmediato le será despachado el interesante libro la "GUIA DE ENSEÑANZA" de 92 páginas ilustradas.
Si no desea recortar el cupón, mándenos su nombre y dirección, mencionando esta revista.
LAS MAS ACREDITADAS: ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
Señor Director de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
Avda. Boyacá 932 – Buenos Aires
Sírvase enviarme GRATIS y SIN COMPROMISO, el interesante libro "GUIA DE ENSEÑANZA".
CURSO QUE LE INTERESA
$5 POR MES SON SUFICIENTES PARA ESTUDIAR EN
ESCUELAS LATINO-AMERICANA
AVENIDA BOYACA 932
BUENOS AI